



LIBROS DEL CIELO

UNHINGED

A. G. HOWARD

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro. También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.

¡Disfruta la lectura!

Staff

MODERADORA:

Meli

TRADUCTORAS:

Moni
ElyCasdel
Alexa
CrisCras
florbarbero
Elle
Katita
Melody Hamort

Cynthia Delaney
Val_17
Mel Cipriano
aa.tesares
Cath
betza18
Niki
Nina Carter

Zafiro
Mel Markham
Marie.Ang
Snowsmily
Sofia Belikov
Gaz Holt
Jasiel Alighieri

CORRECTORAS:

Moni
ElyCasdel
Alexa
CrisCras
florbarbero
Elle
Katita
Melody Hamort
Cynthia Delaney
Val_17
Mel Cipriano
aa.tesares

Cath
betza18
Niki
Nina Carter
Zafiro
Mel Markham
Marie.Ang
Snowsmily
Sofia Belikov
Gaz Holt
Jasiel Alighieri

REVISIÓN FINAL:

Elle

DISEÑO:

Sofia Belikov

Índice

Capítulo 1	Capítulo 15
Capítulo 2	Capítulo 16
Capítulo 3	Capítulo 17
Capítulo 4	Capítulo 18
Capítulo 5	Capítulo 19
Capítulo 6	Capítulo 20
Capítulo 7	Capítulo 21
Capítulo 8	Capítulo 22
Capítulo 9	Capítulo 23
Capítulo 10	Capítulo 24
Capítulo 11	Capítulo 25
Capítulo 12	Ensnared
Capítulo 13	Agradecimientos
Capítulo 14	Sobre el Autor

Sinopsis

Alyssa Gardner bajó por el agujero del conejo y enfrentó al bandersnatch. Salvó la vida de Jeb, el chico que ama, y escapó de las maquinaciones del inquietantemente seductor Morfeo y la vengativa Reina Roja. Ahora todo lo que tiene que hacer es graduarse de la preparatoria y lograr llegar al baile de graduación para poder asistir a la prestigiosa escuela de arte londinense con la que siempre ha soñado.

Eso sería más sencillo sin su madre —recientemente dada de alta de un manicomio— actuando de manera sobreprotectora y sospechosa. Y sería mucho más sencillo si el misterioso Morfeo no se apareciera un día en la escuela tentándola con otra peligrosa búsqueda en el oscuro e inquietante País de las Maravillas, al que ella (parcialmente) pertenece.

Mientras el baile y la graduación se acercan, Alyssa hace malabares con la presencia inquietante de Morfeo en su mundo real, e intenta contarle a Jeb la verdad sobre un pasado que él ha olvidado. Destellos del País de las Maravillas comienzan a rezumar en su arte y en su mundo de manera perturbadora, y Morfeo advierte que la Reina Roja no está muy lejos.

Si Alyssa se queda en el reino humano, podría poner en peligro a Jeb, a sus padres, y a todo el mundo a quien ella quiere. Pero si vuelve a pasar por el agujero del conejo, se enfrentará a una mortal batalla que podría costarle más que solo su cabeza.

Splintered, #2

Para los Siete Espectaculares:

*Cara Clopton, Sharon Cooper, Bethany Crandell, Terry Howard, Chris
Lapel, Jessica Nelson, y Marlene Ruggles.*

*Cada uno de ustedes ha hecho lo imposible para alentar, confortar, y
mantener a flote mi espíritu durante mi alocada travesía de publicación.
Este libro es para ustedes. Los quiero a todos.*

Sangre y Espejo

Traducido por Moni

Corregido por gabihhbelieber

Mi profesor de arte dice que un verdadero artista sangra por su arte, pero nunca nos dijo que la sangre puede *convertirse* en tu medio, puede tomar vida propia y darle forma a tu arte de maneras viles y horribles.

Me coloco el cabello sobre el hombro, punzo mi dedo índice con el alfiler esterilizado que había guardado en mi bolsillo, luego coloco la última gema de cristal sobre el mosaico y espero.

Mientras presiono la gota translúcida en el yeso blanco y húmedo, me estremezco ante la sensación de que se filtra. Es como una sanguijuela en la punta de mi dedo donde toco el vidrio, succionando y aspirando mi sangre hacia la parte inferior de la gema formando un charco profundo de rojo terciopelo. Pero no se detiene ahí.

La sangre danza... se mueve de gema en gema, coloreando la parte posterior de cada línea de color carmesí —formando una imagen. El aliento se bloquea en mis pulmones y espero a que las líneas se conecten... preguntándome cuál será el resultado final esta vez. Esperando que no que no sea *ella* de nuevo.

La última campanada del día suena, y me apresuro a cubrir mi mosaico con una tela, aterrorizada de que alguien pueda ver la transformación ocurriendo.

Es sólo un recordatorio de que el cuento del País de las Maravillas es real, que el que soy descendiente de Alice Liddell significa que soy diferente de todos los demás. No importa cuanta distancia trate de poner entre nosotros, estoy conectada para siempre a una extraña y misteriosa secta de criaturas mágicas llamadas habitantes del Inframundo.

Mis compañeros toman sus mochilas y libros, y salen de la clase de arte, dándose golpes de puño y chocando los cinco mientras hablan sobre sus planes para el fin de semana del Día de los Caídos. Me chupo el dedo, aunque ya no hay sangre goteando de él. Con la cadera inclinada contra la mesa, miro afuera. Está nublado, y la niebla mancha las ventanas.

Mi auto Gremlin 1975, Gizmo, tenía un neumático pinchado esta mañana. Puesto que mi mamá no conduce, papá me dejó camino a su trabajo. Le dije que buscaría quien me llevara a casa.

Mi teléfono vibra en la mochila que está en el suelo. Aparto los guantes de malla doblados sobre ella, lo levanto, y abro un mensaje de texto de mi novio: **Chica patinadora... esperando en el estacionamiento del este. No puedo esperar a verte. Saluda a Mason de mi parte.**

Mi garganta se cierra. Jeb y yo hemos estado juntos durante casi un año y fuimos mejores amigos por seis antes de eso, pero en el último mes sólo hemos estado en contacto a través de mensajes de texto y llamadas telefónicas irregulares. Estoy ansiosa por verlo otra vez cara a cara, pero también estoy extrañamente nerviosa. Me preocupa que las cosas sean diferentes ahora que él está viviendo una vida de la que aún no soy parte.

Echándole un vistazo al Sr. Mason, quien está hablando con un estudiante en el pasillo sobre materiales de arte, escribo mi respuesta: **Está bien. Tampoco puedo esperar a verte. Dame cinco minutos... estoy terminando algo.**

Coloco el teléfono dentro de LA mochila y levanto la tela para mirar mi proyecto. Mi corazón cae hasta mis pies. Ni siquiera el olor familiar de la pintura, el polvo de la tiza, y el yeso pueden consolarme cuando veo la escena tomando forma: una Reina Roja en medio de un alboroto sanginario en un sombrío y tambaleante País de las Maravillas.

Justo como en mis más recientes sueños...

Coloco suavemente la tela de vuelta en su sitio, sin querer reconocer lo que la imagen pueda significar. Es más fácil esconderse de ello.

—Alyssa. —El Sr. Mason se acerca para estar de pie junto a la mesa. Sus zapatos Converse teñidos destacan como arcoíris derritiéndose contra el piso de linóleo blanco—. He querido preguntarte... ¿planeas aceptar la beca para la Universidad de Middleton?

Asiento a pesar de mi ataque de nervios. *Si papá me deja mudarme a Londres con Jeb.*

—Bien. —La amplia sonrisa del Sr. Mason muestra el hueco entre sus dientes frontales—. Alguien con tu talento debe aprovechar cada oportunidad. Ahora, vamos a ver esta última pieza.

Antes de que pueda detenerlo, tira de la tela y escudriña, las bolsas bajo sus ojos magnificadas por el color rosa de sus lentes. Suspiro, aliviada porque la transformación está completa. —Entusiasta color y movimiento, como siempre. —Se inclina sobre él—. Perturbador, como los otros.

Su observación final hace que mi estómago se agite.

Hace un año, cuando usaba cuerpos de insectos y flores secas en mis mosaicos, mis piezas conservaban un aire de optimismo y belleza, a pesar de la morbosidad de los materiales. Ahora, con mi cambio de medio, todo lo que creo es sombrío y violento. Parece que ya no puedo capturar la luminosidad o la esperanza. De hecho, he dejado de tratar de luchar contra ello. Sólo dejo que la sangre se haga su camino.

Desearía poder dejar de hacer los mosaicos totalmente. Pero es una compulsión que no puedo negar... y algo me dice que hay una razón para eso. Una razón que me impide destruir los seis, de romper sus fondos de yeso en mil pedazos.

—¿Necesito comprar más gemas de mármol rojas? —pregunta el Sr. Mason—. No tengo idea de dónde conseguirlas para empezar. Revisé en línea el otro día y no puedo encontrar al proveedor.

No se da cuenta de que los mosaicos eran claros cuando comencé, que sólo he estado usando gemas claras durante las últimas semanas, y que las escenas que él cree que estoy fabricando meticulosamente al combinar líneas de colores en el vidrio en realidad se forman solas.

—Está bien —le respondo—. Son de mi suministro personal. —*Literalmente.*

El Sr. Mason me estudia por un segundo. —De acuerdo. Pero me estoy quedando sin espacio en mi gabinete. Tal vez puedas llevar este a casa.

Me estremezco ante la idea. Tener alguno de ellos en casa sólo invitaría más pesadillas. Sin mencionar cómo afectaría a mamá. Ya ha pasado suficiente tiempo de su vida encarcelada por sus fobias del País de las Maravillas.

Tendré que inventar algo antes de que termine la escuela. El Sr. Mason no estará dispuesto a mantenerlos durante todo el verano, especialmente ya que soy de último año. Pero hoy tengo otras cosas en mente.

—¿Puede hacer espacio para uno más? —le pregunto—. Jeb me va a recoger en su motocicleta. Vendré por ellos la próxima semana.

El Sr. Mason asiente y lo lleva hasta su escritorio.

Me agacho para meter las cosas en mi mochila, frotando las palmas sudorosas sobre mis mallas a rayas. El dobladillo rozándome las rodillas se siente extraño. Mi falda es más larga de lo que estoy acostumbrada sin la combinación debajo para levantarla. En los meses desde que mamá ha estado en casa el asilo, hemos tenido muchas discusiones sobre mi ropa y maquillaje. Ella dice que mis faldas son muy cortas y que desea que use vaqueros y “vista como las chicas normales”. Piensa que luzco muy salvaje. Le he dicho que es por eso que uso mallas y medias largas, por modestia.

Pero nunca escucha. Es como si estuviera tratando de compensar los once años que estuvo lejos al estar invirtiendo demasiado en mí.

Ganó esta mañana, pero sólo porque me levanté tarde y estaba de prisa. No es fácil levantarse para ir a la escuela cuando has estado luchando por dormir toda la noche, evitando los sueños.

Levanto mi mochila hacia mis hombros y hago una seña de adiós con mi barbilla hacia el Sr. Mason. Mis plataformas Mary Jane suenan a lo largo de los azulejos desiertos del pasillo. Hojas de trabajo y de cuadernos están esparcidas como escalones en un estanque. Varios casilleros están abiertos, como si los estudiantes no pudieron gastar la mitad de un segundo extra que habría tomado cerrarlos antes de irse por el fin de semana.

Un centenar de colonias diferentes, perfumes y olores corporales aún persisten, entremezclados con el olor de la levadura de los rollos del menú del almuerzo de la cafetería. *Huele a espíritu adolescente*¹. Niego con la cabeza, sonriendo.

Hablando de espíritu, el consejo estudiantil de Pleasance High ha estado trabajando contrarreloj pegando recordatorios alrededor de cada esquina de la escuela. Este año, el baile es el viernes antes de nuestra ceremonia de graduación el sábado —dentro de una semana.

TODOS LOS PRÍNCIPES Y PRINCESAS ESTÁN CORDIALMENTE INVITADOS A LA MASCARADA DE CUENTOS DE HADAS DEL BAILE DE PLEASANCE HIGH, EL 25 DE MAYO. NO SE PERMITEN RANAS. Sonríe por la última línea. Mi mejor amiga, Jenara, lo escribió con marcador verde y con negrita al final de cada anuncio. Le tomó todo el sexto período del martes hacerlo y le costó tres días de detención. Pero valía totalmente la pena ver la mirada en la cara de Taelor Tremont. Taelor es la ex de mi novio, la jugadora estrella de tenis de la escuela, y la presidenta del consejo estudiantil. También es quien delató mi secreto de la familia Liddell en quinto grado. Nuestra relación es tensa, por decir lo menos.

Paso la palma sobre uno de los banners al que le falta la mitad de la cinta y cuelga como una larga lengua blanca de la pared. Me recuerda mi experiencia con las lenguas serpentina del *bandersnatch* el verano pasado. Me estremezco y me froto el mechón rojo vivo en mi cabello rubio con el dedo índice y el pulgar. Es uno de mis recuerdos permanentes, justo como los nódulos en mis omóplatos donde las alas yacen latentes dentro de mí. No importa cuánto trate de distanciarme de los recuerdos del País de las Maravillas, siempre están presentes, negándose a irse.

Justo como cierta *persona* que se niega a irse.

¹ “Smells like teen spirit” (Huele a espíritu adolescente): Primer sencillo del álbum “Nevermind” de la banda de grunge estadounidense Nirvana. Su video musical habla de una imagen de rebeldía, de ahí que Alyssa lo asocie con el caos que persiste en la escuela.

Mi garganta se contrae ante la idea de las alas negras, ojos tatuados sin fondo y un acento londinense. Él ya tiene mis noches. No lo dejaré tener mis días también.

Abriendo las puertas, me dirijo hacia el estacionamiento y me golpea por una ráfaga de aire frío y húmedo. Una niebla fina me cubre la cara. Unos cuantos autos permanecen y los estudiantes se juntan en pequeños grupos para hablar, algunos encorvados dentro de los gorros de sus chaquetas y otros aparentemente ajenos al clima inusualmente frío.

Hemos tenido mucha lluvia este mes. Los meteorólogos calculan la acumulación en algún lugar de entre diez y quince centímetros, rompiendo un siglo de registros de primavera en Pleasance, Texas.

Mis orejas automáticamente se encendieron para los insectos y plantas en el campo de fútbol empapado a pocos metros de distancia. Sus susurros a menudo se mezclaban en crujidos y zumbidos como la radio estática. Pero si lo intento, puedo distinguir los mensajes que eran sólo para mí:

Hola, Alyssa.

Lindo día para un paseo bajo la lluvia...

La brisa es ideal para volar.

Hubo un tiempo en que odiaba tanto escuchar sus saludos confusos y vibrantes que los atrapaba y asfixiaba. Ahora el ruido blanco es reconfortante. Los insectos y las flores se han convertido en mis compinches... recordatorios encantadores de una parte secreta de mí.

Una parte de mí que mi novio desconoce.

Lo veo a través del estacionamiento. Se inclina contra su trucada Honda CT70 de época, hablando con Corbin, el nuevo mariscal de campo y el nuevo novio de Jenara. La hermana de Jeb y Corbin hacen una extraña pareja. Jenara tiene el cabello rosa y el sentido de moda de una princesa cantante de punk —la antítesis de la novia de un típico deportista de Texas. Pero la madre de Corbin es una diseñadora de interiores quien es conocida por su estilo excéntrico, así que él está acostumbrado a las personalidades artísticas poco convencionales. Al principio del año los dos eran compañeros de laboratorio en biología. Hicieron clic, y ahora son inseparables.

Jeb mira en mi dirección. Se endereza cuando me ve, su lenguaje corporal es tan fuerte como un grito. Incluso a esta distancia, el calor de sus ojos verdes musgo calienta mi piel bajo la blusa de encaje y el corsé de cuadros. Hace un gesto de despedida a Corbin, quien aparta un mechón de cabello rubio rojizo de sus ojos y saluda con la mano en mi dirección antes de unirse al grupo de jugadores de fútbol y porristas.

Jeb se quita la chaqueta en su camino, revelando brazos musculosos. Sus botas negras de combate suenan a través del asfalto reluciente, y su piel aceitunada brilla en la neblina. Está usando una camiseta de color azul marino con sus vaqueros gastados. Una imagen de *My Chemical Romance* está aerografiada en blanco con rayas diagonales de color rojo a través de sus caras. Me recuerda a mi arte sangriento, y me estremezco.

—¿Tienes frío? —pregunta, envolviendo su chaqueta a mi alrededor, el cuero aún está cálido por su cuerpo. Durante ese segundo fugaz, casi puedo probar su colonia: una mezcla entre chocolate y almizcle.

—Sólo estoy feliz de que estés en casa —respondo, con las palmas contra su pecho, disfrutando de su fuerza y solidez.

—Yo también. —Me mira, acariciándome con su mirada pero reteniéndose. Se cortó el cabello mientras estuvo fuera. El viento agita los mechones oscuros a la altura del cuello. Aún es lo suficientemente largo a la altura de la coronilla y en la parte posterior para ser ondulado, y es un desorden por estar bajo su casco. Es descuidado y salvaje, justo de la manera en que me gusta.

Quiero saltar a sus brazos por un abrazo, o incluso mejor, besar sus suaves labios. El deseo de recuperar el tiempo perdido azota dentro de mí hasta que soy como un trompo listo para girar, pero mi timidez es aún más fuerte. Miro sobre su hombro hacia donde están cuatro chicas de primer año juntas alrededor de un PT Cruiser plateado mirando cada uno de nuestros movimientos. Las reconozco de la clase de arte.

Jeb sigue mi línea de visión y levanta mi mano para besar cada nudillo, el roce de su perforación encendiendo un cosquilleo que corre todo el camino hasta las puntas de mis dedos de los pies. —Salgamos de aquí.

—Me leíste la mente.

Sonríe. Las mariposas en mi estómago chocan ante la aparición de sus hoyuelos.

Caminamos de la mano hasta su motocicleta mientras el estacionamiento comienza a despejarse. —Entonces... parece que tu mamá ganó esta mañana. —Hace un gesto hacia mi falda, y ruedo los ojos.

Sonriendo, me ayuda con el casco, acomoda mi cabello a través de mi espalda baja, y separa el mechón rojo de los rubios. Envolviéndolo alrededor de su dedo, pregunta: —¿Estabas trabajando en un mosaico cuando te escribí?

Asiento y coloco la correa del casco bajo mi barbilla, sin querer que la conversación vaya en esa dirección. No estoy segura de cómo decirle lo que ha estado pasando durante mis sesiones de arte mientras él ha estado lejos.

Toma mi codo mientras subo a la parte trasera del asiento, dejando espacio para él adelante. —¿Cuándo podré ver esta nueva serie tuya, eh?

—Cuando esté terminada —murmuré. Lo que en realidad quiero decir es, cuando esté lista para dejarlo ver cómo hago una.

No tiene memoria de nuestro viaje al País de las Maravillas, pero ha notado los cambios en mí, incluyendo la llave que uso alrededor de mi cuello y nunca me quito, y los nódulos en mis hombros que le atribuyo a la singularidad de la familia Liddell.

Un eufemismo.

Durante un año, he estado tratando de averiguar la mejor manera de decirle la verdad sin que piense que estoy loca. Si algo puede convencerlo de que hicimos un salvaje viaje a la imaginación de Lewis Carroll, y luego volver atrás en el tiempo para regresar como si nunca nos hubiéramos ido, es mi obra de arte mágico-sangrienta. Sólo tengo que ser lo suficientemente valiente para mostrarle.

—Cuando esté terminada —dice, repitiendo mi enigmática respuesta—. Está bien, entonces. —Le da una sacudida a mi cabeza antes de ponerse su casco—. Artistas. Son de tan alto mantenimiento.

—Taza... tetera. Mientras estamos en el tema, ¿has escuchado de tu más nueva fanática número uno?

El arte gótico de hadas de Jeb ha estado recibiendo mucha atención desde que ha estado yendo a exposiciones de arte. Ha vendido varias piezas, la más alta va por tres mil dólares. Recientemente fue contactado por un coleccionista de Toscana que vio su trabajo en línea.

Jeb busca en su bolsillo y me da un número de teléfono. —Este es su número. Se supone que tengo que programar una reunión, así ella puede escoger una de mis piezas.

Ivy Raven. Leo el nombre silenciosamente. —Suena falso, ¿verdad? —pregunto, enderezando las correas de mi mochila bajo su chaqueta. Casi deseo que ella sea un invento. Pero lo sé bien. De acuerdo con una búsqueda en Internet que he hecho, Ivy es una bella heredera de veintiséis años, totalmente legítima. Una diosa sofisticada y rica... como todas las mujeres alrededor de las cuales Jeb está últimamente. Le devuelvo el papel, tratando de contener la inseguridad que amenaza con quemar un agujero en mi corazón.

—No importa qué tan falsa suene —dice Jeb—, mientras el dinero sea real. Hay un apartamento genial en Londres que he estado mirando. Si puedo venderle una pieza, lo agregaré a lo que tengo ahorrado y tendré suficiente para cubrirlo.

Aún tenemos que convencer a papá de que me deje ir. Me niego a decir en voz alta mi preocupación. Jeb ya se siente culpable sobre la

tensión entre él y papá. Claro, fue un error de Jeb al llevarme a hacer un tatuaje a escondidas de mis padres. Pero no lo hizo para enojarlos. Lo hizo en contra de su mejor juicio porque lo presioné. Porque estaba tratando de ser rebelde y mundana, como las personas con las que él sale ahora.

Jeb se hizo un tatuaje al mismo tiempo, en la parte interior de su muñeca derecha —su mano de pintar. Son las palabras en latín *Vivat Musa*, lo que más o menos se traduce como “Viva la Musa”. El mío es un par de alas de miniatura en el interior de mi tobillo izquierdo, camuflando mi marca de nacimiento del Inframundo. Hice que el artista tatuara las palabras *Alis Volat Propriis*, latín para “Ella vuela con sus propias alas”.

Es un recordatorio de que controlo mi lado oscuro y no al revés.

Jeb mete el número de la heredera en el bolsillo de sus vaqueros, pareciendo estar a unos mil kilómetros de distancia.

—Apuesto a que ella está esperando que seas del Equipo Roba Cunas —le digo medio bromeando en un esfuerzo para traerlo de vuelta al presente.

Haciendo contacto visual, Jeb mete los brazos en las mangas de una camisa de franela que tenía colgando de los manillares de su Honda. — Está en sus veinte. No es exactamente material roba cunas.

—Oh, gracias. Eso es reconfortante.

Su familiar sonrisa de broma me ofrece tranquilidad. —Si te hace sentir mejor, puedes ir conmigo cuando vaya a conocerla.

—Trato hecho —le digo.

Se sube en la motocicleta frente a mí, y ya no me preocupa si alguien nos ve. Me acurruco lo más cerca posible, envolviendo mis brazos y rodillas fuertemente a su alrededor, con la cabeza recostada en la parte posterior de su cuello justo debajo de su casco. Su suave cabello le hace cosquillas a mi nariz.

He extrañado esas cosquillas.

Se pone los lentes oscuros e inclina la cabeza, así puedo escucharlo mientras enciende el motor. —Vamos a encontrar algún lugar para estar solos por un rato, antes de llevarte a casa y que te alistes para nuestra cita.

Mi sangre palpita en anticipación. —¿Qué tienes en mente?

—Una vuelta por el mundo de los recuerdos —responde. Y antes de que pueda preguntarle qué significa eso, estamos en camino.

Visión de Túnel

Traducido por ElyCasdel

Corregido por Key

Estoy encantada de que la rueda de Gizmo estuviera fuera de servicio, porque no hay nada como andar en motocicleta con Jeb.

Balanceándonos de adelante hacia atrás, nuestros movimientos se sincronizan con las curvas de las calles. La grava lo vuelve precavido, y se mueve lentamente sobre ella, así puede deslizarse en las intersecciones. Pero tan pronto como llegamos al otro lado de la ciudad, hay solo uno de los dos autos compartiendo el camino, y las luces del tráfico son menos y más lejanas entre sí, aprieta un poco el acelerador y agarramos velocidad.

La lluvia arrecia también. La chaqueta de Jeb protege mi blusa y corsé. Las gotas dispersas llegan a mi cara. Presionando mi mejilla en su espalda y apretando mi agarre a su alrededor, cierro los ojos para solo consentir las sensaciones: sus músculos mientras va en las curvas, la esencia del asfalto mojado, y el sonido de la motocicleta amortiguado por el casco.

Mi cabello vuela alrededor de nosotros mientras el viento viene de todas direcciones. Es lo más cerca que puedo llegar a estar de volar en el reino humano. Los bultos en mis omóplatos pican como cuchillas como si quisieran brotar alas ante la idea.

—¿Sigues despierta ahí atrás? —pregunta Jeb, y me doy cuenta de que desaceleramos.

Abro los ojos y pongo la barbilla sobre su hombro, dejando que su cabeza y cuello protejan un lado de mí de la suave brisa. Su comentario de “andar por el mundo de los recuerdos” tiene sentido mientras reconozco el cine, un destino frecuente nuestro durante mi sexto año escolar.

No lo he visto desde que fue declarado en ruinas hace tres años. Las ventanas están entabladas y hay montones de basura recostados en las esquinas y los cimientos como si se refugiaron del agua. Los vientos de Texas habían tumbado la señal ovalada de color naranja y azul neón de su sitio sobre la entrada; está encorvada sobre un lado como un huevo de

Pascua roto. Las letras ya no dicen CINE EAST END. La única palabra que se puede seguir leyendo es END², que se siente poética y triste.

Este no es nuestro destino. Jeb, Jenara y yo solíamos hacer que nuestros padres nos dejaran en el cine, pero este funcionaba como un señuelo para los chicos que querían pasar tiempo libre sin la supervisión de los adultos. Nos reuníamos en la tubería de drenaje gigantesca al otro lado del lote, donde una inclinación de hormigón se encajaba en un valle de cemento. Extendiéndose unos diez metros formaba una curva ideal para el patinaje.

Nadie nunca se preocupó por la inundación. La tubería estaba hecha para drenar el exceso que venía del lago al otro lado, un lago que se había ido secando por décadas.

Ya que era tan seco como el desierto, el túnel servía como escondite para salidas de besuqueos y sesiones de grafiti. Jenara y yo no pasamos mucho tiempo ahí. Jeb se aseguró de eso. Dijo que éramos demasiado inocentes para testificar lo que pasaba en las profundidades.

Pero ahí es a donde me lleva hoy.

Jeb cruza por el regado estacionamiento y a través de un lugar vacío, luego toma la pendiente inclinada con la motocicleta. Mientras bajamos por la caída de hormigón, aprieto las piernas a su alrededor y dejo ir su muñeca, extendiendo mis brazos en el aire. Mis alas guardadas pican, y grito y grito como si estuviéramos en una montaña rusa. La risa de Jeb se une a mi aturcido arrebató. Demasiado pronto estamos en el final, y me agarro a él de nuevo, las ruedas rozando los charcos a través de nuestra carrera en zigzag hacia la tubería de drenaje.

Nos detenemos en la entrada. El túnel está tan abandonado como el cine. Los adolescentes dejaron de venir cuando Submundo —el ultravioleta y subterráneo parque de patinaje y centro de actividades de Pleasence propiedad de la familia de Taelor Tremont— se convirtió en la salida popular en el lado oeste de la ciudad. La lluvia está arreciando ahora, Jeb balancea la motocicleta para poder bajarme. Me deslizo hacia el suelo de hormigón.

Me atrapa con un brazo alrededor de mi cintura, sin decir una palabra, tira de mí y me besa. Sostengo ambos lados de su mandíbula, notando cómo sus músculos trabajan bajo las yemas de mis dedos, reconociendo cómo la rigidez de su cuerpo encaja perfectamente con mis suaves curvas.

Las gotas de lluvia se deslizan por nuestra piel y se escurren entre nuestros labios. Olvido que seguimos usando nuestros cascos, la frialdad húmeda de mis leggings, e incluso el peso de mis zapatos empapados. Está

²² End: Fin.

aquí conmigo finalmente, su cuerpo presionado contra el mío al mismo nivel, y esos blancos y calientes puntos de contacto son lo único que conozco.

Cuando finalmente nos separamos, estamos empapados, sonrojados, y sin aliento.

—He estado muriendo por hacer eso —dice con voz ronca y una mirada verde penetrante—. Cada vez que oía tu voz en el teléfono, todo en lo que podía pensar era en tocarte.

Sus latidos corren contra los míos, y sus palabras enroscan mi estómago en un nudo de placer. Me relamo los labios, garantía muda de que he estado pensando lo mismo.

Juntos llevamos su Honda hacia el túnel y la apoyamos en la pared curvada. Luego nos quitamos los cascos y agitamos el cabello. Me quito la chaqueta de Jeb y mi mochila.

No recuerdo que el túnel fuera así de oscuro. El cielo nublado no ayuda. Doy otro paso precavido para entrar, solo para ser bombardeada con un inquietante susurro de arañas, grillos, y cualquier otro insecto congregado en la oscuridad.

Espera... no nos pises... dile a tu amigo que aleje su enorme pie.

Hago una pausa, desconcertada. —Trajiste una linterna, ¿cierto? —pregunto.

Jeb se me acerca por detrás y envuelve su brazo en mi cintura. —Hay algo mejor que una linterna —susurra contra mí, dejando una impresión cálida justo detrás de mí oído.

Hay un clic, y una serie de luces se enciende en el muro del túnel, sujetas de un modo parecido a una parra. Las luces no dan mucho brillo, pero puedo ver que ninguna de las patinetas sigue por ahí. Los patinadores solían dejar sus viejas tablas así todos podían tener algo que usar cuando vinieran del cine. Por ese entonces vivíamos con un código. Era raro que robaran alguna patineta, porque todos queríamos que la libertad durara para siempre.

Éramos muy ingenuos pensando que algo del reino humano dura para siempre.

Grafitis fluorescentes brillan en las paredes, algunas maldiciones, pero la mayoría son poéticas, como *amor, muerte, anarquía, paz*, e imágenes de corazones rotos, estrellas y rostros.

Luces negras. Me recuerda a los paisajes de neón de Submundo y del País de las Maravillas.

Un mural resalta sobre los otros, un contorno ultravioleta de un hada en naranjas, rosas, azules y blancos. Sus alas se extienden a sus

espaldas, enjoradas y brillantes. Se parece a mí. Aún después de estos meses, todavía tengo que mirar dos veces cuando veo las interpretaciones de Jeb: exactamente como me veía en el País de las Maravillas, incluyendo las alas de mariposas y los parches en los ojos, marcas impresas negras y curvadas sobre la piel como pomposas pestañas. Él ve dentro de mi alma sin siquiera saberlo.

—¿Qué hiciste? —le pregunto, caminado hacia el grafiti mientras intento no pisar a ningún insecto.

Toma mi brazo para estabilizarme. —Algunas latas de pintura en aerosol, un martillo, algunos clavos, y un ramal de luces negras operado con baterías.

Enciende un farol de campamento que ilumina el espeso edredón extendido debajo de una canasta de picnic. Los susurros de los insectos se desvanecen en respuesta a la luz.

—¿Pero cómo tuviste tiempo? —pregunto, sentándome para rebuscar en la canasta. Hay una botella de agua mineral cara, también hay queso, galletas y fresas.

—Tenía mucho tiempo para gastar antes de que terminara la escuela —responde Jeb mientras selecciona una lista de reproducción en su iPad y la apoya en la mochila. Una alegre y sentimental balada resuena desde un altavoz en miniatura.

Intento ignorar que su respuesta me hace sentir como una escolar inmadura y saco algunas rosas blancas de la canasta. Estas han sido las flores de elección de Jeb para mí desde el día en que nos sinceramos sobre nuestros sentimientos, la mañana después de que regresara de mi viaje a través del agujero del conejo. La mañana después del baile de último año el curso anterior.

Me las llevo a la nariz, intentando borrar el recuerdo de otro juego de sosas blancas en el País de las Maravillas que terminarían rojas con su sangre.

—Quería hacer esto especial para ti. —Se quita su camisa de franela húmeda y se sienta al otro lado de la canasta, con una mirada expectante en su rostro.

Sus palabras hacen eco en mi cabeza: *Hacer esto especial para ti.*

Las flores se deslizan de mis dedos, reprimiéndome por magullar sus pétalos cuando se desparraman por el suelo.

—Oh —murmuro a Jeb, sin hacer caso a sus susurros—. Así que... es eso.

Sonríe a medias, proyectando una sombra donde su incisivo izquierdo se inclina suavemente sobre su diente frontal. —¿Eso?

Toma una fresa de la canasta. La luz del farol se refleja en las cicatrices del tamaño de un cigarro en sus antebrazos. Mentalmente las sigo a un camino de cicatrices semejantes debajo de su camisa: recordatorios de maltrato infantil.

—Hmm. *Eso*. —Jeb lanza la fresa, inclina la cabeza hacia atrás, y atrapa la fruta con la boca. Masticando, me estudia como esperando por una frase clave. La leve inclinación de su cabeza hace que su barba sin afeitar luzca aterciopelada, aunque no sea suave como el terciopelo. Es áspera contra la piel desnuda.

El calor se junta en mi abdomen. Aparto la mirada, intentando no darme cuenta de todas esas cosas sexys con las que me obsesioné mientras estuvimos separados.

Hemos hablado sobre el siguiente paso a tomar en nuestra relación vía mensajes de texto y llamadas telefónicas, y una vez en persona. Ya que su horario es tan ajetreado, hemos marcado la noche del baile de graduación en nuestros calendarios.

Tal vez decidió que no quería esperar. Lo que significa que tengo que decirle que no *estoy* lista hoy. Aún peor, tengo que decirle por qué.

Estoy totalmente desprevenida, asustada por completo, y no por las razones comunes. Mis pulmones se encogen, agravados por el húmedo aire del túnel... la pintura, las piedras, y el polvo. Toso.

—Chica patinadora. —Toda la broma se ha ido de su voz. Dice mi apodo tan lento y suave, que es casi engullido por la música de fondo y la lluvia cayendo afuera.

—¿Sí? —Mis manos tiemblan. Curvo los dedos en mis palmas, las uñas me rozan las cicatrices. Cicatrices que Jeb aún cree que fueron causadas por un accidente automovilístico cuando era niña, cuando un parabrisas supuestamente se destrozó y me dio en las manos. Solo uno de los muchos secretos que guardo.

No puedo darle lo que quiere, no todo de mí. No hasta decirle quién soy realmente. *Qué* soy. Era bastante malo cuando solo faltaba una semana para el baile. No estoy preparada para mostrarle mi alma después de estar lejos de él por tanto tiempo.

—Oye, tómallo con calma. —Jeb libera mis manos de su prisión de dedos y presiona mi palma contra su clavícula—. Te traje aquí para darte esto. —Arrastra mi mano a su pecho, donde un nudo duro del tamaño de una moneda de diez centavos presiona debajo de su camisa. Ahí es cuando noto el brillo de una delicada cadena alrededor de su cuello.

Levanta la cadena y la sostiene sobre la linterna. Es un relicario con forma de corazón con una cerradura en el medio.

—Lo encontré en un pequeño mercado de antigüedades en Londres. Tu mamá te dio esa llave que usas todo el tiempo, ¿cierto?

Me revuelvo, deseando corregir la media-verdad: que no es exactamente la misma llave que ella guardó para mí, aunque abre el mismo extraño y salvaje mundo.

—Bueno... —Se inclina sobre la canasta para ponerme la cadena. Cae justo sobre mi llave. Me libera el cabello, alisando las hebras para cubrir ambos dijes—. Pensé que esto podría ser simbólico. Está hecho del mismo tipo de metal, parece antigua como la llave. Juntos, prueban lo que siempre he sabido. Incluso cuando solíamos venir aquí de niños.

—¿Y qué es? —Lo miro, intrigada por cómo la abertura del túnel matiza un lado de su suave complexión con una luz azulosa.

—Que solo tú tienes la llave para abrir mi corazón.

Las palabras me sorprenden. Bajo la mirada antes de que pueda ver la emoción en mis ojos.

Resopla. —Eso fue cursi... tan vez inhalé demasiados gases de pintura mientras trabajaba en el mural.

—No. —Me balanceo sobre las rodillas y pongo los brazos sobre sus hombros—. Fue sincero. Y tan dul...

Pone un dedo sobre mis labios. —Es una promesa. Que estoy comprometido. Solo contigo. Quiero dejar eso claro, antes del baile, antes de Londres. Antes de que algo más suceda entre nosotros.

Sé a lo que se refiere, pero no es completamente cierto. También está comprometido con su carrera. Quiere que su madre y Jenara tengan cosas lindas; quiere ayudar a pagar los gastos de la universidad de su hermana en la carrera de modas, y cuidar de mí en Londres.

Entonces está la razón subyacente de que esté tan comprometido con su arte. La única razón de la que no habla.

No tengo derecho a estar celosa de su determinación para hacer algo de sí mismo, para probarse ser un mejor hombre del ejemplo que le fue dado. Solo deseo que pudiera encontrar un balance y estar satisfecho. En su lugar, se siente como si cada venta, cada nuevo contacto despertara su apetito por más, casi como una adicción.

—Te he extrañado —digo, atrayéndolo a un abrazo que aplasta la canasta en medio de nosotros.

—También te extrañé —dice contra mi oído antes de alejarnos. Un ceño preocupado se encuentra con mi mirada—. ¿No lo sabías?

—No supe de ti por casi una semana.

Levanta las cejas, obviamente disgustado. —Lo siento. No tenía cobertura.

—Hay fijos y correos electrónicos —espeté, sonando más irritada de lo que pretendía.

Jeb da unos golpecitos a la canasta entre nosotros con la punta de su bota. —Tienes razón. Solo que todo fue loco esa última semana. Fue cuando se hizo la última subasta. Y las charlas.

Charlas = fiestar con la élite. Lo miro con dureza.

Frota su pulgar en mi labio inferior, como si intentara convertir mi ceño fruncido en una sonrisa. —Oye, no me mires así. No estaba borracho o drogado o engañándote. Es todo negocios.

Mi pecho se aprieta. —Lo sé. Es solo que, a veces me preocupo.

Me preocupo de que anhele cosas que yo ni siquiera he experimentado todavía. Cuando él tenía dieciséis, perdió la virginidad con una mesera de diecinueve años en un restaurante donde él atendía mesas.

El año pasado, cuando salió con Taelor, nunca lo hicieron; sus sentimientos en desarrollo por mí le impidieron cruzar esa línea. Pero es bastante malo saber que estuvo con una “mujer mayor” antes de mí, que ella fue solo un muestreo de la tentación que lo rodea ahora diariamente.

—¿Preocupada por qué? —Se apresura Jeb.

Niego con la cabeza. —Solo estoy siendo estúpida.

—No. Dime.

La tensión escapa de mis pulmones en un soplo. —Tu vida ahora es muy diferente a la mía. No quiero ser dejada atrás. Te sentías tan lejos esta vez. A mundos de distancia.

—No lo estaba —dice—. Estuviste en mis sueños cada noche.

Su dulce sentimiento me recuerda mis sueños y la vida que escondo de él. Soy una hipócrita.

—Solo una semana más de escuela. —Juega con la punta de mi cabello—. Luego estaremos camino a Londres, y puedes ir conmigo a todos mis viajes. Es hora de sacar tu arte, también.

—Pero mi papá...

—He pensado en cómo arreglar las cosas. —Jeb aparta la canasta de entre nosotros.

—¿Qué? ¿Cómo?

—En serio, Al —sonríe Jeb—. ¿Quieres hablar sobre tu padre cuando podríamos estar haciendo esto? —Se levanta, llevándome con él. Sus brazos me envuelven. Me acurruco en ellos, y bailamos con la balada

del iPad, finalmente en sincronía. Olvido todo excepto nuestros cuerpos balanceándose. Nuestra conversación cae en su propio ritmo familiar. Nos reímos y bromeamos, poniéndonos al día de los pequeños momentos de las últimas semanas.

Se empieza a sentir como solía ser, los dos fundiéndonos el uno en el otro mientras las distracciones externas se desvanecen.

Cuando comienza otra canción, un seductor y rítmico número, mis dedos se deslizan por su espina dorsal al compás, encontrando su camino bajo el dobladillo de su camisa. Deslizo las uñas suavemente sobre las tonificadas líneas de su espalda y le beso el cuello.

Gime, y sonrío en la penumbra, sintiendo el cambio en él. Un cambio que controlo. Nos baja al edredón, guiándome sobre mi espalda. Un pequeña parte de mí quiere terminar de hablar de las cosas que se sienten inconclusas. Pero más que eso, lo quiero a él así, absorto en nada más que yo, su peso acercándose, reconfortante y exigente a la vez.

Sus codos se apoyan a casa lado de mis oídos, me sostiene la cabeza mientras me besa, tan gentil y minucioso, puedo saborear la fresa que se comió hace un minuto.

Estoy sin aliento, mareada... flotando tan alto que apenas me doy cuenta que su teléfono vibra con un mensaje de texto.

Se tensa y gira para sacarse el teléfono del bolsillo de sus vaqueros. —Lo siento —murmura y desliza el dedo para leer el texto.

Gruño, extrañando el calor de su peso.

Después de leer silenciosamente, se gira hacia mí. —Era el reportero de *Picturesque Noir*. Dice que tienen una página doble disponible si puedo adelantar mi sesión de fotos en la galería a esta tarde. Después de eso quieren invitarme a una cena para la entrevista. —Como si entendiera la decepción en mis ojos, añade—: Lo siento, Al. Pero una página doble... es algo grande. El resto del fin de semana soy tuyo, desde la mañana hasta la noche todos los días, ¿de acuerdo?

Comienzo a señalar que no lo he visto por un mes y que hoy se suponía que fuera sobre nosotros, pero me trago la perorata. —Seguro.

—Eres la mejor. —Me da un beso en la mejilla—. ¿Te importaría recoger las cosas? Tengo que llamar al Sr. Piero para que pueda poner mi trabajo en la sala de exposiciones.

Ofrezco una inclinación de cabeza, y él se dirige al frente del túnel para llamar a su jefe al estudio de arte donde restaura pinturas viejas cuando no está mostrando su propio trabajo. La oscuridad se extiende entre nosotros, tristes formas sombrías se forman fuera del alcance del farol, luciendo tan abatidas como me siento.

Me siento y tomo la canasta y el iPad de Jeb, tan ocupada intentando escuchar su conversación —algo sobre cuál sala de exposición tiene la mejor iluminación para el fotógrafo— que apenas me doy cuenta de que los murmullos de los insectos han aumentado hasta que se unen en uno:

Deberías haberlo escuchado. Te lo advertió en sueños... ahora todas tus dudas serán arrastradas.

Gotas... gotas... gotas.

Lucho por levantarme mientras una llovizna empieza a caer desde la oscuridad al final del túnel detrás de mí. El sonido eriza los pequeños cabellos de mi nuca.

Gotas... gotas... gotas.

Me debato entre llamar a Jeb para que regrese a investigar, pero una vívida punta azul de un ala que está pintada en el muro llama mi atención. Está justo fuera del círculo de luz. Raro que no lo notara antes.

Avanzo hacia los dibujos fluorescentes y, con unos tirones rápidos, arrastro la hebra de luz de Jeb. EL cordón se enrolla en el suelo, siguiéndome cuando comienzo a acercarme a la misteriosa imagen alada, tirando de la batería con un sonido sordo.

Gotas... gotas... gotas.

Echo un vistazo en la negrura al final lejano del túnel pero ahora estoy más interesada en el grafiti. Con el cable enredado en los dedos, muevo la improvisada manopla de luz por el retrato para iluminarlo, pieza por pieza, como un rompecabezas.

Conozco esa cara y los ojos enjoyados. Conozco ese salvaje cabello azul y esos labios que saben a seda, regaliz y peligro.

Impaciencia y temor se enredan en mi pecho. El mismo efecto complejo que siempre tiene en mí.

—Morfeo —susurro.

Los insectos susurran al unísono:

Está aquí... viaja en la lluvia...

Sus palabras trabajan como una estaca en mi columna, clavándome en el lugar.

—¡Corre! —El grito de Jeb desde la parte delantera del túnel me sacude la bruma mental. Sus botas chapotean en el agua que no había notado acumulándose a mis pies.

—¡Inundación! —grita Jeb, tropezando en la oscuridad entre nosotros.

Me da pánico y doy un paso hacia él, solo que la hebra de luz cobre vida en mi mano como una serpenteante y movediza parra. Se envuelve alrededor de mis muñecas, entrelazándolas, y luego mis tobillos. Lucho contra la cuerda, pero estoy atada antes de poder siquiera gritar.

Una ola chorrea desde la oscuridad al final del túnel y me hace trastabillar. Aterrizo en el suelo sobre mi estómago. El agua fría y sucia me enfanga la cara. Toso, intentando mantener la nariz sobre la corriente, pero la hebra de luz me tiene paralizada.

—¡Al! —El grito aterrorizado de Jeb es lo último que escucho antes de que el agua se arremoline alrededor de mis extremidades atadas y me haga desaparecer.

Ahogándome en el País de las Maravillas

Traducido por Jasiel Alighieri

Corregido por Gaz Holt

La hebra de luces alrededor de mis tobillos y muñecas me arrastra contra la corriente, más adentro del túnel, donde el agua es de color negro. Es como estar sumergida en tinta fría. Lucho para sacar la cabeza del agua, pero no puedo. El frío me deja insensible, desesperada por respirar.

Jeb me encuentra. Agarrando mis axilas, me atrae lo suficiente para que tome una bocanada de aire, pero otra ola de agua lo tumba hacia la abertura de la tubería, y el cable de vinilo me sacude en la dirección opuesta. Puedo darme cuenta por sus gritos distantes que no puede seguir. Me alegro de que esté atrapado en la corriente. Estará más seguro una vez que la corriente del agua lo deposite afuera.

Las cosas que aprendí en el País de las Maravillas hace un año... poderes que practico sola en mi dormitorio para que mamá no me atrape y enloquezca... regresan, tan poderosos como el cable arrastrándome por debajo de las fuertes olas.

Relajo los músculos y me concentro en la hebra de luces, imaginándolas vivas. En mi mente la electricidad pulsa a través de sus cables, convirtiéndose en plasma y nutrientes. Responden como si fueran criaturas vivas. Sus luces iluminan lo suficiente para ver bajo el agua cómo los cables se animan. El problema es que no he sido consistente con mis ejercicios mágicos, por lo que a pesar de que le estoy dando la vida a cada tira, no tengo el control. Es como si las luces tuvieran mente propia.

O tal vez están bajo la influencia de otra persona.

Convulsionando con la necesidad de respirar, obligo a mis ojos a permanecer abiertos bajo el agua. El frío hace que duelan. Me transporto a la parte más profunda del túnel, como si estuviera montando un carro acuático enganchado a anguilas eléctricas. El cable me arrastra hacia una puerta —pequeña y antigua—, incrustada en la pared de hormigón. Está cubierta de musgo y fuera de lugar en el reino de los humanos, pero la he visto antes. Tengo la llave para abrirla alrededor de mi cuello.

No tiene ningún sentido que estuviese aquí, tan lejos de la madriguera del conejo en Londres, que es la única entrada al País de las Maravillas en este mundo.

Doy un tirón contra mis ataduras. No estoy durmiendo, así que esto no puede ser un sueño. No quiero entrar por esa puerta mientras estoy despierta. Todavía estoy tratando de superar la última vez.

Mis pulmones se aprietan en mi interior, voraz, hasta que no tengo otra opción. Entrar es mi única salida, mi única manera de respirar y vivir. Luchando contra las ataduras de las muñecas, inclino los codos para llegar a mi pecho. Con ambas manos, atrapo la llave de mi cadena, apartando del medio el relicario con forma de corazón de Jeb. La corriente estampa mi cabeza contra la pared de hormigón. El dolor se dispara desde la sien hasta el cuello.

Barro mis piernas atadas como la cola de una sirena con el fin de reposicionarme a mí misma delante de la puerta. Meto la llave en la cerradura. Con un giro de las muñecas, el pestillo cede y el agua se canaliza. Al principio soy demasiado grande para entrar, pero entonces o bien la puerta crece o me encojo, porque de alguna manera encajo perfectamente.

Monto las olas a través de la puerta, levantando la cara para tragar aire. Un montículo me detiene, lo suficientemente fuerte para sacarme el aire de los pulmones. Caigo tosiendo sobre el barro, la garganta y los pulmones adoloridos, las muñecas y los tobillos irritados por su lucha contra la hebra de luces.

Me pongo bocarriba y pateo, intentando soltar mis ataduras. Una sombra de grandes alas negras se arrastra a través de mí, un escudo contra la tormenta que se avecina.

Relámpagos de neón cortan el cielo, proyectando el paisaje en tonos fluorescentes y liberando un agrio olor chamuscado. La tez de porcelana de Morfeo —desde su suave rostro a su pecho tonificado que se vislumbra por una camisa medio abotonada— luce tan luminosa como la luz de la luna bajo los destellos eléctricos.

Se eleva sobre mí. Su impresionante altura es la única cosa que él y Jeb tienen en común. El dobladillo de su abrigo negro azota alrededor de sus botas. Abre una mano, un puño de encaje se desliza fuera de su chaqueta.

—Como te he estado diciendo, amor —su profundo acento rueda por mis oídos—, si te relajas, tu magia responderá. O quizás preferirías quedarte atada. Yo podría colocarte en una bandeja para mi próximo banquete. Sabes que mis invitados prefieren sus entrantes golpeados y crudos.

Me tapo los ojos ardientes y gimo. A veces, cuando estoy molesta o nerviosa, me olvido de que hay un truco para mis poderes como habitante del Inframundo. Inhalando por mi nariz, pienso en el sol brillando sobre las olas del océano para calmar mis latidos, luego exhalo por la boca. En cuestión de segundos, la hebra de luces se relaja y se aleja de mí.

Me estremezco cuando me obliga a ponerme de pie. Cansadas por su batalla con el agua, mis piernas empiezan a ceder, pero no ofrece ninguna otra ayuda. Tan típico de él, esperando a que me pusiera de pie por mi cuenta.

—En serio, a veces te odio —digo, apoyándome contra un tallo de hoja gigante. La margarita se rinde a mi peso sin una palabra, lo que provoca una curiosa punzada en mi estómago. No puedo imaginar por qué no me está empujando o protestando.

—A veces. —Morfeo deja caer un sombrero de vaquero de terciopelo negro sobre su pelo azul—. Hace un par de semanas fue un definitivo *siempre*. En cuestión de días, estarás profesando tu eterno a...

—¿Asco? —interrumpo.

Sonriendo provocativamente, ajusta su sombrero a un ángulo engréido, y la guirnalda de polillas muertas que atraviesan las alas se estremece. —De cualquier manera, estoy debajo de tu piel. De cualquier manera, yo gano. —Golpea sus dedos largos y elegantes en los pantalones de ante rojos.

Lucho contra el molesto impulso de devolverle la sonrisa, hiper consciente de lo que le hace su lenguaje corporal a mi lado más oscuro: cómo se curva y se extiende con cautela, como un gato que toma el sol en una repisa soleada, atraído por el calor, pero en guardia.

—No se supone que me traigas aquí durante el día. —Escurro el dobladillo empapado de mi falda antes de trasladarme a los enredos en mi cabeza. Ráfagas de viento atrapan mi pelo, las hebras pegajosas abofeteándome el cuello y la cara. Se me pone la piel de gallina debajo de la ropa. Me estremezco y cruzo los brazos—. De todos modos, ¿cómo lo has conseguido? Sólo hay una entrada al País de las Maravillas... no puedes solo mover la madriguera a donde quieras. ¿Qué está pasando?

Morfeo envuelve un ala a mi alrededor, bloqueando el viento. Su expresión vacila entre el antagonismo y la diversión. —Un mago nunca revela sus secretos.

Gruño.

—Y no recuerdo aceptar a una hora particular del día para nuestras reuniones —continúa, imperturbable ante mi mal humor—. Deberías ser capaz de visitarlo en cualquier momento que quieras. Después de todo aquí también tienes un hogar.

—Así que sigues insistiendo. —Rompo el vínculo antes de que me pueda atraer a su mirada hipnotizante. En su lugar, me concentro en el caos que nos rodea. Es el peor modo en que he visto lucir al País de las Maravillas.

Nubes de color púrpura oscuro se esparcen por el cielo como gordas arañas vaporosas. Dejan rastros oscuros, como si tejieran redes en el aire. El barro debajo de mis zapatos gime y chisporrotea. Burbujas marrones suben y estallan. Si no supiera mejor, juraría que algo estaba respirando ahí abajo.

Incluso el viento ha encontrado una voz, alta y melancólica, silbando a través del bosque de flores zombis que una vez se alzó tan orgulloso como los olmos. Las flores solían saludarme con actitudes sarcásticas y conversaciones presumidas. Ahora todos y cada una se acobarda, doblándose en los tallos, sus brazos marchitos escondiendo los pétalos salpicados por cientos de ojos cerrados.

Los habitantes multi-ojos del Inframundo han perdido su lucha... su alma.

Morfeo desliza sus manos en un par de guantes rojos lisos. —Si piensas que esto es una tragedia, tienes que ver lo que está sucediendo en el corazón del País de las Maravillas.

Mi propio corazón se hunde. El País de las Maravillas solía ser tan hermoso y vivo, aunque fuera estridente y espeluznante. Aunque el ver la tierra derrumbarse no debería afectarme tan fuertemente. He sido testigo de la decadencia gradual en mis sueños durante las últimas semanas.

La cosa es que esperaba que fuera sólo imaginario. Tal vez esto es sólo un sueño. Pero si es real y Morfeo está diciendo la verdad, tengo que dar el paso adelante. Es mi lugar.

El problema es que rara vez Morfeo dice la verdad. Y siempre tiene una agenda personal oculta. Excepto la única vez en que, de hecho, llevó a cabo un acto altruista y desinteresado por mí.

* * *

Mi atención regresa de vuelta para vislumbrar la contracción muscular de su mandíbula. Una señal delatora de que se ha perdido en sus pensamientos. Debería molestarme el saber tanto sobre sus gestos. En su lugar, me molesta que me *guste* saberlo.

Su familiaridad es inevitable. Hasta los cinco años, visitó mis sueños cada noche como un niño inocente. Cuando un habitante del Inframundo toma forma de un niño de ese modo, su mente se convierte en la de un pequeño también. Así que prácticamente crecimos juntos. Después de

verlo de nuevo el verano pasado, nos separamos por un tiempo. Él me dio el espacio que pedí. Pero ahora ha establecido su residencia en mis sueños una vez más. Está aquí cada vez que Jeb se va, haciéndome compañía, aunque no le pido que lo haga.

Cuando compartes esa gran parte de tu subconsciente con alguien tiendes a aprender cosas de él. A veces incluso a desarrollar sentimientos por él, no importa cuánto intentes luchar contra eso.

Observo mientras aprieta los dientes. Bajo sus ojos lleva las mismas manchas que tenía en el País de las Maravillas. Las marcas son preciosas y oscuras, como pestañas largas y sinuosas, aunque se inclinan con sus brillantes joyas. Están parpadeando a través de ciclos —plata, azul, marrón— un torbellino melancólico de emociones bailando en su rostro. He aprendido a descifrar los colores, es como leer un anillo de estados de ánimo.

—¿No crees que es hora de parar la destrucción, Alyssa?

Trazo las dos cadenas que descansan bajo de mi clavícula. Levantando el relicario de Jeb, lo presiono contra mis labios para saborear el metal, recordando su voto de compromiso en el túnel. Lo dejé en el agua, y él no sabe dónde estoy. Tengo que volver a él para asegurarme de que está bien.

—Si estás preocupada por tu novio, está bien. Puedo garantizar eso. —No es sorpresa que Morfeo me lea con tanta claridad. Me conoce tan bien como lo conozco yo a él—. Hay que concentrarse en el aquí y el ahora.

Lo fulmino con la mirada. —¿Por qué estás tan decidido a arrastrarme a esto?

—Estoy tratando de contener la guerra. Ella vendrá para destruirte de una manera u otra. Era una parte de ti. Aunque fuera sólo por unas horas, dejó una impresión. Al igual que hiciste con ella. Eres la única que la ha derrotado.

Estrecho los ojos. —Aparte de ti, querrás decir.

Una de las comisuras de su boca se levanta. —Ah, pero eso fue pura suerte y una espada vormal. Tu ataque fue personal y, en su mente, una traición, por el vínculo que compartían.

—Aún no has demostrado que ella es responsable de esto. Lo último que supe fue que su espíritu estaba en una pila de hierbas moribundas.

—Al parecer encontró el cuerpo saludable de un habitante del Inframundo para habitar.

Mi columna se estremece ante la posibilidad. —¿Cómo sé que no estás inventándote esta amenaza? Ya lo has hecho antes. Inventado un elaborado plan para conseguir que me lanzara por el agujero del conejo.

No volveré a ser tu peón. ¿Dónde está la prueba de que no estás intentando hacerme regresar para quedarme?

—Prueba... —Frunciendo el ceño, azota sus alas en alto, exponiéndome al viento de nuevo—. Deja de actuar como una insignificante y desconfiada humana. Estás destinada para mucho más que eso.

Lo miro fijamente a través del cabello que me azota. —Estás equivocado. Una humana es *exactamente* lo que estoy destinada a ser. Elegí vivir ahí arriba. —Señalo de nuevo hacia la puerta—. Para experimentar todo lo que Alice no pudo.

Morfeo vuelve su rostro hacia el cielo. —Me temo que eres la que está equivocada si crees que voy a dejar al País de las Maravillas podrirse para que puedas jugar a “pasar al macho sobre la virgen” con tu juguete mortal.

Mis mejillas pican con calor. —¿Nos estabas mirando? Espera. Tú *provocaste* la inundación en la tubería de drenaje. Querías arruinar nuestra cita.

Entrando en mi espacio personal, Morfeo cierra sus alas en torno a los dos. La maniobra corta el viento efectivamente, la luz se atenúa, y me ciega de todo excepto a él.

—Yo no soy el que puso fin a ese intento torpe de seducción. Jebediah logró todo eso por su cuenta. —Morfeo arrebató los dos collares de mis dedos, manteniendo los delicados eslabones bastante tensos para que no puedo luchar sin romperlos—. Si *te* prestara más atención en vez de a su preciosa carrera —pone los dijes sobre una palma y, usando su pulgar y el dedo índice enguantado, posiciona la pequeña llave en la cima de ojo de la cerradura—, tal vez entonces estaría en sintonía con tus necesidades y deseos. —Sosteniendo mi mirada, hace una demostración de cómo los dientes de la llave no tienen la forma adecuada para la apertura del corazón—. En su forma actual, no es el más adecuado.

Un repiqueteo profundo y constante despierta en mi mente, como si fueran alas golpeteando en mi cráneo. Es el regreso de mi parte como habitante del Inframundo. Nadie puede traerlo a la superficie como Morfeo. —Suéltame —exijo.

Morfeo aprieta su agarre, desafiante. —¿Siquiera se ha tomado el tiempo para reconocer los cambios en ti? ¿Preguntar por qué ya no utilizas insectos y flores en tus mosaicos? ¿O por qué has cambiado tu miedo a las alturas por el de las superficies reflectantes?

Aprieto la mandíbula. —Preguntó. Es que no estoy muy segura de cómo explicar que mantengo mi espejo cubierto con una manta porque me preocupa ser espiada por un fenómeno con alas.

Morfeo sonríe. —Dice la chica cuyas alas siempre tienen ganas de liberarse.

Frunzo el ceño, odiando que tenga razón.

—Necesitas un hombre que te conozca y te entienda, Alyssa. Ambos lados tuyos. Un socio. —Tira de las cadenas (y de mí) más cerca—. Aquel que es tu igual en todos los sentidos. —El aroma de regaliz llena mi nariz, debe de haber estado fumando su narguilé antes de llegar. Mi cuerpo me traiciona, recordando cómo saben esos besos a tabaco.

 l libera las cadenas para ahuecar mi barbilla. Sus guantes son fríos, pero el encanto de sus ojos oscuros y místicos me calienta de pies a cabeza. Casi caigo en ellos, casi me olvido de mí misma y de mis elecciones. Pero soy más fuerte que eso.

Doy un tirón para liberarme y empujo su pecho, con fuerza suficiente para mecerlo hacia atrás. A pesar de que el dobladillo de su abrigo se enreda alrededor de sus piernas, él recupera el equilibrio sin perder tiempo.

Ri ndose, mueve un brazo en un gran gesto y se inclina. —El partido determina el juego. Cada vez, y siempre, mi igual. —Su sonrisa petulante se burla de mí con promesas e insinuaciones.

—Esto no es un juego.  Podr as haber *matado* a Jeb en esa inundación! —Me lanzo hacia él, pero cruza un ala entre nosotros para defenderse. Golpeando la barrera negra satinada, gru o—. Has cruzado una línea. No me molestes durante el día otra vez. —Empiezo a caminar hacia la puerta. Prefiero enfrentarme a un túnel de alcantarillado inundado que quedarme aquí otro segundo.

—No hemos terminado —dice detrás de mí.

—Oh, *s * que lo hemos hecho.

En algún rincón apartado y privado de mi alma, me preocupo más por el País de las Maravillas de lo que me atrevo a admitir en voz alta. Pero si dejo que Morfeo vea eso... me convencer  para quedarme y luchar. La última vez que me enfrent  a la Reina Roja, dejó una huella de terror en mi corazón. A juzgar por lo que est  pasando con la tierra, sus poderes son aún más fuertes de lo que eran entonces. Suprimo otro estremecimiento. Estoy completamente desprovista para una batalla de semejante proporción. Soy sólo la mitad de habitante del Inframundo que es ella, y no soy su igual.

Nunca lo será.

Estoy a pocos pasos de la puerta cuando una palmada de las manos revestidas de cuero de Morfeo me detiene en seco.

Un susurro siniestro crece a mi alrededor, como las hojas rastrillando a través de las tumbas. Me volteo, pero no lo suficientemente

rápido. Las vides suben por mis piernas, girando y apretando. Los músculos de mis pantorrillas se acalambran bajo la presión. Usando mi subdesarrollada magia de habitante del Inframundo intento influir en las plantas. La hiedra pulsa, pero se niega a liberarme.

—Una pena que hayas descuidado tu mejor lado por mucho tiempo —señala Morfeo, mientras pasa de cerca—. Si practicaras más a menudo, tu segunda naturaleza sería relajarte... más fácil para ti el convencer tus poderes a que se sometan.

Gruño. Mi parte superior todavía está libre, así que le lanzo un puñetazo, atinando en sus abdominales. Maldice, pero su mueca no vacila. Con un movimiento de cabeza suyo, la margarita que usé antes como apoyo se extiende y me sujeta los codos. Sus manos, un tanto humanoides, me encierran apretadamente. Cuando lucho, sisea una advertencia.

Reprimiendo un grito frustrado, me encuentro con los ojos negros insondables de Morfeo. —Quiero ir a casa.

Se fastidia por su camisa, alisándola donde mi puño la arrugó. — Sigue haciendo caso omiso de tus responsabilidades, y que no te quedará un hogar.

Niego con la cabeza. —¿Cuántas veces tengo que decirlo? Mi hogar está en el reino de los humanos, no aquí. —Media mentira. No puedo soportar la idea de ver de nuevo la destrucción a mi alrededor. Pero él no tiene que ver cuán mal estoy... cuán mal he estado desde el año pasado.

—¿Qué te hace pensar que me refería a *aquí*? —Se apoya sobre un tallo de capuchina. La postura no debería ser una amenaza, pero sus alas se alzan detrás de él, negras y amenazantes contra el contexto de la tormenta, y mi piel se eriza con aprensión. Trato de liberar mis codos. La margarita es demasiado fuerte. Incluso a través de mis mangas largas, los dedos muerden mi carne.

—Exijo ver a la Reina Grenadine y a Ivory —le digo.

Morfeo suelta una risa. —¿Exiges? Así que estás jugando la carta real, ¿no?

Mi pecho se aprieta. —Las reinas están a cargo de los portales hacia mi casa, no tú.

—Ah, pero ahí está el problema. Partes del País de las Maravillas ya han caído en las garras de Roja, y ella tiene la intención de recuperar su trono y derrocar a Ivory, por lo que podría estar a cargo de los dos portales. Por tu ausencia y apatía, estás dando rienda suelta a la bruja. Sabes lo impotente y olvidadiza tonta que es tu sustituta, Grenadine.

Los relámpagos caen de nuevo, cubriendo todo con una luz misteriosa. El barro debajo de mí comienza a ablandarse, y me hundo

unos centímetros, luego más. He detonado uno de sus negros estados de ánimo. Eso nunca es bueno. —Estás mintiendo.

—La verdad está en la sangre. ¿Están mintiendo tus obras de arte?

Quiero arremeter contra él por espiarme en la escuela, pero no cambiará el hecho de que tiene razón. A pesar de que no puedo descifrar las escenas violentas de mis mosaicos de sangre, puedo hacer lo suficiente para saber que algo está mal en este mundo. Y que a lo mejor la Reina Roja está detrás de ello.

Mi cuerpo se tambalea en el barro. Me estoy hundiendo aún más profundo, literal y figurativamente.

La margarita me libera de su agarre rasposo, y las vides me chupan hacia abajo. Un frío y pegajoso lodo se arremolina alrededor de mis pantorrillas. Roto la cintura para suplicarle a la flor gigante. —Tú eres mi amiga. La última vez que estuve aquí, jugamos a las cartas, ¿recuerdas? No lo dejes que haga esto...

Aún en silencio, la margarita vuelve sus cientos de ojos hacia los de Morfeo, como a la espera de sus instrucciones.

—¿Se te olvidó, Alyssa? Los solitarios de nuestra especie no son leales a nadie más que a sí mismos, o al mejor postor. —Morfeo se acerca, de manera que las puntas de sus botas están en el borde del agujero. Estoy cara a cara con sus muslos, pero no puedo alcanzarlo—. Harías bien en volver a familiarizarte con su verdadera naturaleza. Puede que te recuerde a la tuya. —Aplaude dos veces en esta ocasión.

Tan lejos como puedo ver en cada dirección, el bosque de flores se eleva, las plantas rasgan sus gigantescos tallos del barro. Aparecen brazos y piernas frondosas. En el centro de cada flor, las bocas se abren, gimiendo, para revelar dientes claros y dentados. Sus raíces, moviéndose como serpientes, los impulsan hacia adelante. Pronto estoy rodeada de filas y filas de ojos parpadeantes.

Mi corazón se tropieza en mi pecho. Los mutantes no estaban latentes y débiles en lo absoluto... estaban al acecho, una trampa preparada para brotar.

Sus raíces serpentean a través del fango, y se deslizan para compartir mi tumba, sus cuerpos similares a tallos presionando herméticamente, encarcelándome en capas de hojas cubiertas de musgo y pétalos. Me retuerzo mientras presiono los brazos contra el torso, mis bíceps clavándose en mis costillas. Con el peso adicional del ejército de flores a mi alrededor, me hundo otros quince centímetros en el barro, ahora al nivel de las pantorrillas de Morfeo. Un destello de claustrofobia resurge. Lo ahogo, recordando lo que soy. Cómo escapé antes de aquí una vez.

—Oh, vamos. —Mi voz suena más firme de lo que yo siento—. Si Roja no pudo atraparme como su marioneta, ¿realmente crees que tienes una oportunidad de retenerme en una jaula de algas?

Una de las flores sisea, ofendida por el insulto.

Los relámpagos destellan en el cielo, y Morfeo ladea la cabeza. —Tú no eres la marioneta de nadie, ciruela. Sin embargo, *eres*, un rehén. Aunque pareces confundida en cuanto a quién sostiene tus cadenas. —Se agacha, su nariz está a pocos centímetros de la mía—. He sido muy paciente. —Los nudillos enguantados se deslizan por mi mandíbula y mi cuello. Las joyas bajo sus ojos brillan con un apasionado color violeta—. Pero ya no tenemos el lujo del tiempo. Roja se ha ocupado de ello.

Trato de bloquear cómo mi piel responde a sus caricias, de hecho siendo atraída hacia él, como el cabello alzándose ante una corriente eléctrica. Fijada en el lugar que estoy, todo lo que puedo hacer es apartar la cabeza para romper el contacto.

En cuclillas, Morfeo entorna los ojos. —Suelta las cadenas que te has puesto a ti misma. Reclama tu corona y libera la locura de habitante del Inframundo de tu interior.

—No. Elegí ser humana. —La bilis me quema la lengua a medida que el barro me hunde más profundo, como si fuera un ratón engullido por una serpiente. El lodo se eleva hasta mi pecho, luego la garganta, es una sensación sofocante. Me pregunto hasta qué punto planea llevar su engaño.

Se deja caer sobre su estómago, las alas brillando como charcos de aceite a su lado, viéndose igual a como cuando era un niño travieso. Con la barbilla apoyada en un puño, me estudia. —No voy a mendigar. Ni siquiera por ti, mi *querida* reina.

Una fuerte ráfaga de viento nos corta, quitándole el sombrero. Lo atrapa por el ala antes de que vuele hacia el agrietado cielo.

Su brillante pelo azul azota en su rostro mientras se vuelve hacia mí. —Si no te vas a quedar y salvar al País de las Maravillas, llevaré mi propio caos al reino humano. Lucha por nosotros, o enfrenta las consecuencias.

Las flores cierran y me empujan hacia él, manos frondosas y ásperas me raspan el cuello y las mejillas, tirando de mi cuero cabelludo para que no pueda apartarme lejos. Él sonrío, tan cerca que siento el calor de su aliento en mi cara.

—No te dejaré —insisto—. No te dejaré entrar en mi mundo.

—Ya es demasiado tarde —murmura contra mi piel zumbante—. Para cuando encuentren tu cuerpo, ya yo estaré allí.

Entre el Diablo y el Mar Turbulento

Traducido por Alexa Colton

Corregido por NnancyC

¿Encontrar mi cuerpo? Quiero gritar, pero ni siquiera puedo lograr un gemido debajo de esa frondosa mano afianzada a lo largo de mi boca.

Morfeo se pone de pie, el borde de sus alas arremolinándose en sus tobillos. Se acomoda el sombrero en su lugar, haciendo ademanes a las flores, luego se transforma en la polilla que atormenta mis recuerdos: alas negras, cuerpo azul del tamaño de un pájaro.

Las enredaderas me arrastran hacia abajo y el lodo me rodea como un puño dulce y pegajoso. Todos los sonidos del exterior se vuelven apagados. Me quedo únicamente con mis latidos y mis quejidos, nada más que vibraciones contenidas por las cuerdas vocales y una jaula de costillas.

Es imposible abrir los párpados, mis pestañas están aplastadas contra mis mejillas tan fuerte que ni siquiera pueden revolotear. Cada prenda de vestir se contrae, como si una capa de pegamento las adhiriera a mi piel. Estoy paralizada. No sólo físicamente, sino mentalmente.

Es demasiado apretado... demasiado restrictivo. La claustrofobia que pensé que había vencido hace un año, regresa como una ola estrellándose.

La oscuridad como en la boca de un lobo. El silencio de muerte. La impotencia.

Lucho por no respirar, aterrorizada de que el barro entre a mi nariz. Se filtra dentro de todos modos, llenando mis fosas nasales. Me atraganto con la sensación opresora en mis pulmones cuando el lodo invade mi cuerpo.

Intento agitar las piernas, mover los músculos, pero apenas logro un espasmo. Mis esfuerzos atraen el lodo con más fuerza alrededor de mí como arenas movedizas.

Mi corazón late descontroladamente y el pánico irrita mis nervios.

¡No hagas esto! Chillo en mi cabeza a Morfeo. Nunca pensé que llevaría esto tan lejos. Como una tonta, le creí cuando me dijo que se preocupaba por mí.

¿Cómo es que matarme arreglará las cosas? Trato de razonar con él. Pero la lógica trabaja en mí en su lugar. Morfeo no hace nada sin una razón. Está tratando de empujarme a la acción. Espera a que me libere yo misma.

¡Morfeo! Grito en mi mente una vez más. Mi pulso violento hace eco nuevamente.

La presión que aumenta en mis pulmones es agonizante. Las lágrimas escocен detrás de mis párpados, pero no pueden escapar. Mi cuerpo duele por tensarse contra las paredes de barro. Estoy mareada y confundida.

Agotada, comienzo a ceder a la somnolencia. Es más seguro allí, donde no hay sentimientos... ni temor.

Mis músculos se relajan y el dolor se calma.

—¡Tienes que luchar para volver, ya! —El grito dentro de mi cabeza me despierta.

Me tenso de nuevo. ¿Cómo? *Estoy atrapada.*

—*Sé ingeniosa.* —La voz de Morfeo es más suave ahora, gentil, pero estimulante—. *No estás sola en el lodo.*

Por supuesto que estoy sola. Las flores zombis se deslizaron lejos después de que me derribaron. No hay duda de que ahora están en la superficie, riendo con Morfeo. La única cosa compartiendo mi tumba son los bichos excavando a mi alrededor.

Bichos...

Todos estos años he estado escuchando sus susurros. Sin embargo, nunca, ni una vez, traté de responderles, de comunicarme realmente. Tal vez estén dispuestos a ayudar, si logro llegar a ellos.

Toma un poco más que ese pensamiento, ese resquicio de esperanza, y una súplica silenciosa pidiéndoles que me ayuden a cavar para salir, por algo que quite el barro alrededor de mí.

Los bichos y los gusanos se arrastran a lo largo de mis piernas. La presión se aligera y soy capaz de mover los tobillos. A continuación, mis muñecas pueden moverse. Por último, mis brazos y piernas quedan libres, y cavo, abriéndome camino a través del lodo.

Arriba, arriba, arriba. El barro se hace fluido y nado hacia mi salida. Entonces, algo va mal. Los insectos y los gusanos hacen un desvío y llenan mis fosas nasales. Mi garganta se obstruye con las sensaciones paulatinas,

deslizantes. Me atraganto, mi tráquea se extiende para acomodar sus cuerpos.

Morfeo grita nuevamente: —*¡Lucha... lucha para vivir! ¡Respira! ¡Respira!*

Pero no es Morfeo gritado. Es Jeb. Y no estoy abriéndome paso en un mar de lodo. Estoy rodeada de agua, cielos húmedos y paramédicos. Algo más que insectos se metió a mi garganta. Jadeo, absorbiendo oxígeno a través de un tubo. Lo siguiente que sé, es que estoy en una camilla cubierta con sábanas y siendo llevada a una ambulancia. Me estremezco. Mis pestañas empapadas revolotean, son la única parte de mi cuerpo que no duele demasiado como para moverse.

El rostro de Jeb flota dentro de mi nublada vista y se agacha junto a mí, entrelazando sus dedos con los míos. Su pelo gotea en mi antebrazo. Sus ojos están rojos, ya sea por llorar o por luchar contra el agua hundiéndonos. —Al, lo siento. —Acaricia mi mano, sollozando—. Yo... lo siento mucho. —Luego se ahoga en silencio.

Quiero decirle que no es el responsable, pero no puedo hablar con este tubo en la garganta, y no importará. Jeb no recuerda quién es Morfeo. Pensaría que estoy teniendo un delirio a causa de la falta de oxígeno. Así que en lugar de tratar de contestar, me entrego a la inconsciencia.

* * *

Tengo la sensación de algo me toca la marca de nacimiento del tobillo, y una oleada de calor me recorre por todo el cuerpo. Luego me despierto en una habitación de hospital.

Una ventana se extiende a través de la pared del lado derecho. El atardecer se filtra por las persianas, estableciendo una neblina color rosa sobre un arcoíris de artículos, globos de *Mejórate*, peluches, arreglos florales y plantas en macetas sobre el alféizar.

Todo lo demás es incoloro. Paredes blancas, baldosas blancas, sábanas blancas y cortinas blancas. El desinfectante y las notas frutales del perfume de Mamá flotan a mi alrededor, mezclándose con el aroma de los lirios en la ventana.

Las flores recién cortadas se quejan de que su jarrón está demasiado apretado alrededor de sus tallos, pero la voz de mi mamá les ahoga.

—Él no tiene asuntos pendientes aquí como para estar alrededor día y noche —dice ella—. Ve al pasillo y dile que se vaya.

—¿Podrías parar? —le responde papá—. Él salvó su vida.

—También es el responsable de casi matarla. Ella no habría estado en peligro si no la hubiese llevado ahí. —La voz de mamá disminuye, pero aún puedo oírla—. Solo Dios sabe lo que estaban haciendo. Si no le dirás que se vaya a casa, yo lo haré.

Jeb. Me sacudo, sólo para tener un jalón de mi intravenosa en la parte sensible de la piel de mi mano. Una sensación de confinamiento rueda sobre mí, recordándome el barro. Luchando con las náuseas que giran en mi estómago, intento pedirles a mis padres que me retiren la aguja, pero mi garganta está en llamas. El tubo que estaba metido en mi tráquea se ha ido, pero dejó su huella.

Mis padres siguen discutiendo. Estoy tan aliviada al oír a papá defender a Jeb, aunque cierro los ojos y espero a que se vayan y me dejen sola con las plantas susurrantes. Las flores le permitirán a Jeb entrar. Especialmente el jarrón de rosas blancas. No tengo que ver la tarjeta para saber que esas provienen de él.

—Mamá... —No reconozco el sonido que se precipita fuera de mi boca. Es más como aire filtrándose desde un neumático que una voz.

—¿Allie? —Capas de cabello platino hasta su barbilla enmarcan su rostro mientras aparece encima de mí. Nunca ha lucido de su edad. Treinta y ocho años y ni siquiera tiene un atisbo de arrugas. Pestañas negras contrarrestan sus iris azules moteados de color turquesa, como la cola de un pavo real. La parte blanca de sus ojos están enrojecida, una señal clara de que está exhausta o ha estado llorando. Pero aún es hermosa: toda frágil, tenue y radiante como si el sol brillara en su interior. Y lo hace. La magia brilla allí. La magia que nunca aprovechó.

La misma magia que está dentro de mí.

—Mi dulce niña. —El alivio cruza sus delicados rasgos y acaricia mi mejilla. El contacto despierta la alegría en mi pecho. A lo largo de la mayor parte de mi infancia, tuvo miedo de tocarme... miedo de herirme otra vez, como cuando marcó mis palmas.

—Tommy deditos —dice Mamá—, pásame los trocitos de hielo. —Papá la complace y se eleva detrás del metro sesenta de ella, usa una cuchara de plástico para alimentarme desde el vaso de papel. El hielo se funde, calmando mi garganta. El agua sabe a ambrosía. Asiento por más.

Ambos se miran en un silencio preocupado y tomo el suficiente hielo para entumecer mis tragos dolorosos.

—¿Dónde está Jeb? —La tosquedad de mi garganta regresa y me produce una mueca de dolor. La expresión de mamá se vuelve severa—. Él estaba en el agua conmigo. Necesito ver que esté bien. —Toso para darle efecto, aunque el dolor resultante es real—. Por favor...

Papá se inclina sobre el hombro de mamá. —Jeb está bien, Mariposa. Danos un segundo para cuidar de ti. ¿Cómo te sientes?

Muevo mis músculos doloridos. —Adolorida.

—Lo apuesto. —Sus ojos marrones se llenan de agua, pero su sonrisa es de felicidad, y llega alrededor de mamá para acariciar mi cabeza. No podría haber pedido un mejor padre. Si sólo mis abuelos hubieran vivido para verme nacer. Hubieran estado orgullosos de tener un hijo tan cariñoso y fiel a su familia—. Voy a hacerle saber a Jeb que estás despierta —dice—. Ha estado aquí todo el tiempo.

Es imposible pasar por alto el codazo, no tan sutil, que mamá le da a la caja torácica de papá, pero su objeción no le perturba. Frota una mano por su pelo oscuro y camina hacia la puerta, cerrándola detrás de él antes de que ella pueda trabajar en un argumento.

Suspirando, pone el vaso en la mesilla junto a la cama y acerca una silla verde de vinilo acolchada de la esquina. Se sienta cerca de mí, alisando su vestido de seda con lunares.

Cuando fue liberada, buscó pasar cada minuto posible conmigo, poniéndose al día con el tiempo que habíamos perdido. Horneamos juntas, lavamos la ropa, limpiamos la casa... trabajamos en el jardín. Cosas que la mayoría de las personas consideran mundanas o desagradables se convirtieron en el paraíso, porque finalmente tenía a mi mamá para hacerlas.

Un sábado por la tarde, la llevé a Hilos de Mariposa, la tienda de segunda mano en la que trabajo, y nos movimos de un lado a otro a través de las estanterías y los trajes.

La mayor parte de la ropa allí apelaba a mi estilo, así que no coincidíamos en casi todas las opciones. Hasta que encontramos un vestido a la moda de satén púrpura con lunares negros, con un cinturón verde lima y combinado con una redecilla que se asomaba por el dobladillo. La convencí para comprarlo. Pero una vez que llegó a casa, no quiso usarlo en público, a pesar de que a papá le encantaba como lucía. Ella dijo que la hacía sentir demasiado llamativa.

Le pregunté por qué no podía hacer una pequeña cosa para hacer feliz a papá después de todo lo que él había hecho por ella. Esa fue la primera discusión que tuvimos después de su liberación. Ahora he perdido la cuenta de todas ellas.

No puedo pasar por alto la importancia de que esté llevando el vestido hoy.

—Hola, mamá —grazno.

Sonríe y se mete un mechón de pelo detrás de la oreja. —Hola.

—Te ves bonita.

Niega con la cabeza y ahoga un sollozo. Antes de que me dé cuenta de lo que está a punto de hacer, se derrumba, presionando su cara en mi abdomen. —Pensé que te había perdido. —Sus palabras amortiguadas, su aliento roto y caliente a través de las cubiertas—. Los médicos no podían despertarte.

—Aw, mamá. —Acaricio los mechones suaves de cabello en su nuca donde colocó una horquilla de color púrpura brillante—. Estoy bien. Gracias a ti, ¿cierto?

Mira hacia arriba y levanta la muñeca, donde está su marca de nacimiento en forma de espiral, como un laberinto circular. Coincide con la de mi tobillo izquierdo, debajo del ala tatuada. Cuando se combinan, una oleada mágica puede sanarnos.

—Juré que nunca usaría ese poder de nuevo —murmura, en referencia al año pasado cuando sanó mi esguince de tobillo y desató una inesperada cadena de acontecimientos—. Pero estuviste ida tanto tiempo. Todo el mundo tenía miedo de que te fueses a quedar en coma.

Tiene pequeñas manchas de rímel en su piel como arroyuelos. La imagen me inquieta, es demasiado similar al parche en los ojos que tuve una vez en el País de las Maravillas. Pero hago ese pensamiento a un lado. Este no es el momento para un corazón a corazón acerca de lo que sucedió el año pasado.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto.

—Tres días —responde sin pausar—. Hoy es lunes. Día de los Caídos.

La conmoción cierra mi ya adolorida garganta. Todo lo que recuerdo es un sueño profundo y oscuro. Es raro que Morfeo no visitara mi mente mientras estaba inconsciente.

—Lo... lo siento por asustarte —le susurro—. Pero sabes, estás equivocada.

Trazando las venas en la palma de mi mano donde está la intravenosa, mamá inclina la cabeza. —¿Sobre qué?

—Mi novio.

Una mueca aprieta sus labios liliáceos. Voltea una de mis manos y estudia las cicatrices. Le pregunté hace un tiempo por qué no curó mis manos cuando era esa niña de cinco años de edad. Respondió que estaba demasiada conmocionada a causa de los cortes como para pensar con claridad.

—Él quería que estuviéramos solos —continúo—, para darme algo. Un collar. —Toco mi cuello, pero se ha ido. Frenéticamente, mis ojos se mueven alrededor de la habitación.

—Está bien, Allie —dice—. Tus collares están seguros. Ambos. —Hay un temblor en su voz. No estoy segura de si se desencadena por mis cicatrices o el collar. Prefiere no ser recordada por la locura de la joya rubí que encerró bajo llave. Pero sabe que no debe llevarlos lejos después de la pelea que tuvimos sobre la pieza de ajedrez de jade en forma de oruga que escondió de mí hace unos meses.

—Fuimos a la parte antigua de la ciudad —digo, decidida a demostrar las nobles intenciones de Jeb—, porque sabe lo mucho que me gustan las ruinas del teatro. Empezó a llover, así que terminamos en el tubo del drenaje para cubrirnos.

—¿Así que no había una tienda de conveniencia o algún lugar público donde pudieran haber ido para permanecer secos? —pregunta en tono de burla—. Los muchachos no arrastran a las niñas a los desagües pluviales para nada respetable.

Con el ceño fruncido, suelto su mano y meto la mía bajo la manta. Dolor caliente recorre desde mi intravenosa hasta mi muñeca. —Él quería privacidad, pero no es lo que estás pensando.

—No importa. Te pone en peligro. Y lo estará haciendo otra vez si te vas con él a Londres.

Rechiné los dientes. —Espera... ¿qué? ¿Así que vas a empezar a darnos un tiempo difícil ahora? Por supuesto, papá quiere que tenga un anillo en mi dedo antes de mudarme con alguien. Soy su niñita. Pero siempre me dijiste que no debía apresurarme con el matrimonio, que debía vivir la vida primero. ¿Has cambiado de opinión?

—Eso no es de lo que se trata. —Me entrega el vaso de papel y se pone de pie, acercándose a las flores en el alféizar. Acaricia los pétalos con tinte coral del lirio estrellado. Antes, la luz de color rosa brotaba de entre las persianas, ahora el crepúsculo ha tomado su lugar, coloreando su pelo del mismo color púrpura de su vestido—. ¿Las escuchas, Allie?

Casi toso mi sorbo de hielo derretido. —¿Las flores?

Asiente.

Todo lo que oigo son los ronroneos de los lirios en respuesta a su atención. —No están hablando...

—Ahora no, pero lo estaban mientras dormías. Los insectos también. No me gusta lo que han estado diciendo.

Espero a que me dé más detalles. Mamá y yo nos hemos dado cuenta de que a veces oímos cosas diferentes. Es como si las plantas y los insectos pudieran individualizar sus mensajes, optar por hablar con nosotras por separado en función de lo que tienen para compartir.

—Me han advertido de que el más cercano a ti te va a traicionar de la peor manera posible.

—¿Y crees que ese es Jeb? —pregunto, incrédula.

—¿Quién más podrías ser, si no Jebediah? ¿Con quién más te has desvelado horas hablando, pensando en ello o saliendo?

¿Mis horas de *desvelo*? Con nadie además de Jeb.

Pero mis horas de sueño...

Cierro los ojos. Por supuesto que es Morfeo. Ya me ha traicionado, al tratar de inmiscuirse en mi vida en el reino humano. Al tratar de obligarme a volver al País de las Maravillas para luchar una batalla que soy incapaz de ganar.

El horror hizo nido dentro de la parte posterior de mi cabeza, haciendo a mi cabeza palpitar.

—Jebediah estaba contigo el año pasado cuando te fuiste por el agujero de conejo —dice mamá al lado de la ventana. El aire acondicionado se enciende, erizando los lirios y trayendo su olor dulce a mí—. Una parte del País de las Maravillas pudo infectarlo. Tal vez ha estado latente... esperando. Esperando una manera de llegar a ti.

Resoplo. —Técnicamente, nunca estuvo allí. Eso no es lógico.

Mamá se vuelve, su falda cruje mientras me enfrenta. —No hay ninguna lógica en ese lugar. Lo sabes, Allie. Nadie sale del País de las Maravillas sin algún tipo de mancha. Estar ahí... cambia a una persona. En especial, si es plenamente humano. ¿Alguna vez ha mencionado si tiene sueños extraños?

Niego con la cabeza. —Mamá, estás haciendo esto mucho más complicado de lo que tiene que ser.

—No. Tú eres la que complica las cosas. ¿Por qué no te quedas en los Estados Unidos? Hay algunas escuelas de arte maravillosas en Nueva York. Deja que Jebediah vaya a Londres sin ti. Ambos estarán a salvo entonces.

Me estiro para dejar nuevamente la taza sobre la mesilla. —¿Dejarlo? No le doy órdenes. Fue su elección esperar hasta que pudiéramos irnos juntos.

Sus manos agarran el alféizar detrás de ella. —Si quieres una vida normal, vas a tener que romper con todos los lazos de la experiencia y todo lo que formó parte de ella. —Por la forma dura de apretar su mandíbula, sé que no dará marcha atrás.

Ni siquiera trato de contener mi arrebató, a pesar de que sé que va a matar a mi garganta. —¡Él no escogió estar allí! ¡No es justo que odies a Jeb!

Atrapo un movimiento en mi visión periférica y sacudo la cabeza para encontrar a Jeb de pie en la puerta abierta. No lo escuchamos girar la

perilla, pero por la expresión herida en su rostro, obviamente escuchó mi grito ronco.

La pregunta es: ¿qué más escuchó?

Redes Enmarañadas

Traducido por CrisCras

Corregido por ElyCasdel

Mi padre aparece en la puerta detrás de Jeb. Incluso aunque es dos centímetros más bajo que mi novio, es Jeb el que parece pequeño y vulnerable en el umbral, como si estuviera inseguro de si es bienvenido a entrar.

Mamá baja la mirada a sus lunares. Alguien tose en una de las habitaciones al otro lado del pasillo, y la voz de una enfermera llega por el intercomunicador, los únicos indultos de nuestro incómodo silencio.

—Ali osita —le dice papá a mamá, haciéndose cargo de la situación—. Creo que es hora de que presuma de ti en ese vestido. ¿Qué tal si vamos por algo de cenar? —Le da un apretón al hombro de Jeb, luego pasa a su alrededor, dándole una palmadita a mi tobillo de camino a la ventana.

Definitivamente algo ha cambiado entre Jeb y papá. Son amigos de nuevo, justo como solían serlo.

—Vamos a darle algo de privacidad a estos dos —dice papá. Mi madre empieza a protestar, pero la mirada que le dedica la hace forzar una sonrisa y toma su mano. Besa su muñeca.

Ella deja su teléfono junto a la taza de papel que hay sobre la mesita de noche. —Si nos necesitas, llama al teléfono de tu papá —dice sin mirarnos a Jeb o a mí—. Las horas de visita se acaban a las ocho, Jebediah.

Jeb da un paso al interior para dejarles salir. Papá palmea su espalda de forma alentadora antes de cerrar la puerta.

Con las manos en los bolsillos, Jeb me mira fijamente, sus ojos oscuros llenos de dolor.

—Lo siento... —Me esfuerzo por elaborar una disculpa. Si escuchó lo que dijo mi madre sobre el País de las Maravillas, habrá preguntas que responder. Preguntas imposibles.

Niega con la cabeza. —Tú no eres la que debe disculparse. —No aparta la mirada mientras camina hacia mí. Dejándose caer en la silla que usó antes mamá, coge mi mano, entrelazando nuestros dedos, luego presiona mis nudillos contra sus cálidos y suaves labios—. Lo *siento*. Prometí que siempre te pondría en primer lugar, entonces me alejé por una estúpida llamada de teléfono y casi te mueres. —Su boca se tensa, una prensa de músculos firmes contra mi mano.

—Oh, Jeb. No. —Acaricio su cara, suave como la seda. Se afeitó, y considerando que está mejor vestido de lo habitual —pantalones grises y una camiseta negra de manga corta con botones— tengo la impresión de que está tratando de refinar su camino para caerle en gracia a mamá. El único homenaje a sus habituales ropas de estilo de rockero grunge son sus botas de combate.

Sí, aseado está muy bien. Lástima que su apariencia sea la menor de las preocupaciones de mamá.

Mi dedo traza su barbilla, y me observa mientras lo toco. Hago una pausa en el piercing de latón bajo su labio. Es aproximadamente del tamaño de una mariquita, pero si se mira de cerca, tiene la forma de un puño de acero. Se lo di hace unos pocos meses por su cumpleaños, burlándome de él diciendo que necesitaba material de matón para hacerle parecer duro.

A pesar de que en este momento parece un niño pequeño, siempre ha sido un tipo duro para mí. Le dio una paliza a un tipo una vez sólo por llamarme esclava de amor del Sombrero Loco. Fue mi roca cada vez que sentí la ausencia de mi madre. Y cuando me siguió al País de las Maravillas —saltando dentro de un espejo sin pensarlo dos veces— casi renunció a todo para salvar mi vida. En verdad deseo que pudiera recordar ese sacrificio, así dejaría de machacarse a sí mismo.

—Tú tampoco tienes que pedir perdón —digo—. Papá dijo que me rescataste. Así que te debo un agradecimiento. Ahora ven aquí. —Enganchando el cuello de su camisa, tiro de él para acercarlo y presionar mi boca contra la suya.

Sus largas pestañas se cierran, y su mano libre ahueca mi nuca, sus dedos entrelazándose a través de mi pelo. Su beso con la boca cerrada es tan delicado, es casi doloroso, como si tuviera miedo de que me fuera a romper.

Se aparta y descansa su frente contra la mía, de forma que las puntas de nuestras narices se tocan. —Nunca he estado tan asustado, Al. Nunca en mi vida. Ni siquiera cuando papá...

Su explicación se detiene, pero no tiene que terminar. Sé lo que vivió. No compartes un dúplex con alguien sin dar testimonio de su dolor. A menos que *elijas* ignorarlo.

—¿Qué ocurrió en la alcantarilla? —pregunto mientras sostengo su mano—. No puedo recordar nada después de que llegara el agua.

Baja la mirada a sus botas. —Cuando la hebra de luces se enredó a tu alrededor, también atrapó uno de mis tobillos, atándonos. Me sacudí hacia atrás hasta que me metí en las aguas menos profundas en el exterior del túnel, luego tiré de ti hacia mí. Pero estabas... —Hace una mueca con el rostro pálido—. Estabas muy azul. Y no te despertabas. No te movías. No respirabas. —Su voz se queda atascada mientras mira nuestras manos, todavía entrelazadas—. Traté de aplicarte respiración cardiopulmonar, pero no funcionaba. Nunca había estado tan asustado.

Sigue repitiendo eso, pero lo ha estado. Hubo otra vez en la que casi me ahogué... cuando me dijo que no volviera a asustarle así nunca. Otra vez y otro lugar.

—Sigo viéndolo una y otra vez —murmura—. Es como un mal sueño del que no puedo despertar.

Un sueño.

—Espera —digo—. Estoy confundida. ¿Nunca me perdiste en el agua? ¿No me alejé hacia alguna parte y luego volví a la deriva hacia ti?

—Nunca saliste de mi vista. —Aprieta los dientes, causando un espasmo en su mandíbula—. ¿Por qué te hice recoger las cosas? Si no te hubiera dejado allí, no te habrías enredado —maldice.

—Jeb, basta. Tú no me *obligaste* a nada.

Estudia mi rostro con atención, como si estuviera revisando una lista mental de que cada rasgo está intacto. —Debes de haberte golpeado la cabeza la primera vez que el agua te derribó. Podía ver tu ropa llenándose con burbujas de aire, inflándose a tu alrededor. —Su manzana de Adán se mueve cuando traga—. Pero tu cuerpo seguía hundiéndose... no iba a dejarte ir. —Su mirada se intensifica sobre la mía—. Sabes eso, ¿verdad? *Nunca* te dejaría ir.

—Lo sé. —Acaricio su palma.

Así que lo que sucedió con Morfeo fue un sueño después de todo. Por supuesto que lo fue. No tiene la habilidad de mover el agujero del conejo. Nadie la tiene. Yo no usé mi llave para abrirlo. Me encontraba flotando inconsciente en el agua. No visité el País de las Maravillas en otro lugar que no fuera mi mente.

Lo cual significa que lo que vi no era real. Lo que significa que las cosas no son tan malas como las hizo parecer.

Y lo mejor de todo, no está aquí en mi mundo como dijo.

Por una vez, me alegro de que solo estuviera jugando conmigo. No tengo que sentirme culpable por el País de las Maravillas porque todo fue una mentira.

¿Están mintiendo tus obras de arte? La pregunta de Morfeo sale a la superficie de mi mente. Mis mosaicos, ¿también son mentira? ¿Él está detrás de ellos de algún modo?

Oigo el picaporte girar. Jeb también debe oírlo, porque se hunde de nuevo en la silla.

Una enfermera entra, una atractiva mujer joven con pelo castaño y gafas enjoyadas. En vez de una bata, lleva un vestido blanco de enfermera, como uno de esos disfraces de Halloween, aunque no tan corto y ajustado. Es la primera vez que veo un uniforme así en la vida real. Si no fuera por el pin de la bandera americana que lleva en la solapa, podría ser la bibliotecaria y la enfermera de las fantasías de todo hombre, todo en una. Escribe su nombre en la pizarra blanca y se presenta con una voz suave.

—¿Baño de esponja? —Vocaliza él en mi dirección, meneando sus cejas. Ruedo los ojos y trato de no estallar en carcajadas. Su broma es una buena señal. Significa que está tratando de perdonarse.

La enfermera Terri viene a mi lado. Sus ojos son grises detrás del brillo de sus gafas. Hay una tristeza allí que me hace querer hacer algo para animarla. En cuestión de minutos, estoy de pie por primera vez. El suelo enfría mis pies descalzos. Cada músculo de mi cuerpo duele por mi lucha por nadar contra la inundación. Mis piernas tiemblan, y me sujeto la parte de atrás del vestido, avergonzada por los tubos que entran y salen de mí. Jeb me guiña un ojo, luego se va al pasillo en busca de un teléfono de cortesía.

Después que se ha ido, uso el baño, luego me echo un vistazo en el espejo con valentía. Una parte de mí teme que Morfeo esté detrás de mí en el reflejo. Cuando no está allí, estoy aliviada, hasta que veo la raya roja que destaca como una llama del resto de mi cabello rubio platino, el recordatorio del asimiento del País de las Maravillas sobre mi vida que mamá no puede ignorar. Intentamos blanquearlo, pero no se desvanece. Intentamos cortarlo, pero siempre vuelve a crecer con la mista tonalidad viva. Básicamente lo aceptó.

Pero nunca sería capaz de aceptar mi conexión emocional con ese lugar. Para aceptar eso, incluso ahora, a veces echo de menos el caótico Inframundo. Si se lo dijera, la volvería loca de preocupación.

Culpabilidad reciente hierve a fuego lento dentro de mi pecho. Morfeo puede haber tratado de engañarme con una falsificación del País de las Maravillas en ruinas, pero eso no significa que no esté pasando algo muy malo. No puedo simplemente volverle la espalda a ese mundo; no puedo permitir que se desvanezca hasta la decadencia y la ruina bajo el

pulgar de la Reina Roja. Sin embargo, tampoco puedo abandonar a la gente que quiero aquí. No sé cómo seguir a uno de mis lados sin dejar al otro atrás.

Me salpico la cara con agua fría.

Mejora, sal del hospital y descubre la verdad. Luego puedo decidir qué hacer respecto a todo.

Una vez que estoy de vuelta en la cama, la enfermera Terri vuelve a ofrecermé un puñado de caramelos de hierbas para la tos. Dejo caer uno en mi boca sin dudar, solo para verla sonreír. La dulzura de la vainilla y la cereza suaviza mi garganta.

Saca algunas muestras de sangre. Contengo la respiración, preocupada porque mi esencia cobre vida como cuando estoy haciendo mosaicos. Una vez que tres viales de plástico están llenos y tapados sin incidentes, respiro con calma otra vez, y la enfermera Terri promete volver con caldo y galletas.

Mientras estoy esperando a que Jeb vuelva, el viento sopla afuera y se queja a través de los paneles de cristal, un sonido al que estoy acostumbrada aquí en Texas, y que sin embargo, me deja inquieta esta noche. Miro fijamente la vía intravenosa de mi mano, viendo una delgada tira roja de sangre ascender de regreso por el interior del tubo de plástico transparente. Se agita como la cuerda de una cometa. Estoy a punto de pulsar el botón de las enfermeras, así puedo preguntar cuándo va a salir la aguja, cuando Jeb entra.

—Hola —digo.

—Hola. —Cierra la puerta.

Una vez que está sentado, enlaza una mano con la mía y deja caer su codo junto a mi almohada. Sus dedos libres juegan con mi pelo que se esparce en la almohada. Una chispa de placer se precipita por mi cuerpo adolorido. Estoy disfrutando tanto ser la destinataria de toda su atención, que dudo al hacerle mi siguiente pregunta, pero necesito saber.

—¿Qué sucedió con tu entrevista?

—La pospusimos —responde.

—Pero el pliego de dos páginas, eso era muy importante.

Jeb se encoge de hombros, aunque su indiferencia forzada es evidente.

Me muerdo el labio, buscando cambiar de tema. Algo positivo. —Tú y papá. Estás en su lado bueno de nuevo.

Jeb se estremece. —Sí, pero ahora tu mamá me odia más que nunca.

Estudio la ventana que hay detrás suyo. —Sabes lo sobreprotectora que es.

—No está ayudando que mientas por mí. Oí lo que dijiste...

Frunzo el ceño. —¿Qué oíste?

—Que me cubriste. Le dijiste que yo no elegí estar allí. Ambos sabemos que *elegí* estar en la alcantarilla. Te llevé allí sin siquiera considerar toda la lluvia o lo que podría suceder.

Le doy un apretón a su mano, en parte debido a la frustración y en parte de alivio. —No es por eso que está enojada.

—¿Entonces por qué?

Le echo un vistazo a los animales de peluche en la repisa de mi ventana: un oso, un gran payaso con un sombrero cuadrado que cubre la parte superior de su cabeza, y una cabra comiéndose una lata en la que dice *Ponte Bien* en la etiqueta. El payaso resulta familiar en una forma siniestra, pero decido que debe ser por la iluminación. Las sombras cubren todos los juguetes, haciendo que parezca que les faltan ojos y miembros. Me recuerda tanto al cementerio del País de las Maravillas que hace que mi estómago se revuelva.

—Al. —Jeb me da un codazo—. ¿Vas a decirme por qué gritaban cuando entré?

—Simplemente quiere que me concentre en mi carrera, que no me desvíe. Siente como si hubiera perdido su oportunidad de ser fotógrafa después de haberse comprometido. No eres tú específicamente. Se trata de algo que percibe como una distracción. —Me muevo nerviosamente bajo mis mantas. No debería ser tan fácil hilar una mentira.

Jeb asiente. —No soy una distracción. Estoy ayudando. Quiero tanto como ella que tengas éxito.

—Lo sé. Simplemente no lo ve de ese modo.

—Después de mi reunión con Ivy Raven esta noche, deberíamos tener todo el dinero que necesitamos para empezar en Londres. Eso demostrará lo mucho que quiero ayudar.

Mis dedos se sacuden dentro de los suyos. Así que es por eso que se ha afeitado y vestido bien. Para darle una buena impresión a su nueva cliente heredera. La advertencia de traición de mi madre sale a la superficie en mi mente, pero la empujo hacia abajo. Sé que puedo confiar en Jeb. Aun así, parece que no puedo controlar lo que sale de mi boca después.

—¿Vas a dejarme por trabajo la primera noche que estoy despierta?
—Me estremezco ante la necesidad de mi voz.

Jeb envuelve mi cabello alrededor de sus dedos. —Tu mamá me dejó claro que debía irme antes de que ella volviera. Ivy está en la ciudad, así que voy a encontrarme con ella y a dejarle elegir una pintura. No está en el país muy a menudo. Tenemos que aprovechar mientras esté aquí.

—Pero son vacaciones. ¿No está cerrada la galería? ¿Va el Sr. Piero a encontrarse contigo allí?

—Está en casa con su familia. Me deja usar la galería como un favor.

Mis labios se aprietan. No me gusta que vaya solo, aunque no puedo decir por qué. Tal vez es mi lado del Inframundo, porque la emoción se siente como animal... salvaje. Un oscuro y desorientado instinto que está picoteando toda la confianza que hemos forjado en los últimos años.

Jeb es mío. *Mío, mío, mío.*

Un gruñido tira de mis labios, pero lo suprimo. ¿Qué hay de malo en mí?

El payaso de peluche se cae al suelo con un vibrante sonido metálico, y tanto Jeb como yo saltamos.

—Eh —dice Jeb mientras recoge el juguete y lo vuelve a colocar en el alféizar. Tira del sombrero de forma extraña—. Hay algo metálico aquí debajo. Debe ser un tope de peso.

—¿Quién trajo eso? —pregunto.

—El tipo que me ayudó el viernes después de que te saqué. Yo intentaba hacerte respirar, y apareció de la nada... dijo que vio una ambulancia bajar la calle e hizo un gesto con la mano para detenerla para nosotros. Mi teléfono móvil se había perdido en la inundación. Consiguió la ayuda que yo no podía darte.

Hay algo sobre el payaso. Aparte de que parece vagamente familiar... aparte de ser más grande que los otros juguetes. Casi parece vivo. Sigo esperando a que se mueva.

Como si me devolviera la mirada, las sombras parecen cambiar su expresión, de una sonrisa a una mueca malvada. Incluso el violonchelo en su mano no puede suavizar la imagen.

Un violonchelo.

Mi desconfianza alcanza otro nivel. Ese es el único instrumento que sé cómo tocar. El instrumento que no he tocado desde el verano pasado. ¿Cómo podría un extraño saber eso sobre mí?

Jeb dijo que el chico apareció de la nada...

El miedo anuda mi garganta. —¿Cuál es el nombre de esa persona? —pregunto.

—No lo capté —responde Jeb—. La carta del payaso dice: “Espero que vuelvas a tu antiguo yo pronto”. Sin firma. Pero revisamos con todo el mundo y ninguno de los que conocemos lo envió. Así que debe de haber sido él.

Los pequeños y brillantes ojos negros del juguete se centran en mí como cucarachas ansiosas.

—“Volver a mi *viejo yo*” —murmuro—. Es algo raro para que lo diga un extraño, ¿no crees?

Jeb se encoge de hombros. —Bueno, tal vez así es como hablan en Inglaterra.

Mi pulso salta. —¿Inglaterra?

—Sí. Después de que la ambulancia se marchó, el tipo me ayudó a sacar mi moto del agua. Es un estudiante de intercambio matriculado en Pleasance High. Parece inútil inscribirse durante la última semana de clases. Pero sus padres insistieron.

Mis brazos se sienten flácidos. —¿Te dijo que era de Inglaterra?

—No tuvo que hacerlo. Tiene acento.

La amenaza de Morfeo suena fuerte en mi memoria: *Para cuando encuentren tu cuerpo, ya yo estaré allí.*

Con el corazón desbocado, aparto las mantas a patadas. —¡Tenemos que salir de aquí!

—¡Al! —Jeb trata de evitar que me sienta.

En su lugar, uso sus brazos como palanca para ponerme de pie. —Por favor, Jeb, ¡llévame a casa!

—¿Qué? No, vamos, vas a hacerte daño. Acuéstate.

Cuando intenta guiarme de nuevo a la cama, mis súplicas ascienden hasta ser gritos. Me arranco la vía intravenosa de la piel antes de que pueda parame. La sangre sale del dorso de mi mano, cayendo sobre las mantas y las sábanas, deslizándose entre los dedos de Jeb mientras intenta detener el flujo y pulsa el botón de llamada de las enfermeras.

Mamá y papá vuelven. El rostro de mamá palidece ante el color de mis sábanas mientras se acerca a Jeb.

—Creo que tienes que irte —le dice.

Grito: —¡No!

Lo que quiero decir es que mi pánico no tiene nada que ver con él y todo que ver con el tipo del Inframundo que desempeñó un papel fundamental en su ingreso en el asilo hace doce años.

—Nadie tiene que marcharse —interviene papá, la voz de la razón en medio del caos.

La enfermera Terri entra, y sus tristes ojos grises me engatusan para que me comporte.

Ella y papá me colocan de nuevo en la cama. Menciona algo acerca de una reacción retardada al estar en shock y en coma durante tres días. Luego vuelve a insertar la vía y mete una jeringuilla con un sedante en ella.

Mientras observo la aguja aparecer por el otro lado del tubo transparente, muevo los labios para pedirle que no lo haga. Que no me deje vulnerable ante mis sueños. Que para complacerme, al menos se lleve el siniestro payaso. Pero mi lengua está congelada y mi mente está corriendo.

Estoy aturdida a los cinco minutos. Jeb besa mi mano, dice que me ama y que duerma un poco. Papá me da un abrazo de buenas noches, y luego ambos salen juntos. Mamá acaricia mi cabello, pliega su catre, y va al baño. Luego, a pesar de todos mis esfuerzos para mantenerlos abiertos, mis párpados se cierran.

* * *

52

No estoy segura de qué hora es cuando me despierto. Simplemente me alegro de estar despierta.

El olor a desinfectante me recuerda dónde estoy. Está oscuro. No entra luz a través de las persianas ni se filtra por debajo de la puerta desde el pasillo. Asumo que mamá empujó algunas toallas enrolladas allí. A veces duerme mejor si se encierra, un hábito que adquirió mientras vivía en el asilo. Cada noche revisaba las grietas de su habitación —desde las paredes hasta los suelos— en busca de insectos. Una vez que se convencía de que no había nada, tapaba la parte inferior de la puerta con su funda de almohada.

Hace calor, como si estuviera asfixiándome por el pesado aire. Debería quitar la toalla de la puerta para tener una mejor ventilación. Aparto las mantas y muevo un poco los tobillos hacia el borde de la cama, pero me congelo en el lugar antes de sentarme.

El viento sacude los cristales... más fuerte que antes. Un misterioso y vibrante zumbido que casi suena como una canción. Incluso las plantas y las flores del alféizar se quedan en silencio, como si estuviera escuchando. Un repentino destello de luz parpadea a través de mí. Me lleva unos instantes darme cuenta de que se trata de un rayo. No escucho nada de lluvia. Debe de ser una tormenta eléctrica.

El siguiente destello ilumina mi entorno. Una gruesa telaraña se extiende desde el borde de mi cama hasta el alféizar de la ventana y hasta el techo, un mórbido dosel, como si una araña gigante hubiera colocado una trampa.

Me siento, una película pegajosa succiona mi boca. El siguiente parpadeo de luz es incluso más grueso, sofocándose. Arranco las telarañas de mi cara y llamo a gritos a mi madre, pero no puedo verla; hay demasiadas telarañas entre nosotras. Me arranco la vía y salto de la cama.

La sangre fluye de mi mano, de algún modo diferente. Flota hacia arriba, una tira sólida, formando una espada roja que brilla intensamente. La tomo instintivamente, abriéndome camino cortando los filamentos para llegar hasta la cama de mamá. Una gruesa capa de seda de araña tiene envuelto su cuerpo.

El resplandor rojo de mi espada revela peluches y muñecos que cuelgan de perfil sobre los relucientes radiales que hay a mi alrededor, más juguetes de los que recuerdo ver en el alféizar. Agarran mi pelo y muerden mi piel mientras me voy abriendo camino hacia la forma de mamá envuelta en un capullo. Un instante antes de que llegue, el payaso se deja caer de un hilo balanceante. Toca el violonchelo y se ríe, burlándose de mí. Lo que oí antes no era el viento en absoluto... era el instrumento.

Agito mi daga de sangre, y el juguete cae a mis pies, su canción silenciada, aunque su brazo continúa moviendo el arco sobre las cuerdas mudas del violonchelo.

Finalmente, alcanzo el capullo. Corto la cubierta para abrirlo, asustada de mirar. A medida que los lados se pliegan hacia atrás, no es el cadáver de mamá lo que me mira con ojos muertos.

Es el de Jeb.

La cara de Jeb, gris y lacerada. La boca de Jeb se abre y grita. Yo grito al unísono, nuestros lamentos combinados de modo tan estridente que tengo que taparme los oídos.

En el silencio resultante, un susurro sin voz se desliza dentro de mi mente.

—*Va a terminar así a menos que te defiendas. Sube a tu lugar. Despierta y lucha. ¡Lucha!*

Me despierto, jadeando en busca de aire. El pelo se enreda alrededor de mi cara. Peino hacia atrás los mechones para poder ver. No hay ninguna telaraña a la vista.

Mi latido se asienta cuando veo a mamá durmiendo pacíficamente en su catre. Los animales de peluche están en sus lugares en el alféizar de la ventana, todos menos uno. El payaso está sobre mi mesita de noche,

mirándome fijamente, su mano moviendo lentamente el arco a lo largo de las cuerdas del violonchelo al ritmo del aullido del viento del exterior.

Sofoco un gemido de horror y empujo el pesado juguete al suelo. Aterrizo con un extraño ruido de tintineo y se queda allí, sin moverse. Aun así, el mensaje de su canción silenciada todavía resuena: Morfeo está aquí, en el reino de los humanos, y todos a los que amo están en peligro a no ser que lo encuentre, reclame mi trono, y defienda al País de las Maravillas contra la ira de la Reina Roja.

Robo de Identidad

Traducido por florbarbero

Corregido por Valentine Fitzgerald

El payaso no me atormentó de nuevo después de la pesadilla. Lo metí en la basura bajo algunas toallas de papel y revistas mientras mamá dormía. El juguete era más pesado de lo que pensé que sería —casi como un niño pequeño— y parecía retorcerse en mis brazos. Era aún más inquietante porque, aunque no puedo afirmar en donde, sé que he visto a ese payaso antes. Le dije a mamá que una enfermera de la sala de niños nos dio el juguete, dado que en realidad lo había hecho un completo extraño.

Extraño. La descripción perfecta para Morfeo. Es más extraño que cualquier persona o criatura que jamás haya conocido. Y vaya si tengo una larga lista de individuos para compararlo.

El miércoles por la mañana, papá me deja en la escuela veinte minutos antes.

Estoy agotada. Después de ser dada de alta del hospital el martes, me negué a tomar cualquiera de los sedantes recetados por el médico que me atendió en el hospital. Entre el dolor de mis heridas y pensar en la heredera visitante de Jeb, y el aterrizaje forzoso de Morfeo en mi vida cotidiana, no pude dormir mucho.

—Te ves pálida, incluso con el maquillaje. —Papá me entrega mi mochila a través del asiento cuando me deslizo de la camioneta en el estacionamiento de asfalto—. Espero que no estés exagerando.

No hay manera de decirle la verdadera razón por la que mi rostro está drenado de sangre. Y su preocupación no es nada comparada con como mamá se ha estado sintiendo desde que he regresado a casa desde el hospital. No me dejó tener visitas, insistiendo en que tenía que descansar, así que no tuve oportunidad de ver Jeb o Jenara. Como mi nuevo teléfono celular no está cargado y programado, me conformé con una llamada corta y poco satisfactoria desde el teléfono fijo a los dos. Jeb se mostró evasivo

sobre su visita a la heredera, insistiendo en que hablaríamos personalmente. Eso no hizo nada para calmar mis nervios.

Las últimas palabras de mamá cuando la dejé esta mañana fueron: —No estoy segura de que ir a la escuela sea una buena idea por lo pronto. Tal vez deberías tomarte el día libre de clases mientras están colocando los neumáticos a tu coche.

De alguna manera me las arreglé para hablar con papá para que me llevase, y aquí estoy ahora. —Papá, por favor, deja de permitir la paranoia de mamá. Perséfone me ha dado toda la semana libre en el trabajo. Me aburro de estar en casa. Tengo exámenes que rendir, y no hay forma de que vaya a la escuela de verano. Quiero graduarme con mi clase.

Me paro con una postura determinada. Tengo que ganar esta discusión. Si no me encuentro con Morfeo hoy, vendrá a buscarme a casa. Eso es lo último que mamá necesita.

Las manos de papá aprietan el volante. La luz solar ingresa a través del parabrisas, iluminando su anillo de bodas y el logotipo de plata de su camisa de trabajo.

—Le pediré a tu mamá que te dé un respiro. Nos diste un buen susto. Está teniendo problemas para encontrar el equilibrio.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—Lo entiendo, pero está fuera de control. El peligro está en el pasado ahora. —*No es cierto*. Acechaba a la vuelta de la esquina—. Soy más fuerte de lo que ustedes piensan, ¿de acuerdo?

Su expresión se relaja. —Lo siento, Mariposa. A veces olvido lo mucho que has crecido en el último año. —Me da una sonrisa real—. Que tengas un buen día. Y demuestra en esas pruebas quién es el jefe.

—Gracias. —Alcanzo a apretar su mano antes de cerrar la puerta. Sonriendo, camino cuando se marcha, aunque mi confianza es forzada. No puedo dejar de preocuparme por lo que Morfeo tiene escondido bajo la manga.

Hay reglas para los habitantes del Inframundo cuando irrumpen en el reino humano. A menos que quieran ser vistos como son, en toda su extrañeza mágica, tienen que pedir prestado un rostro y un cuerpo de un ser humano para camuflarse con los demás. El ser humano tiene que permanecer en el País de las Maravillas, para que no haya dos personas iguales andando por el reino de los mortales, y no puede volver hasta que su doble del Inframundo ya no requiera su imagen. Sólo entonces podrán retomar su vida e identidad de nuevo.

Lo que significa que Morfeo ha coaccionado a alguien a dar un salto por la madriguera del conejo. También significa que no puedo reconocer a Morfeo, y esto le da una clara ventaja.

Como si necesitara más de la que ya tiene.

Los cielos están despejados y el sol calienta mi espalda. Gané la discusión sobre el armario a mi mamá, y vestida con una minifalda de tul y un pañuelo rosa viejo, una chaqueta corsé gris, medias de cachemir, y botas hasta la rodilla con cordones negros, me dirijo hacia la puerta del pasillo techado, convenciéndome de que estoy lista para enfrentarlo.

Mientras voy caminando a través de los coches —algunos ocupados y ruidosos, con música a todo volumen y otros vacíos— el oxidado Chevy 1950 color naranja de Corbin, Esquivo, está a la vista. Él y Jenara tienen sus cabezas juntas, y están compartiendo unos cuantos besos tórridos antes de que suene la campana.

En cualquier otro momento, caminaría lejos y les daría su privacidad, pero hoy necesito información sobre nuestro nuevo estudiante de intercambio. Jen siempre tiene información confidencial sobre todos y todo en Pleasance High.

Una balada country y western suena desde el asiento del pasajero por la ventana abierta. Me aclaro la garganta y golpeo el vidrio con mi palma, mis guantes sin dedos amortiguando el sonido.

Los ojos de Corbin se abren, y empuja a Jen hacia atrás, haciendo un gesto hacia mí. Jen chilla, abre la puerta, y me arrastra al asiento al lado de ella para darme un abrazo, empujando sobre Corbin para hacer espacio. Él busca a tientas para salvar el litro de líquido de la taza para llevar que se intercala entre su cadera y la puerta.

—Lo siento —artículo desde encima del hombro de Jen.

Corbin mueve su barbilla en reconocimiento y ofrece una tímida sonrisa expectante. Está sin duda esperando a que lo salude como hago siempre, burlándome del romance entre él y Jeb. Ellos comparten su amor por los coches y han estado discutiendo las restauraciones del Chevy de Corbin. Es una lástima que Jeb parece no poder encontrar el tiempo para trabajar con él. *Bienvenido a mi mundo, Corb.*

—Estoy tan contenta de que estés aquí —dice Jenara, sosteniéndome cerca. El olor de su champú me envuelve—. Verte en el hospital... con los cables y tubos y máquinas a tu alrededor —se separa de mí, para estudiarme, la simpatía cubriendo su rostro—, fue como si tus peores pesadillas se hubieran hecho realidad.

A pesar de que se refiriere a mis miedos del pasado, a estar atada y desvalida en un manicomio, pienso en la destrucción que Morfeo me mostró en el País de las Maravillas mientras estaba inconsciente, y arrolló a través de telarañas sinuosamente por mis sueños, mientras estaba sedada. Ella no tiene ni idea de cómo tenía razón sobre que mis pesadillas estaban a punto de hacerse realidad.

—Estoy bien ahora. —Acaricio su muñeca.

Corre un mechón de pelo de mi frente. —Eso sí, no hagas algo así de nuevo, ¿bien?

—Sí, sí. —Sonríó—. Hablas igual que tu hermano. Por cierto, ¿te dijo algo acerca de su cita con esa chica heredera? Sonaba tan tranquilo anoche por teléfono.

Los ojos negros de Jen se estrechan, viendo a través de mí. —Deja de preocuparte. Tú eres su mundo... su musa. ¿No es así, Corbin?

—¿Eh? —Corbin levanta su boca fuera de la pajita que sobresalía de la tapa de su Coca-Cola—. Sí, claro —dice con su profundo acento sureño—. Él sólo tiene ojos para ti. —Sonríe alentadoramente, y las pecas alrededor de su nariz se alinean como una constelación pigmentada.

Suena el timbre de aviso de diez minutos, y salimos de la camioneta. Jen retuerce un mechón de su pelo de color rosa alrededor de un dedo y lo coloca sobre su oreja con un pasador de perlas que coincide con el de la falda de red marfil que cae en capas sobre sus jeans ajustados. Le quita su mochila a Corbin. Seguimos a un grupo de estudiantes, los tres ahogados en nuestra propia conversación privada.

—Entonces, ¿Jeb les dijo algo acerca del tipo que le ayudó a conseguir la ambulancia? —pregunto—. Dijo que estaba inscrito aquí...

—Sí —Corbin responde tras otro sorbo de Coca-Cola—. Se registró ayer. Uno de último año de Cheshire, Inglaterra.

De Cheshire.

—Por supuesto —digo en voz baja. Es tiempo de averiguar qué vida e identidad tomó prestada para lograr esta farsa—. ¿Cómo se llama? —prosigo.

—M —respondió Jenara.

—¿Qué? ¿Al igual que Em, abreviatura de Emmett?

—Nop. Es como la letra del alfabeto.

No sé si reír o hacer arcadas.

Entramos al corredor, las baldosas son resbaladizas bajo nuestros pies en comparación con el asfalto de afuera. Nuestro pequeño trío es cercado por otros estudiantes, y soy bombardeada con preguntas: *¿Qué se siente casi morir? ¿Viste algún fantasma cuando estabas en coma? ¿El cielo es como dicen en las películas?*

Es raro, pero por una vez, ser el centro de atención no es tan malo. Que se note algo más que mi forma de vestir o de quién desciendo, me hace sentir casi normal... aceptada.

Después de que nuestros curiosos compañeros obtienen su ración de mis respuestas, seguimos adelante y Jenara reanuda la conversación: —El apellido del chico de intercambio es Rethen.

Frunzo el ceño, asimilando la palabra en mi mente. *Rethen*.³ Utiliza las mismas letras. Es un anagrama. No hay nada sutil acerca de Morfeo.

—Tienes que ver su increíble coche deportivo —añade Corbin—. Le permite conducirlo a todo el que quiera. Yo lo manejé durante el almuerzo ayer.

Aprieto los dientes. El imbécil ni siquiera está tratando de pasar inadvertido. Está haciendo alarde de lo cerca que puede llegar de todo lo que me importa, lo fácil que es para que él mezclarse en mi mundo, es como una advertencia para mí.

Quiero decirles a ambos que estén lejos de él, pero, ¿cómo puedo justificar la solicitud, ya que técnicamente no lo he conocido todavía?

—Y, Al —dice Jen prácticamente destellando—, te encantará su estilo *Dead-bug chic*.⁴

—Allá vamos —Corbin rueda los ojos.

Jen lo codea. —Cállate. A Al le va eso —engancha un brazo a través de mi codo—. Quiere ser Lepidopterista⁵ o un Entomólogo⁶ o algo así. Ha inspirado una línea totalmente nueva para mí. Jeans gastados, botas de serpiente, y un sombrero de vaquero con una serie de...

—Polillas alrededor del borde —termino por ella, mi corazón saltándose un par de latidos.

Jen y Corbin me miran con asombro.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta Corbin.

—Jeb lo mencionó. —Miento y despejo mi garganta para darle efecto.

—Ah. —Los ojos del Jenara (que son de la misma tonalidad verde que los de su hermano) brillan bajo el velo de la sombra para ojos gris—. Bueno, diseñé algunas prendas con insectos muertos durante el sexto período de ayer. Vienes a un paseo con nosotros después de la escuela, ¿no?

Asiento.

—Te voy a mostrar los bocetos más tarde. Use a M como modelo. Tiene todo ese estilo caliente... andrógino.

³ Rethen: Anagrama de "nether". Netherling = habitante del Inframundo.

⁴ Estilo de moda con insectos muertos.

⁵ Coleccionista de mariposas y polillas.

⁶ Especialista que estudia los insectos.

—Esa es mi señal. —Corbin golpea el trasero de Jen con su mochila antes de entregársela. Con un brazo practicado, tira su vaso de Coca-Cola vacío en un bote de basura a pocos metros de distancia. Aterrizo perfectamente dentro—. Mira cómo lo hace tu vaquero. Todo está en las manos —menea los dedos en dirección a Jen—. Soy un hombre habilidoso, nena. Es por eso que estoy empezando como mariscal de campo.

Ella resopla. —¿En serio? Parecen más como habilidades de limpieza —se burla de nuevo.

Corbin ríe y desaparece en la esquina. Jen me da un abrazo y parte para el primer período.

Me instalo en mi escritorio. Morfeo no está por ningún lado, pero es el tema de conversación de casi todas las chicas y de las notas que se pasan. Me las arreglo para leer una sobre el hombro de alguien:

*He oído que se metió en problemas con su rica familia inglesa y fue enviado aquí para ver cómo vive la gente normal. ¡Vivan los campesinos americanos! La M viene de su padre, Mort, pero él se está revelando. *babea**

Entonces, no sólo es rico, británico y excéntrico, también es un chico malo y rebelde. Grandioso. Una vez más, le está tomando el pelo a todo el mundo.

Me siento a través de tres períodos insoportables —dos exámenes y un trabajo de revisión de una hoja de cálculo— como no había visto nunca. Supongo que arregló su agenda para que fuera opuesta a la mía, así me tendría que preocupar por dónde está y que se trae entre manos. Otra argucia para hacerme perder el equilibrio.

En el subsuelo, caminando hacia el cuarto período, decido abandonar la sala de estudio y mirar por la puerta de cada clase de último año hasta encontrarlo, quiero contactarlo antes del almuerzo. Lo último que quiero es tener que enfrentarlo en una cafetería llena de gente.

Me deslizo al baño de mujeres para esperar a que suene el timbre y el pasillo se despeje. La pequeña habitación gris esta justo debajo de los vestuarios de las chicas y chicos que se encuentran en el primer piso. Tuberías defectuosas corren por el sucio techo blanco. Manchas oxidadas se ramifican como venas de color amarillo-marrón, y el olor a moho se siente pesado en el aire.

Es sólo cuestión de tiempo hasta que las tuberías tengan fugas en el piso del gimnasio de arriba y echen todo a perder, por lo que el dinero recaudado por nuestra clase de último año se utilizará para los nuevos tubos de cobre que se instalarán durante este verano.

Suena la campana de tardanza. Espero que las voces disminuyan y las puertas se cierren. Rayos de sol se filtran a través de una ventana

entre la pared y el techo. En la bisagra se abre una grieta, dejando entrar una poco de aire fresco, lo suficiente para hacer que respirar sea soportable.

Un coro de insectos y plantas susurrantes se desplaza por la grieta, formando un murmullo sin sentido. Telarañas se alinean en el cristal de la ventana y se ondulan con la brisa como pañuelos fantasmales saludándose.

Me quedo mirando mi reflejo en el espejo polvoriento, concentrada en la franja roja de cabello, y me imagino que una hebra se mueve, como si una cadena invisible elaborara con ella un baile. Cuando me concentro, comienza a enroscarse y a retorcerse.

Mis músculos se tensan. No es seguro, usar mis poderes aquí en la escuela; mezclar partes de mi vida que he intentado durante meses mantener separadas. Si no tengo cuidado, el resultado final podría ser impredecible.

Ignorando la sensación de temor, me concentro más hasta que la ola de magia resurge. Mi cabello se balancea y gira hasta estar en ángulo recto con las vetas platinadas que lo rodean, de forma muy similar a mi horrible sueño en el hospital... la espada de sangre.

Como si fuera desencadenada por mi memoria, la imagen comienza a moverse justo detrás de mi reflejo. Mi concentración oscila, y el mechón de pelo cae inerte. Hay una mancha blanca, roja y negra, estampada en el vidrio, formando al payaso del hospital. Se cierne allí, desproporcionado, como si estuviera mirando un espejo de circo. El payaso sacude una bola de nieve en sus manos y sonríe con dientes afilados y de color plata como clavos. Mis rodillas tambalean, pero me mantengo de pie, asegurándome a mí misma que lo estoy imaginando.

Si me doy la vuelta, se habrá ido.

Por favor, que no esté allí... por favor, por favor, por favor...

Juntando coraje, giro sobre mis talones.

No hay nada más que muros y cubículos. Respiro, y luego enfrento el espejo de nuevo. El payaso reflejado se ha desvanecido.

Tal vez papá tenía razón. Tal vez estoy exagerando...

Una puerta se cierra de golpe en los pasillos, recordándome la razón por la que me estoy escondiendo aquí para empezar: *Morfeo*.

Esto tiene que ser uno de sus juegos mentales.

Espero que todo esté en silencio y luego salgo. Sólo he dado dos pasos cuando la risita familiar de Taelor Tremont rompe el silencio. Alguien la hace callar, seguida de varias risitas de chicas y una risa malvada que conozco mejor que las cicatrices de mis propias manos.

Envolviendo mis manos alrededor de las correas de mi mochila, me asomo a la vuelta.

Está allí, de espaldas a mí, a pocos metros de distancia. Alto y esbelto. Lleva un chaleco de cuero y una ceñida camiseta a través de sus amplios hombros. Pantalones vaqueros gastados abrazan sus piernas. El cuerpo que robó es similar al suyo, aunque su pelo es más corto. No puedo ver ninguna franja debajo de los bordes en la parte posterior de su sombrero de vaquero.

Sostiene un cartel en la pared que dice: JUGUETES PARA FINALES DE CUENTOS DE HADAS: DALE A UN NIÑO ENFERMO UN FELICES PARA SIEMPRE HOY. Es un recordatorio del proyecto benéfico que impulsa nuestra clase a partir de hoy hasta el viernes. Para entrar en el baile de graduación, en la puerta, cada asistente tiene que contribuir con un nuevo juguete para un hospital de niños de la localidad. Hay una caja para los donativos contra la pared, ya medio llena.

Cuatro chicas de nuestro consejo de estudiantes rodean a Morfeo, ofreciendo su opinión sobre la colocación del cartel sobre la caja. Taelor y Twyla discuten sobre quién va a la colocar la cinta adhesiva. La mayor parte del tiempo, o bien están peleando o compitiendo, sin embargo, dicen ser las mejores amigas. Es como la relación simbiótica entre un hongo parásito y su huésped. Sólo que todavía no he descubierto quién es el hongo. Kimber y Deirdre completan el cuarteto, trayendo la cinta adhesiva.

Las cuatro están babeando por Morfeo como si fuera de la realeza. Sólo es su segundo día aquí y ya ha hecho más progresos que yo en toda mi carrera escolar. Me aguanto una ola de envidia.

Como si sintiera que lo estoy viendo, se voltea. Por un instante parece otra persona, un extraño. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, es Morfeo: los parches alrededor de sus ojos, las joyas que muestran cada uno de sus estados de ánimo inclinadas en los bordes.

Gimo cuando una extensión de alas oscuras se levanta detrás de sus hombros, formando una sombra sobre mis compañeros de clase. Jadeando, me escondo en la esquina de nuevo, estrellándome contra la pared, la mochila colocada entre mi columna y las frías baldosas.

Pensé que estaba lista, pero verlo en mi mundo desquicia todo lo que alguna vez fue normal, revelando todo lo que he trabajado tan duro para ocultar... me paraliza. Aguanto la respiración, mis orejas arden, y espero que se produzcan gritos de terror cuando las chicas se den cuenta de lo que él es, *lo que soy yo*.

En cambio, susurros coquetos y risitas fluyen hacia mí.

Me armo de valor para mirar de nuevo. Taelor y las otras chicas fatales están subiendo las escaleras.

—Recuerda —Taelor le dice a Morfeo con su mejor voz provocativa—, te comprometiste a dejarme conducir tu coche caliente y sexy durante el almuerzo.

Las chicas desaparecieron de mi vista.

¿Cómo podrían haber pasado por alto lo que yo vi con tanta claridad?

Morfeo me enfrenta de nuevo, con sus alas bien abiertas. No hay nadie más en el pasillo, pero mi corazón aprisiona mis costillas como si estuviéramos exponiendo nuestro secreto a todo el mundo.

Buscando seguridad, me introduzco una vez más en el cuarto de baño. Antes de que pueda cerrar con fuerza la puerta, se cuele por la puerta. Los rayos de luz solar desde la ventana destacan sus ojos oscuros. Es la única parte de él que ahora reconozco. Su rostro y su cuerpo, aunque son sorprendente similares, pertenecen a un humano que nunca he visto.

Es como un jarrón roto: rasgos delicadamente angulares con una delgada cicatriz que va desde la sien izquierda a su mejilla, dañada pero hermosa. Su piel es color caramelo, muy diferente de la complejión blanca de Morfeo. También tiene un hoyuelo en la barbilla similar al mío. Tiene más o menos mi edad y encaja en la escuela secundaria.

Morfeo se quita el sombrero, dejando al descubierto el pelo corto teñido de un azul tan vívido que casi brilla.

—Alyssa. —La voz es la suya, sin lugar a dudas. Profunda y sensual con un deje de malicia—. Te ves mucho mejor que la última vez que te vi. Aunque debo admitir, te sentaba muy bien esa ropa mojada.

Cada parte de mí quiere sacudirlo hasta que su interior esté tan desordenado como el mío. Justo cuando pensé que tenía una oportunidad de ser normal, vuelve y lo arruina todo. Dejo caer mi mochila con un fuerte golpe.

—No puedo... —Mi lengua tropieza con las palabras—. No me atrevo a preguntar.

El lado derecho de su boca levanta, su sonrisa pícaro no me resulta familiar en sus nuevos labios carnosos, pero es igual de exasperante.

—Deja que pregunte *por* ti, entonces. —Su mirada revolotea al techo manchado de óxido—. ¿Qué está haciendo una reina hermosa como tú —su nariz se arruga—, en un sitio que huele tan mal como este?

—Deja de hacer eso —frunzo el ceño—. No hay nada divertido en lo que has hecho. El hombre a quien le robaste su cuerpo... ¿quién es?

Morfeo deja caer su sombrero en la cabeza y lo inclina. Una línea de cuerpos de polillas blancas polvorientas ondula sobre el borde. —Su

nombre es Finley. Es un solitario. Un músico fracasado. Lo encontré drogado y loco en Grimsby, un antiguo pueblo de pescadores en Inglaterra.

—¿Loco? ¿Así que así es como le convenciste para ir al País de las Maravillas?

—No tuve que convencerlo. Él no estaba contento con su vida aquí en el reino humano. Mira cuántas veces ha tratado terminarla antes de tiempo. —Voltea los sus brazos. Debajo de cuatro pulseras de cuero trenzado, dos tatuajes de serpientes se extienden a lo largo de la piel desde los codos hasta las muñecas. Se las arreglan para ocultar parte de los intentos de suicidio y marcas de aguja, pero también esconden la marca de los habitantes del Inframundo de Morfeo, una parte de él que todavía permanece, incluso mientras toma la forma de otro chico.

Pienso en mi propia marca bajo mi bota, en el tobillo izquierdo, que siempre será una parte de mí, no importa cuántos tatuajes o pantalones me ponga para cubrirlo.

Mi tráquea se tensa, dificultándome la respiración.

—¿No aprendiste nada con Alice? No puedes alejarlo de los que se preocupan por él. Habrá consecuencias.

Morfeo golpea la piel de su cuello, pensativo.

—Elegí cuidadosamente. No tiene a nadie que lo ame. Le hice un favor. Posiblemente hasta le salvé la vida.

Mi sien palpita. —No, no, no. Tú no tomas esa decisión. Él tiene una vida que se supone debe vivir aquí, no importa cuán miserable resulte. Algo podría haber estado a punto de cambiar, sacándolo de su mala racha. Le has quitado su oportunidad de redimirse...

—Un alma dañada, a cambio de miles de vidas de los habitantes del Inframundo. Es un trato justo.

Mi ceño se profundiza. Por mucho que desprecie su despreocupación y tácticas sucias, entiendo su lealtad al País de las Maravillas y a sus amigos allí. Entonces, ¿por qué no puede compadecerse de mi lealtad hacia este mundo?

—Deja de preocuparte por Fin —dice, con voz suave—. El chico está bien atendido. Se lo di a la Reina Ivory para que jugara.

Aprieto mis dientes, nerviosa. —Ivory no haría eso.

—¿No lo haría? ¿Has olvidado cómo anhela un compañero? Le conté como era su situación: se estaba muriendo de soledad en el reino humano. Que necesitaba amor para ser curado. Una vez que conoces la debilidad de alguien, es fácil manipularlos. Estás íntimamente familiarizada con esta estrategia, ¿no es así?

Recordando mi sueño en el hospital, los gritos de Jeb resonando en mi cabeza, hago una mueca de dolor.

Morfeo se acerca unos pasos más. —Uno hace lo que debe para proteger lo que ama.

Su expresión es sincera, y algo ilegible, escondiéndose detrás de su mirada impenetrable. Hay mucho más en esa declaración que una referencia al País de las Maravillas. Por desgracia, estoy demasiado distraída por su amenazante presencia como para analizarlo.

Tenso mi mano contra su pecho: formando una barrera. —Mira, si vas a estar en mi mundo, hay pautas sociales que debes seguir. En primer lugar, hay una cosa que se llama espacio personal. Así que con todo el mundo que te encuentres, incluyéndome a mí, tienes que imaginar que están en una caja impenetrable —hago gestos de líneas invisibles a mi alrededor con la mano libre—. No debes traspasar los límites de la caja, ¿queda claro?

Los músculos de su pecho se contraen bajo mi palma, y luego da un paso atrás, sus botas de vaquero raspando en el suelo arenoso. —Al parecer, tus risueñas amigas olvidaron llevar sus cajas hoy.

Disparo una mirada disgustada. —Ellas no son mis amigas. ¿Y esa payasada que hiciste ahí? ¿Mostrar tu verdadera forma para que todo el mundo la vea? Eso no está bien. No sé cómo no te vieron, ¡pero no puedes hacerlo de nuevo!

Resopla. —Aw, bendita sea, Alyssa. Sólo tú podías ver ese lado de mí. —Atrapa la correa de la mochila en el suelo con la punta del pie y la arrastra más cerca. Trato de arrebatársela de nuevo, pero es demasiado rápido.

Desabrochándola, Morfeo revuelve a través de mis libros y papeles.

—Si estudiaras los fundamentos del País de las Maravillas en lugar de estas inútiles cosas mortales y decadentes sin sentido, sabrías cómo funciona el encanto. —Saca mi libro de apuntes de biología y pasa a través de varias páginas, llegando a un diagrama del cuerpo humano. Le da vuelta para mirarlo—. Para poder convertirme en Fin, tuve que imprimir su forma sobre la mía antes de caminar a través del portal en este mundo. Necesito la mayor parte de mi poder para mantener esta máscara en su lugar. Si perdiera el atractivo, aunque fuera por un instante, visitaría a Fin para una nueva impresión —cierra el libro con una mano—. ¿Pero tú? Hay momentos en los que puedes vislumbrar la realidad, penetrar las grietas de mi máscara y verme por lo que soy. Debido a que has aprendido a mirar a través de las lentes de los habitantes del Inframundo.

Ojalá fuera tan fácil verlo como lo que es, en lugar de estar preguntándome constantemente qué se trae entre manos. —Vamos a acabar con esto. Estoy cansada de tus juegos.

Inclina la cabeza, como un cachorro intentando entender los deseos de su amo. —No he jugado ningún juego.

—Cierto. —Considero sacar a relucir lo del payaso, pero no hay ninguna razón para perder el tiempo con sus negaciones. Mejor sacármelo de encima pretendiendo colaborar—. ¿Cómo se supone, exactamente, que voy a ayudar con la Reina Roja para que Finley pueda volver —lo miro de arriba abajo—, de nuevo a su vida?

Suena la campana, vibrando a través de mis huesos. Charlas y risas se filtran a través de la ventana. Sombras de movimientos destellan en la parte inferior de la puerta, mientras las personas pasan.

Morfeo se agacha y guarda mi libro en la mochila. —Tengo una cita para almorzar. Hablaremos mañana. En el mismo lugar a la misma hora. Tienes hasta entonces para reunir tu ingenio y tus mosaicos. Hay algo que están tratando de decirte, y, con un poco de asistencia mágica, puedo ayudarte a descifrarlo. Después, iremos al País de las Maravillas.

¿Veinticuatro horas para decir adiós a todos y todo lo que amo? No lo creo.

—Espera, Morfeo. Tenemos que hablar de esto.

—M —me corrige—. Y no hay nada de qué hablar.

Niego, no sólo molesta con su desdén sino también con el estúpido nombre que insiste en usar. —¿Por qué no se utilizas el nombre del Fin?

—¿Y si casualmente alguien lo conociera?

—¡Ajá! —Apunto a su nariz—. Así que tiene familia.

Agarra mi muñeca. —Todo el mundo tiene familia en tu mundo, Alyssa. Desafortunadamente para Fin, a la suya no le importa dónde está. Pero un tipo como él está obligado a tener enemigos. No necesito problemas. Así que sólo tomé su imagen. No su identidad.

—No necesito problemas tampoco. —Tiro de su agarre, tomando mi bolsa, y voy hacia la puerta—. No estoy lista para volver al País de las Maravillas. Tengo cosas que hacer aquí.

Despreocupado, se gira para ajustarse el sombrero frente al espejo. —Ah, así que estás ocupada. Tal vez, mientras encuentras tiempo para ir al País de las Maravillas, voy a entretenerme con la adorable y pequeña Jen de pelo rosa y ojos verdes brillantes. —Su voz es baja y sugerente—. Ojos similares a los de su hermano.

Unos nudos oprimen la base de mi garganta, y giro bruscamente alrededor, echando mi mochila a un lado. —Aléjate de la gente que quiero, ¿me escuchas?

Cuando no contesta, agarro su codo para obligarlo a mirarme a la cara.

Antes de que pueda reaccionar, me toma por la cintura y asienta mi trasero en el borde frío del lavamanos. Cara a cara contra su pecho, me retuerzo. Me mantiene en el lugar con su cuerpo, sujetando la porcelana detrás de mí, absolutamente demasiado cerca para que sea cómodo.

—Mira esto —se burla—, tu caja parece haberse reducido.

Miro detrás de mí, pero no puedo volverme sin caer en el lavamanos.

—Si realmente deseas proteger a tus seres queridos —continúa en el mismo tono burlón—, vas a prestar atención a lo que estoy diciendo. ¿Vale más tu comodidad que su seguridad?

La realidad me golpea, dura y amarga. —¿No estabas hablando de Finley, antes? Yo soy el alma que estás dispuesto a sacrificar por el País de las Maravillas, ¿verdad? —Mis ojos se encuentran con los suyos, y su resolución convalida mi miedo.

Jugando con la bufanda en el cuello, pone mala cara. —La guerra nunca es bonita, Alyssa.

Suprimo un sollozo. La advertencia de mamá sobre las flores y los insectos era correcta. Morfeo se cierne sobre mí. —Así que, ya sabes, podría suplicar y aún me enviarías tras ella —lo empujo, pero no cede.

—Puedes ir tras ella o ella vendrá por ti. Mejor mantén la pelea en el País de las Maravillas, donde tienes la ventaja de mantener a tu familia y amigos fuera de la línea de fuego. —Estudia mi cuello donde está la cerradura del corazón de Jeb y la llave encima de mi bufanda—. Recuerda lo que casi le pasó a tu novio la última vez que se vio envuelto en esto, lo cerca que estuvo de...

—No lo digas —ruego.

Morfeo se encoge de hombros.

—Simplemente mostraba un punto. Si enfrenta al País de las Maravillas de nuevo, puede que no sea tan afortunado esta vez.

El borde del lavamanos se clava en mis caderas. —Bájame. — Aunque suave y uniforme, mi voz resuena en el vacío del cuarto de baño.

Con una expresión seria e intensa, me baja del lavamanos, y luego me hace girar, levanta mi mochila, y pone las correas sobre mis hombros, como una madre que prepara a su hijo para el jardín de infantes.

—Tenemos mucho trabajo por delante para prepararte para el enfrentamiento contra la Reina Roja —dice, su cálido aliento contra la parte posterior de mi cabeza—. Todavía no estás equipada para luchar contra ella. Pero lo estarás. Eres lo mejor de los dos mundos, no lo olvides. Todo lo que necesitas es tener fe en ti misma.

Sin decir una palabra, sale. La puerta se cierra detrás de él.

Miro las telarañas que se agitan en la ventana. Teniendo en cuenta el truco —mucho menos que estelar— que hice con mi pelo antes, sé que tiene razón. No estoy preparada para cualquier tipo de batalla mágica.

¿Pero qué tal si se equivoca, también? ¿Cómo puede ser la mitad de algo mejor que algo completo? Ninguna cantidad de trabajo o de fe me puede preparar para enfrentar a la Reina Roja y a sus poderes intensificados.

Un presentimiento se apodera de mi corazón: este viaje al País de las Maravillas será mi final. Porque si tocan mi cuello otra vez, voy a perder más que mi normal vida cotidiana.

Esta vez *perderé* la cabeza, junto con todo lo demás.

Santuario

Traducido por Elle

Corregido por Vanessa VR

Papá dice que puedo comer lo que quiera en la cena como recompensa por sacar el máximo en los dos exámenes de hoy. Considerando que esta podría ser nuestra última comida como una familia, le pido sus famosas tortitas de arce y un vaso grande de leche fría.

Después de cambiarme a una ropa más cómoda —leggings a media pierna con estampado a cuadros azul marino y un suéter plateado— me cuelo en la sala para observar desde la esquina a mis padres cocinando juntos, justo como hacen todas las noches. Mamá estornuda mientras sostiene una taza de harina. El polvo blanco termina posándose sobre el rostro de papá, y estalla una guerra de comida. Antes de que termine, ambos están riendo y cubiertos por ingredientes de tortitas. Papá la acerca, y con ternura, le limpia los labios con un paño húmedo antes de besarla.

Vuelvo a mi escondite, queriendo sonreír tanto que duele. Verlos coquetear como chicos enamorados me rompe el corazón en cientos de pedazos diferentes. Ellos se lo han ganado después de todos estos años que se han perdido de estar juntos. Solo que no quiero que esta sea la última vez que los vea tan felices.

Cuando nos sentamos a comer, las tortitas son ligeras, esponjosas y rezuman almíbar. Saben a hogar, a consuelo y a seguridad. Me las trago completas, ahogándome en la dulzura.

Mientras mis padres friegan, me escapo a mi habitación y alimento a mis anguilas mascota con huevos hervidos troceados. Afrodita y Adonis realizan una graciosa danza enroscando sus cuerpos y atrapando la comida mientras esta flota hacia abajo, parecen un par de amantes atrapando copos de nieve con la lengua.

La escena me recuerda el globo de nieve que el payaso sostenía hoy en mi alucinación, y así de la nada, un recuerdo del País de las Maravillas me golpea; se estampa contra mí de manera tan vívida, que siento que

estoy ahí otra vez: mi yo de cinco años, mirando fijamente a mi compañero del Inframundo y competencia de ocho años, llegando al límite de las lágrimas mientras él sostiene un globo de nieve fuera de mi alcance.

Fue cuando Morfeo y yo visitamos la Tienda de Excentricidades Humanas. Él siempre me llevaba al País de las Maravillas en mis sueños, pero muy pocas veces interactuábamos con los habitantes del Inframundo. A menos que Morfeo los dejara, ellos no podían ver a través del velo de sueño que se alzaba frente a nosotros. Aunque podíamos observarlos como se mira a un pez nadando en una pecera.

Pero ese día había algo que Morfeo quería que aprendiera, así que dejó caer el velo temporalmente.

—Estoy ocupado —dijo Morfeo con su joven y descarada voz, sacudiendo el globo de nieve frente a mí otra vez—. ¿Quieres un juguete para ti sola? Encuentra un modo de subir por ti misma. —Sus negras alas barrieron mis pies mientras me daba la espalda para explorar la tienda.

—Pero tú eres el que puede volar —me quejé, hurgando con la punta de mi trenza en el sitio donde recientemente había perdido uno de mis dientes delanteros.

Cuando echó un vistazo sobre su delgado hombro y rodó sus ojos negros parcheados, supe que estaba decidido. Miré la parte superior de mi pijama rojo. Los pantalones a juego estaban enfangados por el juego del cogecege anterior bajo unos hongos gigantes. Morfeo había ganado ese juego sin siquiera ensuciarse su camisa blanca de satín y sus pantalones negros de terciopelo. Estaba harta de que siempre ganara.

Hice un puchero y caminé por la tienda. Un dosel tejido de ramas y hojas podridas conformaban el techo; los pisos y las paredes eran de decadente piedra, y el musgo se colaba por las grietas. Olía a humedad y se sentía frío bajo mis pies.

Sólidos anaqueles de madera se erguían conformando los pasillos. Los estantes estaban alineados con reluciente plata, cubertería, lámparas, cepillos de dientes, peines, y cientos de otros artículos del reino humano. Nuestros artefactos ordinarios eran piezas coleccionables en el País de las Maravillas.

Un estante superior en el fondo atrapó mi vista, demasiado alto para alcanzarlo. Una alegre muñeca de trapo de muselina estaba recostada al borde, los ojos del color de la harina de maíz, y su sonrisa era de un brillo rosado. En los siete estantes bajo ella había otras novedades: una bola de Navidad plateada, una lupa, un canario amarillo de peluche en una jaula —parecía tan real, que me pregunté si estaría realmente muerto—; jarras blancas con felices y sonrientes mariquitas pintadas en el frente, costosas botellas de perfume, un picaporte, y contenedores de caramelos hechos de

lámparas de keroseno cuyas tapas tenían cabezas de muñecas de vinil. Pero ninguna de esas cosas me intrigaba como la muñeca de trapo.

Morfeo se había marchado hacia otro grupo de anaqueles, ignorándome a propósito.

Dudando, me fui al frente de la tienda, donde el encargado, el Sr. Lamb, estaba sentado al lado de su caja registradora. Era una criatura rara, que parecía hecha de las mismas curiosidades que se alineaban en sus estantes; parches blancos y grises a relieve llenaban su rostro humanoide, como si su piel se hubiera vuelto mohosa. Sus labios, cejas, bigotes y cabello estaban hechos de hongos, verdes y cansados. Su cuerpo —nada más que un vestido hecho jirones— tenía veinte juegos de brazos y piernas robóticas, delgadas como lápices, fijados en las cuencas vacías de los hombros y a los bordes del torso con clavos oxidados y bisagras.

—Sr. Lamb, encontré algo que me gusta. ¿Podría alcanzarlo por mí? —rogué en mi tono más educado.

Su plano y abierto final se bamboleó en el taburete, y echó un vistazo sobre los lentes cuadrados con ojos tan agudos y brillantes como rocas mojadas.

—No —dijo, cortante.

Las agujas de tejer chasquearon entre sus dedos de latón mientras tejía alas de mariposa en hebras de un paño arcoíris brillante. Con la ayuda de sus abundantes apéndices, siguió añadiendo más agujas de tejer y produciendo rollos de la tela a un ritmo alarmante. La pila de alas de mariposa que tocaba el techo cuando llegué ahora estaba un poco más arriba de su cabeza. Las miré con añoranza, triste por querer un par de alas, aunque sabía que nunca las usaría porque no me gustaban las alturas.

—Mi trabajo —su voz gutural ralló mis orejas como las uñas sobre la tapa de un ataúd—, es asegurarme de que los clientes no sean mordidos. De ti depende atrapar tus propias compras. Y procura no ofender a los estantes. Están hechos de madera tulgey. Ahora, vete. Estoy ocupado tejiéndome un vestido.

Me pregunté qué era tan especial sobre la madera de tulgey y qué quiso decir sobre los clientes siendo mordidos. Pero yo tenía un problema mayor. La única manera de obtener el juguete sería escalando, pero me daba una punzada en la panza cada vez que subía alguna altura.

Me abrí paso entre el laberinto de pasillos hacia la muñeca de trapo. Afelpada y limpia, me miraba. Su cara bonita prometía horas de diversión en mi caja de arena en casa. Algo en mi interior vibró con vida, una seguridad sutil de que yo estaría a la altura de este reto.

Con cautela balanceé los pies en el primer estante, agarrándome al superior con los dedos. Subí despacio, como si trepara una escalera. Dos estantes, cuadro, luego seis de altura. El chasquido continuo de las agujas de tejer del encargado le dio ritmo a mi movimiento.

No me atreví a mirar abajo. En su lugar, me enfoqué en mi premio, a solo dos estantes de distancia ahora. El fondo de los anaqueles parecía tener agujeros que solo se mostraban en mi visión periférica. Cuando los miraba directamente todo lo que veía eran líneas en la madera.

Al fin estaba en el estante más alto. Los temblores nerviosos sacudieron mis manos. En busca de consuelo me incliné para acariciar el suave cabello de hilo de la muñeca. Olía a detergente y vainilla. Me eché hacia atrás, sonriendo, entonces vi al payaso a su lado, recostado contra el fondo del estante. Algo en su sonriente mirada me llamó la atención. Me estiré a alcanzarlo, las uñas de mis manos clavándose en la madera para lograr un balance extra.

—Ouch, ¡me estás pinchando! —Un grito salió detrás del payaso, arenoso y entrecortado, como dos papeles de lija frotados juntos. Hubo un movimiento donde las líneas oscuras que había confundido con la madera formaron un par de labios. Bostezaron, abriéndose para revelar un agujero cavernoso con dientes astillados y una lengua gris llena de baches.

El estante tenía una boca...

—Tranquilízate, ¿quieres? —me ladró.

Sorprendida, casi caigo de espaldas, pero apreté con más fuerza el estante, esta vez con ambas manos justo a tiempo.

—Quieres jugar rudo, ¿eh? —me chilló la boca, su aliento tan rancio como un montón de fertilizante.

Sin previo aviso, unos dientes —embebidos en encías negras— saltaron de la madera como un viejo escupiendo su dentadura. Mordiendo ambos juguetes, la mandíbula se retrajo hacia la boca y la muñeca de trapo y el payaso desaparecieron. El agujero también se desvaneció, dejando solo el grano de la madera y un estante vacío.

Aterrorizada, perdí el equilibrio. Morfeo me atrapó en el aire antes de que pudiera gritar. Mientras nos acercábamos al suelo, la boca y los dientes parecieron perseguirnos por el fondo de cada estante consecutivo, atrapando y tragándose los artículos expuestos.

—Tenías que despertar a los estantes —regañó Morfeo en el momento en que aterrizamos—. ¿No sabías que la madera de tulgey es la más irritable de todas las maderas? Mejor que eso que querías para jugar no regrese a rondarte.

—¿Regresar? —pregunté, los latidos de mi corazón seguían desparramados a causa de la casi caída—. ¡Pero si todos han sido comidos!

—No. La garganta de un tulgey es un portal de ida y vuelta hacia otra dimensión. A un lugar llamado CualquierOtroSitio... el mundo del espejo. —Morfeo se dio unos golpecitos en la rodilla nerviosamente—. Si los artículos que pasaron son devueltos, regresarán. Y una vez que algo es escupido de vuelta, rara vez regresa del mismo modo en que se fue. Estará cambiado. Para siempre.

—¡Maldita sea! —La queja del Sr. Lamb se transportó por el salón. No podíamos verlo a causa de todos los pasillos entre nosotros, pero el chasquido de las agujas de tejer había sido silenciado y un zumbido mecánico se disparó. Unos pies de metal sonaron contra el piso de piedra mientras aparecía por la esquina.

Eché un vistazo a los estantes vacíos y luego señaló hacia la puerta con varios de sus dedos de latón. —¡Fuera! —demandó. Un sonoro eructo detrás de nosotros enmascaró el eco de su voz. Nos giramos hacia el estante más bajo, donde había aparecido la boca de madera fibrosa. Con otro eructo, escupió todo lo que se había tragado.

Los artículos estaban mutilados, alterados de manera macabra. La bola de Navidad se había marchitado hasta un negro carbón. Un ojo inyectado en sangre se abría en su centro, mirándonos fijamente. Rodó hacia mí, pero Morfeo la pateó lejos. La lupa se había resquebrajado y había sangre manando de las grietas. El mango de plata aulló tan alto que mi columna se estremeció. El canario amarillo de peluche —ahora de un rosa pálido y sin alas— abrió el pico y chilló. Ocho patas de alambre brotaron de la base de la jaula y arrastraron al ave furiosa hacia nosotros.

Nos echamos hacia atrás. El encargado pronunció una palabra por la que su madre le hubiera dado una paliza, y se trepó a la caja registradora, mascullando algo sobre redes.

Morfeo alzó el vuelo y me dejó sola en el piso.

—¡Ayúdame! —lloré hacia él. El corazón me golpeaba en el pecho, haciendo imposible el respirar.

—No siempre puedo estar ahí para llevarte. —Las joyas bajo sus ojos eran de un azul sincero—. Debes encontrar el modo de escapar.

Algo me picoteó el tobillo y salté hacia atrás con un quejido, enfrentando al canario chillón. Empujé la jaula, y el domo de alambre se meció, haciendo que las piernas se retorcieran en el aire, como una tortuga a la que se le da vuelta sobre el caparazón.

Más mutaciones espantosas me rodearon.

Los tarros de la vajilla vomitaron cientos de escarabajos con pinzas chasqueantes, nada parecido a las sonrientes mariquitas pintadas en el frente. El picaporte se había transformado en la mano de un hombre viejo y tiraba de sí mismo con nudosos y doblados dedos, mientras las cabezas

de muñecas de vinil en los contenedores de caramelo abrían y cerraban las bocas de dientes pequeños y afilados como alfileres rectos.

Di varios pasos hacia atrás con cautela, manteniéndolos a la vista mientras me habría paso hacia el frente de la tienda. —¡Morfeo! —chillé otra vez, pero ahora ni siquiera podía verlo sobre mi cabeza.

Los artículos mutados formaron un sendero. Mi muñeca de trapo y el payaso aparecieron, sus mitades estaban cosidas juntas con hilo sangriento, como una cirugía espantosa que salió mal. En lugar de cuatro ojos, tenían tres entre ellos. Uno de los ojos había sido atrapado en la costura. —Ayúdame a encontrar mi otro ojo —rogó la muñeca de trapo—. Por favor, por favor. Mi ojo. —Su voccecita de niña pequeña y la risa distorsionada del payaso helaron el aire y gemí.

Cegada por las lágrimas fui dando tumbos. El Sr. Lamb se paró en el mostrador, recogiendo mutantes en una masa de redes. —¡Escóndete, niña tonta! —gritó.

—¡Haz algo, Alyssa! —Morfeo reapareció y gritó desde arriba mientras los horripilantes mutantes avanzaban hacia mí—. Eres lo mejor de ambos mundos —aguijoneó—. Usa lo que tienes. Lo que *nosotros* no tenemos. ¡Construye algo que pueda salvarnos a todos!

Me agacho bajo la pila de alas de mariposa del Sr. Lamb para buscar santuario. Las agujas de tejer estaban regadas en el piso, y me aventuré a extender un brazo y agarrar algunas. Dentro de mi frágil refugio ignoré los gruñidos y golpes secos que se acercaban; tomé dos alas y las sostuve contra la aguja, imaginando que se unían como una, formando una nueva clase de mariposa con un cuerpo de metal, letal y afilado.

La mariposa de aguja de coser cobró vida en mi mano, aleteando. Jadeando, la dejé ir, y voló hacia fuera, hacia mis atacantes. Por un momento estoy demasiado conmocionada para moverme. Los chillidos del encargado me espolearon de vuelta a la acción, e hice más mariposas, enviándolas en ayuda de la primera.

Mi invasión de bichos se lanzó en picada hacia los escarabajos atacantes, devolviéndolos a los tarros; se abalanzaron sobre las cabezas de muñecas de vinil y se enredaron en sus cabellos, arrancándolos de las raíces.

Pronto todos los mutantes se retiraron con siseos y gruñidos.

En mi escondite, imaginé que las restantes alas podían levantarme, adheridas a cada parte de mi pijama. En cuestión de segundos estuve flotando al lado de Morfeo. Me cubrí la cara, incapaz de mirar hacia abajo.

—Lo hiciste —dijo él y me rodeó con un brazo. No podía ver el orgullo en sus ojos, pero lo escuché en su voz.

Justo antes de que Morfeo dejara caer el velo del sueño sobre nosotros otra vez, el encargado comenzó a vitorear a mis bichos de metal.

Yo lo había salvado. Nos había salvado a todos.

La bomba de aire de mi acuario borbotea, y eso me devuelve al presente.

Me abrazo contra el tocador, tengo las piernas débiles.

Así que por eso Morfeo envió al payaso, casi una réplica exacta del de la tienda. Fue para desencadenar un recuerdo.

Voy dando tumbos hacia atrás y me siento en la cama, agitada. Ya que era muy joven cuando él comenzó a visitarme, y la mayoría de sus visitas ocurrieron en mis sueños, nuestras aventuras están almacenadas en lo profundo de mi subconsciente. Él es el maestro en ayudarme a recordarlas.

Estoy deseando hablar con mamá para averiguar si sabe algo de la madera de tulgey. Tal vez ella pueda darle sentido al por qué Morfeo quiere que la recuerde ahora.

Morfeo y ella también tienen un pasado, antes de que su persistencia la metiera en un manicomio. Pero no sé si la visitó en sueños o si solo la contactó a través de los insectos y las flores. A menudo me pregunto qué tipo de recuerdos los une.

Ella nunca ha estado en el País de las Maravillas. La sola idea de pasar por el agujero del conejo la aterriza, el miedo a lo desconocido. Por eso nunca la he apresurado para que me cuente su experiencia. Siempre parece tan frágil, y por eso es que depende de mí averiguar las motivaciones de Morfeo hoy en día.

—Usa lo que tienes —dijo él en el recuerdo—. *Lo que nosotros no tenemos.*

Una vez más, se contradice a sí mismo. Si los habitantes del Inframundo son tan geniales como dice que son, ¿qué podrían tener los humanos que ellos no?

Me levanto y hurgo en uno de las gavetas buscando la copia de mamá de las viejas novelas de Lewis Carroll, abriendo la copia de *A Través del Espejo, y lo que Alice encontró allí*. A diferencia de la copia de mamá de *Las Aventuras de Alice en el País de las Maravillas*, donde tiene notas y comentarios en los márgenes —ahora la tinta es demasiado borrosa para ser legible—, estas páginas están limpias, son viejas y amarillentas.

Repaso el poema del Jabberwocky en busca de un bosque de tulgey, pero no hay nada sobre volátiles bocas que se abren en los árboles para escupir formas de pesadilla. Pasando hacia el capítulo tres y los “insectos del espejo”, busco una referencia para el mundo del espejo de

CualquierOtroSitio, la dimensión alternativa que mencionó Morfeo. De nuevo, nada.

Finalmente me detengo en el capítulo cinco: “Lana y Agua”. En él, Alice visita una tienda. Mientras la escena se desarrolla, veo similitudes con el sitio que visité en mi recuerdo, pero también diferencias. Por supuesto, no es lo mismo que la versión de Carroll. Las cosas nunca lo son. El año pasado aprendí que sus libros son más suaves, versiones más digeribles de la locura real del País de las Maravillas.

En la interpretación de Carroll, una oveja que teje es la encargada de la tienda. En mi recuerdo, hay un encargado que se llama Lamb⁷ que está fascinado con el tejido. Al conjunto de anaqueles le gusta hacer trucos justo como en el libro original, aunque los trucos que yo experimenté fueron mucho más horribles que la versión de cuento de hadas.

La campana de la puerta suena y cierro el libro de un tirón. Invité a Jeb a venir después de la cena. Metiendo los libros en el tocador me apresuro a la entrada.

Voy demasiado lenta sobre mis temblorosas piernas, y mamá llega primero.

Jeb espera bajo la luz del portal. Hacemos contacto visual, es obvio que quiere apresurarse a entrar y abrazarme, igual que quiero correr hacia él. Parece que ha pasado una eternidad desde que nos vimos, y la dura realidad es que puede pasar una eternidad hasta que lo vea otra vez.

Mamá se interpone entre nosotros. —Lo siento, Jebediah. Allie ha tenido suficiente emoción por un día. Puedes hablar con ella por teléfono.

Le hago señas detrás de ella para llamar su atención. Sosteniendo cinco dedos en alto, articulo la palabra *Santuario*.

Él asiente hacia mí, y educadamente le da las buenas noches a mamá, luego sale del portal hacia el crepúsculo. Mamá cierra la puerta y me sigue hacia la sala, donde saco mi libro de química de la mochila.

—Vaya manera de ser agradable, mamá —gruño. No quiero herirla, pero si no pretendo estar enojada puede que sospeche algo.

—Tu novio debería respetar que a veces necesitas un descanso — responde.

—Él no es el único que debería respetar eso. —Arrugo el ceño convincentemente—. Me voy a estudiar al patio.

Mamá y yo hemos pasado muchas tardes en los últimos meses trabajando en un jardín lunar que brille por la noche. Hemos plantado lirios, madre selvas y regaliz plateado. Hasta tenemos una pequeña fuente que se ilumina. El flujo del agua ayuda a ahogar los susurros de las

⁷ Lamb (“cordero”) y sheep (“oveja”) son animales muy parecidos.

plantas y los bichos. Es uno de mis lugares favoritos para estudiar y pensar.

Cuando mamá comienza a unírseme, me vuelvo a enfrentarla. —No necesito escolta, *por favor*.

—Necesitas ayuda con tu vocabulario de química —insiste.

Frunzo el ceño. —Es trabajo de una sola mujer, mamá.

Papá sale de la cocina con un paño en el hombro. Todavía tiene harina en la ropa. Nos mira a una y otra indistintamente.

Me muerdo la mejilla interiormente, haciendo lo posible para no estallar. —¿Puedo, por favor, tener algo de tiempo muerto mientras me aclaro la cabeza antes de la escuela mañana? —Dirijo la pregunta a papá.

Mamá se limpia las manos en el delantal.

A través de la puerta de la cocina, el reloj con forma de gato hace tictac, su cola se mueve con cada segundo. No puedo tener a mamá conmigo. No hay manera en que me lance por el agujero del conejo mañana sin hablar primero con Jeb, sin estar en sus brazos una vez más.

Papá debe ver lo cerca que estoy de perder los papeles. —Déjala ir, Ali osita —dice—. No ha tenido mucho tiempo para sí misma hoy.

Finalmente mamá accede después de insistir en que me lleve un edredón extra «ya que las noches son más frías con el clima húmedo que hemos tenido». Pero tengo otros planes para él.

En el patio, hebras de luces tintineantes brillan por el enrejado que asemeja un cenador, el cual alberga un columpio, camuflándolo de la ventana trasera. Ahueco las almohadas en el columpio del portal y posiciono la manta que ya está sobre ellos estratégicamente. Pongo mi libro sobre ellos de manera que si mamá echa un vistazo por la ventana vea la silueta a través del enrejado y piense que soy yo.

Edredón en mano, tomo el sendero alejado del portal. Las fragancias de las flores son aumentadas por el húmedo aire de la noche. La luz de la luna y las luces parpadeantes se reflejan en el follaje y los capullos pálidos. Todo es relajado y de ensueño. Lo contrario a como me siento.

Pongo el edredón en la parte más oscura del patio, fuera del ángulo de visión de la puerta y la ventana trasera. Es el parche de tierra que no está superpoblado con flores o plantas. Un sauce llorón cuelga como un dosel sobre la cerca que separa el patio trasero de Jeb y el nuestro, creando una cueva. Mamá intentó plantar cosas aquí un par de veces, pero nunca florecieron, así que ella decidió que había demasiada sombra.

Lo que no sabe es que eso pasa porque Jeb y yo hemos pasado muchas noches bajo este árbol —escabulléndonos después de que todo el

mundo se fuera a la cama— hablando, contando estrellas y haciendo otras cosas...

Es nuestro santuario.

Somos nosotros los que hemos aplastados las semillas y no me arrepiento.

Me acuesto y envuelvo mis dedos alrededor del relicario de Jeb en mi cuello.

La luz de la luna se vierte a través del claustro de ramas sobre mi cabeza, y la fuente gorjea. Todo en este lugar me recuerda por qué escogí quedarme en este mundo el año pasado, por qué amo ser humana, y Morfeo quiere que lo deje todo atrás por una batalla en otro reino.

Comienzo a darme cuenta de que tiene razón; si significa salvar a los que amo, tengo que ir.

Pero primero se lo voy a decir a Jeb. Quiero que esté metido en esto. Tal vez porque sé que intentará convencerme de que está bien que no vaya. No por algo tan peligroso. No cuando puede que no regrese.

Quiero escuchar que está bien ser cobarde, incluso cuando no me lo crea.

Mi mano roza la cadena de la llave y la imagen de un País de las Maravillas derrumbándose parpadea en mi mente. Me duele el corazón, un sentimiento desgarrador, como si estuviera partiéndose al medio.

Un grillo estalla en una canción en algún sitio hacia mi derecha. Entre gorjeos se mofa de mí. *Coraje, Alyssa. Muchos cambios vienen... locos, locos cambios. Sacarán la reina en ti.*

Me congelo en el sitio con los dedos atrapando ambas cadenas. Un sonido metálico sordo al otro lado de la cerca silencia al grillo. Las hojas sobre mi cabeza se sacuden y unas cuantas revolotean, haciéndome cosquillas en la cara. Las sacudo a un lado y estudio la silueta oscura fuera del dosel.

—Luces increíble a la luz de la luna. —La voz de Jeb, baja y sedosa, es un bálsamo, tranquilizando los ecos premonitorios del mensaje del grillo.

Meto las cadenas bajo el cuello de mi blusa, mi voz está atrapada en mi garganta. Las ramas se abren para revelar su rostro y su cabello despeinado. Lleva esa media sonrisa sexy.

—Lo sé, vengo dos minutos tarde. Merezco una azotaina.

Bufo, calmada por su broma. —Deberías ser tan afortunado. — *Puedo hacer esto.* Le puedo contar cualquier cosa. Después de todo, es Jeb.

Se deja caer, aguantándose de una rama con una mano para poder voltearse y poner primero los pies. Es un truco que usaba cuando jugábamos al rey de la montaña en nuestros primeros veranos.

En un movimiento elegante, se pone a horcajadas sobre mí, su peso hundiéndome en la suavidad del edredón. —¿Así está bien? ¿Peso demasiado?

Aprieto los brazos a su alrededor cuando intenta encontrar equilibrio sobre sus codos y rodillas. —Quédate como estás. —Retoma su posición y mis músculos se crispan de satisfacción. Nada se siente tan perfecto o seguro como estar sin aliento bajo él.

Su mano se desliza por mi tórax y se detiene en cada hueso, como si se asegurara de que estoy intacta. —Finalmente te tengo para mí solo —susurra, su aliento caliente en mi rostro.

Me regodeo en la esencia de su colonia. —Jeb, necesito decirte algo.

—Mmm, ¿no puede esperar, chica patinadora? —Sus labios acarician mi cuello.

Escuchar mi sobrenombre me quiebra. Tiro de su cabeza para besarlo. Solo una vez, antes de hacer añicos su mundo. Mis dedos se enredan en su cabello. Nos rueda para que pueda estar sobre él, y yacemos así: mi cuerpo dejando una huella sobre el suyo, las bocas trazando senderos en los cuellos, orejas, rostros. Nos besamos bajo las estrellas, fuera del alcance del mundo, y no nos detenemos hasta que estamos sin aliento.

Jadeando, nos retiramos y nos miramos el uno al otro fijamente, abrumados por el drama y las emociones de los días anteriores, y está a punto de ponerse peor.

—Así que... —Jeb rompe el silencio—. ¿Esta es tu manera de distraerme para poder robar mi rey?

Casi sonrío ante el recuerdo. —¿Soy tan transparente?

Tira de mí para ponerme a su lado sobre la manta, quitándose el cabello de la cara. —No puedo creer que perdimos tantos veranos jugando ajedrez bajo este árbol mientras tu papá estaba en el trabajo.

—Solo estás enojado porque siempre te ganaba —digo.

Descansa la cabeza sobre su brazo extendido. —Valió la pena. Podía hacerte cosquillas después de eso. —Traza mis labios con la punta del dedo—. Me gustaba tener una excusa para tocarte.

Le beso el dedo. —¿Aún entonces pensabas en tocarme?

—Pasar cada día rodeado de bocetos que inspirabas me dejaba poco tiempo para pensar en cualquier otra cosa.

Reprimo una oleada de añoranza por la simpleza de la vida que una vez vivimos. Entonces no tenía idea de lo que sencillo que era. ¿Cómo se supone que le diga que me marchó? ¿Cómo le decimos adiós a momentos como esos?

Rozo una uña por su oreja, buscando las palabras. Él se eriza y sonríe.

—Hablando de mi trabajo —dice antes de que pueda hablar—, necesitamos hablar sobre Ivy. Estábamos equivocados en cuanto a la cantidad que está dispuesta a pagar.

Tenso los labios ante el nombre de la heredera. No me sorprende que estuviera tan esquivo al teléfono. Él contaba con ese dinero para ayudarnos a empezar en Londres. Esta es la oportunidad perfecta; le diré que no importa. Ese dinero es lo último que se interpone ahora en nuestro futuro.

Abro la boca, pero Jeb vuelve a ganar el argumento. —Está ofreciendo diez mil más —dice mientras se sienta y se sacude las hojas de sus vaqueros y camiseta.

Me apresuro a sentarme a su lado, mi cabeza da vueltas. La blusa se desliza por uno de mis hombros, dejándolo al descubierto. —¿Diez mil pavos más? ¿Por una pintura de un hada?

Jeb desliza un dedo a lo largo de mi hombro. —No exactamente. Quiere una serie... tres nuevas pinturas de hadas. *Más* sexis.

Cuando Jeb me pinta, me pone en poses, evalúa cada contorno de mi cuerpo, estudia el modo en que la luz y las sombras recorren mi piel, lo cual usualmente lleva a otras cosas además del trabajo. He extrañado esas sesiones. Sería perfecto reiniciarlas. El pensamiento hace que me duela mucho más el tener que partir.

Trago, luchando por decir adiós, deseando no tener que hacerlo.

Jeb se inclina y me besa el hombro desnudo, tierno, cálido y dulce, y luego cubre mi piel con la manga. —Tienes que saber que hay una condición —dice, llevando su vista al mismo nivel que la mía—. Ivy quiere que pinte una colección de ella. *Ella* quiere ser mi musa.

Marionetas

Traducido por Katita

Corregido por AriannysG

Dejo a un lado todos los pensamientos sobre el País de las Maravillas y las guerras mágicas. —¿Ivy quiere modelar para ti?

Jeb eventualmente iba a tener encargos de retratos personales, pero no me encontraba preparada para que esto sucediera *hoy*.

Me mira en silencio.

—¿Qué quieres decir con pinturas más *sexies*? —prosigo.

—Bueno, ella tiene este increíble disfraz. Lo llevaba cuando nos conocimos en el estudio. Es un poco revelador, pero... —Jeb pasa su mano por su barbilla—, no es desnuda ni nada. Le dije que no me encontraba de acuerdo con eso.

Estoy agradecida por su caballerosidad, pero es un pequeño consuelo. El pensamiento de él siendo tentado día tras día por una sofisticada y experimentada mujer semidesnuda hace que mi estómago se revuelva.

—Al, sólo tienes que conocerla. Te sentirás mejor cuando veas lo seria que es respecto al arte. Tiene algunas ideas muy interesantes... excéntricas, incluso más allá de los trajes. Es un alma vieja, como nosotros.

Alma vieja. Ya es bastante malo que sea hermosa y rica. No se supone que le tenga que gustar su personalidad también.

Mi corazón se hunde tan abajo, que me tropezaría con él si estuviera caminando. Ese canto posesivo resurge: *mío, mío, mío*.

Las hojas que nos rodean comienzan a revolotear, a pesar de que el viento no sopla. Me concentro en las ramas de sauce, enviando todo lo que estoy sintiendo hacia ellas. Estas se enroscan alrededor de los hombros de Jeb, como aferrándose a él, unas cadenas de títere para obligarlo a hacer mi voluntad.

Él salta, y sus extremidades se aflojan. Bajando la mirada al balanceante follaje, frunce el ceño. No se da cuenta de que estoy haciendo el movimiento, de que algo se está despertando dentro de mí, algo que he mantenido oculto durante meses. Algo que no quiero reprimir en este momento, debido a que la rabia que me consume hace que mis inseguridades parezcan conquistables, y a su vez me hacen sentir más fuerte.

En cuanto me doy cuenta de la perplejidad en su rostro, una vergüenza helada se instala en mí. Contengo mi ira y mis celos. Las ramas vuelven a su sitio.

La mirada de Jeb se encuentra con la mía. —¿Viste eso?

Mi corazón late. —¿Qué cosa?

Se frota el cabello. —Podría haber jurado... —Se detiene a sí mismo—. Debe haber sido un soplo de viento.

No tengo ninguna respuesta. Estoy horrorizada por la facilidad con que mi lado oscuro burbujea hacia afuera, sobre todo por lo mucho que quiero dominar a Jeb. Controlarlo.

Debe ver la vergüenza nublando mi rostro porque toma mi mano y entrelaza nuestros dedos. —Lo siento por sacar esa cosa de Ivy contigo. Pero tengo que darle una respuesta. Estará aquí sólo por esta semana. Si la rechazo, podría afectar mi reputación. —Estudia nuestras manos enlazadas—. Los coleccionistas y críticos podrían pensar que soy un poni de un sólo truco.

—Lo entiendo —murmuro, tratando de no dejar que mis emociones me controlen de nuevo.

Me gustaría que al menos *fingiera* que es una decisión difícil para él, pero su expresión es esperanzadora. Es obvio que quiere que le diga que estoy bien con todo esto, ya sea por el dinero o por su crecimiento artístico. Pero duele, aunque sé que no debería. Siempre he sido su inspiración, y esto sólo demuestra que ya no me necesita... al menos artísticamente.

Para ser honesta, parece que ha estado creciendo lejos de mí desde hace un tiempo, y eso es lo que realmente duele.

Las luces encendiéndose y apagándose en el porche son un toque sutil de mis padres para que abandone mi estudio y vaya a dentro. Su horario es una mierda.

Jeb me pone en pie, se inclina y me besa en la frente. —Mañana hablaremos más. —Doy un paso hacia atrás, pero agarra el cuello de mi túnica y el relicario en forma de corazón debajo de esta para mantenerme cerca—. Oye, no olvides que te quiero.

—También te quiero. —Sostengo su mano en mi pecho. Las hojas se sacuden a nuestro alrededor una vez más antes de recordar algo.

Después de mirar por encima, Jeb me da un abrazo y un lento beso, luego, se empuja a sí mismo del árbol.

—Espera. —Engancho el cinturón de sus pantalones antes de que lo puedan hacer las ramas. Nada de esto tiene que suceder. Puedo dejar de hacerlo pensar en Ivy y en este encargo, mostrándole la verdad en cuanto al País de las Maravillas, en cuanto a mí—. ¿Puedes recogerme mañana en la escuela?

Colgando por encima de mí, frunce el ceño. —No estoy seguro de que pueda dejar el trabajo tan temprano.

Rechino los dientes por la decepción.

—Está bien —dice, como si quisiera aplacarme—, está bien, voy a encontrar una manera.

—Bueno. Porque estoy lista para mostrarte mis mosaicos.

Sólo espero que esté listo para verlos.

* * *

El jueves por la mañana no me tomo el tiempo para discutir con mamá. Elijo un estilo que ella aprobará, una falda de dos capas de cintura para abajo que tapan mis leggins a rayas. Entro a la primera clase mientras la campana suena. Termino mi examen de química antes de que media clase lo haga, lo que me deja dos insoportables periodos más para pensar lo que voy a decirle a Morfeo sobre mi decisión de no abandonar el reino de los humanos hasta que arregle las cosas con Jeb.

Morfeo no lo va a hacer más fácil para mí.

Varias veces entre las clases, lo paso en los pasillos con su harén. Él camina por mi lado sin decir una palabra, desairándome; sin embargo, cada vez se las arregla para rozar su brazo con el mío o acariciar nuestras manos. Es doloroso de la manera más extraña.

Por último, el cuarto período termina y me encierro en el baño de chicas abandonado para esperarlo. Suena la campana, y pronto el pasillo se vacía.

La luz del sol motea en el suelo a través de la ventana de la tolva, pero la habitación que me rodea es gris e inmóvil. Hoy los bichos han sido implacables en sus susurros, como si el grillo de la noche anterior los estuviera dirigiendo en una revuelta:

Están aquí, Alyssa. No pertenecen... devuélvelos.

Me apoyo en el lavamanos. —¿Quién? —susurro en voz alta, frustrada por las oscuras advertencias.

Mientras estoy esperando una respuesta, oigo un crujido en el interior de uno de los cubículos medio cerrados. Aspiro un soplo de sorpresa, dejo mi mochila, y me inclino hacia abajo para mirar debajo de la puerta de metal, con cuidado de no dejar que mi cabello toque las baldosas húmedas.

—¿Hay alguien ahí?

No hay respuesta y no hay botas de vaquero. A menos que esté en cuclillas encima de la taza del baño, no es Morfeo. Preparándome, abro la puerta.

Un gorgoteante siseo me saluda, junto con la cara distorsionada de un payaso. Es un juguete de gran tamaño y está colocado en la tapa del inodoro. Chillo y camino hacia atrás, tropezando con mi mochila. Mi codo golpea el dispensador de toalla de papel, abriéndolo. Cuadrados de papel marrón revolotean a mi alrededor.

Saltando al suelo, el juguete demente se apresura detrás de mí con afilados dientes al descubierto. Uno de sus zapatos se desliza sobre una toalla de papel y se cae. Se arrastra hacia mí, pero nunca para. Con el corazón desbocado, miro alrededor buscando algo que usar como un arma para protegerme de esa boca gruñendo.

Mi mochila está demasiado lejos; no hay nada más a mi alcance. Mi mirada se engancha en el sucio techo blanco y las manchas de óxido ramificándose como venas. Me tranquilizo, respirando profundamente, y me imagino que las manchas son cuerdas.

Me desvío para evitar al juguete rabioso, me centro en las manchas. Estas comienzan a deslizarse del techo y caer hacia abajo. Me concentro más, las enredo alrededor de los brazos y las piernas del payaso, tensando hacia arriba como una marioneta.

Ahora *lo* controlo.

El miedo y la ira desaparecen, hago un baile con la cosa espeluznante en el aire, luego imagino a las cuerdas haciendo girar el juguete, atrapándolo en un capullo de manchas de color amarillo-marrón. Con un chillido, el payaso utiliza su mano para romper las cuerdas antes de que pueda envolverlo, y luego se lanza hacia la puerta del baño. El juguete se desliza por el pasillo, y la puerta se cierra.

Me deslizo por la pared hasta el suelo, temblando. Mi pulso late rápidamente en mi cuello. Las manchas, descuidada por mis pensamientos, se retraen de nuevo hacia el techo, buscando sus lugares permanentes una vez más.

Estoy sorprendida, aturdida y estática. Todo en uno. El momento en que visualicé exactamente lo que quería de las manchas en el techo, mis poderes llegaron en menos de un segundo. Estoy mejorando en esto.

Pero, ¿por qué tengo que recurrir a la magia en mi mundo? ¿Por qué ese payaso de Morfeo está aquí todavía? ¿No fue ya útil para sus fines?

Mis mejillas llamean y paso mis manos heladas por ellas, tratando de someter la adrenalina.

Varios minutos pasan y la puerta de la entrada comienza a abrirse lentamente. Doblo mis rodillas contra mi pecho, dispuesta a usar mi magia otra vez.

La punta de una bota de vaquero está a la vista, y Morfeo entra.

El alivio se estrella sobre mí, perseguido por un destello de fastidio.

Al verme rodeado de toallas de papel en el suelo, Morfeo levanta las cejas. —¿Construyendo un nido? —pregunta—. No hay necesidad de empezar a actuar como un pájaro simplemente porque tengas una necesidad propensa a volar.

—Sólo... cállate. —Me esfuerzo por ponerme en pie, pero las suelas de mis zapatillas se mantienen deslizándose sobre las toallas de papel. Él extiende su mano. De mala gana, la tomo y me paro.

Antes de que pueda alejarme, agarra mis dedos y gira mi brazo en la penumbra, observando mi piel brillante. Es una manifestación visual de mi magia... resultado del uso de mis poderes.

—Bueno, bueno. ¿Qué has estado haciendo? —pregunta, sonriendo. Hay un destello de orgullo detrás de sus maliciosos ojos.

—Como si no lo supieras. —Escapo de su agarre, frunciéndole el ceño mientras compruebo, por encima del hombro, en el espejo para estar segura de que los parches en mis ojos no han aparecido—. ¿Qué estás tratando de probar? —pregunto, aliviada al ver que todavía se ven normales, aunque me siento todo lo contrario—. ¿Por qué sigues llevando esa cosa?

Silencio. Su confundido ceño mientras reflexiona me hace sentir furiosa. Tiene la capacidad de lucir completamente inocente, incluso cuando sé que es tan puro como un pirata.

Me vuelvo hacia él. —Si no lo trajiste hasta aquí, por lo menos habrás visto eso.

—Eso —dice.

—¡Ese fenómeno de juguete!

Sonríe, un aspecto familiar en la cara desconocida de Finley. — Bueno, ya que hay cajas por toda la escuela con juguetes en el interior, debo decir que sí. Sí, he visto un juguete o veinte.

—Estoy hablando del payaso que me enviaste al hospital. No pretendas que no tuviste nada que ver con eso.

—No te he enviado ningún juguete al hospital.

Gruño. Por supuesto que no va a admitir enviarlo, más de lo que admitiría traerlo aquí.

Lo empujo, caminando hacia la puerta. Miro en primer lugar uno de los lados del pasillo, luego el otro. No hay nadie, ni nada, además de las cajas de caridad. Empiezo a salir a través de las donaciones. Si meto la prueba en su cara, tendrá que confesar.

Morfeo agarra mi codo y me arrastra hacia el interior, poniendo su cuerpo entre la puerta y yo. —No vas a ninguna parte. Tenemos mosaicos para descifrar y una guerra que ganar.

Lo fulmino con la mirada. —No tengo los mosaicos.

—¿Perdón? —pregunta Morfeo, la ira en su voz acercándose a la pared. Las toallas de papel se deslizan debajo de mis pies—. Te di una cosa que hacer. *Una*. No tienes ni idea de lo importante que es para nuestra causa.

Cuadro mis hombros con determinación. Niego. —Eso no importa. No me iré de todos modos. Así que deja de acosarme.

—¿Acosarte? —Su verdadero rostro aparece, apenas visible bajo los rasgos de Finley. Las joyas bajo sus ojos brillan, como si alguien hubiera implantado luces de fibra óptica multicolor bajo su piel. Las marcas oscuras que están conectadas no son más que sombras tenues, un eco de la rareza brillante que es Morfeo.

—No hay necesidad de acosarte. Tú vienes al País de las Maravillas. Tu corazón, tu alma, ya están allí. Por mucho que intentes, nunca serás capaz de abandonar un mundo que atrae a tu propia sangre. De un poder que te lleva a ser desatado.

Me estremezco, pensando en mi extraño baile con el payaso y mi percance mágico anoche con las ramas de los sauces.

—Te reunirás conmigo después de la escuela —continúa—, en el estacionamiento norte. Y junto a tus mosaicos. Después de que los descifremos, vamos a decidir nuestro próximo paso. No más excusas. Perteneces al País de las Maravillas ahora.

Levanto la barbilla. —Me pertenezco a mí misma, y no me iré hasta que esté lista.

Morfeo frunce el ceño, y el toque de joyas parpadea a un naranja atrevido e impaciente. Estudia el colgante de Jeb. —Pertenece a ti misma, ¿no? ¿Esperas que me crea que esto no es sobre tu juguete humano?

—No, se trata de la Tienda de las Excentricidades Humanas.

Sus ojos manchados se estrechan, iluminados por un destello de interés. —Recordaste algo, ¿no?

—Como si te sorprendiera. Tú lo provocaste.

—Ah —dice y se tira hacia atrás con una mirada soñadora en su cara, sin negar ni confirmar, me observa—. Esos eran los buenos tiempos. Mutantes, alas de mariposa, y los estantes de tulgey.

Le lanzo una mirada irritada. —De eso se trata. ¿Qué tiene que ver los estantes de tulgey con nada? ¿Por qué ese recuerdo?

Niega. —¿Por qué me lo preguntas a *mí*? Tu subconsciente fue el que eligió recordarlo. Tal vez tenía menos que ver con los estantes y más a cómo estabas triunfante contra ellos. ¿Hmm?

—Deja de bailar alrededor de mis preguntas. Quiero saber... ¿desde cuándo es ser la mitad de algo mejor lo mejor de cualquier cosa?

Su boca se abre. —Ser un habitante del Inframundo pura sangre hace que Roja sea superior. —Él tiene razón, y suprimo una oleada de disgusto por su egoísmo—. Pero las debilidades también pueden ser ventajas en las manos adecuadas. Los habitantes del Inframundo puros sólo podemos utilizar lo que está delante de nosotros tal cual es. La Reina Roja puede animar vidas sueltas, cadenas, otras cosas. Pero *tú* puedes crear vida de lo inanimado haciendo algo completamente diferente. Como un niño humano, inocente y lleno de fantasías, que aprendió a usar su imaginación. Eso es algo que no experimentamos.

Me da vueltas la cabeza, tratando de absorber su explicación. Encaja perfectamente con lo que acaba de ocurrir... Cómo construí cuerdas de marioneta de manchas de agua para atrapar al payaso de juguete. Además, las mariposas de metal que forman mi recuerdo. —Nunca he entendido eso. Por qué los habitantes del Inframundos no tienen infancias típicas. —Mi declaración es más retórica que otra cosa. Sé que no debo esperar una explicación.

Los ojos oscuros de Morfeo se profundizan con una melancolía que nunca he visto antes. —Tal vez esa es una discusión que tendremos algún día. Por ahora, sólo sé que tengo fe en que puedes encontrarte con Roja de frente y ganar. ¿Cuándo te he puesto en una situación que no podías manejar?

Abro la boca para comenzar una lista, pero me hace callar con un dedo en mi labio inferior. Mi mandíbula se aprieta mientras considero si

sería digno morderlo. Lo único que me detiene es que estoy bastante segura de que le gustaría.

—Una donde siempre saldrás victoriosa —insiste—. Con garbo.

—No gracias a ti —me quejo.

Chasquea la lengua. —Deja de ser una malhumorada. Sabes lo que eso hace en mí. Hace que sea imposible concentrarme. —Sostiene mi mirada el tiempo suficiente para que vea el brillo tenue de color fucsia bajo sus ojos. El color del afecto—. La desventaja más grande de tu lado humano es que eres una esclava de tus afectos mortales e inhibiciones. Eso es lo que tenemos que trabajar antes de que nos vayamos al País de las Maravillas.

Mi guardia sube, una reacción instintiva. —¿Y cómo se va a trabajar en ello?

—Deja que me ocupe de la logística.

En ese momento, la puerta del baño se abre.

Morfeo me atrae más cerca, sus manos en mi cintura. Me esfuerzo por apartarme, pero ya es demasiado tarde. Aunque la luz que brilla desde el pasillo es cegadora, puedo distinguir la silueta de una chica y su cabello rubio.

—¿M? —La voz de Taelor rompe el silencio—. ¿Por qué querías que nos encontráramos aquí... —Ella camina en la penumbra, con una expresión de asombro en su rostro mientras me reconoce.

Los labios de Morfeo giran hacia arriba en una sonrisa de pura satisfacción.

La sangre se eleva a mi cara.

Me tendió una trampa.

Justo antes de liberarme se las arregla para besarme la frente.

Lo limpio con el dorso de mi mano. Un grito furioso arde dentro de mi pecho, pero lo sofoco. Todo lo que necesito es atraer a una audiencia más grande. A Morfeo le encantaría eso.

—Te odio —digo silenciosamente.

—Lo siento, hermosa —le dice Morfeo a Taelor sin romper nuestra mirada—. Alyssa me siguió. Tuvimos que ponernos al día en algunas cosas.

La boca de Taelor se abre. Sorpresa y odio destellan en sus ojos marrones.

Agarro mi mochila y camino fuera, haciendo una pausa en el pasillo hacia ella. —No es lo que piensas.

Su boca finalmente se cierra lo suficiente para formar una sonrisa hosca.

—Nunca es contigo, ¿verdad? Tienes a Jeb tan engañado. Perfecta, inocente, pequeña *chica patinadora*. —Hay tanto veneno goteando de sus palabras que podría jurar que ha estado empapando su lengua en arsénico.

Morfeo se cierne detrás de ella, una silueta con alas y bravuconadas que sólo yo puedo ver. Él ofrece una media inclinación, el maestro titiritero reconociendo su títere. Taelor ha estado esperando un año para vengarse de mí por haberle robado a su novio, y Morfeo ha encontrado la manera perfecta para asegurar que nada interfiera con sus planes de hacer una mártir de mí.

Quema mi pecho. No tengo manera de convencer a Taelor de mi inocencia, así que empiezo a subir por las escaleras y me concentro en el impulso hacia delante de cada pie, bloqueando su conversación. No tengo que escuchar para saber que Taelor está acosando a Morfeo para obtener más información sobre lo “bien” que nos conocemos. No podría haber encontrado una mejor cómplice involuntaria, o una con una boca más grande.

Al final del almuerzo, nuestra cita en el baño estará por toda la escuela. Al final del día, Jenara escuchará de él. Y esta noche, Jeb sabrá todo en cuanto a mi pequeño secreto sucio que nunca fue.

Murciélagos en el Campanario

Traducido por Melody Hamort

Corregido por Marie.Ang

Durante la clase de arte del octavo período, trabajamos en grupos para hacer decoraciones para la graduación. El objetivo es crear un “bosque encantado” para el área de refrescos y la cabina de fotos.

La familia de uno de los estudiantes posee un huerto de manzanas y proporcionó casi dos docenas de “árboles” de un metro ochenta de altura, hechos por ramas con forma de astas. En las últimas dos semanas hemos estado pintándolos de blanco con pintura en aerosol, rociándolos con purpurina, y luego transfiriéndolos a macetas de cerámica llenas de piedras preciosas de cristal transparente para mantenerlos en posición vertical.

Era un proyecto divertido. Hasta hoy.

Después de lo que Taelor vio en el baño, no me atrevo a unirme a ninguno de los grupos. Esto es lo que me pasa por ser una reclusa. Nadie me conoce lo suficientemente bien —*realmente* me conoce— para saltar a mi defensa cuando los rumores abundan.

Finjo un dolor de cabeza a causa de los gases de la pintura en aerosol, y mientras estoy sola y desplomada en mi mesa en la esquina, envié un mensaje a Jeb. Va en contra de la política de la escuela usar el móvil durante clases, pero el señor Mason ha salido por un minuto. Su sustituto temporal está aterrorizado de los estudiantes de secundaria o es ajeno a ellos, porque no soy la única que tiene su teléfono en la mano.

Intento hacer un poco de control de daños, escribiéndole a Jeb que tuve un encuentro extraño con el estudiante de intercambio y que no es necesario volverse loco hasta que pueda explicarlo.

Envíe a Jenara un mensaje similar.

Ella y Corbin abandonaron la escuela después del almuerzo para asistir a la exhibición de diseño de interiores de su mamá. Pero es sólo

cuestión de tiempo hasta que alguien le envíe un mensaje o la llame con las novedades. Mejor que lo escuche de mí primero.

Una mosca zumba alrededor de la habitación y se posa sobre mi hombro. *Arregla las cosas, Alyssa.* Su susurro es un cosquilleo en mi oído. *Las flores han sido comprometidas. Debes detenerlos.*

Espanto al insecto con cuidado. Estoy harta de sus oscuros enigmas. Tengo suficiente sobre lo que preocuparme.

Algunas risas estallan en la mesa frente a la mía. Cuatro chicas de tercer año desvían la mirada cuando miro en su dirección, fingiendo centrarse en los faroles de blondas de tela rígida y pequeñas velas blancas de luces LED que están haciendo. Mientras las chicas forman cúpulas atando dos blondas juntas, sus risitas crecen. Es el mismo grupo que estaba comiéndose con los ojos a Jeb el viernes pasado cuando vino a recogerme en su motocicleta. No estoy segura de si están hablando de lo que Morfeo y yo supuestamente hicimos, o lo idiota que soy por engañar a un tipo tan increíble como mi novio. De cualquier manera, es obvio que soy el tema de conversación, al igual que lo he sido en todas las clases desde el quinto período.

Mi cuello y mejillas arden.

El teléfono vibra entre mis dedos. Hago clic en la respuesta de Jeb.

Uh... ¿encuentro? Detalles xfa.

Suena celoso o apurado.

Mordiendo mi labio inferior, escribo la mentira en la que trabajé en el último período:

Resulta que su familia son buenos amigos con los Liddells de Londres. Te lo explicaré todo cuando me recojas.

Haré más que explicar. Voy a hacer un mosaico frente a él. Dejarle ver la magia de mi sangre en acción. Luego, una vez que pase la etapa de enloquecer, tal vez pueda ayudarme a averiguar una forma de evitar enfrentarnos a Roja y todavía proteger el País de las Maravillas y la gente que amamos.

Mi teléfono vibra de nuevo.

No puedo recoger dsps d todo. Entrevista fue reprogramada para esta tarde. ¿Puedes regresar c/Jen?

No. Quiero gritar, quiero decirle que realmente necesito que deje todo y venga a verme *ahora*, pero antes de que pueda siquiera responder, la puerta del salón se abre y el Sr. Mason entra. Junto con la mitad de mis compañeros de clase, me apresuro a ocultar mi teléfono. El Sr. Mason habla en voz baja con el sustituto, y luego le dice que puede marcharse.

Después de sentarse en su escritorio, el Sr. Mason saca un catálogo de artículos de arte de un cajón. Contra todo instinto de encorvarme en mi mesa y mezclarme con el entorno, levanto la mano. Desde detrás de sus lentes de color rosado, me divisa y gesticula para que me acerque.

Me pongo en marcha hacia la parte delantera de la sala. Un siseo me detiene en seco. Suena justo como el payaso en el baño de chicas. Con la espalda rígida, giro para ver a dos chicos en la esquina más alejada, pintando con aerosol uno de los “árboles”.

Continúo hacia adelante. Mi estómago se agita cuando las chicas reanudan sus risitas. Las miradas sobre mi espalda pesan mucho, y hace mis pasos lentos y torpes.

Cuando llego al escritorio, el Sr. Mason levanta la vista y ajusta sus gafas. —Alyssa. He querido hablar contigo acerca de tus mosaicos.

Asintiendo, gesticulo hacia su gabinete. —Bien. ¿Deberíamos envolverlos en papel de estraza para el viaje a casa?

Su mandíbula cae, pero luego recupera su compostura y se pone de pie en su lado del escritorio, sus manos extendidas junto al catálogo. — ¿Tu madre no te dijo?

—¿Decirme qué?

—Ella me llamó desde el hospital después de tu accidente. Había oído hablar de tus mosaicos y quería verlos, así que se los llevé el sábado por la noche.

Mi pulso golpea bajo la línea de mi mandíbula. *¿Quién le dijo a mamá sobre mi arte?* Mi sangre bombea aún más rápido al imaginarla viendo la viciosa masacre de la Reina Roja en las escenas.

—¿Así que mi madre los tiene?

—Bueno, sólo tiene tres. Eran demasiado pesados para llevarlos desde mi coche a la vez. Cuando regresé por el resto... se habían ido. Robados.

Un sentido de violación me hiela. Pienso en el payaso y mi sueño sedado y repleto de telarañas. Morfeo tiene que estar detrás de todo esto, sin importar si lo confirma o lo niega. Entonces, debe haber estado en el

hospital, espiando desde las sombras, moviendo los hilos. Podría haber escuchado la llamada del Sr. Mason y mamá. Lo que significa que él robó esos tres mosaicos y ya sabe que mi madre tiene los otros. Así que me pidió que se los llevara por nada. Está jugando con mi mente otra vez.

He terminado de jugar sus juegos. A menos que él aclare todo, hoy no iré a ninguna otra parte más que a mi casa.

—No puedo disculparme lo suficiente —dice el Sr. Mason—. No sé cómo sucedió. El coche es nuevo. Su sistema de alarma es de primera categoría. Pero, de alguna manera, el ladrón abrió la puerta sin apagarlo. —Sus mejillas enrojecen mientras recoge el catálogo—. He estado buscando a través de todas mis listas de suministros, tratando de encontrar más de esas joyas con líneas rojas. Quiero comprarte algunos reemplazos. No puede compensar todo tu duro trabajo... pero...

Suena la campana, haciéndome saltar.

Mis compañeros reúnen sus libros y bolsos, y salen rápidamente por la puerta. Un pesado nudo se forma en mis entrañas, como si hubiera tragado una enorme roca. Todo lo que puedo pensar es: *Mamá lo sabe*. Sabe que mi cabeza está todavía en el País de las Maravillas, sin embargo, no ha dicho ni una palabra.

Quito el catálogo al Sr. Mason y lo dejo boca abajo en su escritorio. —Nunca encontrará gemas para reemplazar las que he usado. —Aturdida, camino hacia mi mesa y agarro mi mochila—. Pero no se preocupe. Hacer esos mosaicos no fue tan difícil como usted piensa.

Me voy antes de que pueda responder.

Hay un zumbido en mis oídos, como si todos los insectos ocultos en cada grieta de las baldosas y debajo de todos los casilleros estuvieran hablando a la vez. La sensación llena mi cabeza y amortigua los sonidos mientras camino por los pasillos llenos de gente.

Taelor y su séquito me observan cuando paso, pero es como si una pared invisible se interpusiera entre nosotras. Casilleros estrellándose se agitan como abanicos de papel, las charlas y risas son tan pequeñas e insignificantes como los chillidos de un ratón. Estoy aislada de todo.

De todo excepto mi ira... Ambos, Morfeo y mi mamá, están ocultándome cosas.

No sé quién le habló de los mosaicos, pero una cosa que sí sé y es que si mamá está lo suficientemente estable emocional y mentalmente como para ver mi sangrienta obra de arte, y luego ocultar ese conocimiento sin entrar en una crisis a gran escala, no es tan frágil como pensaba.

Ella y yo vamos a tener una charla acerca de su pasado *hoy*.

Salgo, agradecida por la cálida brisa y el sol en mi cara. El zumbido en mi cabeza se tranquiliza y desvanece. Es como si los insectos

estuvieran preocupados por otra cosa. O tal vez están finalmente dándome un respiro.

Tomo el camino más largo a propósito, lo que me cuesta unos buenos ocho minutos, por lo que el estacionamiento está casi desierto. Morfeo está esperando donde dijo que estaría, junto a los contenedores, donde los chicos populares evitan aparcar.

Parece que él es un paria social tanto como yo lo soy después de nuestro rumoreado interludio en el baño, porque también está completamente solo. Sin embargo, no parece importarle. Cuando me ve, se ajusta un par de gafas de sol y una sonrisa burlona se extiende por su rostro prestado.

Pienso en el pobre Finley y tiemblo al imaginar los horrores que debe estar experimentando ahora, desintoxicándose en el País de las Maravillas. Al menos tiene a Ivory para consolarlo.

Morfeo gesticula con un antebrazo tatuado hacia el coche detrás de él.

—Un Mercedes-Benz Gullwing modificado —dice—. Nunca has visto uno de estos, me atrevería a decir.

Me detengo a un metro de distancia. No hay razón para sentirse impresionada. Dudo que haya pagado un centavo por él. Probablemente se metió dentro de la cabeza del propietario y simplemente lo condujo fuera del estacionamiento.

El cuerpo del coche es deportivo y negro sin nada de brillo, como si alguien hubiera tomado papel de carbón y lo hubiera frotado sobre la pintura. Incluso los tapacubos y las llantas son de color negro mate. Una mirada a través de las ventanas tintadas revela asientos de cuero rojo y tapicería. Finjo no darme cuenta de que este coche se ajusta a Morfeo perfectamente: bellamente gótico, excéntrico e intenso.

Si voy a conseguir de él la verdad sobre todo, tengo que tomar la delantera. Morfeo se nutre de la atención, sea positiva o negativa. Se deleita en mi odio por él, así como se deleita en mis atípicos ataques de adoración. Lo que no puede soportar es la indiferencia. Lo hace necesitado y, a su vez, vulnerable.

Así que, eso es exactamente lo que va a obtener de mí. Completo y absoluto desinterés.

Vuelvo una prioridad el no mirarlo a los ojos y concentrarme, en cambio, en el resplandor en el centro del capó donde una raspadura vertical en la pintura brilla como ónix pulido. Mis labios se presionan bien cerrados así no grito por los mosaicos que él ha tenido todo el tiempo.

Con mi reacción menos-que-estelar, la sonrisa de Morfeo se desvanece, y la satisfacción se despliega dentro de mi pecho. Con una mueca oprimida, presiona un botón en el llavero.

Las cerraduras repiquetean y se abren. Ambas puertas se deslizan hacia arriba como si estuvieran en una corriente de aire. Una vez que están completamente abiertas, se extienden hacia el cielo como si fueran alas. El coche se ve asombrosamente vivo, como un murciélago en vuelo... o una polilla gigante.

En ese momento, mi plan es olvidado.

Alas.

Morfeo destella una magnífica sonrisa. Una pantomima de sus propias alas aparece —una vaporosa neblina negra, casi como humo— extendiéndose detrás de él en un elegante arco que eclipsa las puertas.

—Te dejaré conducir, amor. —Su profunda voz se escurre a través de mí, líquida tentación. Sostiene el llavero y levanta sus cejas con expectación por debajo del ala de su sombrero. Las joyas bajo sus ojos se iluminan en tenues reflejos dorados en el borde de sus gafas de sol.

Todo en lo que puedo pensar es encontrar un camino rural y aumentar la velocidad hasta que cada árbol pase volando y la Ley de aceleración de Newton se presione contra mi pecho como bloques de cemento. Luego voy a abrir las ventanas para que el viento pueda rasgar a través de mí.

Justo como volar.

Una chispa de emoción se enciende en mis venas, estimulada por la oscuridad dentro de mí: la oscuridad a la que le gusta montar la motocicleta de Jeb por su poder, libertad y sensualidad, la oscuridad que hace que los nódulos en mis omóplatos piquen en anticipación. Es el lado que rara vez dejo salir a jugar.

Olvidate del País de las Maravillas, mis mosaicos desaparecidos, las mentiras de mamá, y los juegos de Morfeo. La chica mala quiere jugar ahora mismo. Doy un paso hacia adelante y arrebato las llaves de la mano de Morfeo. —¿Hacia dónde? —pregunto.

Él sonrío. —Tú decides. A algún lugar privado, donde podamos leer los mosaicos.

Aprieto la mandíbula, lista para jugar mi as. —¿Qué mosaicos? ¿Los que tiene mi madre o los que estás ocultando?

Se quita sus gafas de sol y responde con una mirada en blanco. Es bastante impresionante. En realidad parece desconcertado.

—Debes estar demente para pensar que no lo descubriría —digo. Antes de que pueda rodearlo para ir hacia el coche, atrapa mi cintura y me hace girar de modo que mi mochila se presiona contra su pecho.

Me acerca tirando de las correas de mi bolso y se inclina para susurrarme: —Pobre idea de broma, amor. —Su aliento caliente hace que la piel debajo de mi cabello cosquillee. Él desliza las correas de mis hombros, y me doy la vuelta para mirarlo.

—Recuerda mi caja invisible, Morfeo. —Cruzo los brazos.

—Recuerda mi nombre humano, Alyssa. —Frunce el ceño y rebota la mochila como evaluando lo que hay dentro. Su ceño se transforma en una mueca de preocupación—. No están aquí.

—Acaba con la falsa sorpresa, *M*. —Lo esquivo, subiendo en el asiento del conductor. El cuero caliente me envuelve en lujo, como si estuviera hecho para adaptarse a los contornos de mi cuerpo. Pongo el cinturón de seguridad en su lugar, atrapando parte de mi falda demasiado larga en el pestillo. Intento abrir el cinturón de seguridad para liberarla, pero el manojito de tela hace que el botón se atasque. Me niego a pedirle ayuda a Morfeo. Me encargaré de esto más tarde.

El coche huele a humo de narguilé, lo que sólo alimenta mi molestia. Inserto la llave y la giro lo suficiente para que el salpicadero se ilumine, y luego me familiarizo con el panel de instrumentos y todos sus brillantes indicadores plateados y accesorios tecnológicos.

Después de lanzar la mochila en el pequeño espacio detrás de mi asiento, Morfeo se agacha junto a mí. Sus suelas raspan el asfalto mientras sostiene el marco de la puerta sobre su cabeza. —¿En serio estás diciendo que la mitad de tu obra se ha perdido?

Suspiro y enciendo la radio, viendo una pantalla del tamaño de un iPad parpadear a la vida. —Oh, por favor. Los dos sabemos que estabas en el hospital, espiando a todos.

Una canción de rock alternativo truena a través de los altavoces. El ritmo es voluble y feroz, haciendo eco de mi estado de ánimo. Golpeo un botón para bajar el volumen. —Esperaste a que el Sr. Mason entrara con el primer juego de mosaicos. Entonces tomaste los demás de su coche. ¿Quién más podría romper las cerraduras sin activar la alarma?

—¡Maldita sea! —gruñe Morfeo. Ráfagas de aire soplan a través de mí cuando él se aleja del coche y se pone de pie. Lo veo correr hacia el lado del pasajero hasta que mi mirada atrapa la cola de mapache de imitación colgando del espejo retrovisor; las rayas parpadean de negro y rojo a naranja y gris mientras se balancea suavemente en la brisa que entra por las puertas abiertas. La cola se ve vagamente familiar. Empiezo a estirarme hacia a ella, pero Morfeo deja caer su largo cuerpo en el asiento del

pasajero y activa las puertas para que se cierren. Luego, se quita el sombrero y arroja sus gafas de sol en el salpicadero.

Ni siquiera tengo la oportunidad de reaccionar antes de que él presione mis dedos alrededor de la llave y me obligue a arrancar el coche. El motor ruge a la vida con un ronroneo a través de mis pantorrillas y muslos, una bestia gigante lista para actuar a mi entera disposición.

Me quedo mirando a Morfeo, confundida.

—Estamos haciéndole una visita a tu madre —dice—. Ahora, conduce.

No voy a discutir con eso. También quiero hablar con mi madre sobre los mosaicos. Aunque no estoy segura de que deba ser con Morfeo alrededor. Incluso si ella es menos frágil de lo que parece, no sé si pueda manejar verlo.

Salgo del estacionamiento y tomo la calle principal que corre a través de un barrio residencial. En menos de un kilómetro, se abrirá a un desarrollo habitacional suburbano rodeado de sinuosas carreteras de tierra y unas vías de tren. Es el camino más largo para mi complejo dúplex.

Esta ruta me va a comprar tiempo extra para interrogar a Morfeo sobre mi obra mágica y por qué es tan importante para él y la decadencia del País de las Maravillas.

El aire acondicionado sale en ráfagas a través de las rejillas de ventilación y hace ondear mi cabello. Ajusto el espejo retrovisor para que refleje el asiento del pasajero así puedo mantener un ojo en Morfeo. La cola de mapache que cambia de color se mueve dentro y fuera de mi visión periférica mientras conduzco.

Me detengo en una intersección de cuatro vías sin nadie más alrededor y llevo toda mi atención a mi acompañante. —Así que, estás tratando de decirme que no tienes nada que ver con mis mosaicos desaparecidos.

Él no responde. En cambio, mira hacia adelante y sostiene el sombrero sobre su regazo, sus músculos tensos. Definitivamente está escondiendo algo. Sin dejar de mirarlo fijamente, comienzo a soltar el freno. Pone una mano sobre mi rodilla para detenerme y señala hacia el frente del coche.

Un niño en un triciclo pedalea a través del paso de peatones. Mis latidos se disparan a toda velocidad y una sacudida de alarma se estrella contra mí, haciendo pesados mis brazos sobre el volante. Habría golpeado a ese niño si Morfeo no hubiera intervenido. Podría haberlo matado.

—No lo entiendo —susurro, mi pulso desacelerando a su ritmo normal cuando el niño se aleja pedaleando hacia la seguridad de la acera.

—¿Entender qué, amor? —pregunta Morfeo, descansando su mirada impenetrable en mí.

—Podrías haberme dejado atropellar a ese niño. Él no te importa nada. No es más que un alma humana sin valor. Al igual que Finley.

Cambia su expresión a una mueca de indiferencia. —No quería arruinar mi coche.

Muy aturdida por su insensibilidad, por un momento olvido que estoy en una parada de cuatro vías. Un Chevy toca la bocina desde la señal de pare frente a nosotros, y hago señas para que avance. —Realmente no tienes compasión, ¿verdad? —Frunzo el ceño ante la reflexión de Morfeo.

Me mira en el espejo y devuelve mi ceño fruncido. Su palma sigue estando en mi rodilla, pesada y caliente a través de mis leggings.

—Puedes soltarme ahora —presiono.

Aprieta el agarre de sus dedos antes de retirar la mano. —Presta atención. Conducir es un privilegio.

—Lo que sea, *abuela M.* —Froto mi pierna para borrar el eco de su toque—. He estado detrás del volante mucho más tiempo que tú. Y aún no estoy muerta.

Ruedo a través de la señal de pare, dirigiéndome hacia el complejo de viviendas, un plan tomando forma en mi mente. El conocimiento de que Morfeo ama a su coche más que a una vida humana sólo me ha dado la ventaja.

Una señal aparece: LUJO Y ACCESIBILIDAD: AUTUM VINTAGE MANORS. Varios tejados esqueléticos pinchan el cielo en el otro lado de una obra en construcción abandonada. Un silbido de un tren se oye en la distancia... un sonido triste, solitario.

—Este no es el camino a tu casa. —La observación de Morfeo levanta mi boca hacia una sonrisa.

—¿Sí? Bueno, he decidido jugar un pequeño juego —digo, lanzando el anzuelo—. Siempre me dijiste que los juegos eran divertidos. —Tomando el primer camino de tierra, aumento la velocidad.

Morfeo pone el cinturón de seguridad en su lugar y se agarra del tablero, sus nudillos abultados y blancos. —Este no me gusta mucho. —Las joyas bajo sus ojos parpadean débilmente de un turquesa profundo, el color de la agitación.

Presiono el acelerador más fuerte. La barra del velocímetro pasa de treinta y siete kilómetros por hora a ciento siete en menos de un minuto. Polvo se arremolina alrededor. He estado en este camino con Jeb en su motocicleta en innumerables ocasiones. Rara vez hay policías aquí. Está

desierto, y es recto durante varios kilómetros hasta llegar a las vías del ferrocarril. El terreno perfecto para conducir como un loco. Le doy otro golpe al pedal y disparo el velocímetro a ciento veintiocho.

—¡Maldita sea, Alyssa! —Morfeo sujeta la consola con una mano y la puerta con otra—. ¡Cuidado!

Golpeamos un bache y el coche rebota. Mi estómago se voltea mientras giramos en la tierra. Mi padre me enseñó a conducir sobre hielo, y ese conocimiento hace su aparición. Cambio de dirección. En cuestión de segundos estoy en control del coche nuevo.

Trato de no sonreír al oír los jadeos de Morfeo en busca de aire.

Mi pie se hace más pesado, y golpeamos ligeramente otro bache. El parachoques delantero baja, y cortamos a través de hierbas altas. Cardos arañan la parte de abajo del coche como uñas mientras vamos dando empujones a lo largo de la superficie irregular.

Morfeo grita.

Una vez que estamos de regreso en la carretera, atrapo un reflejo de él en el espejo retrovisor. Su amado sombrero está aplastado contra su pecho, entre sus puños. Por mucho que esté preocupado por abolladuras y golpes, ¿por qué no me ha hecho detener para quitarme las llaves?

Entonces me doy cuenta: No es la preocupación por el coche lo que causa esta reacción. Es puro terror.

Es por eso que permite a otras personas conducir el Mercedes: tiene miedo de hacerlo. Mientras imita a Finley, no puede usar sus alas o transformarse en una polilla. Nunca ha tenido que depender de nada más que de sí mismo para transportarse, y no tiene control de su movimiento dentro de un coche. Probablemente siente como si estuviera encerrado en una lata, rodando hacia abajo por un acantilado, y sin poder hacer nada para detenerlo. Así que... mejor dejar la conducción a alguien que sepa lo que está haciendo.

Por primera vez desde que puedo recordar, Morfeo está totalmente fuera de su elemento. Por primera vez desde que puedo recordar, *yo soy* la que tiene el control.

Todos esos años en que bromeaba y me empujaba cuando volábamos, todas esas veces que me hizo enfrentarme a criaturas horribles y aterradoras situaciones hasta que me quedaba paralizada de miedo. Él no me mostró misericordia.

Es hora de que se trague su orgullo y me de algunas respuestas.

Presionando el acelerador, sonrío, una sonrisa de Cheshire.

Polvo marrón golpea las ventanas y los costados del coche, lo suficientemente fuerte como para sonar como granizo del tamaño de un

guisante. Encendiendo los limpiaparabrisas para cortar a través de la arenilla, dejo escapar un grito.

—¡Este paseo es espectacular! ¿Verdad, Morfeo? Igual que volar, ¿verdad? —Se tensa junto a mí, tratando de ocultar su pánico. Echo un vistazo hacia él y veo que está prácticamente verde; incluso las joyas bajo su piel parpadean de un pútrido tono enfermizo—. ¿Cuál es el problema? ¿Tu estómago está un poco agitado? ¿No dijiste siempre que eso es lo que te permite saber que estás vivo?

—¡Maldita sea! ¡Quieres ver lo que estás haciendo! —grita por encima del sonido del silbato de un tren haciéndose cada vez más fuerte en la distancia.

Me río, volviendo mi atención a la carretera, donde la bifurcación que está adelante lleva al cruce del ferrocarril y directamente a mi barrio. —Te diré qué. Lo llevaré agradable y tranquilo el resto del camino con dos condiciones. En primer lugar, vas a aclarar con Jeb todo lo que pasó hoy en el baño de chicas. Y en segundo lugar, quiero saber la verdad acerca de mis mosaicos. De lo contrario... —Le doy un empujón al acelerador, y el coche salta hacia adelante.

—Muy bien. —Aprieta el sombrero con dedos temblorosos.

—Ambas condiciones. Júralo.

Presiona su mano sobre su pecho, repite mis condiciones, luego finaliza el juramento con un gruñido: —Por mi vida mágica.

—Perfecto. Ahora, sobre los mosaicos.

Él golpea su muslo con el sombrero. —¿De verdad crees que soy el único que tiene la capacidad de deslizarse en un coche con su alarma encendida sin ser detectado? Alguien más quiere esos mosaicos tanto como nosotros. Ella hará cualquier cosa para obtenerlos.

—¿Ella? —Niego y bajo la velocidad a sesenta y cuatro kilómetros por hora—. ¿Mi mamá? Pero ella estaba en mi cuarto del hospital. ¿Cómo podría...

Colocando el sombrero arrugado en su regazo, Morfeo me da una mirada que podría poner a lava fundida en vergüenza. Luego su mirada se desvía a la llave alrededor de mi cuello.

—*Roja* —murmuro, mis sienes punzando al pensarlo—. Ella está aquí. Ella está en el reino de los humanos.

Espejito, Espejito

Traducido por Cynthia Delaney, Snowsmily & Moni

Corregido por Val_17

Morfeo parece tener náuseas de nuevo, pero esta vez no tiene nada que ver con mi forma de conducir.

—Si Roja realmente está aquí —dice—, las cosas son más terribles de lo que pensé. Ambos reinos tienen los portales custodiados en su contra. Para que ella logre pasar, debe tener a de rehén, ya sea el Rojo o el Blanco. Lo que altera el equilibrio de todo. Y si ha visto parte de lo que sabes, va a querer el resto de esos mosaicos para completar el rompecabezas. Tenemos que asegurarnos de que no los reciba. No podemos dejarla ver tus visiones primero.

Obligo a mis ojos a quedarse delante, sólo echar un vistazo esporádico en el retrovisor. —¿Mis visiones? ¿De qué estás hablando?

Él rechina los dientes, y la cicatriz en la sien de Finley se retuerce. —Ya que has sido la última coronada del linaje real Rojo, la magia de la corona ahora se conduce a través de tu sangre solamente, aun cuando no la estás usando. Este poder está en su apogeo cuando tu reino está amenazado, tiene la habilidad de mostrarte el futuro. Con la guerra gestándose en el País de las Maravillas, la magia está desbordándose. Tu sangre ya no puede contenerla, y encontró una manera de jugar por su cuenta, con cristal como su receptor. Esos mosaicos que has hecho son como visiones embotelladas. Y Roja no quiere que los descifres antes de que ella pueda, por temor a que las puedas utilizar para derrotarla, de la misma manera en que puede usarlas contra ti.

Aprieto mis dedos alrededor del volante con tanta fuerza que casi me desvío. —Así que, si ella puede conseguir mi sangre, ¿puede hacer sus propios mosaicos y leerlos?

—No. La magia siempre elige como ruta única al portador de la corona. Para ti, ese es un lugar artístico. Roja es por completo una habitante del Inframundo, carece de la capacidad de fijar su imaginación y liberar su subconsciente. Tú eres parte humana, y una artista. La creación

es tu poder. Es un poder que ella anhela, pero nunca va a tener. Aunque, si puede robar lo que ya has hecho y descifrarlo...

Mi tráquea se aprieta mientras tomo el camino de grava. Mi comunidad dúplex se encuentra a medio kilómetro al otro lado de las vías del tren.

—Es por eso que ella haría cualquier cosa para conseguirlas —le respondo, el miedo envolviéndose alrededor de mi corazón.

Morfeo asiente. —¿Entiendes ahora por qué necesitamos llegar a tu casa?

En ese momento, los brazos del cruce ferrocarril comienzan a bajar y la campana suena.

Mi intención de “tomarlo suave y fácil” está casi olvidada. Piso el pedal del acelerador hasta el piso, decidida a ganarle al tren y llegar a mamá, demasiado preocupada por su seguridad como para preocuparme por algo más.

El motor ruge y el auto acelera hacia adelante, el acelerador a fondo, hasta que hay un fuerte ruido en el motor. Sacudiéndose y tartamudeando hasta parar, el Mercedes se detiene y el motor muere, justo en medio de las vías del tren.

La luz del alternador parpadea. —Oh, no —susurro—. No-no-no. —Retuerzo la llave y piso el acelerador. No ocurre nada.

—Enciende el maldito auto —dice Morfeo con una mirada desesperada por la ventana a su derecha, donde el tren con barriles de carga viene hacia nosotros.

Giro la llave, y lo hago de nuevo, pero el motor no arranca.

—¡Hazlo! —grita.

—¡No puedo! ¡No... no sé lo que está mal!

El silbato del tren resuena, no aislado sino siniestro.

—¡Fuera! —Morfeo desabrocha su cinturón de seguridad. Con los dedos rígidos y temblorosos, trato de soltar el mío, pero mi falda aún esta metida dentro, fastidiando el botón de liberación del cinturón.

Sollozo, y cada músculo se tensa cuando pongo todo mi cuerpo a tirar de la tela. Morfeo se mantiene a sí mismo entre la consola y el asiento. En primer lugar trata de rasgar la falda. Cuando eso no funciona, me grita que me la saque.

—El cierre es parte de lo que está atrapado... —Me ahogo con la comprensión de que los dos estamos a punto de morir—. ¡No tenemos tiempo!

Gruñendo, él pone su mano sobre la mía y apretamos el botón juntos, pero no cede. —¡Usa tu magia, Alyssa!

Mi mente corre, tratando de pensar en algo que podría sacarnos de esto. Pero el pánico sube de mi columna a mi cráneo, borrando todo pensamiento. Tiemblo y cierro mi frente contra su hombro. —¡Déjalo! —El agudo grito desgarró mi garganta y sobre el silbato.

El tren que se aproxima ruge y hace vibrar el metal del auto, y le grito a Morfeo para que se salve a sí mismo.

Entonces todo sentido y sensación se desvanece. El tren parece a pocos metros de distancia, pero el único sonido que oigo es mi pulso acelerado en mis oídos. Incluso cuando Morfeo grita las palabras: — ¡*Chessie-blud, un poco de ayuda!* —Es como si estuviera hablando bajo el agua.

Entrecierro los ojos para ver la cola del mapache, ahora de color naranja y gris, desapareciendo en el vidrio del espejo retrovisor. Un ruidoso sonido estalla debajo del capó. El motor ruge a la vida. Mis manos están bloqueadas en su lugar en el volante, pero estoy demasiado aturdida para moverme. El tren está acercándose, a sólo unos metros de distancia.

Morfeo mete su pierna sobre la mía y acelera el auto. Los neumáticos giran, impulsándonos fuera de las vías y a la carretera al otro lado. El tren retumba, el silbato todavía bramando, salvados por unos pocos segundos.

Morfeo afloja su pie del acelerador y tira del freno de emergencia. El Mercedes está parado en silencio. Ninguno de los dos se mueve. Su cuerpo todavía se presiona contra mi lado derecho, sus manos agarradas a las mías sobre el volante, su respiración áspera al lado de mi oreja. El sonido, la sensación, y la luz vuelven en incremento, hasta que todo es demasiado vivo, demasiado brillante.

Las emociones siguen despiertas: retrasadas en el terror, la confusión, el remordimiento... demasiado, demasiado rápido. Niego, incapaz de contener las lágrimas.

Morfeo pone un brazo a mi alrededor. —Estás bien, flor —dice, su boca en mi oreja—. ¿Puedes conducir?

Asiento y sollozo.

—Bien. —Se empuja hacia atrás a su asiento, y luego agarra mi barbilla para obligarme a mirarlo—. La próxima vez, espero que puedas encontrar una salida. Una salida a lo habitante del *Inframundo*.

Mis lágrimas se reúnen alrededor de su mano, manchando sus dedos con maquillaje.

—No me dejaste —pronuncio con incredulidad—. Pensé que me dejarías.

Libera mi cara y mira fuera por la ventana opuesta, mientras se frota su mano en sus pantalones para limpiarse el rímel. —Tonterías. Me quedé por el auto.

Antes de que pueda responder, una neblina de color naranja se filtra hacia fuera de los conductos de ventilación. Una sonrisa que reconozco de mis recuerdos del País de las Maravillas aparece en los vapores.

—¿Chessie? —pregunto. El resto de la criatura del tamaño de un hámster se materializa, mirando justo como lo recuerdo: la cara de un gatito, las alas de un colibrí, y el cuerpo de un mapache naranja y gris. Revolotea en el salpicadero y se posa allí, limpiando las manchas de aceite y grasa de su pelaje con la lengua, como una ardilla tomando un baño de saliva.

Sacudo la cabeza. —Espera... ¿así que eras tú? ¿Te arrastraste dentro y arreglaste el motor? —Él estornuda, entonces me guiña uno de sus grandes ojos verdes.

—El don de Chessie es la delineación —dice Morfeo con naturalidad, sin dejar de mirar por la ventana—. Él puede manipular una situación haciendo un diagrama en su mente y luego trazar la mejor manera de solucionarla. Ve cosas que el resto de nosotros no puede, y entonces las arregla.

Con un movimiento de su cola, Chessie se escabulle de vuelta a su lugar en el espejo retrovisor. Su mitad superior se desvanece, y es un adorno falsificado del auto una vez más.

Seco las lágrimas de mis mejillas. —¿Tienes más polizones sorpresa bajo tu manga? —le pregunto a Morfeo.

Empujando las abolladuras de su sombrero, frunce el ceño. —Estoy empezando a temer no haber traído suficientes. Si hay una cosa en la que los habitantes del Inframundo son buenos, es limpiando desastres.

—Sí, claro, son bastante buenos haciéndolos también —le digo.

—De acuerdo. Algunos son muy buenos para hacer *grandes* desastres. —Me mira fijamente y se abrocha el cinturón de seguridad—. Atropellos me vienen a la mente. Usa un poco de prudencia en esta ocasión. No ayudaremos a tu madre o al País de las Maravillas si estamos muertos.

Aunque estoy agitada, me las arreglo para llevarnos a mi casa. Cuando nos detenemos en mi entrada, me siento aliviada de ver que todo se ve normal y pacífico, por lo menos desde el exterior.

Una vez más trato de darle a Morfeo gracias por su valentía en las vías, pero me ignora como lo hizo todo el camino hasta aquí: —*Me quedé por el auto.*

Lo conozco mejor. No es la primera vez que ha hecho algo generoso por mí. Y estoy empezando a sospechar que no me dejó golpear al niño en la señal de pare por el mismo lado suave que no le gusta mostrar.

Si tan sólo fuera consecuente, en vez de siempre girar mi imagen de él en su cabeza.

Apago el motor y toco la cola oscilante de Chessie. —Puedes entrar, si te quedas oculto. —El mechón de pelaje alrededor de mi dedo es como una serpiente peluda, aprieta, luego afloja. El gesto me deja en paz y cálida.

—Él no necesita invitación —se burla Morfeo—. Si quiere ir dentro, nadie será capaz de mantenerlo fuera.

Empiezo a quitarme el cinturón de seguridad. —Todavía estoy atrapada.

Morfeo se mueva más cerca y agarra mi mano. —¿Vamos a tratar de sacar la falda? —dice, con voz provocativa—. Tenemos tiempo libre de hacer las cosas bien esta vez.

No estoy segura de si pretende todas las insinuaciones íntimas que llenan esa sugerencia, pero teniendo en cuenta que es Morfeo, sospecho que lo hace.

—Olvidalo. Me ocuparé yo misma. —Trato de zafarme, pero él guía mi mano al cinturón de seguridad. Curvando mis dedos alrededor de las llaves del auto, usa los dientes para extraer mi falda del pestillo mientras trabaja en el botón. Después de un par de minutos, la tela queda libre, arrugada pero salvable.

—Gracias —le susurro.

—Ha sido un placer. —Sus ojos encuentran los míos, lleva mi mano hasta sus labios y la voltea para exponer mi muñeca interna. Respira sobre mi piel, tan suave y cercano, mis venas duelen en respuesta. Luego, en el último minuto, abre mis dedos, toma las llaves, y deja caer mi mano. Antes de que incluso pueda orientarme, está de vuelta en su asiento.

Presiono mi falda arrugada con mi pulgar, deseando poder limar mis emociones tan fácilmente como la tela.

—Mira... —Encuentro mi voz de nuevo—. Lo siento por asustarte conduciendo tan loca. No debería haber jugado con tus temores así.

Abre la puerta. Mientras desliza hacia arriba su bisagra, se pone de pie y echa un vistazo por encima de su hombro.

—¿Deseas disculparte? —Sonríe—. ¿Por qué demonios? Todo el mundo tiene algo que puede ser usado en contra de ellos. Tú dejaste a un lado tu naturaleza compasiva innata y usaste *mi* debilidad para obtener lo que querías de mí. Estuvo bien jugado. Seguiste tus instintos y derribaste

tus inhibiciones sin siquiera tener que entrenarte. Eso es bueno. La única manera en que serás capaz de vencer a la Reina Roja es aprender a ser despiadada. La compasión no tiene lugar en ningún campo de batalla... mágico o de otra clase. —Sale con cuidado del auto. Se balancea como para conseguir equilibrarse después del drama de antes—. Sabes cómo manipularme, y sé cómo manipularte. Eso nos hace iguales.

No. Nunca seremos iguales.

Siempre estaremos tratando de superarnos el uno al otro. No lo diré en voz alta poco más de lo que admitiré que me gusta de ese modo: ese lado algo primitivo, poderoso que anhela el desafío y siempre lo ha hecho.

—Espera. —Salgo del Mercedes, tomo mi mochila y presiono la alarma para cerrar las puertas—. Antes de que veamos a mi mamá, necesitamos aclarar nuestra historia. Eres un estudiante de intercambio del colegio. Estás interesado en ver mi arte. Así es como sacaremos a colación los mosaicos que ella posee.

Sus antebrazos se apoyan en el techo del auto, me mira por encima, un indicio de las joyas debajo de sus ojos oscuros brillando detrás del ala de su gorro. —¿Y si ella ve la verdad debajo de la máscara? Comparte tu sangre.

—Lidiaremos con ello —respondo, a pesar de que sé que no será tan sencillo.

Avanzamos hacia la cochera, pero un grito de la puerta de al lado nos detiene.

—Hola. —Jen trota con un porta trajes sobre un hombro y su bolso de costura colgado del otro. Olvidé completamente que teníamos planeado hacer arreglos de último minuto en el vestido de gala que había hecho para mí. Mira a Morfeo de arriba abajo—. ¿M?

Parece confundida pero no enojada, lo que significa que todavía no ha escuchado sobre nuestro supuesto asunto a la hora del almuerzo.

—Hola, Jen. —Juego con la correa de mi mochila en mi hombro, manteniendo mis ojos apartados de Morfeo—. ¿Recibiste mi mensaje?

—Oh, lo siento —responde—. Mi teléfono murió durante el almuerzo. Está cargándose en casa. —Su atención deambula de vuelta a Morfeo, ese brillo curioso todavía ahí.

—Buenas tardes, ojos verdes. —Inclina su sombrero y le da una sonrisa de infarto.

—Uh, hola. —Cuando se gira de regreso hacia mí, sus mejillas están sonrojadas con el mismo tono rosa de su cabello—. ¿No iba mi hermano a recogerte hoy?

Al menos no tengo que idear un excusa y mentir incluso más de lo que lo he hecho. —La revista reprogramó su entrevista. Mor.... *M* ofreció traerme. Es un viejo amigo de la familia. —Sí, *viejo* es un eufemismo; ¿y *amigo*? Eso ni siquiera se acerca—. Quiero decir, su familia ha conocido a la nuestra por años. —*Acosado* es más adecuado. Mi mirada cae hacia mis pies—. Lo traje para que saludara a mamá, ¿de acuerdo?

—¿Qué sucede contigo? —pregunta Jen—. Actúas como si los hubiera atrapado haciéndolo en su auto.

Morfeo ríe. —El momento oportuno realmente lo es todo, ¿cierto?

—¿Qué significa eso? —Jen se gira hacia él.

Morfeo me sostiene la mirada. —Hubieras aparecido un par de minutos antes, nos habrías atrapado. Tenía mis manos en la falda de Alyssa.

Jen le dirige a Morfeo una mirada que podría matar, luego frunce el ceño a las arrugas de la cremallera de mi falda. —¿Qué está sucediendo, Al? ¿Por qué eres un desastre?

Contengo la necesidad de golpear a Morfeo. —Descubrí que el Sr. Mason perdió tres de mis mosaicos —le digo, para tranquilizar el ceño fruncido acusatorio de Jen—. Estaba molesta. —Paso mi mano por los restos secos de mi máscara para dar énfasis.

La expresión de Jen se suaviza una fracción y roza ligeramente la mancha de maquillaje de ojos con su pulgar. —¿Pero eso qué tiene que ver con tu falda?

Miro tan intensamente a Morfeo que el calor irradia de mis ojos. Es mi culpa. Lo hice prometer solucionar las cosas entre Jeb y yo pero no con Jenara. Lo que significa que todavía puede usarla para arruinar mi mundo. —Se atascó en el cinturón de seguridad, y tuvo que ayudarme a sacarla.

—Oh —resopla Jenara—. *Manos en su falda*. Eso es malditamente gracioso. —Hay un borde de sarcasmo mientras se gira de vuelta a Morfeo—. Un consejo. No usaría esa broma con Jeb. Él no tiene mi sentido del humor... de hecho, tiene una política golpea primero, haz las preguntas después.

—Soy consciente de sus tendencias sobreprotectoras —dice Morfeo.

—¿Cómo así? —pregunta Jen, envolviendo el porta trajes alrededor de su cuello como una boa de plumas—. Solo te reuniste con mi hermano una vez. Y ese no fue exactamente un buen día. Al casi se ahogó.

Morfeo retira su sombrero y rueda el ala en su mano, en un gesto respetuoso. Se escabulle de esto perfectamente; solo yo sé que está fingiendo. —Por su puesto. Lo que vi ese día fue cariño y preocupación. —

La mirada de Morfeo viaja a mí—. Es obvio que él iría a los confines de la tierra por ella.

La nostalgia oprime mi garganta. —Y yo haría lo mismo por él.

—Esa es la razón por la que son tan geniales juntos. —Jen sonrío y engancha su brazo al mío, mi mejor amiga despreocupada de nuevo—. Así que, ¿estás lista para ver el vestido? Fresco de la lavandería y esperando por los toques finales.

Morfeo regresa sombrero a su cabeza y lo coloca en ángulo, completamente tranquilo. ¿Cómo puede estar tan calmado? Jen estando aquí complica las cosas incluso más. Voy a tener que arrinconar a mi mamá y convencerla de seguir la corriente con mi mentira sobre Morfeo siendo un amigo de la familia. Y para hacer eso, tendré que ser honesta sobre quién es él. Hablarle de la posible presencia de la Reina Roja en nuestro mundo y la batalla que estoy totalmente incapacitada para luchar, y que casi estoy a punto de perder la cabeza.

Sudor gotea en mi sien mientras encabezo el camino hacia el garaje, luego introduzco la combinación en el teclado, Morfeo se detiene para mirar las cubetas llenas con objetos de jardinería.

Jen se detiene junto a él. —Al utilizaba esas cubetas para elaborar trampas y capturar insectos para sus mosaicos. Antes de que comenzara a trabajar con vidrio y gemas.

Morfeo no responde, solo mira las cubetas. —Sabes, esas no son ni de cerca tan cómodas como parecen —dice, con un amargo ceño en su rostro.

Está refiriéndose a la noche que pasó dentro de una como por un mes hace un año atrás, pero Jen no puede saber eso.

Ella deja escapar una risita. —¿En serio? ¿Los insectos te dijeron eso? ¿Hablas con ellos?

—Ellos sin duda hablan con Alyssa —responde—, pero ella escoge no escucharlos.

Jen ríe.

Mi rostro arde mientras varios insectos ocultos a través de la cochera se cuelan en la conversación para reprenderme:

Le dijimos, seguro que sí...

Ella nunca escucha. Incluso ahora, todavía estamos tratando de decirle...

Las flores, Alyssa. No quieres que ellas ganen más de lo que nosotros lo hacemos.

Eres una reina... deténlas.

Pensaba que los insectos y las flores estaban en el mismo equipo. Juntos, han servido como mi conexión con el País de las Maravillas por años. ¿Ahora están luchando entre sí?

Debe tener algo que ver con el alboroto de Roja.

Jen bordea y camina a través de la entrada del garaje hacia la sala de estar. Morfeo inclina su sombrero en un gesto desesperante, luego me deja ir primero a través de la puerta.

Es un alivio callar a los bichos, pero es por corto tiempo cuando noto que la sala de estar está vacía. La humedad mohosa ataca desde la unidad del aire acondicionado en la pared. El revestimiento de madera hace que la sala se vea pequeña y oscura. Toallas limpias y trapos esperan ser doblados en el sillón favorito de papá, un sillón reclinable de pana con encaje de margaritas, donde mi mamá solía esconder sus tesoros del País de las Maravillas.

—¿Mamá? —Dejo caer mi mochila al suelo y miro en la cocina. El aroma de galletas con chispas de chocolate se desplaza desde los estantes de refrigeración en el mostrador.

—Me pregunto dónde está —digo distraídamente, pero mis invitados se han desviado por el pasillo trasero, donde mis mosaicos de insectos decoran la pared.

Papá los colgó después de que ganaran algunos listones en la feria del condado. Él se niega a bajarlos ahora, sin importar cuantas veces mamá y yo supliquemos. Es sentimental de la peor manera, y no le podemos explicar nuestra aversión por las obras, así que siempre gana.

—Te dije que era talentosa —dice Jen, ajustando las correas de la bolsa en su hombro.

Morfeo asiente en silencio.

Jen gravita hacia su pieza favorita: *Latidos de Invierno*. Flores gypsophila y perlas de vidrio plateadas forman la imagen de un árbol. Bayas rojas hacen de puntos finales para cada rama así parece que están sangrando, y grillos negros brillantes forman el fondo.

Morfeo toca suavemente las bayas, como si las contara. —Parece algo de un sueño glorioso. —Me mira sobre su hombro. Hay orgullo y nostalgia en su voz.

Ese mismo árbol está en el País de las Maravillas, cubierto con corteza de diamantes y rubíes colgando de las ramas. Morfeo me llevó allí en un sueño cuando ambos éramos niños. Creé la imagen años más tarde, como una manera de liberar el recuerdo inconsciente.

Todos mis mosaicos representan paisajes del País de las Maravillas y momentos suprimidos con Morfeo. No cabe duda de que alimenta su ego el saber que inspira mi arte. O lo *persigue*.

Perseguir es una mejor palabra.

—De acuerdo. Vamos, Al. —Jen se dirige a mi habitación—. El baile es mañana. Este vestido no se va a arreglar solo.

Antes de seguirla a través de mi puerta, meto la cabeza en la habitación de mis padres. Mamá no está allí o en el baño principal. Es raro. Su perfume persiste como si hubiera estado aquí hace unos minutos. Siempre está en casa después de que salgo de la escuela. No conduce, así que alguien habría tenido que venir a recogerla.

O peor, alguien la obligó a salir.

Le hago señas a Morfeo. Él traza la punta del dedo justo sobre las mariposas azules de *Luz de Luna Asesina*, con cuidado de no tocarlas, completamente absorto en su estudio hasta que aclaro mi garganta.

Levanta la mirada. —¿Necesitabas algo, amor?

Miro sobre mi hombro hacia mi habitación. Jen abre su bolsa y coloca una cinta de medición, tiza de costura, un dedal y una caja de alfileres sobre mi cama. Cuando me vuelvo hacia Morfeo, él ya se ha movido hacia el último mosaico de insectos.

—Roja no ha estado aquí —dice antes de que pueda expresar mi preocupación—. Todo está muy ordenado. Sabes cómo el caos florece en su estela. Además, ella desea ver tu mente. Si hubiera encontrado tu casa, estas obras de arte no estarían.

Esto alivia mis miedos momentáneamente. Pero aún no puedo atreverme a dejarlo solo. —Morfeo —susurro.

Él me mira de nuevo.

—No estropees nada aquí. Promételo.

Él frunce el ceño, como si estuviera ofendido por mi sugerencia. —Lo juro. Mantén a tu amiga distraída, y yo miraré alrededor. Tal vez tu mamá dejó una nota.

No sin un poco de vacilación, lo dejo que explore y entro en mi habitación, cerrando la puerta por privacidad. La luz del sol entra a través de mis persianas inclinadas, revelando motas de polvo en el aire. Todo está en su lugar: mi espejo de pie está en la esquina, las pinturas de Jeb en las paredes, mis anguilas nadando en su acuario zumbador. Sin embargo, el pelo en mi cuello no se baja. El perfume de mamá es más fuerte aquí que en cualquier otro lugar en la casa. Es casi como estuviera de pie frente a mí, pero no puedo verla.

Me estremezco.

—Sí, esa también fue mi reacción. —Jen sonríe mientras desliza el vestido de su funda de plástico—. Resultó aún mejor que el de la película, ¿verdad? —Abraza el vestido a su torso.

El vestido es exactamente como lo imaginé, y suelto un suspiro de admiración.

Cuando Jen y yo estuvimos haciendo una lluvia de ideas sobre nuestros trajes de “cuentos de hadas” para el baile, había una cosa que sabía: no iba a usar un vestido de princesa o un numerito de Campanita con lentejuelas y pegado a la piel.

Mi mente seguía yendo a un vestido de una película de terror cursi que Jeb, Corbin, Jenara y yo vimos llamada *Novias Zombi en Las Vegas*. El vestido era delicado y sin espalda con un corpiño ajustado y una gran falda, elegantemente andrajoso y manchado con moho gris azulado de la tumba. Me atraía de maneras que no podía explicar.

Como mi cómplice en todas las cosas hermosas y morbosas, Jen insistió en hacer una réplica. Usando algunas imágenes que encontramos en línea como ejemplos, ella dibujó varios bocetos, luego le dio una copia a nuestra jefa de la tienda de segunda mano. Perséfone buscó vestidos de novia similares en tiendas de rebajas cada vez que iba de compras para el inventario y finalmente encontró uno por veinte dólares: sin tirantes, blanco, satinado, con lentejuelas y perlado... un modelo de encanto antiguo. Incluso tenía una larga y amplia cola. Lo mejor de todo, era sólo una talla más grande de la que yo uso.

Con tijeras, unas costuras apretadas, un aerógrafo del estudio de Jeb, y teñir el color a un tono desvanecido de las flores nomeolvides, Jen lo transformó en una obra de arte.

Cortó triángulos en el dobladillo para crear bordes de festones. Luego cauterizó el satén para que no se deshilachara, dejando los festones arrugados como marchitos pétalos de flor. Para el toque final, tiñó con el aerógrafo —potenciado con brillo— el largo de los bordes cortados, a través del bello escote, y también en la costura donde el corpiño y la falda convergen en una cascada de pliegues.

El resultado es brillante, oscuro y decadente.

Jen gira el vestido hacia delante y hacia atrás para que los bordes de pétalos de flores suenen al rozar. Siento una punzada de algo que no había sentido en años: la emoción de jugar a vestirme.

—Uh-oh. Estamos en problemas —bromea Jen, comprendiendo mi reverencia tácita—. ¿Es emoción lo que veo? ¿Alyssa Gardner, esperando usar un vestido y una tiara y pasar el rato con sus compañeros? Definitivamente una señal de bailepocalipsis.

Sonriendo, extiende el vestido en la cama y sacude una falda de fondo azulada protegida por una red de una bolsa plástica. Me recuerda la niebla iridiscente que persiste en el horizonte después de una tormenta, justo antes de que las nubes se despejen y que el sol emerja.

—Tengo que decirte, Al. Estoy realmente contenta de que no estés echándote para atrás.

Está equivocada. Estoy echándome para atrás. Pero no porque quiero.

Nada de esto está ayudando a mis nervios. Estoy preocupada por mi mamá, mis mosaicos de sangre, y Roja... estoy preocupada sobre decirle la verdad a Jeb y dejarlo solo para pasar tiempo con Ivy en vez de conmigo. Estoy preocupada por *todo*.

La última cosa que debería estar haciendo es suspirando por un baile tonto.

No puedo sólo pretender que todo es normal y está bien.

—Entonces, vamos a ver esas botas —dice Jen, refiriéndose al par de plataformas a la altura de la rodilla que encontré en línea hace un mes.

Moviéndome mecánicamente, las arrastro fuera del armario. Después de desvestirme hasta quedar con el sujetador y las bragas, tiro de la falda de fondo por encima de mi cabeza y ajusto el elástico en mi cintura. Luego entro en el vestido, y Jen sube la cremallera en la espalda.

Sentada en el borde del colchón, deslizo la bota izquierda en su lugar sobre mi tobillo tatuado y paso las manos a lo largo del cuero sintético. Es del mismo azul grisáceo desvanecido como el vestido teñido, con una suela de ocho centímetros y medio, y hebillas de metal que van por la longitud de mi espinilla, el complemento de todas las cosas de princesas.

—¿Qué piensas? —le pregunto a Jen sin entusiasmo una vez que tengo ambas botas puestas y mis guantes sin dedos de seda color azulados puestos hasta los codos.

Su sonrisa es tanto orgullosa como de complicidad. —Creo que todos esos príncipes-sapos van a incubar sus renacuajos cuando te echen un vistazo. —Estalla en un ataque de risa mientras me ayuda a ponerme de pie. Hago lo mejor para fingir una risa despreocupada, pero se siente plana y transparente.

Jen ajusta las cintas de plástico del sostén que cosió para mantener el corpiño en su lugar y coloca la tiara hecha de nomeolvides artificiales y gypsophila en mi cabeza. Fue meticulosa hasta el último detalle, incluso cubriendo de telarañas falsas a lo largo de las flores para que cuelguen sobre mi cuello y bajo mi espalda como un velo.

Cuando me da la vuelta para mirar el espejo, mi aliento se corta. Admirando su reflejo sobre mi hombro me dice que está muy impresionada.

El vestido luce exactamente como esperaba que sería, incluso aún mejor porque ella lo modernizó al hacer festones del dobladillo para que

pudiera tocar mis rodillas y mostrar las botas. Con la adición de la falda de redes, la parte trasera del vestido apenas se arrastra por el piso así no me tropezaré mientras baile.

O al menos no me *tropezaría*, si realmente fuera al baile.

Arrastro el relicario de Jeb fuera del corpiño. La llave del collar se enreda con él y se sale también. Estudiando a ambos, me sorprende por como las cadenas están enredadas, inseparables, como se han vuelto mis dos identidades.

Jen reposiciona la tiara. —Ahora dime qué piensas *tú*.

Estoy determinada a no decepcionarla, sabiendo que estaré dejándola pronto, que todo su trabajo fue para nada. Gran parte de su tiempo fue para esta obra de arte, y gran parte de su afecto por mí. —Eres un genio —susurro—. Es perfecto.

Sacude la parte de atrás. —Sólo espera a que estés usando la máscara.

Le echo un vistazo a la media máscara de satén blanco en la cama, teñida para coincidir con el vestido.

—Te vas a ver como una de esas hadas oscuras de Jeb cobrando vida. No me sorprendería si ustedes dos terminan siendo coronados como el rey y la reina.

Sus palabras me devuelven a un tiempo en que usé un vestido que llevaba joyas mientras alas translúcidas de mariposa brotaban por detrás de mis hombros, un tiempo en el que fui coronada como una hada reina oscura real. No puedo decidir cuál título —el de la secundaria o el del Inframundo— viene con más prestigio, escrutinio y presión. Ese momento en el País de las Maravillas cambió mi futuro y mi pasado... quien soy en el presente. Pensé que la noche del baile sería sólo un cambio de vida. Jeb y yo finalmente íbamos a estar juntos en todos los sentidos.

Pero todo era una mentira. Él no conoce a la yo real, sólo conoce la mitad de mí. Aún no he hecho las paces con mi otra mitad. Hasta que lo haga, ¿cómo puedo esperar conectarme realmente con alguien?

Debo dejar de perder el tiempo, anhelar una experiencia que se siente tan fuera de alcance ahora.

—¿Cómo es el traje sepulcral de Jeb? —pregunto, tratando de mantenerme lejos de la espiral del miedo. Después de todo, se supone que esté distrayendo a Jen.

—Sólo necesita un toque más de angustia —responde con un levantamiento cómico de su ceja izquierda—. Y pensar que solías decir que no serías atrapada muerta en el baile. Ahora tendrás que comerte tus palabras porque ustedes van a ser la pareja de muertos más caliente allí.

En el espejo, noto que el mechón de cabello rojo ha quedado atrapado en el velo de telaraña, luciendo como la espada de sangre que usé para liberar el cadáver envuelto de Jeb. Apago el quejido subiendo por mi garganta.

Fijando un plisado al lado de la cremallera para apretar un pequeño hueco en la cintura, Jen echa una ojeada alrededor de mí en el reflejo del espejo.

—Este tipo M es raro —dice, buscando en su caja de alfileres—. Creí que no conocías a nadie en Londres. Y él nunca le mencionó a Jeb en el drenaje pluvial que te conocía. Sin embargo, es un amigo de la familia. —Toma con los dientes algunos alfileres y continúa moldeando mi corpiño en la cintura, tomando alfileres de su boca cuando es necesario.

—Bueno, mi mamá lo conoció cuando era una niña.

Los ojos de Jen se abren mucho, y mi lengua se traba. No puedo creer que dije eso.

—Quiero decir a su *papá*. Mi mamá conoció a su papá. M y yo nunca nos habíamos conocido, así que no me reconoció ese día.

*Mentirosa, mentirosa, se te quemarán las alas.*⁸

—Ah —murmura Jen alrededor de los alfileres. Tira del vestido para asegurar que los pliegues son seguros, escupe los alfileres que no usó en la caja, y se pone de pie—. Bueno, creo que nuestro vaquero inglés está babeando por tu cuerpo. Las cosas se van a poner muy interesantes cuando Jeb llegue. Los chicos tienen una forma de olfatear cosas así.

Este es el momento perfecto para decirle sobre el episodio en el baño. El momento perfecto para decir otra mentira y cubrir mis huellas otra vez. —No creo que le guste de *esa manera*. Él sólo es algo... excéntrico.

Jen toma las cosas de coser y se ríe. —Lo que tú digas, reina de la negación.

Antes de que siquiera pueda responder, ya sea mentir o finalmente decir la verdad, sale por la puerta.

Agobiada por todos los secretos que he estado cargando por casi un año, por todos los nuevos apilándose, me miro en el espejo, esperando encontrar algo que me guste además del vestido. Porque justo ahora, no soy mi persona favorita.

Motas de polvo flotan alrededor de mi reflejo, teñidas de un naranja brillante por el sol. Flotan dispersas como fragmentos de magia disipados. Quería ser una anti-princesa para el baile. Lo logré luciendo como una

⁸ “Liar, liar, pants on fire” es una rima, Alyssa sustituye la palabra “pants” (pantalones) por “wings” (alas), pero en español carece de rima.

habitante del Inframundo, la antítesis de todas las cosas de cuentos de hadas.

Me doy cuenta de que tal vez es por esto que a mamá no le gusta la manera en la que visto, porque me hace lucir como ellos.

Mi estómago se vuelca. No es Morfeo quien fuerza que se junten los elementos de mis dos mundos. Soy yo. He sido yo todo el tiempo. Y estoy comenzando a darme cuenta de que no es tanto una elección sino una necesidad.

Estoy tan perdida en mis pensamientos, que apenas noto las motas uniéndose, formando una silueta en miniatura con forma felina en el aire. Un golpe de alas me saca de mi trance.

En un parpadeo, Chessie revolotea a mi lado, su sonrisa con dientes afilados inquisitiva y contagiosa. Ahogo un grito y corro a cerrar mi puerta con llave en caso de que Jen vuelva antes de que pueda convencerlo de desaparecer.

El satén y la red suenan a mi alrededor cuando me doy la vuelta para encararlo. —No podemos dejar que alguien te vea —susurro—. Vamos a encontrar un lugar para esconderte. ¿De acuerdo? —Extiendo mi palma enguantada.

Él se posa allí en el encaje, un bulto caliente de piel gris y naranja brillante, como brasas en cenizas. Sus grandes ojos verdes me miran mientras lo cargo hacia mi armario y abro un cajón. Lo coloco sobre unas medias suaves y acaricio su pequeña cabeza. Antes de que pueda cerrar el cajón, se lanza de vuelta al aire, las alas luciendo difuminadas. Su sonrisa se ensancha más, me atrae con su pata delantera, luego se mueve hacia atrás a través del vidrio de mi espejo de pie, su cola es lo último que veo antes de que se desvanezca.

Por un instante, el reflejo muestra su destino: un puente de metal sobre un brumoso valle oscuro y un pueblo pintoresco al otro lado. Luego el vidrio se hace pedazos y cruje, mostrando sólo imágenes de mí.

A pesar de mis alarmas internas, extiendo una mano hacia la intersección de las grietas y me echo para atrás ante el contacto. A pesar de que sabía que el vidrio quebrado se sentiría como metal esculpido y que se vería como una cerradura intrincada, aun así me asusto. Ha pasado mucho tiempo desde que había viajado vía espejo.

En el reino humano, un espejo puede llevarte a cualquier parte del mundo, mientras que haya otro espejo lo suficientemente grande para caber a través de él hacia el destino que estás buscando.

En el País de las Maravillas también viajan por espejo, pero sus reglas son diferentes. El vidrio allá puede expulsarte en cualquier parte del reino del Inframundo, haya un espejo del otro lado o no.

La única regla que es constante es que no puedes llevar un espejo de un reino a otro. La única manera de volver al reino humano desde el País de las Maravillas es vía uno de los dos portales, uno ubicado en el castillo de Ivory, y el otro en el de Roja. Y la única manera de ir al País de las Maravillas desde aquí es por el hoyo del conejo, el cual es una entrada unidireccional.

Sabiendo todo eso, no debería estar nerviosa. A donde sea que Chessie quiere que lo siga es aquí en el reino humano al menos. Con los dedos temblando, tomo la llave en mi cuello. El relicario de corazón de Jeb cuelga justo debajo. Verlo me hace imaginar lo que él diría en esta situación.

Chessie es el gato mano derecha de Morfeo. Esto puede ser un truco...

Debería sólo echar un vistazo. Meter mi cabeza pero mantener mis pies firmemente planteados en el aquí y ahora.

—Imagina a dónde deseas ir —digo, usando lo que Morfeo me enseñó. Cerrando los ojos, imagino el puente y el pueblo que vi antes de que el vidrio se quebrara. Luego inserto la llave en la cerradura y le doy vuelta.

Cuando miro de nuevo, el vidrio es líquido. La ventana de agua se abre para revelar el puente de metal. Las estrellas brillan en el río debajo de él, reluciente y acogedor. A donde sea que esto lleve, es hermoso.

Una mujer llama mi atención en la distancia. Camina a lo largo de una loma herbosa hacia el puente. Incluso a la luz de la luna, reconozco el chándal negro y fucsia. Lo usaba esta mañana cuando me fui a la escuela.

Mamá.

Imágenes Destrozadas

Traducido por Val_17

Corregido por Sofía Belikov

Ver a mamá en el interior del espejo hace que mi corazón se agite tan rápido como las alas de Chessie.

—¿Cómo llegaste ahí? —pregunto, sabiendo que no puede oírme ni verme. Toco la llave en mi cuello, podría haber jurado que era la única que teníamos. Quizás Roja la llevó dentro.

Gruño en voz alta ante la idea.

Pero mirándola de nuevo, veo que mamá no luce molesta o asustada. Lleva una bolsa de arpillera de gran tamaño en el hombro —la misma que utilizamos para cosas como toallas de playa, palas de plástico y baldes para picnics en el lago. Cosas de cuando era pequeña, antes de que se internara. Me encantaban esos picnics...

Su paso es determinado mientras se dirige hacia el puente. Está tramando algo. Algo que *quiere* estar haciendo. Cuando la forma brillante de Chessie aparece junto a ella y se posa sobre las correas de la bolsa, mamá ni siquiera se asusta, como si lo estuviera esperando.

Es demasiado. No me importa dónde están, tengo que entrar y ver lo que está pasando.

—Lo quiero con todo el corazón —me recuerdo—. Luego dar el paso. —Levanto la bota y empujo una pierna en el aire fresco del otro lado, tensándome cuando alguien sacude el pomo de mi habitación.

—¿Al, por qué tienes la puerta cerrada? —dice Jen desde el otro lado—. Jeb está aquí y está enfadado. Recibió una llamada de Taelor en el trabajo. Él y M están en la entrada...

No. No puedo hacer esto ahora. Tengo que ver lo que la mamá hace. —¡Estoy ocupada!

—¿Ocupada? —grita Jen desde el otro lado de la puerta—. ¿Estás malditamente bromeando? ¡Jeb va a matarlo! ¡Tienes que salir, ahora!

—Mierda —murmuro. Como provocado por mi falta concentración, el portal ondea como agua llenando un balde. Si voy a atravesarlo, tiene que ser ahora, antes de que se cierre. Lucho conmigo misma, desesperada por resolver el misterio de mi madre, pero sintiéndome presionada por mi vida aquí.

La vacilación me cuesta mi oportunidad. El falso líquido pasa sobre el vidrio reflectante de nuevo. Doy un tirón un instante antes de que se cierre, encerrando a mamá y a todos los secretos que ha estado escondiendo.

* * *

No me tomo el tiempo para cambiarme el vestido o la tiara. Mientras me apresuro por el pasillo, Jen dispara preguntas sobre lo que pasó en la escuela. No tengo idea de cómo responder, por lo que la paso y corro de la puerta principal hacia el jardín, esperando un baño de sangre.

En cambio, ambos están de pie en la sombra del capó abierto del auto de Morfeo. Ninguno se da cuenta de que tienen audiencia.

Jeb debe haber venido directamente de su entrevista. Todavía está en su ropa de sesión fotográfica: pantalones negros, un chaleco tejido de manga corta negro que abraza sus músculos, una camiseta borgoña de manga larga debajo, y una corbata de diseño japonés envuelta sin apretar donde los botones se abren.

—¿Así que, murió en alguna calle al azar? —pregunta sin levantar la vista.

Morfeo asiente. —Se detuvo más bien, y en un momento inoportuno, de hecho.

Aprieto mis labios por el eufemismo.

Jeb apoya los codos en el marco del auto y se inclina sobre el motor. —No estoy seguro de qué lo causó. Este modelo tiene un solo filtro de gasolina para todo, por lo que cuando se produce un error, todo el motor se detiene. Pero si eso hubiese ocurrido, habría sido casi imposible ponerlo en marcha de nuevo. —Excava alrededor, engrasándose las manos—. Sin embargo, el tuyo se ve un poco desgastado. Tendrás que cambiarlo pronto.

Morfeo golpea el borde de su sombrero, pensando. —Temía tener que hacerlo. ¿Qué hace que algo así funcione?

Mi respiración se acumula firmemente dentro de mí. Debería sentirme aliviada porque no estén tratando de matarse entre sí, pero mi mente no puede procesar todo esto. Con mi madre teniendo una excursión en el espejo, es mucha rareza de una sola vez.

Me giro para mirar a Jen mientras se detiene junto a mí. —Dijiste que estaban peleando —susurro.

Se encoge de hombros.

Morfeo debe haber mantenido su promesa y suavizado las cosas con Jeb de alguna manera. Lo que me deja libre para ocuparme de mamá. Con los nervios en punta, comienzo a entrar de nuevo.

Jenara se aclara la garganta.

Me giro, atrapada entre las miradas de Jeb y Morfeo.

Permanecen allí por lo que parece una eternidad, sorprendidos. El sol del atardecer brilla con fuerza, haciendo que las capas de tela se calienten y piquen. Con todo tan tranquilo, estoy dolorosamente consciente de la ausencia de los bichos susurrantes. Una vez más, parece que han abandonado sus puestos. Últimamente, están o bien quejándose de las flores o simplemente... en silencio.

Jeb baja el capó del auto. Me muerdo el labio mientras cierra la distancia entre nosotros, limpiando la grasa de sus manos con un pañuelo que saca de su bolsillo.

—Guau. —Sus ojos me recorren, y luego se encuentra con mi mirada, transmitiendo un mensaje tan brusco y hambriento como cualquier cosa que jamás haya dicho en voz alta: *Quiero tocarte tanto que duele...*

Su análisis nunca ha sido tan intenso. Mis piernas se sienten como arcilla blanda.

Toma mi mano cubierta de encaje y me tira en un abrazo.

—¿Cómo se supone que espere hasta después del baile contigo luciendo *así*? —susurra en mi oído, luego besa mi sien.

El sentimiento me deja sin aliento. Si sólo pudiera disfrutarlo. Miro sobre su fuerte hombro para atrapar a Morfeo mirándonos. Arrastra su sombrero, y el brillo en sus negros ojos me dice que también aprueba el vestido.

Frunzo el ceño, gritándole con los ojos: *¡No pierdas más tiempo! ¡Saca a mamá del espejo! ¡Encuentra a Roja para que podamos enviarla de vuelta!*

—La perfecta hada novia —dice Morfeo, por lo que es obvio que no puede oír mis pensamientos en esta ocasión—. Todo lo que te falta son las alas.

Los brazos de Jeb se tensan a mi alrededor. Ahí va la fricción que esperaba ver entre ellos cuando salí. Los dos están en su mejor comportamiento, pero la paz podría romperse en cualquier momento.

Jenara se desplaza, bloqueando la visión de Morfeo. —Hablando de alas... Señor Entomólogo, tengo una pregunta sobre el traje de Alyssa. ¿Qué dicen si conseguimos unas galletas y tenemos una lluvia de ideas?

Él la sigue, y me lanza una última mirada por encima de su hombro.

Al instante en que se han ido, Jeb susurra: —Pensé que nunca se irían. —Luego se inclina para besarme.

Lo esquivo y me dirijo a la puerta.

Frunce el ceño y me sigue. —Estás enojada porque no te recogí de la escuela. Terminé la entrevista antes para llegar aquí. Tengo que reunirme con el reportero más tarde para terminar las preguntas. ¿Eso no cuenta para algo?

Su expresión herida me retuerce por dentro. —Sí. Quiero decir, no, no estoy enojada. Pensé que *tú* estabas enojado. Jen dijo que Taelor...

—Mort aclaró las cosas. —Jeb vuelve a meter el pañuelo en su bolsillo.

—¿Mort? ¿Deja que lo llamas así?

—No le pedí permiso.

Inclino la cabeza, pensando. —¿Así que todo está bien entre ustedes?

—Me enviaste un mensaje diciendo que tenías un “encuentro”. Así que cuando Mort dijo que quería poner a Taelor celosa pretendiendo salir contigo, y eso que ella exageró los detalles porque fracasó y marcó su salida... bueno, su explicación encajó. Lástima que hizo un enemigo de Tae. No es una chica con la que te quieras cruzar.

—Dímelo a mí —murmuro, cogiendo mi ritmo por el césped con Jeb a cuestas—. Deberías escuchar lo que se está propagando por toda la escuela.

—Bueno, Mort se encargará de todo eso mañana. Viejo amigo de la familia o no, Mothra no tenía derecho a usarte así.

Mis pies se detienen, mi cuerpo entero congelándose por el apodo. Jeb no puede estar empezando a recordar la habilidad de Morfeo para convertirse en una polilla. Técnicamente no estuvo *en* el País de las Maravillas para tener esos recuerdos... ya no. A menos que mamá tuviera razón en el hospital, cuando dijo que nadie sale indemne del País de las Maravillas. ¿Su subconsciente de alguna manera recuerda algo que se supone que no experimentó?

—¿Cómo lo acabas de llamar? —pregunto, mi voz temblorosa... esperanzada.

—Mothra —responde—. Ya sabes, el enemigo de Godzilla. Porque el tipo está loco por las polillas. —Me da una sonrisa astuta—. Vamos, no puedes no haber visto su sombrero. ¿Y ese auto? El Gullwing parece una polilla cuando ambas puertas están arriba.

—Cierto. —Por supuesto que no recuerda. Mis pensamientos vuelven a mamá y sus secretos—. Deberíamos entrar así puedo cambiarme.

—Espera. —Jeb toma mi mano y me hace girar para que mi dobladillo de pétalos de flores ondee. Cuando lo estoy mirando de nuevo, sacude la cabeza—. Mort tenía razón. Eres como un hada en su noche de bodas. Déjame disfrutar de la fantasía un poco más. —Su petición es tan suave y dulce, casi puedo sentirla en mi piel. Besa mi mano enguantada.

Nos detenemos donde la hierba termina, justo antes del primer peldaño en la entrada. La risa de Morfeo llega a través de la puerta. El sonido transforma la expresión de Jeb de admirada a feroz.

—Cuando llegué aquí, estaba dispuesto a matarlo. —Sigo su línea de visión a la motocicleta estacionada en medio de la inclinación en la calzada. Ni siquiera se tomó el tiempo para acabar con el pie de apoyo—. Lo había inmovilizado contra su capó, amenazado con darle otra cicatriz a su cara.

Es extraño; ser finalmente el centro de toda la atención de Jeb, pero ahora soy yo la que está rota. Una parte de mí tira hacia la casa, y una parte me tuerce hacia él.

Jeb coge mi mano y la sostiene contra su pecho. —Me dijo que podía hacerle cualquier cosa a su cara. Sólo pidió que no estropeará el auto. Es lo único que le queda de su padre muerto. —Jeb traza con su pulgar el encaje que abraza mi muñeca—. Vi sus cicatrices, Al. Esos tatuajes no pueden ocultarlos. ¿Sabías sobre los intentos de suicidio?

Asiento, reacia a fomentar su compasión por Morfeo, aun sabiendo que posiblemente no puedo explicar que esas cicatrices pertenecen a alguien más.

Jeb echa un vistazo al auto de Morfeo. —Me dijo que su padre murió odiándolo. Y la razón principal por la que vino a los Estados Unidos fue para conocer a tu mamá. Para tratar de ver a su viejo a través de los ojos de otro. Para hacer las paces con sus recuerdos. —Cuando Jeb me mira, su expresión está llena de empatía y mi pecho se aprieta. Es injusto que Morfeo esté explotando vulnerabilidades de las que Jeb no se da cuenta de que es consciente. Pero no tengo derecho a juzgar, porque también soy una aprovechada y una mentirosa.

—Así que, mientras sea respetuoso contigo —dice Jeb, ajeno a mi agitación interior—, haré mi mejor esfuerzo por respetarlo.

Su tono es firme y doloroso, pero está controlado. Ha estado trabajando duro para no ser violento como su padre. Y estoy orgullosa de él, porque ha crecido como un hombre honesto y compasivo, a pesar de lo mucho que su padre lo destruyó emocionalmente. Nunca me sentí más indigna de él.

Dibujo su mano con mis labios y beso el tatuaje en su muñeca donde se asoma por la manga. ¿Qué pensaría de mí si supiera cuán engañosa me he puesto? Podría ser yo en ese espejo en otra parte del mundo, tan lejos como me siento de él en estos momentos.

—Oye... —Saca su mano libre y me sube un peldaño. Con él aún de pie en el césped, estamos al mismo nivel—. Estás demasiado tranquila. Me dirías si hay más detalles, ¿verdad?

Hay más. Tengo que averiguar por qué mamá está en mi espejo, y tengo que derrotar a una psicópata reina mágica... simplemente no estoy segura de cómo decírtelo.

Mis ojos se humedecen.

El ceño de Jeb se envuelve en una mueca. —¿Por qué lloras? ¿Es por Tae? —Sus ojos queman—. ¿Ese idiota te puso las manos encima? ¿Te besó?

Demonios. —No, no fue así. Es solo que ahora tal vez puedas ver cómo me siento sobre Ivy. El por qué estoy indecisa.

Me mira de reojo. —Eso es totalmente diferente.

Mirando las hebillas de mis botas, me esfuerzo por decir lo correcto de prisa, para solucionar este problema así puedo correr a mi habitación y arreglar todo lo demás.

Jeb da un paso en la entrada. —Al, son negocios. Eso es todo. Y ya le dije que sí.

Mis emociones dan un giro, de preocupada a indignada. —Pensé que íbamos a hablar de eso.

—Volvió a Toscana esta tarde y no volveremos a reunirnos hasta el final del mes. Tuve que darle una respuesta antes de irse. Esto es por nosotros, ¿no lo ves? Va a pagar nuestro primer año en Londres y algo más. Es dinero real, una prueba de que no soy un perdedor.

—Por supuesto que no eres un perdedor. —Sofoco el sollozo que sube por mi garganta—. Eres el artista más talentoso que he conocido.

—Así como tú —dice Jeb, separándonos para verme de cerca—. No más lágrimas, ¿de acuerdo?

Sollozo. —Pero estás cansado de pintarme. —Soy tan patética. Mamá está en algún lugar al otro lado del mundo, y aquí estoy llorándole a mi novio por ser su musa.

Es sólo que en este momento, él es lo único estable que me queda. Y estoy alejándolo, a pesar de que sea la última cosa que quiero hacer.

—¿Cansado de...? —Una arruga aparece en sus cejas—. ¿Es una broma? Nunca me cansaré de pintarte. Este vestido —acaricia las perlas y lentejuelas en mis costillas—, está inspirando toda una nueva serie: La seducción de las novias hadas por la luz de la luna. Vamos a empezar después de la graduación.

Cierto. Mi inexistente baile. Me muerdo el interior de la mejilla para no gritar.

Jeb dobla las rodillas para que nuestras frentes se toquen. —No puedo esperar, sabes —dice, su pulgar rozando la correa de mi hombro, dejando mi piel hormigueando—. Voy a revisar el estudio de arte que Ivy alquiló esta noche. Tiene un desván. Estoy pensando que podría ser el lugar perfecto para conseguir un poco de intimidad después del baile.

Pero no estaré ahí, ansío decirle.

La puerta de entrada se abre, evitando que le cuente todo, toda la verdad.

—Oigan, tortolitos —bromea Jenara. Le ofrece a Jeb una galleta, luego nos estudia, como si sintiera que está interrumpido algo—. Lo siento, pero la mamá de Al llegó.

—¿En serio? —pregunto.

—Sí, está dentro. Estaba en el patio trasero y no sabía que estábamos aquí.

El pulso en mi cuello comienza a elevarse. Debe haber regresado a través del espejo. Tengo que descubrir a dónde fue. —Espera... ¿la dejaste sola con él?

Jenara limpia las migas de sus rasgados pantalones a la moda, luciendo confundida. —¿Quién, M? Se dirigió directamente al baño antes de que la viera.

Un fuerte golpe seguido por el grito de mamá rompe la tranquilidad de la tarde. Pongo el manto de mi falda sobre mi brazo y salto a través del umbral con Jen y Jeb sobre mis talones.

Morfeo se encuentra en la puerta de mi habitación, mirando el interior con una expresión estudiosa. Doy un paso a su alrededor para ver a mamá, cautelosa. Está de rodillas en medio de brillante vidrio pulverizado en el piso. Mi espejo de pedestal se encuentra a su lado, un vacío marco de madera.

Guardando un collar en la chaqueta de su chándal, mamá levanta su mirada a la mía. Ni siquiera puedo pronunciar las palabras para preguntarle de dónde sacó la llave. Luce tan pequeña y frágil, absorbida

por su chándal. El sol refleja los fragmentos rotos a su alrededor, salpicando el tejido negro con puntos prismáticos de luz.

Me agacho, con cuidado de no cortarme. —¿Estás bien?

Mantiene un brazo detrás. —Estaba tratando de mover tu espejo... golpeó la cómoda. El vidrio se rompió. —Mira a nuestra audiencia—. Es su culpa.

Al principio, creo que se está refiriendo a Jeb, hasta que Morfeo entra.

—Esa es una miserable mentira —dice Morfeo, luego se sienta en la cama—. Rompiste ese espejo antes de que llegara al final del pasillo. Diría que lo hiciste a propósito, aunque no puedo imaginar por qué.

—Oye... —Jeb es el próximo en entrar, con un ceño aún desconcertado e irritado dirigido a Morfeo—. Muestra algo de respeto.

Morfeo devuelve el ceño y se para por lo que están cara a cara. —Una persona debe *ganarse* mi respeto.

Los labios de Jeb se curvan. —Estás empezando algo que no puedes terminar, chico polilla. Eres un invitado aquí. No olvides eso. —Lo empuja, ajeno a la sombra de las alas que se levantan detrás de su oponente.

Mamá jadea, una prueba de que *sí* puede ver las alas, que sabe que nuestro invitado no es quien finge ser. Sospecho que lo supo desde el momento en que lo vio en la puerta.

Jeb se arrodilla y toca el brazo oculto de mi mamá. —¿Puedo ver su mano, señora Gardner? —Su voz es notablemente más suave.

Como si estuviera en un trance, mamá ofrece su palma. La sangre borbotea de una herida que comienza en la base del pulgar y se detiene en su dedo meñique.

Mi estómago se anuda. —¡Mamá, estás herida!

Jen chilla, tapándose la boca. No importa que pueda sentarse a ver un maratón de veinticuatro horas de películas sangrientas; no puede soportar la sangre real. Le recuerda a escenas de su infancia. —Voy a buscar vendas. —Temblando, se dirige al baño.

—Va a necesitar puntadas —le dice Jeb a mi madre mientras la ayuda a levantarse y la dirige a la cama. Envuelve su mano en el lado limpio de su pañuelo. Ella parece insensible a todo, y mi cuerpo entero duele por la preocupación. Empiezo a recoger los fragmentos de vidrio.

Debería estar sola con ella, consolándola, presionando mi marca de nacimiento sobre la suya, así sanará. Pero, ¿cómo me deshago de todos? Curvo más fuerte los dedos alrededor del vidrio que estoy sosteniendo, tratando de obtener control sobre mi loca vida incontrolable.

Morfeo se hace a un lado y le da la espalda a Jeb y a mi mamá mientras se sientan. Agarra un pañuelo de papel de mi cómoda y me lo ofrece, haciendo un gesto con la barbilla a mi mano cerrada.

La sangre gotea de la curva de mis dedos, salpicando los fragmentos a mis pies. Mi dedo índice punza. Lo doy vuelta para ver un rasguño no más grande que un corte de papel. Debo de haber estado sosteniendo el vidrio con demasiada fuerza. Envuelvo el pañuelo alrededor de mi dedo para detener el flujo y evitar que la sangre manche mis guantes.

Mi respiración se atrapa cuando miro hacia el suelo otra vez. Mi sangre salta de una pieza de vidrio a otra, como una piedra que salta en el agua, dejando finas rayas atrás. Cuando termina, el resultado de todas las líneas es una flecha roja apuntando hacia mi armario.

Dejé la puerta entreabierta cuando saqué mis botas antes. A través de la grieta, atrapo un atisbo de movimiento en el interior. Dos brillantes ojos rosados me miran fijamente desde las sombras.

Extraños Íntimos

Traducido por Sofía Belikov

Corregido por LIZZY'

Reconocería esa penetrante mirada rosada en cualquier lugar. Fue una de las primeras criaturas que me dio la bienvenida a mí y a Jeb cuando saltamos en el agujero del conejo el año pasado.

—Rabid White —murmuro en voz baja. Morfeo luce tan agitado como yo ante la aparición del habitante del Inframundo. Lo que significa que este no es uno de sus polizones.

El verano pasado, Rabid me juró su lealtad a mí y a la Reina Grenadine como nuestro leal consejero. Podría estar aquí para advertirme de que algo salió mal en el reino de Roja. Tal vez sorprendió a mamá, y ese es el por qué rompió el espejo.

Me siento repentinamente agradecida porque el jueves sea el día del inventario semanal de papá en el trabajo. No llegaría a casa hasta después de las siete. Tal vez puedo limpiar este desastre antes con la ayuda de Morfeo. Y no sólo estoy hablando del espejo...

Jen entra corriendo con una caja de medicinas, y me apresuro para ayudarla a vendar la mano de mamá, manteniendo un ojo en el armario. Como si supiera que fue localizado, Rabid retrocede incluso más. Sus cornamentas quedan atrapadas en algunos colgadores, lo que provoca un sonido metálico.

Jeb mira por encima de su hombro ante el sonido mientras sostiene la mano de mamá así puedo pegar el vendaje. —¿Escucharon...?

—Puedo llevarla —interrumpe Morfeo, aplastando el vidrio bajo sus botas de camino a la cama. Le ofrece una mano a mamá—. Alyssa y yo la llevaremos para que le pongan puntadas.

Jeb sacude la cabeza y se levanta. —No, yo debería ir, ya que tienes un problema de conducción. Dame tus llaves, Mort.

Mamá sale de su adormecimiento y se para junto a mí. —Alyssa puede conducir. —Le tiende el ensangrentado pañuelo manchado con

aceite a Jeb—. Gracias por lo que han hecho, pero Mort es como de la familia. Puede encargarse desde ahora.

La facilidad de su mentira me sorprende. Ella y Morfeo debieron haber pasado unos minutos juntos antes de que llegáramos. Es la única forma en que podría saber de nuestra historia. La herida mirada en el rostro de Jeb llama mi atención y pincha mi corazón. Si sólo supiera la verdad... de cuánto odia mamá a Morfeo y cuán duro se le hace fingir lo contrario.

—Seguro, ya nos vamos. —Jeb coge el bolso de su hermana después de que reúna sus cosas.

Los llevo a la puerta rápidamente, sintiéndome nerviosa al dejar a mamá sola con nuestros sobrenaturales visitantes, aunque estoy comenzando a sospechar que está menos intimidada por ellos de lo que una vez pensé.

Jenara le quita el bolso a Jeb y sale al porche. —Tengo que cerrar Hilos de Mariposa, pero puedes traer el vestido más tarde. Sólo tomará unos minutos terminar esos cambios.

Asiento, deseando *poder* usar mi propio vestido algún día de nuevo.

Jen aprieta mi mano, sus rasgos suavizándose. —Sé que estás preocupada por tu madre. Pero su mente es fuerte, o no la habrían dejado salir del manicomio. Dijo que fue un accidente. Estoy segura de que lo fue. Todo estará bien, ¿de acuerdo? Envíame un mensaje o llámame si me necesitas.

—Gracias. —Aprieto su mano en respuesta, incluso aunque ella está fuera de mis preocupaciones.

Después de que su hermana se fuera, Jeb envuelve sus brazos a mi alrededor y me acerca. —¿Estás segura de que no quieres que los siga? El auto de Mort no es fiable.

Estudio la vena palpitando en su cuello y la presiono con la punta de mi dedo para sentir su acelerado pulso. —No es su auto en lo que no confías. No confías en él.

—No tenía ningún derecho a hablarle a tu madre así. Es un idiota irrespetuoso.

Pensaste lo mismo la primera vez que lo conociste, quiero confesarle. Duele tanto que ya no compartas esos recuerdos con él...

Fuerzo las palabras más allá del nudo en mi garganta. —Te amo por preocuparte. Pero prometo que estaremos bien. Llamaré a mi papá y le diré que nos encuentre en la sala de urgencias. ¿Sí?

Jeb no responde, y no luce inclinado a irse.

Desesperada por volver con mamá y tratar su mano, digo la única cosa que sé que hará que se vaya. —¿No deberías encontrarte con el tipo de la revista? Dijiste que tenía unas cuantas preguntas más.

La expresión en su rostro iguala el cómo me siento por dentro: desgarrada. —Déjame saber cómo está tú mamá. *Llama*. No me envíes un mensaje. Quiero escuchar tu voz.

—Lo haré. —Comienza a irse, pero agarro su brazo—. Gracias por estar aquí. Por ayudar.

—Siempre estaré aquí para ti. —Me da una mirada que derrite huesos, luego me besa como despedida.

Apenas he cerrado la puerta cuando mamá entra bruscamente en la cocina.

—¡Y no me toques de nuevo! —grita sobre su hombro en dirección a la sala de estar. Mientras me rodea, desenrollando el vendaje de su mano para revelar su palma sanada.

Morfeo entra en la cocina desde el lado de la sala de estar. —Te has convertido en una desagradable y malcriada chiquilla, Alison —dice, sin siquiera escatimarme una mirada—. No voy a hacerme a un lado y ver cómo uno de los míos se desangra hasta la muerte.

Lanza su sombrero a la mesa. La luz del sol se cuele por las ventanas, y su forma como habitante del Inframundo luce vívida bajo la máscara de cuerpo entero de Finley. Sus alas son altas e inminentes, los parches de sus ojos oscuros, y las joyas cambian de rojo a negro.

—Allie podría haberme sanado —refuta mamá.

Me aferro al marco de la puerta y los estudio, sin palabras, mientras mamá usa la espátula para pasar las galletas del estante a una bolsa resellable, como si las cosas que hubieran pasado en la última hora fueran incidentes del día a día.

¿Por qué no está perdiendo los estribos por Morfeo? ¿No debería estar preguntándole por qué él y Rabid se encontraban en mi habitación en lugar de discutir por pequeñeces como su mano sanada? O mejor aún, ¿no debería estar diciéndome a dónde fue por el espejo, y dónde guardó mis mosaicos?

Mamá se lame el chocolate derretido de su dedo y apunta a Morfeo. —Esto no es como antes. Soy mayor. Más sabia. Ya no necesito tu ayuda.

Sus ojos están más azules de lo que alguna vez han estado, y sus mejillas arden con color. Irradia energía y fuerza. Morfeo despierta cosas en ella, como conmigo. Tengo que preguntar qué sucede realmente entre ellos, si alguna vez le dijo que la amaba como a mí. Tal vez sedujo a todas mis predecesoras.

El pensamiento hace que mi estómago se agite.

—No me necesitas, ¿eh? —Se acerca más a mamá, pero no tan cerca como lo hace conmigo. Es como si estuviera respetando sus invisibles límites. Saca rápidamente una galleta de la bolsa y se sienta al borde de la mesa con un fantasmagórico ademán de sus alas—. Bueno, supongo que tienes razón. Ciertamente usaste bien mi información. Te dije sobre sus mosaicos así podías mantenerlos a salvo. Entonces Alyssa dijo que le pediste a ese incompetente profesor que los mostrara en público y dejaste tres de ellos expuestos. Yo diría que tú linaje *necesita mi ayuda*. —Lanza un trozo de la galleta en su boca para darle énfasis.

—Espera un minuto. —Entro en la cocina, mi mente fuera de juego—. ¿Morfeo fue quien te dijo de mis obras de arte? ¿Sabías que se encontraba aquí? Pensé que estaba protegiéndote... mientras tú escondías cosas de *mí*.

Con los labios apretados, mamá lanza la bandeja de las galletas en el lavabo y deja correr el agua. —Sin el juego entero, son inservibles —dice, respondiéndole a Morfeo pero ignorándome—. Me ocupé de los tres que tenía. Los escondí en un lugar seguro. Donde ninguno de los habitantes del Inframundo se atreverá a tocarlos.

Sus palabras me recuerdan lo que vi en mi espejo de pedestal. —¿Es por eso que te hallabas dentro del reflejo... junto al puente? ¿Mi arte estaba en la bolsa?

Mamá se gira para mirarme, frunciendo el ceño.

—Ah. —Morfeo mira entre nosotras—. Alison fue al puente de hierro, ¿eh? Brillante estrategia, yendo a Londres así.

El puente de *hierro*... Morfeo una vez me dijo que los habitantes del Inframundo tienen una aversión al hierro. Deforma su magia de alguna forma, aunque nunca me ha dado detalles.

—Es la única forma en la que podía mantener los mosaicos a salvo —dice mamá, como si estuviera leyendo mi mente.

—Por supuesto —se burla Morfeo—. ¿Visitaste nuestro lugar favorito en el puente de Hierro Gorge mientras te encontrabas allí? ¿Tomaste un tren y reviviste viejos recuerdos? —Estrecha los ojos—. Ese es el por qué rompiste el espejo. Para encubrirte.

Mamá regresa su atención al sartén en el lavabo. —Si sólo pudiera cerrar los portales de salida y del País de las Maravillas —murmura, más para sí misma que para nosotros—. Entonces Roja y cualquier otra persona que quiera lastimar a Allie quedarían varadas en el reino del Inframundo sin ninguna forma de salir. Como debería ser.

—Como si fueras a dejar que eso sucediera. —Morfeo se pone de nuevo el sombrero—. Hablas de nosotros como si fuéramos de una raza

diferente. Pero eres igual que nosotros. Feroz... manipuladora... y con un toque de locura. Eres más habitante del Inframundo que humana, Alison. No podrías soportar no tener una forma de entrar al hogar en tu corazón.

Golpeo el mostrador con la mano para llamar su atención. — ¿Alguien me dirá que está sucediendo?

En silencio, mamá limpia algunos restos de galletas horneadas con una esponja. Agua y jabón caen delante de ella y en la encimera.

Morfeo da toquécitos a su boca con la esquina del mantel. —Alison te ha engañado haciéndote pensar que es un pequeño pimpollo indefenso. Pero todo es un acto, Alyssa. Tu madre es despiadada, y habría sido una espectacular Reina Roja. Quería la corona de rubí, de hecho. Casi la consiguió. Pero conoció a tu padre... falló en completar las pruebas. De otra forma, nunca se habría rendido, nunca se habría quedado en el reino humano. Y tú, pequeño corazón —su mirada se traba en mi rostro, las joyas del más oscuro negro—, nunca habrías nacido.

Mi lengua se siente gruesa y pesada como una piedra. Todas las preguntas que necesito hacer están acuñadas bajo ella. Retrocedo al recibidor donde las sombras ofrecen consuelo, poniendo distancia entre las horribles acusaciones de Morfeo y yo.

No. Mamá *no pudo* haber querido ser reina. Eso significaría que sabe la verdad. Que todo de lo que hablamos la noche en que regresé del País de las Maravillas —los tiernos momentos que compartimos en el manicomio cuando le dije que nuestra familia no estaba maldita en absoluto— fue un acto. Eso significaría que ha estado *finjiendo* no tener idea.

Si ese es el caso, ¿sobre qué más ha mentido?

Presiono una mano sobre mi boca. Morfeo está tratando de meterse entre nosotras. No lo dejaré.

—No —digo—. Tú... —Señalo a Morfeo—. Tú me dijiste que era la primera desde que Alice entró en el agujero del conejo.

Alza un dedo. —No dije eso. Lo que dije fue que tú eras la primera desde Alice que fue lo suficientemente astuta para descubrir el agujero del conejo sin ayuda y que saltó dentro. Yo dirigí a tu madre al agujero del conejo, y ella me dejó llevarla. Ni siquiera fue tan habilidosa como tú. Básicamente, creo que eso fue su ruina. Eso, y su completa y absoluta falta de lealtad.

Mamá frunce el ceño en su dirección.

Me trago un sollozo. —Pero la Hermana Uno, en el cementerio ese día... ella dijo que era la primera que iba e intentaba encontrar la corona.

La mirada que pasa entre mamá y Morfeo está llena de conocimiento.

—¿Quizás porque tu madre nunca llegó tan lejos? —ofrece Morfeo la respuesta como una pregunta. Una señal segura de que está ocultando algo.

—No importaría —respondo—. La Hermana Uno se mantuvo al tanto de mi progreso todo el tiempo que estuve en el País de las Maravillas, debido a lo que ganaría si pasaba las pruebas. Habría estado haciendo lo mismo con mamá. No —dirijo mis próximas palabras a mamá—, nunca has estado allí. Pensabas que los Liddlell estaban malditos. No sabías la verdad, no sabías para qué eran las pruebas. No hasta que te lo dije. ¿Cierto, mamá? ¿Cierto?

Se seca las manos en la toalla y comienza a dirigirse hacia la entrada. —Allie —dice mientras pasa el umbral—, déjame explicarte.

Morfeo la sigue, su boca en una severa línea. —Le debes más que una explicación. Le debes una disculpa por engañarla todos estos años.

—Tú no eres quién para hablar de decepción —suelta mamá.

—¿Oh? —En un rápido movimiento lleno de gracia, Morfeo hace que retroceda hasta la pared sin siquiera tocarla. De nuevo mantiene la distancia entre ellos, justo como si hubiera una línea invisible que no cruzaría—. Me dejaste cargar a mí la culpa porque Alyssa estuviera en el País de las Maravillas, por el desorden en su vida. Pero fuiste tú quien le dio la espalda a sus promesas. Tú hiciste la elección que afectaría a cualquier niño que tú y *Tommy deditos* tendrían. Es hora de que lo admitas.

En la penumbra, el platinado cabello de mamá resplandece y se retuerce como astillas vivientes, tan evocativas como las plantas en nuestro jardín lunar, atrapadas en una brisa. Estoy prestándole tal atención, que no me doy cuenta de lo que está sucediendo con Morfeo hasta que gruñe.

Las polillas en el borde de su sombrero aletean, como si resucitaran. Sacan el sombrero de su cabeza, y tiene que saltar por él. Las esquinas de los labios de mamá tiemblan, peleando con una sonrisa engreída.

Está manipulando sus alas.

Suprimo el grito construyéndose en mi interior, incapaz de negar lo que está frente a mis ojos: la magia en su interior que pensaba que nunca había utilizado está viva, porque ella ha estado en el País de las Maravillas... otra vez.

Recuerdo mi primer encuentro con las flores del País de las Maravillas, cómo mencionaron que lucía como “ya sabes quién”. Siempre pensé que hablaban de Alicia, o tal vez de Roja. Pero no era eso en lo absoluto. Ellas hablaban de mamá.

Presiono la espalda contra la pared lo suficientemente duro como para pinchar los capullos de mis alas. —La manchada escritura en el libro de *Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* —digo en voz baja—. Morfeo no la desdibujó. Fuiste tú. No querías que me diera cuenta de que habías estado allí.

Morfeo pone el sombrero en su lugar de nuevo. Se inclina contra la pared a unos cuantos metros de mí, con una bota apoyada contra la cenefa. —Tu madre quería trabajar conmigo desde el principio, cuando tenía trece y escuchó la Llamada del Inframundo. Así de tanto ansiaba el poder de la corona. Todo lo que tenía que hacer era encontrar la forma en que pudiera completar las imposibles pruebas en el decreto del Rey Rojo. Así que, por tres años, trabajé en una ruta alterna de obstáculos para cumplir con las peticiones que escribió, haciendo que aprobara cada prueba...

—¿Ibas a dejar que la Reina Roja habitara tu interior? —interrumpo, mirando fijamente a mamá con incredulidad.

—No —suelta bruscamente Morfeo—. A diferencia de ti, Alison planeaba usar su deseo como le dije, para desterrar a Roja del País de las Maravillas para siempre. Y no habríamos estado siquiera en este lamentablemente dilema si hubieras decidido hacer lo mismo en lugar de salvar la insignificante vida mortal de tu novio.

Quiero arrancar las joyas bajo sus ojos por decir eso, pero no puedo moverme.

Morfeo hace un gesto con la mano. —No importa ahora. Cometí un error al no hacerle prometer por su magia que terminaría lo que comenzó. Alison es una traidora. Volvió a casa debido a que conoció a tu padre. Sin embargo, fue eficaz. Conservó todos los recuerdos, tomando precauciones, así nadie podría seguir las pistas que le había dado. Además, quería otra oportunidad para tratar de conseguir la corona un día.

—Ese no es el por qué, Morfeo —sisea mamá—. Y lo sabes.

Se encoge de hombros. —Podríamos preguntarle a Rabid. Él estaba allí.

Sacudo la cabeza. —¿Dónde *está* Rabid? —En toda la locura olvidé que lo dejamos solo en mi habitación.

—Lo amarre —responde mamá—. Está siendo entretenido por tus anguilas. Terapia de electroshock. Es una penitencia por su papel en lo que te sucedió el verano pasado.

Jadeo ante su crueldad, y comienzo a dirigirme a mi habitación, pero Morfeo se interpone en mi camino.

—Está bien —me asegura, con una mano en mi hombro—. La electricidad no afecta a nuestro tipo.

Lo alejo. —¡De acuerdo, pero no puede ser bueno para mis anguilas! —grito—. ¡Tienen que estar aterrorizadas! —Morfeo y mamá me miran como si hubiera perdido la cordura. Si la he perdido, es por su culpa—. Trae a Rabid. Dile que demando saber por qué está aquí.

Morfeo me arquea las cejas. Luego, con un admirado brillo en sus ojos, se quita el sombrero y hace una reverencia. —Como usted desee, Su Majestad. —Le da una significativa mirada a mamá—. Podrías tratar de decirle a tu hija la verdad por una vez. ¿Fuiste capaz de descifrar alguno de los mosaicos antes de esconderlos?

Mamá se encoge de hombros, una amarga expresión en su rostro.

—Comparte lo que viste... con todo lo demás que has estado ocultando. No sobrevivirá al ataque de Roja a menos que esté equipada con la verdad. —Morfeo me ofrece una última mirada, con las joyas destellando con un gentil azul de compasión, luego se pone el sombrero. Sus botas resuenan contra el piso de linóleo.

Una vez que sus pisadas son opacadas por la alfombra de la sala de estar, le doy a mamá toda mi atención, esperando por una explicación.

—Los mosaicos —suelto, aunque no es lo único a lo que quiero una respuesta.

Me mira de la misma forma en que estoy mirándola. —Sólo tuve la oportunidad para descifrar uno. Había tres Reinas Rojas luchando por la corona de rubí, y la silueta de otra mujer observando detrás de una pared de enredaderas y sombras, alguien pendiente del resultado... alguien que tenía un profundo interés en todo eso. Podía verlo en sus ojos. Tristes y penetrantes. Está apresurada. Eso es todo lo que pude entender.

Había tres Reinas Rojas desde el verano pasado: Yo, Grenadine, a quien designé para que gobernara en mi lugar, y Roja.

Eso deja en duda quién es la cuarta mujer, la que se encontraba en las sombras.

Mamá observa mi expresión mientras pienso las posibilidades en mi cabeza. Su ceño se suaviza a uno lleno de simpatía, y luce como la mujer que una vez conocí: la que me hacía paletas de jalea cuando mi garganta ardía; la que besaba mis heridas y me cantaba canciones de cuna; quien se había comprometido a salvarme del País de las Maravillas.

Pero la madre que recuerdo no es ella en lo absoluto. El cabello de esta mujer aún brilla, su piel destellando como nieve bajo la luz de las estrellas. Esta mujer... esta *habitante del Inframundo*... es una extraña para mí.

—Estuviste en el País de las Maravillas —digo, mi voz temblando.

—No es como lo dijo, Allie —murmura—. Manché las pistas en las páginas. Pero fue porque conocí a tu padre y quería poner un final a la

búsqueda para siempre. —Retuerce el repasador con las manos—. Estaba tratando de decir qué hacer con las reliquias de la familia. Ese es el por qué las escondí. No podía sólo botarlas... tenía que descubrir cómo terminarlo, así ninguna de nuestras descendientes terminaría alguna vez en el País de las Maravillas de nuevo.

Su respuesta hace eco en el pequeño recibidor. Sus palabras envían una fría y chispeante sensación por mi columna. —Sabías de las pruebas. Incluso peor, tú las *causaste*. Debido a ti, Morfeo me hizo hacer todas esas locas cosas que hice en el País de las Maravillas. Todo porque así podrías ser Reina. Entonces lo dejaste varado, y yo me convertí en tu sustituta.

Mamá amasa la toalla. —Hicimos el plan antes de que nacieras, Allie. Yo... yo no sabía que resultaría como lo hizo...

—¿En serio? —Las palabras salen agudas y contraídas—. ¡Estás perdiendo el punto en este asunto! ¡Has estado en el País de las Maravillas y nunca te molestaste en decírmelo! Viviste lo que viví. ¿Tienes idea de cuánto necesitaba saber eso? ¿Saber que no estaba *sola*?

Su expresión cae, pero permanece en un desesperante silencio.

—¿Por qué no me dijiste esa noche en el manicomio, cuando te conté todo? —Los sollozos que estoy conteniendo se apilan uno tras otro, y mi garganta duele más que cuando me pusieron un tubo endotraqueal—. O antes. Si hubieras sido honesta desde el principio, cuando descubriste que podía escuchar a los bichos y plantas. —Se me escapa un sollozo. Se parte en dos—. Podría haber cambiado todo. El País de las Maravillas no habría estado en tal embrollo, porque no habría ido y arruinado todo.

Mamá se aferra al repasador como a una cuerda salvavidas. —No fuiste tú quien provocó esto. Fue Roja.

—Pero yo se lo *permití* —gruño—. Y debido a eso, es mi responsabilidad arreglar las cosas.

—Cariño, no... —Deja caer la toalla y estira un brazo hacia mí.

Atascada en la esquina, no puedo escapar, así que golpeo su mano.

—Allie, por favor... —Su voz se rompe.

Apenas registro su voz herida. Todo lo que veo es a una traidora. Las lilas en mi habitación de hospital se habían referido a ella. *Ella* iba a ser la única que me traicionaría de la peor forma posible.

—Eres increíble —digo a través de mis apretados dientes—. Planeabas arreglar las cosas para nosotros, ¿eh? Tú, la única que está tan *asustada* de todo lo relacionado con el País de las Maravillas. Tú, que pensabas que nuestra familia estaba maldita hasta que te dije lo contrario. Tú, que entraste en el espejo hoy, con una llave que has mantenido oculta no por meses, sino por años. ¿Por qué? ¿Porque querías regresar algún día y ser reina? ¿Planeabas incluso decirle a papá antes de dejarlo?

Abre la boca para responder, pero continuó antes de que pueda.

—Todo este tiempo que has estado criticándome por mis ropas y mi maquillaje... no era porque lucía demasiado salvaje o desvergonzada. Era porque lucía como un habitante del Inframundo. Te recordaba todo lo que perdiste. ¿Cierto?

Sorbe, pero no responde.

—Me repetiste una y otra vez cómo no querías que cometiera los mismos errores que tú... que no me enamorara tan joven, y que no desperdiciara mi oportunidad para ser una artista. No podía entender por qué no intentabas comenzar de nuevo ahora que estabas fuera del manicomio, tener la carrera que siempre habías querido. Pero nunca se trató de tu fotografía. Papá impidió que te convirtieras en reina.

—No, Allie...

Hago oídos sordos. No puedo escuchar más allá de sus mentiras.

—¿Cómo puedes guardarle tanto rencor a alguien tan increíble como papá? Te fue fiel por *once* años. Confió en ti y esperó a que mejoraras. Todas esas noches se sentó solo en la sala de estar... languideciendo por su esposa... mirando esas estúpidas margaritas que escondían todos tus secretos. Merecía la verdad, mamá. —Otro sollozo se escapa de mi garganta—. ¡Ambos la merecíamos!

Las lágrimas se deslizan por su rostro en la tenue luz.

Fue al manicomio para protegerme cuando era una niña, esos recuerdos amenazan con suavizar mi ira. Pero ¿cómo podía saber si era verdad el por qué hizo lo que hizo? Tal vez sólo no quería que me convirtiera en reina en lugar de ella, y ese es el por qué intentó romper mi conexión con el País de las Maravillas. Tal vez era ella en el mosaico. La que se encontraba en las sombras, observando y esperando conseguir su oportunidad para robar la corona.

La creciente desconfianza elimina cualquier rastro de compasión, y suelto el insulto más cruel que puedo pensar. —Ya no sé quién eres. Pero sí sé algo. Eres más mentirosa de lo que Morfeo alguna vez fue.

Camino al Enfrentamiento

Traducido por Mel Cipriano & Alexa Colton

Corregido por Meliizza

No puedo enfrentar la expresión devastada de mamá, así que me hago a un lado, recogiendo mi vestido, y luego camino en línea recta hacia la sala, de nuevo.

Ella se queda atrás, sus sollozos suaves sonando más fuertes que cualquier grito... más fuerte que el tren que casi me aplastó hoy. Tal vez sería mejor si lo hubiera hecho. Ese dolor habría sido instantáneo y luego habría desaparecido. No se quedaría y me devoraría como lo que estoy sintiendo ahora.

Pobre papá. No puedo creer lo deshonesto que ha sido con él, con el hombre que se comprometió a amar y permanecer juntos para siempre. Y me estoy volviendo como ella, mintiéndole a la persona que amo. Algo que nunca quise hacer de nuevo...

Los pasos de mamá se arrastran pesadamente a través de la sala de estar, y luego la puerta se cierra. En vez de venir tras de mí, fue a su jardín para compadecerse con sus plantas habladoras. Es apropiado. Ellas la conocen mejor que yo.

Me hundo contra la pared frente a mi dormitorio, obligándome a dejar de temblar antes de enfrentar a Morfeo. Siento una opresión en el pecho y mis ojos arden. Me asomo por la puerta.

Hay unos cuantos charcos alrededor de la base del acuario. Las anguilas parecen estar bien, deslizándose a través de las burbujas como si nada pasara.

En mi cama, Rabid White está envuelto en una toalla de baño. La única parte del conejito del Inframundo que se muestra es la calva, sus ojos color rosa rodeados de piel arrugada y albina. Cuernos blancos borrosos se elevan detrás de las orejas humanoides.

Está tan fuera de lugar aquí. Tiene que volver. El problema es que, con mi espejo de cuerpo entero roto, no tengo uno lo suficientemente

grande como para enviarlo a Londres, por el agujero del conejo. El Inframundo una vez más me tiene bajo su pulgar con todos los billetes de ida. Los portales de los Reinos Rojo y Blanco sólo conducen *fuera* del País de las Maravillas. El agujero del conejo sólo conduce dentro. Deseo que hubiera alguna manera de cambiar las reglas.

También me gustaría poder ser tan despreocupada como Morfeo.

Está sentado estilo indio delante de Rabid en una escena extrañamente tierna, como un amigo reconfortando a otro. Mete un par de auriculares en los oídos humanoides de Rabid. El antiguo rostro de la criatura se llena de asombro mientras se balancea al ritmo de la música.

Una ola de afecto cae sobre mí, por Rabid y Chessie, y todos los habitantes del Inframundo en el País de las Maravillas, seguida rápidamente por la ira hacia Morfeo. Me había dejado creer que usó la mente de mi madre para acercarse a mí cuando era joven porque estaba desesperado tratando de liberarse de su propia maldición. Hice las paces con eso, sintiendo empatía en algún punto. Una de las cosas que tenemos en común es nuestro miedo a ser constreñidos o a sentirnos presos de alguna manera: mente, cuerpo o espíritu.

Ahora sospecho que quería vengarse de mamá por dar marcha atrás en su acuerdo. Eso es algo que no puedo perdonar.

Morfeo le ofrece algo brillante y de plata a Rabid para jugar. Es el dedal de Jen. Debe haberlo perdido en su prisa por empacar y marcharse. Rabid trata de comerlo, pero Morfeo lo detiene.

—Calientalo con tus ojos —instruye.

Rabid afila su iris que brilla intensamente hasta que irradia calor rojo. Bajo su concentración, el dedal se vuelve de un color naranja suave.

Morfeo coloca el pequeño dedal en una de las cuatro puntas de la cornamenta de Rabid. El brillo de color naranja se filtra a su cuerno borroso y evapora hasta la última gota de agua a su paso, como si el calor se desplazara a través de él.

—Ahora, sólo tenemos siete más para calentar y secarte —dice Morfeo, luego se ríe mientras Rabid aplaude con sus huesudas manos.

No sé qué pensar al ver a mi torturador oscuro mostrar cariño por uno de los suyos. Suave y burlón. Él es así conmigo a veces también.

Lucho contra las lágrimas construyéndose en la línea interior de mis pestañas. Estoy completamente sola y confusa, pero una reina no deja que sus vulnerabilidades se muestren.

Cuando entro, me aclaro la garganta.

Morfeo mira hacia arriba. Su aspecto verdadero se desvanece bajo la mascarada de Finley, aunque el eco de sus joyas se queda, haciendo

parpadear un lila gris nebuloso, la misma tonalidad de sus botas. Es el color del desconcierto, como si estuviera simpatizando con mi confusión. Como si él no tuviera nada que ver con esto.

—¿Qué dijo tu mamá acerca de los mosaicos? —pregunta.

—¿Por qué está aquí? —eludo su pregunta, señalando a Rabid. No estoy segura de poder confiar en Morfeo con cualquier cosa que mi madre dijo, o sobre mi desconfianza en sus motivos.

Antes de que pueda responder, Rabid me nota. Sus ojos de color rosa crecen al tamaño de una moneda de cincuenta centavos.

—¡Majestad, suyo por siempre y para siempre! —El habitante del Inframundo arroja la toalla y toca el dedal de su cornamenta. El olor a pescado y huesos polvorientos golpea mi nariz.

Rabid se escabulle hasta el borde del colchón, dejándose caer al suelo, y se inclina. Los auriculares se salen y se enredan en sus astas. Morfeo atrapa las colas del chaleco mojado de la criatura para que no caiga de cara contra la alfombra moteada de vidrio.

—Arrepentido yo estar. —Rabid enreda sus dedos esqueléticos en un gesto de oración. La blanca saliva espumosa que le valió su nombre puntea en sus labios.

—¿Por qué estás arrepentido? —pregunto, cautelosa.

Su mirada brillante se arrastra a través de los fragmentos de espuma en el suelo. —Romper el portal. *No lo hice yo.*

Frunzo el ceño. —Lo sé. Mi madre hizo eso.

La criatura inclina la cabeza. —Traicionado a mi reino... así dice la Reina Grenadine. —Ofrece una pieza de cinta roja, atada en un arco.

Grenadine tiene una amnesia incurable. Los lazos que usa en sus dedos están encantados con la capacidad para recordarle las cosas importantes que de lo contrario no recordaría.

Un susurro me saluda cuando pongo el listón de terciopelo contra mi oído. *“La Reina Roja vive y trata de destruir a quien la ha traicionado”.*

La huella en mi corazón, la que Roja dejó como una advertencia el verano pasado, arde fuerte en una sacudida que empuja el aire de mis pulmones. Dejo caer la cinta y esta revolotea lejos. Me encuentro con la mirada de Morfeo. Levanta una ceja, haciendo que la cicatriz en la sien de Finley se curve.

—¿Qué tiene esto que ver contigo? —le pregunto a Rabid, luchando por contener el temblor de mi voz.

—Encarcelarme si quiere, dijo la Reina Grenadine. —Levanta sus manos hacia mí, sus huesos moliéndose mientras espera ser esposado—.

Cadenas usaré por usted, Reina Alyssa. Afligido estaré. —Cae sobre sus rodillas humanoides.

Me estremezco cuando aterriza duro contra el cristal roto, pero me recuerdo a mí misma que los huesos no son susceptibles de cortes superficiales.

Morfeo se quita el sombrero y se destaca por encima de Rabid.

—¿Qué sabes acerca de esto? —le pregunto.

La sombra de sus alas distorsiona el aire detrás de él, como una ola de calor veraniego que irradia una carretera de asfalto. —Ayudó a Roja a encontrar un cuerpo para habitar. Él es la razón de que su espíritu sobreviviera.

Vuelvo mi atención al sujeto de rodillas. —¿Por qué hiciste eso? Juraste lealtad a mí.

Rabid se estremece, y sus huesos suenan como ramas de árboles chasqueando juntos. —Otras obligaciones contaminaron buenas intenciones... —Gimiendo, mantiene la cabeza baja. Sus astas bloquean su rostro.

—Como sabes, Roja salvó su vida una vez —aclara Morfeo, dejando caer el sombrero en su cabeza. Dirige un dedo por las polillas drapeadas en el borde—. Rabid tuvo que pagar su deuda con ella. Sólo ella podía liberarlo.

—¿Liberarlo? —repito.

—Liberarlo para ser tu súbdito fiel —explica Mofeo—. Hizo un trato. La vida de Roja por su lealtad. Para serte fiel para siempre, tuvo que traicionarte una última vez.

Lógica envuelta dentro de un sin sentido. Parte del País de las Maravillas. —Así que, ¿Roja está aquí? —pregunto, luchando contra el temor apretándose en mi pecho.

Rabid no responde. Todo lo que ha pasado hoy: Taelor viéndome con Morfeo, la desaparición de los mosaicos, el viaje en coche cerca de la muerte, la traición de mi madre... Todo cuelga de mí como una nube nociva de emoción negra. El poder en mi interior pide rienda suelta, con la promesa de *hacerlo* hablar. Para que obedezca.

Me entrego a él: imagino que los auriculares se elevan y se mecen como cobras. La canción que se está reproduciendo se vuelve fuerte y chirriante. Rabid los pone en sus oídos, aúlla, y retrocede. Los auriculares lo siguen y golpean. A pesar de que no tienen colmillos o veneno, son viciosos en su búsqueda.

Con una expresión divertida, Morfeo da un paso atrás para permitirle a Rabid caer sobre el colchón. Los cables negros se deslizan hasta el borde detrás de él.

—¡Los insectos, escucharlos debe! —aúlla Rabit mientras los cables lo golpean y se envuelven alrededor de sus astas, derribándolo sobre su estómago encima de mi colcha—. ¡Por favor, Majestad!

Sostengo mi mano, y los auriculares se ponen flácidos.

—Dije: *¿Roja está aquí?* —El poder detrás de mi voz incluso me sorprende.

Rabid niega con la cabeza mientras Morfeo ayuda a desenredar su cornamenta. —Una flor ella eligió ser. Liderar el bosque en una revuelta. Amplificarlas a todas con pasteles. Espinas del tamaño de las garras de un dragón. Primero, despertar a los muertos. Agitar los cimientos, liberar a los consagrados. —Saliva espumosa llueve de las comisuras de sus labios—. Luego dividir y conquistar a los vivos. Esclavizar a todos ellos.

Terror, tan oscuro como el ala de un cuervo, proyecta una sombra a través de mis pensamientos. Así que eso es lo que los insectos estaban tratando de decirme. No se referían a las flores aquí en el reino de los humanos, sino a las del País de las Maravillas. La Reina Roja ha reunido un ejército de flores gigante.

—No va a funcionar, ¿verdad? —le pregunto a Morfeo mientras ajusta el volumen de los auriculares y engatusa a Rabid para escuchar música una vez más—. El cementerio es terreno sagrado. ¿Cierto? Ningún habitante del Inframundo de pura sangre puede pasar por la puerta del cementerio. Eso es lo que me dijiste.

Morfeo barre la toalla de la cama y cruza a mi acuario, borrando los charcos. —Eso es cierto para aquellos de nosotros que *vivimos* —responde sin voltear—, pero Roja es un habitante muerto en un cuerpo vivo. Ya no está sujeta a las leyes naturales de nuestro mundo.

Su uso frívolo del término “*natural*”, en referencia al País de las Maravillas, casi me hace resoplar.

—Roja puede cruzar los límites de las puertas del cementerio porque parte de ella pertenece allí —continúa—. Si logró entrar, puede liberar a los muertos, porque sabe los secretos del laberinto. Pero tendría que pasar por las Hermanas Twid. Eso no sería fácil.

—Lo recuerdo. —Mi pie tiembla mientras me imagino a ambas mitades inferiores de una araña, a las gemelas debajo de sus vestidos. La Hermana Uno tiene sus encantos, pero la Hermana Dos...

Enfrenté su lado del cementerio, sentí el escalofrío de las hojas a lo largo de mi cuello mientras me amenazaba con su mano mutada. Me puse de pie debajo de sus árboles adornados con juguetes poseídos por los

espíritus de los muertos. Nunca olvidaré cómo sus ojos me traspasaron con agonía.

—Cuando las gemelas permanecen unidas —continúa Morfeo—, ellas son las dos habitantes del Inframundo más formidables de toda la tierra. La única manera de que cualquiera pueda derrotarlas es ponerlas en desacuerdo y que no trabajen juntas. Dado que las gemelas odian a Roja por escapar con éxito el año pasado, es dudoso que pudiera separarlas —dice la palabra “dudoso” en silencio, mientras traza el cristal del acuario. Su perfil está preocupado ya que mis anguilas siguen su dedo, hipnotizadas.

Morfeo ama su mundo. Es por eso que está tan determinado a conseguir mi ayuda. He visto la destrucción en mis sueños, y la violencia en mis mosaicos. Sería doloroso para una tierra tan maravillosamente única y extraña sucumbir a las emboscadas de Roja.

Náuseas serpentean a través de mí. Todo este desastre es culpa mía. Lo hice posible por secar el mar el año pasado, dándole a las flores un camino hacia el corazón del País de las Maravillas, y al liberar el espíritu de Roja del cementerio para que tuviera acceso a un nuevo cuerpo.

Me tropiezo hacia mi cama, casi enredándome con mi vestido. Morfeo está a mi lado en un instante y me estabiliza hasta que sentarme junto a Rabid.

Deja caer los auriculares en el suelo, se acerca, y me da palmaditas con su mano enguantada, los dedos frágiles enganchándose en el encaje. —Majestad —canta—. Por favor... no exilio para Rabid de la familia White. Siempre su súbdito leal. Permanecerá siempre con usted. —Llega dentro de su chaleco mojado y ofrece una llave que se parece a la mía, con un rubí en la parte superior.

—No vas a quedarte aquí —le respondo, envolviendo sus dedos huesudos alrededor de la llave. Señalo el armario detrás de nosotros—. Vuelve adentro hasta que podamos encontrar una manera de llevarte a casa.

Los ojos rosados de Rabid pierden su brillo, como si una cortina de algodón de azúcar hubiera caído sobre ellos. Mete la llave en el bolsillo y se estremece en el interior de su abrigo. —Rabid mojado estar.

Conmovida por su incomodidad, tomo el dedal y se lo doy. —Sécate y guarda silencio allí dentro.

La luz de sus ojos se vuelve a encender. —¡Un premio para mantener! ¡Generosa es usted! —Aprieta el dedal en su cornamenta, se escabulle en la cama, baja, y se encierra en el armario, dejándome sola con Morfeo.

—Dijiste *casa*. —Morfeo me mira con expresión esperanzada—. Lo admitiste. El País de las Maravillas es tu casa.

Niego. —Me refería a *su* casa.

¿Lo había hecho?

Sacudo las dudas de mi cabeza, sospechando nuevamente de Morfeo. —Estabas con las flores en mi sueño, cuando me ahogaba. —Lo miro con intención.

Da un paso atrás, con el ceño fruncido. —Obviamente Roja todavía no las había sobornado para que la ayudaran en su causa. Deja de buscar razones para dudar de mí. Tenemos que trabajar juntos.

Mis dedos trazan las perlas en el vestido, dejando que las manchas frías me calmen. —No sé cómo trabajar contigo.

—Lo hiciste antes, cuando éramos compañeros de juegos en la infancia —responde, con la expresión más cercana a la humildad que jamás le he visto.

Mis puños se aprietan alrededor de la tela de mi vestido. —Antes de saber que eras un mentiroso. Tú y mi mamá. Eso es lo que todos los habitantes del Inframundo hacen. Las únicas personas de las que puedo depender son... *personas*. Mi padre, Jeb, Jenara. Los seres humanos no me han defraudado. No como tú.

Sus ojos negros se ablandan a una profundidad de emoción que me sorprende. En realidad se ve herido. —Tal vez porque me abrazas a un nivel diferente. No me vas a dar el beneficio de la duda, como haces con ellos. Actúas como si nunca hubiese sido bueno contigo.

Mi atención cae a mis manos enguantadas. Él me entrenó para conocer a las criaturas del País de las Maravillas, para entender como reinar a los habitantes del Inframundo. Estuvo a mi lado en el coche antes, de cara frente al tren... y no era la primera vez que veía a la muerte a la cara, así que no tendría que hacerlo.

Tiene momentos de coraje, ternura, incluso de desinterés. Pero él pondrá a cualquiera o cualquier cosa en riesgo en un latido, si así consigue lo que quiere. Levanto mis ojos para encontrarme con la mirada de Morfeo. —Gana mi confianza.

—¿Cómo? —pregunta.

—Diciéndome la verdad. ¿Qué pasó entre tú y mi mamá? ¿Seduces a todas las mujeres Liddell? ¿Les has dicho las mismas palabras bonitas que me dijiste? —Escondo mis piernas debajo de mi vestido, sintiéndome pequeña y vulnerable para siquiera preguntar.

Morfeo aparta rápidamente algo de vidrio con su bota y se arrodilla. Toma mi mano entre las suyas. —He conocido a tres generaciones de

mujeres Liddell. Contando las que están en Londres, ha habido veinte o algo así. La mayoría eran ajenas e inalcanzables, y no escucharon la llamada del Inframundo. Las otras no eran lo suficientemente fuertes para hacer frente a su linaje sin perder sus mentes. En cuanto a Alison, ella y yo éramos socios de negocios. Nunca ha habido más que eso entre nosotros. Sólo hay una Liddell que yo deseo, sólo una que se ha ganado mi eterna devoción. —Mueve la yema de su dedo por el encaje del borde y arrastra fuera el guante—. La única quien ha sido mi amiga más verdadera... quien tomó mi lugar y le hizo frente a la agresión que estaba destinada para mí.

Aguanto la respiración mientras arrastra su dedo a lo largo de las cicatrices en mi palma.

—Pero yo no sabía lo que hacía —insisto—. Yo era sólo una niña ingenua que quería proteger a su insecto mascota.

—Yo no creo eso. —Sostiene mi mano en la suya—. El auto-sacrificio es innato en ti. Tu madre quería la corona por el poder, pero tú te enfrentaste a las pruebas del País de las Maravillas para salvar a tu familia; del mismo modo que le hiciste frente a los Bandersnatch por Chessie; y luego Roja... te enfrentaste a Roja, completamente sola, por Jebediah. ¿No puedes hacerle frente una última vez, conmigo a tu lado, por el País de las Maravillas?

Trato de liberar mi mano de la suya, pero me sostiene con más fuerza. —Por favor, ya basta.

—Nunca será suficiente —insiste, guiando mi mano a su pecho para que pueda sentir el latido de su corazón—. No voy a parar hasta que estés reinando sobre la corte de Rojo para siempre. Hasta que estés de nuevo con nosotros donde perteneces.

—Yo no pertenezco a ese lugar.

—Lo haces. Por ser quien eres. Lo *que* eres. Una mitad rebosante de curiosidades oscuras y un apetito feroz por todas las cosas locas. Pero la otra mitad es caprichosa y llena de luz, con coraje y lealtad. —Se muerde el labio inferior, un gesto tan pequeño que pude haber imaginado—. Nada puede romper las cadenas que tienes en mi corazón. Porque tú *eres* el País de las Maravillas.

La profundidad infinita de sus ojos es a la vez inquietante y tranquila. Destellos de luz en el cristal a su alrededor en el suelo, manchando su cara como si estuviera envuelto en estrellas. En algún lugar hay un recuerdo de él como este; un niño encantado sentado debajo de las constelaciones del Inframundo y me decía lo mismo: *Tú eres el País de las Maravillas. Ese es tu todo; acéptalo, y podrás gobernar nuestro mundo...*

El recuerdo, como este momento, es una cosa viviente, envolviendo mi alma, lo suficientemente caliente para quemar, pero helando mi sangre.

—Alyssa —murmura Morfeo—. Fuimos niños juntos. He esperado tu regreso más años de los que tu caballero mortal ha sabido que existes.

No me atrevo a mirarlo a los ojos otra vez... no puedo intentar mirarlo o a la tentación que ha despertado. Quiero ceder, a él y al País de las Maravillas y a sus entrañables criaturas macabras, para apoderarme de toda la belleza y el poder que espera por mí ahí y nunca dejarlo ir.

Pero eso no es correcto. Ese no es el futuro que he trazado. Yo pertenezco a Jeb y a la gente que quiero, aquí. Saco mi mano fuera de la de Morfeo. Sólo el zumbido del acuario y el sonido de las burbujas corriendo hasta el filtro, rompen el silencio.

Morfeo suspira. —Suficiente de indecisión. Es hora de que nos vayamos al País de las Maravillas.

—No iré hasta que encuentre una manera de decirle a Jeb la verdad —le digo—. Quiero que mi futuro con él se base en la honestidad. *Tiene* que saber que me he ido... dónde estoy. Cuándo estaré de regreso.

El ceño de Morfeo es suave pero persistente. —Tú ya has esperado demasiado tiempo, tratando de ignorar lo que está sucediendo. Si Roja no está aquí ya, lo estará pronto... y todos los mortales que amas estarán en peligro. ¿Es eso lo que quieres?

Me quejo y entierro mi cara entre mis manos. —Por supuesto que no —le respondo entre mis dedos.

—Ese es tu lugar para dar un paso adelante y ser la reina. Roja no puede ganar —insiste Morfeo—. No es un juego esta vez. Es de vida o muerte.

No es un juego esta vez.

Esta vez.

Dejo caer mis manos hasta el borde de la cama y me empujo hacia arriba. Sigue mi ejemplo, pareciendo desconcertado. Aunque casi no llego a su pecho, una oleada de resentimiento me hace sentir más alta por lo menos quince centímetros.

—Lo que para ti fue un juego la *última* vez, fue de vida o muerte para mí. —No puedo reprimir un gruñido—. Fueron tú y mi mamá quienes me hicieron saltar a través de todos los aros. Ustedes dos juntos deben tener la suficiente magia para luchar contra Roja. ¿Por qué es mi responsabilidad tirar todos mis planes y arriesgar mi vida de nuevo?

El humor de Morfeo parpadea de suave a formidable en cuestión de segundos. Agarra mi barbilla, así que no puedo mirar a cualquier lugar que no sea él. El toque me sorprende, porque las manos de Finley no son

suaves y etéreas como son las de Morfeo normalmente. Son callosas y humanas, como las de Jeb.

—Es tanto tu responsabilidad como nuestra —dice Morfeo—. Por no seguir mis instrucciones al pie de la letra. Elegiste escuchar sentimentalismos mortales sobre los genuinos del Inframundo. El mismo error que ella cometió cuando eligió a tu padre. Me decepcionaste una vez, Alyssa. No lo hagas de nuevo.

Jalo mi barbilla, liberándola. —¿Yo te he decepcionado a ti? —Estoy tan cansada de su arrogancia—. Deberías irte. Realmente he terminado de mirarte a la cara.

Sonríe, un destello malicioso de dientes blancos. —Quieres decir el rostro de Finley.

Me estremezco, pensando una vez más en un humano atrapado en el País de las Maravillas. —Vete —insisto—. Quiero que te vayas antes de que mi padre llegue.

Cuando Morfeo no se mueve, animo los auriculares pegados a sus botas.

Los pateo lejos. —Te falta imaginación, pequeño amor. Vas a tener que hacerlo mejor que eso para derrotarme. Y esas payasadas ni siquiera le harían un hueco a la armadura de Roja.

Tiene razón. Pero estoy agotada emocional y físicamente. Hay un dolor que comienza en mi corazón y va caminando a través de mis músculos, los huesos y la sangre.

—Necesito tiempo para pensar, para descansar —le susurro. *No hay más revelaciones, no más discusiones*—. Déjame. Y no visites mis sueños esta noche.

Morfeo resopla y se dirige a la puerta. —Como si pudiera en esta forma.

Está casi en el pasillo, cuando lo agarro del codo. —¿Qué quieres decir?

Se tensa contra mis dedos y se gira. —Mis poderes se gastan reteniendo el atractivo de Finley. No he estado en tu mente, sueños o cualquier otro lado, desde que estuviste inconsciente en el agua.

—Estás mintiendo.

Me gira, golpea la puerta con una mano y me apoya sobre el marco de la puerta. —¿Qué te hace pensar que estoy en tus sueños? —Debajo de las brisas siniestras de sus ojos, sus joyas amarillo-naranja brillan como varas de oro a la sombra de la aprensión.

—En primer lugar, debido a que enviaste al payaso al hospital.

—Ya te dije que no envié ningún juguete.

—Pero ha estado en cualquier parte en la que tú estás. Estuvo en un espejo en la escuela, temblando en una bola de nieve de mi recuerdo de la Tienda de Excentricidades Humanas. Y luego está la espada de sangre que soñé, que tenía tus huellas digitales por todas partes.

Se inclina más cerca. —¿Has tenido un sueño acerca de tu sangre? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Debido a que ya lo *sabías*. —Clavo mis uñas en las palmas de mis manos, con ganas de estrangularlo.

—No, Alyssa. No lo hice. Ese sueño podría ser simbólico, implantado en tu mente por tu corona mágica. Tal vez tu sangre será utilizada como un arma... posiblemente en tu contra.

—No. Dijiste que Roja no puede utilizar mi sangre porque no es humana.

Aprieta su mandíbula, y aprieta el marco de la puerta. —¡Tú eres la criatura más irritante que he tenido la desgracia de conocer!

Bajo la mirada a mis botas. Hay un cosquilleo en mi oído mientras él atrapa mi cadena roja de mi cabello y la jala para llamar mi atención.

Su expresión se suaviza. —Ni una sola vez he afirmado ser digno de confianza —afirma el hecho con total naturalidad—. Pero hay algo que puedo decir con toda honestidad. Siempre te he empujado a ser mejor.

Me enfado. —Cierto. Incluso si eso significa que termine muerta.

Niega con la cabeza. —No es así. Nuestros destinos están entrelazados. *Esa* es la única verdad perdurable de nuestro tiempo juntos. Tiene sentido que quiera que tengas éxito.

Tironeando mi cabello libre, empujo su pecho con un puño. —Nada acerca de ti o del País de las Maravillas tiene sentido. Y la “única verdad perdurable” es que la vida era mucho más fácil cuando me olvidé de tu enorme ego y ese otro mundo que jamás existió.

Un temblor se desplaza a través de sus características, en primer lugar frágil, después severo. Sus músculos se contraen bajo su camiseta, enviando una sensación de hormigueo a mis nudillos. —¿Quieres decir inexistente?

Antes de que pueda responder, retrocede un paso y voltea el sombrero en su cabeza. Luego se quita el chaleco y su camisa, dejando caer todo en el suelo a mis pies. Una vez que se quitó el collar y los brazaletes, está allí frente a mí en solo vaqueros y botas.

El pecho de Finley y sus abdominales están bronceados, tonificados, y marcados. Otro tatuaje —una calavera enojada con las tibias cruzadas—

cruza sus pectorales, pero veo a través de eso, la piel lisa de porcelana de Morfeo.

Lo miro con recelo. —¿Q... q... qué estás haciendo?

—Estoy limpiando el camino para mi ego masivo. —Sus largas piernas cierran el espacio entre nosotros. Atrapa mi cintura. Me retuerzo para liberarme, pero me levanta hasta que estoy a su nivel en la pared, mi barbilla casi tocando la suya.

Trago y nivelo mi mirada, empujando contra sus hombros musculosos.

Se inclina cerca como para besarme.

Me pongo rígida. —Morfeo, no.

Vacila, maldiciendo, y luego me baja lentamente. La red satín de mi vestido se queda atrapada entre él y la pared. Cuando mis pies tocan el suelo finalmente, el vestido se agrupa alrededor de mis muslos, revelando más de mis piernas desnudas de lo que me gustaría. Empujo la tela hacia abajo, sonrojándome.

Sonríe, y yo me lanzo a abofetear la suficiencia de su cara. Sin perder un latido, me deja de lado y termina en el centro de la habitación.

—Sugiero que se quede donde está, *Su Majestad* —dice antes de que pueda moverme de nuevo—. No quisiera que quedara atrapada en un fuego cruzado.

Sus dedos estallan en orbes de luz mientras levanta sus manos. Filamentos eléctricos azules llegan a todos los rincones de la habitación. El vidrio en el piso tintinea y salta, como si un terremoto sacudiera la casa. Mis anguilas se sumergen, escondiéndose en su cueva, y Rabid gruñe desde el armario.

La sombra de las alas de Morfeo se vislumbra a lo alto detrás de sus hombros, y luego lo envuelven, como una flor de luna cerrándose cuando la luz del sol toca sus pétalos. Está rodeado rápidamente por una nube, espesa como la niebla y el olor a humo de su narguilé, con ecos de rayos azules dentro.

En un pestañeo, sus alas completamente manifestadas y cortan la niebla de humo, regresando a revelar su verdadero estado: piel sin defectos, pálida, máscara al estilo de parches que se curvan como la hiedra en la parte inferior de sus ojos. Las joyas en forma de lágrima destellan brillantes y cegadoras a través de un arcoíris de colores, tantos estados de ánimo que no se pueden leer.

El pelo corto de Finley se ha transformado en una masa azul, enredada hasta los hombros, enmarañados por la estática de la magia que todavía emana de los dedos de Morfeo. Sus alas extendidas detrás de él—a la vez intimidantes y majestuosas.

Todos los rastros del glamur no están. Es Morfeo en carne.

Me apoyo en la pared, mis alas pican por unirse a él en su metamorfosis. Los tatuajes se han desvanecido de su antebrazo, y su marca de nacimiento reluce en azul suave, hilos de magia se retuercen como una serpiente bajo ella.

Mis dedos se contraen, recordando la forma en que lo tocaron allí el verano pasado... cómo me curó.

Con un gran ademán, extingue los impulsos eléctricos de sus manos.

—Vamos a ver cómo te va sin mí. —Su voz es áspera y cruda—. Mi conjetura es que ni siquiera lograrás pasar de la escuela mañana, antes de estar de rodillas rogándome que regrese. —Arroja las llaves del coche al piso sobre su sombrero y otras piezas de ropa.

Se transforma en una gran polilla y se cierne en el aire. Su voz se enciende en mi mente: *—No estaré buscándote en tus sueños, esta noche o cualquier otra. Tendrás que encontrarme ahora. Estaré escondido en recuerdos perdidos. Que duermas bien, amor.*

Luego, con un revoloteo de alas, está fuera de mi puerta y fuera de mi vida, se va tan rápido como irrumpió en ella.

14

Prueba

Traducido por aa.tesares

Corregido por Elle

Al instante de Morfeo marcharse, el arrepentimiento se estrella en mí. Cuanto más pienso en ello, más claro parece: No ha estado en mi cabeza ni una vez desde que se presentó luciendo la imagen de Finley. Incluso en mi sueño en el hospital, no era su voz la que oí. Era un susurro que pudo haber pertenecido a cualquiera. Incluso a mí.

Estaba diciendo la verdad. Abrió su corazón, y lo destripé. Lo único que quiere es salvar el País de las Maravillas, y no puedo dejar de actuar como una cobarde.

La puesta de sol se filtra por las persianas y se refleja en el vidrio en el suelo, proyectando suave diseños rosados en las paredes. La serenidad está fuera de sincronía con lo que siento. No puedo convencerme de recoger los pedazos del espejo. Tanto se ha roto hoy. Tantas cosas, que no sé por dónde empezar a arreglarlas.

El sonido de los ronquidos me distrae de la culpa y me lleva a mi armario. Rabid está hecho un ovillo en el suelo. Algunas prendas han caído de sus perchas, y las ordeno sobre él para camuflarlo. Se relame los labios y se acurruca más profundamente en el lecho de zapatos y cinturones. Tan espeluznante y extraño como es cuando está despierto, es adorable cuando duerme, incluso vulnerable.

Su seguridad es mi primera prioridad. Tengo que enviarlo de vuelta a través del agujero del conejo. No podemos arriesgarnos a que papá u otros humanos se tropiecen con él.

Hilos de Mariposa tiene espejos de cuerpo entero a lo largo de las paredes. Si tomo el auto de Morfeo antes de que papá llegue a casa esta noche, me dará un poco de tiempo antes de tener que explicarle lo que está haciendo en nuestra entrada de garaje.

Puedo pasar a Rabid de contrabando en la tienda. Es del tamaño de un conejo. Encajará dentro de mi mochila. Podemos llegar antes de que

Jen cierre. Tomaré mi vestido de fiesta, y sugeriré cerrar para que ella pueda salir temprano y terminarlo.

El plan es a prueba de tontos. Pero la pregunta es, ¿qué pasa después de que lo envíe de vuelta? Morfeo se ha ido. Eso significa que tengo que ir con mamá, tengo que tratar de confiar en ella. Tal vez ella tiene alguna idea de cómo podemos detener a la Reina Roja y a sus flores zombis. Además, es el momento de decirle a Jeb todo lo que he querido desde el principio. Y mamá me ayudará a convencerlo, le guste o no.

Agarro mi mochila de la sala de estar y me detengo para echarle un vistazo por la ventana trasera. Está sentada en la hierba junto a un grupo de regalices plateadas, susurrando todos sus secretos en sus oídos plumosos. Las lágrimas ruedan por sus mejillas. Si pudiera confiar en mí o papá tan íntimamente como lo hace con ellas. Todos estos años ellas han conocido un lado de mamá que nosotros nunca hemos conocido. Me muerdo el interior de mi mejilla porque aún no estoy demasiado lejos para darme cuenta de lo ridículo que es estar celoso de una planta.

De vuelta en mi habitación, saco dos libros de mi mochila y los pongo sobre mi escritorio, dejando en el interior solo una botella de agua medio vacía y mi celular. Llamo a Jeb para poder sentar las bases de lo que venga después. El teléfono me pasa al correo de voz. Con miedo a dejar un mensaje con mi voz tan temblorosa, le escribo un texto en su lugar.

Traté de llamarte como me pediste. Mamá está bien.

Hago una pausa. No le puedo decir a través de un texto que me voy del trabajo para poder enviar a una calva criatura esquelética a través del espejo. En su lugar, improviso.

Estoy cansada... voy a estudiar, luego tomaré una siesta. Escríbeme cuando tengas tiempo. Necesito verte esta noche.

Un por ciento de lo que he dicho es verdad. Estoy cansada. Necesito una ducha para rejuvenecerme a mí misma.

En el interior del baño principal de color rosa y perla de mamá, me quito el vestido de gala y la ropa interior. Entro en la ducha y abro el grifo del masaje. El calor hace su magia en mis huesos y músculos doloridos.

Perfumada como una galleta de azúcar, salgo y me seco. Mi mente está clara, pero mi cuerpo sigue estando pesado y lento. No hay tiempo para el maquillaje o secarme el cabello, así que me tuerzo el pelo mojado

en una trenza floja que deja solo mi hebra roja colgar larga y ondulada en la parte delantera. Me pongo unos vaqueros con rayas verticales de color rojo oscuro y negro que recorren la longitud de la mezclilla elástica. Fue un regalo de Navidad de mamá. Es la primera vez que los he llevado. En jeans y sin maquillaje. Estará muy orgullosa.

Tan pronto como me he puesto encima una camisa negra sobre un top púrpura y botas altas de cordones, enlazo un collar alrededor de mi cuello.

En mi habitación, pongo el vestido lejos y doblo su bolsa a los pies de la cama; luego me meto bajo las sábanas con ropa, botas y todo. No importa que las sabanas estén húmedas o que huelan a huesos viejos y agua del acuario. Estoy demasiado cansada para preocuparme.

A través de mis ojos legañosos miro al reloj de mi mesita de noche. Los números digitales rojos brillan con las 6:15 pm. Busco a tientas los botones para ajustar la alarma a las 6:45 pm.

Una siesta rápida... puedo resolver esto antes de que papá llegue a casa... entonces estaré lo suficiente descansada para llevar a Rabid a Hilos de Mariposa.

El momento en que mis ojos se cierran, mi mente comienza a toda marcha. Sigo preguntándome: ¿Podría Morfeo tener la razón, que mi sangre podría ser utilizada como un arma contra mí? Es una criatura de los sueños. Él sabe cómo interpretarlos, y ya que no estaba detrás del payaso, ¿quién era?

¿Quién provocó esa pesadilla terrorífica que terminó en el cadáver de Jeb envuelto en un capullo? Si solo la enfermera Terri no me hubiera sedado aquella noche, las cosas no parecerían tan confusas. Si tan solo ella no hubiera tenido esos ojos tristes que me hicieron querer complacerla.

Mi respiración se pega dentro de mis pulmones.

La interpretación de mamá de mi obra de arte resurge: tres Reinas Rojas luchando por la corona de rubies, y otra mujer mirando desde atrás de un racimo de uvas y sombras. —*Podía ver sus ojos. Tristes, penetrantes.*

La enfermera Terri... ella estaba vestida con ese traje blanco de uniforme. Destacaba. Tal vez era un habitante encubierto del País de las Maravillas. Tenía acceso a mi habitación, podría haber traído el payaso encantado al interior. Ella me hubiera oído hablar y tuvo acceso a los mosaicos en el coche de mi profesor de arte... y a mi sangre.

Pero si era un habitante del Inframundo, habría atisbado su verdadera forma a través del glamour, como hice con Morfeo.

Todo es tan confuso. Pero una cosa es segura: hay otro jugador en este juego. Alguien en el reino de los humanos que no pertenece a él. No

puedo volver al País de las Maravillas y luchar una batalla mientras mi familia y amigos no están protegidos aquí con un misterioso habitante del Inframundo suelto. El hecho de que ya pudieran haber tenido contacto con ella me pone la piel de gallina.

Si voy a través del espejo hacia el puente de hierro en Londres, tal vez pueda descifrar los mosaicos que mamá escondió y averiguar a quién me enfrento. Aprieto la llave en el cuello, debatiendo si debería llamar de vuelta a Morfeo.

Él no vendrá. Herí su orgullo. Me dijo que ahora tengo que *encontrarlo*. Dijo que iba a estar escondido entre los recuerdos perdidos, lo que sea que signifique eso.

Otro enigma a resolver por mi cuenta.

Curiosamente, es ese pensamiento el que me arrulla a dormir, como si me hubiera estado preparando toda mi vida para manejar todo esto por mí misma. Ahora que lo pienso, a lo mejor lo he hecho.

* * *

—¿Mariposa?

Me despierto sobresaltada al oír la voz de mi padre en la oscuridad. Haces de luz se cuelan por la hendidura de la puerta por la que se está asomando.

Me toma varios segundos disolver la falta de claridad de mi cabeza para recordar dónde estoy... lo que tenía que hacer antes de que él llegara a casa. El ruido sordo de los ronquidos de Rabid en mi armario libera un resorte en mi columna vertebral. Me incorporo, aullando con la esperanza de despertar a mi invitado oculto.

—Vaya, no fue mi intención asustarte. —Papá entra y cierra la puerta hasta la mitad, por lo que mis ojos pueden ajustarse. Se sienta en el borde de mi colchón y se frota la cabeza, al igual que cuando yo era pequeña. Rabid está en silencio ahora, así que suspiro, contenta.

—¿Por qué llevas tu ropa en la cama? —pregunta papá.

Me froto la cara y bostezo. —¿La ropa?

—¿Son de ayer? Tu mamá dijo que no te sentías bien, así que te dejó sola. Pero sé que te falta un examen final. Solo quería comprobar, en caso de que fueras a ir a la escuela.

—¿La escuela? —Soy como un loro, imitando todo lo que me ha dicho.

Echo un vistazo a mi reloj que brilla intensamente: 6:20 a.m. Solo entonces me doy cuenta de que puse el despertador a las 6:45 am en lugar de p.m.

Mi estómago vacío se revuelve. He estado dormida durante doce horas. Morfeo mantuvo su palabra, no asoló mis sueños, y dormí profundamente. Muy profundamente. Ahora no voy a tener tiempo para enviar a Rabid de vuelta, o buscar mis mosaicos antes de la escuela.

Mi cerebro descansado va a toda marcha, formulando un nuevo plan. Podría salir temprano y usar los espejos de cuerpo entero en el vestuario de las chicas. Eso significaría meter a Rabid en mi mochila y llevarlo conmigo a la escuela. La idea de mezclar más el País de las Maravillas con mi vida real agita mis nervios, sobre todo porque todavía tengo que limpiar el lío de Morfeo con Taelor y los otros estudiantes.

Pero eso no importa. No hay tiempo que perder.

Papá se inclina para encender la lámpara. —Algo sigue crujiendo bajo mis pies... —Mueve el interruptor antes de que pueda detenerlo. Abre la boca mientras ve el vidrio brillando en el piso—. Q... q... ¿qué pasó aquí?

Atrapada.

Reprimo un gemido. —Mamá te puede decir.

Es vergonzoso lo rápido que la delato, aunque en cierto nivel me siento reivindicada. Dejarla que justifique el espejo roto, que sea ella la que esté bajo el microscopio. Ha demostrado ser adepta a mentir por años.

Papá se agacha al lado de mi cama, con cuidado de no arrodillarse sobre el vidrio. Todavía no lleva su ropa de trabajo, lo que significa que ha estado haciendo el desayuno. Mamá debe estar todavía dormida.

Toca un fragmento con sangre seca en él. —Allie... ¿te has cortado?

—No. Mamá... —Me detengo a la mitad. Él fija su mirada en las palmas de mis manos. Por supuesto. Esto le recuerda a la vez que ella me cortó—. Papá, está bien. —Me quito las mantas y salgo de la cama.

Su mirada aturdida cae sobre mis botas.

Me agacho y ajusto los cordones, como si fuera perfectamente normal despertar usándolas. —Mamá chocó con mi espejo mientras estaba limpiando el polvo. Cayó contra mi tocador. Se cortó un poco, pero está bien ahora. Fue más como... como un corte de papel, ¿sabes? Superficial.

La preocupación no deja su expresión mientras recoge los fragmentos pieza por pieza, cuidando no cortarse. —No noté ningún corte. ¿Por qué no me dijo sobre esto?

—Tal vez pensó que ya yo había limpiado. —Me inclino a ayudarlo, pero levanta una mano en un gesto prohibitivo.

—Deja que me ocupe de esto, Allie.

Siempre ha hecho esto, siempre ha cuidado de nosotras, ha limpiado nuestros desastres... y no hemos hecho otra cosa que guardar secretos.

Una vez que bota la última pieza de vidrio en mi papelera, y me pone el marco del espejo vacío en posición vertical, se vuelve hacia mí.

—Lo siento, cariño. Es que... yo tenía miedo de que estuviera ocurriendo otra vez. Ella solía mucho romper espejos. A propósito. No permitía uno cerca de ti desde que eras bebé.

El sol se arrastra hacia arriba, y la luz de color rosa anaranjado suaviza los contornos de papá, haciéndolo lucir tan joven como mamá. Nunca ha hablado mucho sobre cómo era cuando Alison comenzó a “perder la cordura”. Tuvo que ser horrible para él.

—Papá... —Le toco el brazo, acariciando su sudadera deshilachada.

Pone su mano sobre la mía. —No podría soportar que empiece de nuevo. No puedo estar lejos de ella nunca más.

Asiento, y aventuro una pregunta. —¿Alguna vez trató de explicarte su aversión a los espejos? ¿Alguna vez preguntaste?

Se sienta en el borde de la cama. Después de otro desconcertado vistazo a mis botas, se encoge de hombros.—Era una cosa de *espejos*.⁹ Sus explicaciones no tenían sentido.

Por supuesto, sus desvaríos sonarían locos a alguien que no supiera la verdad. ¿Por qué no se lo probó a él cuando yo era pequeña, mostrarle sus poderes? Tuvo años para encontrar una manera de hacerlo.

—Si ella te hubiera dado alguna prueba real de que existía el País de las Maravillas —digo arriesgadamente—, tú le hubieras creído... ¿verdad?

Sacude la cabeza. —La sangre en sus manos cuando se cortó con los espejos. La sangre de nuestra bebida cuando te atacó con las tijeras de podar. —Me mira, su expresión es pura agonía—. Allie, eso era tangible, real. Esa fue toda la prueba que pude manejar. Tú simplemente no *sabes*. —Se frota la cara, ocultando sus ojos detrás de su mano—. Ella gritaba que tenía que arreglarte. Como si fueras algo que pudiera pegar. Pero actuaba de manera errática, muy nerviosa, y acababa de herirte, así que... Yo no podía dejarla cerca de ti. Esa fue la gota que colmó el vaso, pero ya las cosas estaban mal desde mucho antes. Incluso *yo* comencé a tener pesadillas sobre el País de las Maravillas. Supe que teníamos que conseguir ayuda... necesitabas un progenitor cuerdo. Uno que te mantuviera a salvo.

⁹ Looking glass es sinónimo de espejo, y ambos se traducen al español como “espejo”. En este caso el padre de Alyssa se refiere al primer término, haciendo alusión a las “locuras” de su esposa sobre el País de las Maravillas, ya que los espejos son el otro modo de viajar a ese sitio.

Así que por eso mamá no sanó mis manos. Mi rencor hacia ella se derrite un grado infinitesimal.

Papá se agacha para recoger la bolsa del vestido. Debe de haberse caído al suelo anoche. Lo pone en su regazo.

—¿Realmente la viste tropezarse con el espejo? —Recorre una uña a lo largo de la cremallera de la bolsa—. Quiero decir, no tiene sentido. Ella habría tenido que lanzarlo contra la cómoda para causar tanto daño. —Mira hacia la papelería—. Tal vez debería hablar con su médico.

Su sugerencia me enfurece. No permitiré que la atene con una camisa de fuerza o que babe por los sedantes de nuevo. La amo, independientemente de nuestras desavenencias, y ya ha sufrido lo suficiente para toda una vida.

—Espera, papá. —Me siento a su lado, tanteando mis opciones—. Voy a decirte algo... Es solo que no sé cómo reaccionarás. —Mirando hacia los auriculares en el piso, considero animarlos, hacer que se enrosquen por su tobillo como un cariñoso gato.

Miro con tanta fuerza, que me arden los ojos.

—Allie, me estás poniendo nervioso. ¿Qué sucede?

Mi corazón martillea lo suficientemente fuerte para escucharlo en mis oídos. Estoy muy cerca de desatarme, tan cerca de mostrarle mi magia. Los cables de los audífonos tiemblan, un movimiento tan ligero, que solo yo puedo verlo. Luego pierdo los nervios y en su lugar miro a mis anguilas, rompiendo mi concentración

—Mamá y yo tuvimos una pelea de ayer —murmuro—. Yo... Yo la empujé y ella cayó sobre el espejo. Eso es lo que hizo que golpeará el tocador. Es por eso que me encerré en mi habitación. Y ella te dijo que yo no me sentía bien para cubrirme y no meterme en problemas.

La piel de papá se vuelve rosa oscuro. —¿Empujaste a tu madre? —Su mirada se profundiza con decepción y aprensión, una mirada que hace que mi confianza se encoja al tamaño de una hormiga—. ¿Qué pasa con estos brotes de violencia?

—¿Los brotes? Este es el primero.

—No lo es. Te oí gritarle en tu habitación del hospital. ¿Esto fue de nuevo sobre Jeb? ¿Te escapaste anoche a verlo? ¿Es por eso que estás usando los zapatos en la cama? —El color de su cara ya no es un rubor. Está al borde del púrpura.

Me pongo de pie. —¡No! Esto no tiene nada que ver con Jeb. —No puedo permitirle dudar de Jeb de nuevo, no ahora que finalmente han arreglado las cosas—. Me tomé un par de sedantes después de mi pelea con mamá. Supongo que hicieron efecto antes de que tuviera tiempo de quitarme la ropa. —Una mentira en toda regla.

Cuando sigue mirándome, poco convencido, agrego: —Odio que peleáramos, que casi la herí. —Aún más, odio que la estoy defendiendo cuando debería estar defendiéndose a sí misma ante nosotros.

Los dedos de papá tamborilean sobre la bolsa del vestido, inconscientemente mantiene el ritmo con el tic nervioso de su párpado. —¿Sobre qué fue esta pelea? Tuvo que ser grande para que empujaras a tu madre hacia un espejo.

—Bueno. Yo no la empujé *exactamente*... —Quiero decir algo más, pero tengo la mente en blanco.

Una mirada de discernimiento cruza la cara de papá. —Espera. Fue sobre el coche, ¿cierto?

—¿Eh?

—El Mercedes que estaba en nuestro camino de entrada cuando llegué a casa.

—Uh... —No sé qué decir. Mamá al parecer le dijo algo, y tengo que estar de acuerdo con su historia.

—Tu madre dijo que no le quisiste dar las llaves cuando te las pidió.

Echo un vistazo a la esquina detrás de la puerta, donde estaban ayer por la noche el chaleco, la camisa y el sombrero de Morfeo. Se han ido, junto con sus llaves, y mamá me entregó mi coartada en bandeja de plata. —¿Te dijo ella que trató de quitarme las llaves y yo no las quería soltar?

La mirada de papá se endurece. —No.

—Se me resbalaron y la hicieron perder el equilibrio.

—¿Quieres decir que así es como se cayó sobre el espejo?

Asiento, odiándome a mí misma con cada movimiento de mi cabeza.

Apretando la mandíbula, papá me mira fijamente. —Mira, estoy de acuerdo con tu mamá. Es generoso por parte de ese estudiante de intercambio ofrecerte su coche hasta que el neumático de Gizmo se arregle, pero no puedes conducirlo. Si le haces siquiera un rasguño, él podría demandarnos por más dinero del que cuesta tu educación universitaria.

—Está bien —susurro, aliviada porque la explicación del auto está fuera del camino. Pero ese es el único alivio que obtengo, porque ahora papá me mira como si yo fuera un cartucho de dinamita que necesita desactivar—. Papá, lo entiendo.

—No creo que lo hagas —dice, sacudiendo la cabeza—. Supongo que piensas que tu mamá se comportó demasiado emocional por el asunto del auto.

—Como hace con todo —murmuro.

—Bueno, esta vez tiene una razón. Al principio, cuando estábamos, tuve un accidente. —Mira hacia abajo, donde mueve los dedos de los pies dentro de los calcetines de lana—. Fue en un coche deportivo... no tan bonito como el que está en nuestro camino de entrada, pero similar. Tomé una curva demasiado rápido y choqué contra un árbol. El coche se destruyó. Estuve en coma durante meses.

Mi respiración se vuelve superficial. No puedo correr el riesgo de inhalar demasiado profundo y perderme siquiera una palabra. Esto es algo sagrado, una parte de su historia que no me han contado.

—Sé que deseas que hablara más sobre mis padres —continúa papá, aunque el cambio de tema me descoloca.

—No, papá. Entiendo por qué no te gusta.

—Es por el accidente, Allie.

Lo miro en silencio, intentando conectar los puntos. —¿Estaban contigo en el auto? —Nunca me dijo que así es cómo murieron...

La bolsa del vestido cruje mientras cruza los tobillos. —Bueno, no. Es a causa del desastre que no me acuerdo de ellos. Si no fuera por tu madre, yo no recordaría nada de mi infancia. Ella armó un álbum de fotos para mí para que pudiera reconocer los rostros de mis padres, ya que habían muerto antes de que la conociera. No podía recordar que no tenía hermanas o hermanos, o primos, o parientes que estuvieran interesados en conocerme. Ni siquiera recordaba haber conocido a tu mamá. Así de malo era el daño. Es. Mi vida antes de estrellar el coche, antes de tu mamá... no existe. Es como si nunca la hubiera vivido.

Hay una presión en mi corazón, como si una espina me perforara de dentro hacia fuera. —Papá, lo siento. —La disculpa se siente inadecuada. Los recuerdos son cosas preciosas de incalculable valor. Siempre me ha entristecido que Jeb perdiera las suyas del País de las Maravillas, pero esto es peor—. Nunca me lo contaste.

—Ya tenías una infancia bastante estropeada. No iba a agregar algo más a eso. Necesitabas un padre que tuviera un pasado semi normal. ¿Cierto?

Me encojo de hombros, aunque no sé si estoy de acuerdo. Tal vez si hubiéramos sido honestos desde el principio, podríamos habernos ayudado mutuamente.

—Así que, ¿lo ves ahora? —pregunta—. ¿Por qué ella no quiere que conduzcas ese carro? Es muy fácil, cuando se tiene el poder incontrolado a tu alcance, olvidar que no eres invencible. Tomar decisiones precipitadas que pueden afectar tu futuro.

Sus palabras son hechas para mí a la perfección, podrían ser las piezas que faltan en mis propios pensamientos y temores.

—Quiero que arregles las cosas con ella antes de irte a la escuela — dice en un tono que no admite réplica—. Y quiero que hagas tu mejor esfuerzo para llevarte bien con ella. Ha estado tratando tan duro contigo.— Aprieta la mandíbula—. Haz que me sienta orgulloso, Alyssa.

Alyssa. No me ha llamado solo por mi nombre desde que llegué a casa en noveno grado con una C en geometría. Es peor que si me hubiera gritado.

—Está bien —murmuro.

—Será mejor que te prepares para la escuela —dice. Se pone de pie y deja caer las llaves en mi cama—. Puedes conducir mi camioneta. Voy a llamar a alguien para que me lleve a Reparación de Neumáticos de Micah. Se supone que ya deberían haber terminado con Gizmo esta mañana. Ah, y anoche he aparcado el Mercedes en el garaje para mantenerlo a salvo. Trae a tu amigo a casa después de la escuela para que lo recoja. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —digo, aunque no tengo ni idea de cómo voy a lograr eso.

Papá parece que está a punto de salir. En su lugar, se detiene para levantar la bolsa del vestido de mi cama. —¿Es esto lo que creo que es?

Al principio no tengo ni idea de lo que quiere decir, no estoy siquiera segura de que *yo* recuerde lo que está en la bolsa. Entonces asiento.

Abre la cremallera, sacando la máscara y una esquina del vestido.

—¿Así que ibas en serio sobre ir al baile de graduación esta noche? —Parece sospechosamente cerca de ser feliz de nuevo. Quería que yo fuera a un baile de la escuela desde que era un estudiante de primer año. Se anotó a sí mismo y a mamá como chaperones al minuto de escuchar que le había dicho que sí a Jeb, pero obviamente nunca creyó que seguiría adelante con eso hasta ahora.

Pone la bolsa sobre la cama y echa un vistazo a la tiara de flores que cuelga de la percha. Su famosa sonrisa de Elvis hace aparición.

—¿Llevarás una corona? Aw, Allie, te verás como una princesa, como cuando jugabas a disfrazarte. —Su sonrisa tonta es pura nostalgia, y me dan ganas de llorar. Acaricia las líneas teñidas de la máscara—. Bueno... una princesa que ha pasado por una mala racha... Me gusta.

—Gracias. —Intento una sonrisa mientras lucho con el vestido para meterlo de nuevo en la bolsa y cerrar la cremallera, odiando que lo voy a decepcionar una vez más cuando no me presente al baile de esta noche.

Una arruga preocupada aparece entre sus cejas. Toma mi mano y me arrastra cerca para un abrazo, escondida a salvo bajo su barbilla. Me acurruco contra él, mi papi... mi campeón. Y el amor de la vida de mamá. Es increíble lo que hizo por él, haciendo ese álbum de fotos, devolviéndole

su pasado. Eso no suena como una mujer que resiente de su matrimonio. Tal vez ella realmente eligió a papá sobre la corona. Tal vez había algo más de esa historia. Tengo que darle el beneficio de la duda y escucharla, si alguna vez tenemos la oportunidad de discutirlo de nuevo.

—Escucha, Mariposa —susurra papá contra mi cabeza—. No has parecido tú misma, pero lo entiendo. Es el fin de la escuela. Tienes pruebas, la fiesta de graduación, la graduación, y además de todo eso, casi te ahogas. Es comprensible que te sientas un poco desquiciada. Tal vez necesitas hablar con alguien que no sea yo o mamá.

Una sensación de ardor se eleva por mi esófago. La empujo hacia atrás lo suficiente para mirar hacia él. —¿Qué, como un psiquiatra? No, papá. No me voy a volver loca.

—Eso no es lo que quise decir. Podrías ir a tu consejero escolar. Solo pareces dudar un poco. Podemos ponerte en el camino de nuevo. Déjanos saber lo que necesitas.

Mi alarma de las 6:45 zumba y saltamos.

Me arrastro sobre la cama para apagarla. —¿Podemos hablar de esto más tarde? Debería estar lista.

—Claro —dice papá. Se demora en el pasillo fuera de mi habitación—. Hay huevos revueltos en la cocina. Y no te olvides de pedir disculpas a tu madre antes de salir. Voy a tomar una ducha, para darle a las dos un poco de privacidad.

Le prometo que voy a arreglar las cosas. Quiero hablar con mamá, por tantas razones, pero en el instante en que papá cierra la puerta, sé que no voy a seguir adelante con eso. No esta mañana... pero con suerte, hoy más tarde, después de ocuparme de mi consejero real.

Meto las llaves de la camioneta de papá en el bolsillo, entonces abro el armario. Rabid está allí de pie, entrelazando sus esqueléticas manos, el dedal cuelga torcido de un asta y calcetines dispares cuelgan de sus orejas. Por un momento rato me recuerda al Conejo Blanco sobre el que siempre leí en los cuentos de Carroll.

A pesar de mi alboroto emocional, no puedo evitar la sonrisa que se abre paso en mis labios. —Gracias por mantener silencio. Lo hiciste bien. —Le doy una palmadita sobre su calva cabeza.

Parpadea sus ojos rosas hacia mí. —Rabid White, hambriento está.

Abriendo mi mochila vacía, le hago un gesto para que se meta dentro, esperando que a los polizones habitantes del Inframundo les guste comer huevos de desayuno.

Invasión

Traducido por Cath

Corregido por Daniela Agrafojo

Resulta que a los habitantes del Inframundo les gustan los huevos, por lo menos del tipo crujiente que mi papá hace. Después de que Rabid y yo tomamos el desayuno, recojo algo extra en un recipiente Tupperware. Junto con una bolsa de galletas de mamá y una botella de agua, pongo el tazón en mi mochila para mantener a mi consejero real ocupado en nuestro camino a la escuela.

Para una criatura tan pequeña, tiene un gran apetito, y un gran conocimiento de los mecanismos internos de la política del País de las Maravillas. Durante el trayecto, se sienta fuera de la vista sobre el piso del lado del pasajero, asomando la cabeza de la cremallera de la mochila. Contesta cada pregunta que hago mientras engulle huevos.

De acuerdo con la ley del País de las Maravillas, hay tres formas en que el heredero de sangre de una reina del Inframundo pueda renunciar a su trono una vez que ha sido coronado: muerte, exilio, o perder ante otro heredero de sangre en un torneo mágico. Dejé mi trono a Grenadine, pero eso no cuenta como una abdicación oficial.

Ella sólo puede ser una sustituta temporal, ya que no es de nuestro linaje. Ahora que el reino está en problemas, depende de mí dar un paso atrás, tomar la corona, y derrotar a Roja. Es como Morfeo dijo mientras estábamos en el coche: soy la única que puede liberar y manejar la magia que ahora es una parte de mi sangre.

Así que me tengo que quedar de por vida, que es otro hecho que Morfeo no mencionó antes de que pusiera esa cosa sobre mi cabeza el año pasado.

Por otra parte, ahora que estoy llegando a un acuerdo con mi herencia del Inframundo y responsabilidades, y cómo se enreda con mi lado mortal, no estoy segura de que renunciaría a mi corona mágica para cualquiera aunque pudiera. El receptor tendría que querer lo que es mejor para ambos, el País de las Maravillas y el reino de los humanos.

Si tan sólo pudiera dividirme a mí misma a la mitad y ser dos personas: el lado humano podría quedarse aquí con Jeb y mi familia, y el del Inframundo podría reinar sobre el País de las Maravillas, mantener la paz con mano de hierro.

Son las 7:20am cuando paro en el estacionamiento norte cuarenta y cinco minutos antes de la primera campana. Estaciono la camioneta de papá al lado de los contenedores de basura donde Morfeo me esperó después de la escuela ayer.

El lote está abandonado a excepción de dos vehículos, los cuales reconozco. Uno pertenece a la directora, y uno es el nuevo coche del señor Mason con el sistema de alarma molesto ineficaz.

A pesar de que Morfeo se quedó fuera de mi cabeza, como dijo que lo haría, todavía lo puedo sentir en el fondo, mirando cómo manejo las cosas. Al igual que cuando éramos niños. Tan enojado como estaba cuando se fue, estoy segura de que quiere que tenga éxito. No sólo eso, él *quiere* que lo encuentre. No hace nada sin una razón. Debe ser importante para mí descubrir a dónde fue por mi cuenta.

Sólo tengo que averiguar lo que quería decir con “escondido entre los recuerdos perdidos.”

Antes de entrar, trato de llamar a Jeb por última vez. No es que él estuviera tan tranquilo. Estoy empezando a preguntarme si recibió mi mensaje de texto anoche. Pero si no lo hizo, ¿por qué no ha llamado para ver cómo estábamos mi mamá y yo? ¿Es que no le importa? Al menos Ivy no está en la ciudad, no tengo que torturarme preocupándome por ella.

El teléfono de Jeb va al correo de voz nuevo. Esta vez dejo un mensaje. “Estoy en la escuela. Mándame un mensaje. Necesito hablar contigo”.

Me quedo mirando mi teléfono. Algo todavía me molesta: la enfermera Terri.

El Centro Médico de la Universidad de Pleasance aún no tiene un directorio en línea de empleados. Por un capricho, hago una búsqueda por los uniformes de enfermería, junto con el nombre del hospital. Un anuncio aparece, publicado en la página de Noticias de la semana pasada:

Durante el Día de los Caídos, en homenaje a los veteranos caídos, el CM de la Universidad de Pleasance restablecerá los uniformes de época de enfermeras y médicos. Cualquier empleado que haya perdido a sus seres queridos en las guerras pasadas y desea participar debe ponerse en contacto con Louisa Colton en recursos humanos para los tamaños y estilos disponibles. Alquileres pagados por la Junta de Servicios de la Familia Católica y suministrados por Banshee's Costume Boutique.

Cierro el enlace. Eso explica el traje de enfermera de Terri el lunes y, posiblemente, sus desolados ojos tristes. Tal vez me lancé a conclusiones acerca de ella. Era muy agradable y servicial. Pero, ¿qué pasa con el payaso y mi arte robado del coche del señor Mason? ¿Podría haber sido otro habitante del Inframundo que yo no vi?

Después de cerrar la cremallera de mi mochila con Rabid junto a mi teléfono, me dirijo hacia la entrada trasera. Las ventanas de las aulas resplandecen de amarillo, silenciadas por las persianas cerradas y la luz brumosa del post amanecer. El edificio se ve como siempre lo hace, a pesar de que todo es diferente en el interior, al menos para mí. Morfeo se encargó de eso.

Merodeo a través del corredor desierto y aspiro el olor de la levadura y especias dulces flotando desde la cafetería. Los sonidos de chillidos zombis y molestos temas musicales derivan de mi mochila. Cometí el error de mostrarle a Rabid cómo jugar un juego en mi teléfono. Tensando los músculos, abro la mochila, tomo el teléfono y lo silencio antes de entregárselo una vez más.

Me meto en el gimnasio oscuro y uso la linterna de llavero de papá para encontrar el camino a los vestidores de las niñas, pisando cuidadosamente para que mis botas no dejen marcas negras en nuestra mascota, el gigante carnero azul y naranja pintado en el medio del suelo de madera.

Mientras giro alrededor de la entrada de partición a los vestuarios, el hedor de calcetines viejos y picaduras de azulejos mohosos van a mi nariz. Con un movimiento en el interruptor de luz, un resplandor fluorescente zumba a la vida las luces del techo, y me enfrento a un panel de espejos de cuerpo entero.

Abro la mochila. Rabid trepa hacia fuera, con la boca rellena con galletas. Golpea los botones de mi teléfono en un último intento para matar a los zombis de su juego. Suavemente, le quito celular de su agarre esquelético dentro de la mochila.

—¿Estás listo? —le pregunto, aunque es una pregunta retórica. En el camino a la escuela le di órdenes directas para ir derecho al reino Rojo y permanecer al lado de Grenadine hasta que yo volviera para ayudarla.

Rabid pesca adentro de su abrigo. Su dedal cae al piso de cemento. Lo recoge y comienza a rebuscar de nuevo su llave.

—Está bien. Yo me ocupo. —Tengo la mía en la cadena y miro en el espejo más cercano, imaginando el rastro de reloj de sol del Támesis en Londres. Una imagen del niño de la estatua del reloj de sol que esconde el agujero del conejo de los ojos humanos difumina el espejo, proyectado por mi memoria.

Espero a en el espejo se astille. En cuanto aparecen las grietas, mis latidos van a toda marcha. Estoy justo donde estaba hace un año, de pie en la puerta a la locura. Sólo que esta vez, sé exactamente lo que me espera en el otro lado.

Empujando más allá de mi vacilación, presiono la llave en la coyuntura de arrugas de la cerradura en forma de ojo. Los rizos de portales abiertos, y una brisa fresca silba por mi pelo, perfumado con hierba y flores.

Tomo la mano escarpada de Rabid. Estamos a punto de dar un paso, cuando hago una pausa. El suelo alrededor del reloj de sol parece estar moviéndose, como si no fuera hierba, sino un mar oscuro y enojado, sus olas golpeando contra y debajo de la postura del reloj de sol.

—¿Qué es eso? —murmuro.

Rabid se inclina, sus huesos traquetean. —Tenazas de fuego. Pellizcan, Majestad.

Me inclino más cerca y me doy cuenta de que es un mar de fuego de hormigas —brillando de un profundo negro y rojo— invadiendo el hoyo del conejo. Hay suficientes como para cubrir el terreno por lo que parece ser la longitud de un campo de fútbol, miles y miles de ellas.

Me pregunto si alguien de visita en el reloj de sol está viendo esto.

No tengo tiempo para mirar alrededor y descubrirlo; necesito meter a Rabid dentro del hoyo del conejo. No hay ningún lugar seguro al paso. No importa que las hormigas charlaran conmigo diariamente, todavía no dudarán en atacar con sus pinzas si están enojadas o determinadas, sobre todo si estoy en su camino. Y estas son hormigas de fuego. Las más agresivas y dolorosas de su clase.

Si no tuviera que estar en silencio en el vestidor, me gustaría gritarles. No pueden derrotar al ejército de flores zombis de Roja. Sin embargo, es obvio que están camino a intentarlo.

Voces inesperadas en el gimnasio sacuden mi concentración. Doy un tirón del espejo, cerrando el portal.

Luego arrastro a Rabid en la mochila y la deslizo en un casillero.

—Quédate oculto hasta que vea lo que está pasando ahí fuera —le digo y le entrego la bolsa de galletas—. Cuando regrese, encontraremos un modo de hacer las paces paz con las hormigas.

La puerta del armario no se cierra de golpe con la mochila en el camino, así que dejo abierta una rendija. Después de apagar la luz, me asomo por el tabique hacia el gimnasio.

Múltiples bombillas luminarias cuelgan del techo. Parpadeo ante el brillo, sorprendida por el revuelo de actividad a lo largo del suelo. Un

puñado de estudiantes lleva brillantes árboles blancos y farolitos. Le siguen más con tubos plásticos gigantes de manteles de encaje blanco, papel crepé, y otras decoraciones de fiesta.

Se me cae el estómago. Es el consejo estudiantil y el comité de graduación, preparándose para el baile de máscaras de cuentos de hadas de esta noche. ¿Sería posible tener una peor puntería?

Algunos de los chicos más grandes pliegan las gradas de madera y las ruedan contra las paredes para dejar el resto del piso libre para bailar. La mayoría de las chicas se entretiene a ambos lados del gimnasio, arreglando la zona de aperitivos y el escenario improvisado donde tocará la banda, se harán anuncios, y se elegirán al rey y reina del baile.

Gimo a medida que más estudiantes se pasean en el gimnasio. Cualquier posibilidad de enviar a Rabid a través del espejo antes de que empiece la escuela es destrozada. Alguien podría entrar en el mismo momento en que ponemos un pie dentro del espejo. Considero esconderme en una cabina de ducha hasta que todos se hayan ido, pero el movimiento en la multitud me detiene en seco.

—¡Oye, tú! —grita Taelor, levantando el brazo.

Es la última persona con la que quiero hablar. Me hundo cada vez más detrás de la partición, y luego exhalo con alivio cuando me doy cuenta de que no es a mí a quien grita. Agita el brazo de nuevo a un estudiante de segundo año de cabello oscuro y cara aniñada que está en la esquina diagonal a la que me estoy escondiendo. Él está de pie junto a un árbol que coloca en el suelo, y antes de que pueda mirar hacia arriba, está rodeado por Taelor, Twyla, y Kimber.

—Tenemos que dejar espacio para la banca de parque donde las parejas posan para las fotografías —lo regaña Taelor—. El árbol va al otro lado del gimnasio, cerca de esa larga mesa de banquete donde estarán los refrigerios.

El chico la mira fijamente, estupefacto, ya fuera sorprendido por su belleza o conmocionado al ser abordado por una chica de último año.

Ella suspira y empieza a arrastrar el árbol en su maceta, completamente inconscientes de las rayas que eso y sus botas de vaquero negras están haciendo en el piso alto pulido.

Espera. *¿Botas de vaquero?* Esa es nueva.

Incluso su vestido se ve cuidadosamente elegido para impresionar a un entomólogo: una mini plateada con mangas oscilantes que parecen alas. Tal vez está esperando a que Morfeo la confunda con una polilla y la clave a su tablero de corcho.

Casi sonrío ante eso. Había oído el rumor de que ella rompió con su cita original para el baile después de que M la invitó. No se me ocurrió

preguntarle a él si era cierto, pero suena como algo que haría, darle esperanzas solo por diversión. Ella está a punto de llevarse una gran decepción.

—Ugh. —Gime cuando está a un par de metros de distancia de mí. Me escabullo más en las sombras de los vestuarios, pero la mantengo en la mira. Sus brazos bronceados y tonificados por la incesante práctica de tenis y voleibol, brillan bajo las luces mientras tira de la maceta—. Esta cosa es pesada.

Sonrojándose, el estudiante de segundo año despierta de su trance y salta para ayudar, ganándose una sonrisa impresionante aunque sarcástica.

—Gracias, Superman —ronronea y suelta su lado de la maceta.

Casi puedo ver el surgimiento de barba en su barbilla mientras avanza rápidamente a través de la pubertad, siguiéndola.

Me agacho detrás de la pared cuando pasan.

—¿Al?

La voz de Jenara me trae de vuelta. Una cesta cuelga de su brazo. Los faroles golpean dentro. Teje la cadena a través de unos pocos para formar las guirnaldas que otros estudiantes están colgando en los árboles.

—Pensaba que eras tú merodeando ahí detrás —dice—. ¿Qué está pasando? No he visto tu nombre en la lista de inscripción.

—No firmé para esto exactamente —le digo, dándole significado en muchos niveles.

Jen sonríe. —Sí, yo tampoco. Es parte de mi penitencia por desfigurar los carteles de fiesta. Como si los carteles tuvieran caras. —Ella resopla, y luego se pone seria cuando no respondo—. Nunca trajiste tu vestido anoche. —Sus ojos meticulosamente delineados se estrechan con preocupación—. ¿Está tu madre...? —La pregunta se desvanece, silenciándose por el zumbido de los ocupados estudiantes en el fondo.

—No, ella está bien. —A regañadientes, salgo de la seguridad de las sombras y entro al gimnasio, confiando en Rabid para que se mantenga oculto—. Algo ocurrió cuando llegamos a casa de la sala de emergencias...

—¡Oye! —Jen interrumpe cuando doy un paso a la luz—. ¿Qué pasa con esas pintas al natural?

Sólo entonces recuerdo que no tengo nada de maquillaje. Es la primera vez desde que era un estudiante de primer año que me he mostrado en la escuela sin llevar mi armadura.

Contra todo instinto de correr, tomo una linterna de su canasta y un trozo de cuerda para comenzar mi propia guirnalda, nostálgica por los tiempos en que ensartaba cadáveres de polillas con Morfeo en el País de

las Maravillas, tiempo atrás cuando no tenía que llevar armadura. —Joder, Jen. Hazme sentir como un troll, ¿quieres?

Ella deja caer su cadena de linterna nuevamente dentro de la canasta y me aprieta el brazo con suavidad. —Oye, sabes que no quise decir eso. Tienes la estructura ósea y la tez perfecta para llevarlo a cabo. Simplemente no eres... *tú*. Y tu pelo —chasquea la hebra roja colgando libre de mi trenza desordenada—, ¿dormiste así de esta manera? —Antes de que pueda responder, inhala una bocanada de aire—. Oh, Dios mío.

El cesto se desliza fuera de su brazo y se vuelca, y los faroles ruedan por el suelo. Ignorando el lío, me agarra los hombros. Sus labios tiemblan en una media sonrisa. —De ninguna manera. ¡Finalmente lo *hiciste*!

Su arrebató hace eco más fuerte que la charla que nos rodea. Varios de los alumnos voltean en nuestra dirección. Twyla y Deirdre se detienen en el acto de poner un cartel de color azul marino con letras de papel de aluminio sobre un caballete junto a la caleta de la imagen. Susurran y señalan; luego Twyla se dirige a la entrada del gimnasio, donde Taelor está demasiado ocupada rebuscando en las cajas de juguetes donados como para notarnos.

—Vaya manera de ser sutil, Jen —le digo, frunciendo el ceño.

Mira por encima del hombro y baja la voz hasta un susurro. —Lo siento. Es sólo que... ¡esto es enorme!

—¿De qué estás hablando?

—Pasaste la noche con Jeb. ¿Cierto? Es por eso que él no respondía a su teléfono después de ir al estudio. Por qué no vino a casa anoche. ¡Ja! Sabía que una vez que te viera en ese vestido...

—¿Jeb no fue a casa ayer por la noche? —Es mi turno para interrumpir. El calor se apresura a mis mejillas cuando me doy cuenta de lo alto que hablé. Más de nuestros compañeros nos miran ahora, hasta Taelor nos sintonizó también. Ella y Twyla se abrieron paso a través de la multitud. Por la apariencia pomposa en la cara de Taelor, adivino que escuchó lo que dije.

Ella es la menor de mis preocupaciones. Dejo caer mis faroles al piso junto a los que hay a los pies de Jen.

—No estaba con él —le susurro a ella—. ¿Crees que pasó la noche en el estudio?

Su cara se cae. —Y-yo sólo lo asumí.

—¿No lo sabes a ciencia cierta? ¿Tu mamá no se volvió loca?

—Trabajó el último turno en la tienda y se acostó tan pronto como entró. Yo ni siquiera sabía que él se había ido hasta que entré a su habitación esta mañana. Su cama estaba hecha. Sabes que nunca la hace.

Mi primer pensamiento es Ivy. ¿Y si ella solamente *dijo* que iba a salir de la ciudad? Sé que Jeb nunca me engañaría. Pero no está mi mente detrás de los pensamientos, es mi instinto del Inframundo. Saben que *algo* no está bien.

Tal vez nunca ha sido que estoy celosa de que Jeb pinte a Ivy. Ella apareció en el momento más inoportuno, cuando Morfeo comenzó a frecuentar mis sueños con la noticia de la caída del País de las Maravillas. Ella tiene que ser una persona real —la he investigado—, pero nunca la conocí de verdad. Así que un habitante del Inframundo podría haberla secuestrado y podría usarla como un glamour como Morfeo hizo con Finley. Tal vez sea la misma persona que está en las sombras en mi mosaico, y el mismo alguien que ha estado burlándose de mí con el payaso.

Mi sangre se hiela. Agarro el brazo de Jen. —Tenemos que encontrarlo...

Ella asiente con la cabeza y empezamos a caminar hacia la entrada, pero los voluntarios nos rodean, mirando entre nosotras y Taelor. No hay un camino libre hacia la puerta del gimnasio. La rabia comienza a acumularse dentro de mí. *Fuera de mi camino*, me dan ganas de gritar, pero todo se apaga en el minuto en que Taelor aparece por completo en mi campo visual.

Tiene un juguete en las manos, mi payaso acosador, con un violonchelo en miniatura, y el extraño y cuadrado sombrero.

Las paredes parecen encogerse.

—Lindo, Alyssa —dice Taelor, entrando en mi espacio personal—. Pedimos juguetes nuevos, y tú trajiste este pedazo de chatarra de segunda mano. ¿Con qué está relleno, rocas? —Deja caer el payaso a mis pies. Este golpea el suelo con un sonido metálico. El traje rojo, negro y blanco a cuadros está sucio y manchado.

—¿De dónde sacaste eso? —Me las arreglo para decir con voz temblorosa. No puedo apartar la mirada del juguete por temor a que pueda moverse. Esa pequeña mirada negra me mira embobada... burlona.

—No te hagas la tonta. Tu nombre está en un pedazo de cinta adhesiva en la espalda. —Taelor rueda los ojos cuando no respondo—. Deja para ti el ser barata. Esto no te permitirá entrar esta noche. Los carteles especifican *nuevos* juguetes. No rechazos de tiendas de segunda mano. Y por cierto, ¿qué te pasa? ¿Has dormido en el vestuario? Esto es incluso peor que tu estilo funerario habitual.

Me toma un segundo entender que Taelor se refiere a la ropa arrugada y la falta de maquillaje. Pero no puedo responder con el payaso todavía mirando hacia mí.

Jen se interpone entre nosotras. —Al menos el sentido de la moda de Al no es dictado por su sabor de la semana. —Hace un gesto hacia las botas de vaquero de Taelor.

Unas risitas parten de nuestros espectadores. Taelor los fulmina por encima de su hombro. —¿No tienen cosas que hacer? Podría haber jurado que las tareas están publicadas. ¿Han olvidado cómo leer?

A medida que los estudiantes se dispersan, Taelor intercambia una sonrisa satisfecha con Twyla, luego se vuelve hacia mí de nuevo. —Así que Jeb estuvo fuera toda la noche, ¿eh? Tal vez está cansado de que estés engañándolo.

El payaso a mis pies aguanta mi mirada y mi lengua.

Jen no espera a que le responda. —Al no lo engañó, Tae-ter. El chico británico de los bicho estaba intentado llamar tu atención. Así que no molestes.

—Tu hermano podría ser lo suficientemente crédulo para creer esa estupidez. Pero yo no lo soy.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué sigues tratando de impresionar a *Mort*? —presiona Jen.

—Porque es mortalmente sexy, y su coche vale más que tu casa —suelta Taelor.

Jen aprieta los dientes. —Pequeña...

—Para. —Aparto la mirada del payaso para enfrentar a Taelor—. ¿Por qué no vas a encontrar a alguien más a quien fastidiar? —Quiero darle un discurso acerca de cómo tener un poco de respeto, sobre no valorar a un hombre por su valor neto sino por la forma en que te trata. Pero tengo que llegar a Jeb, porque algo está muy mal—. Tengo que irme.

Empujo a Taelor a un lado.

Ella empuja hacia atrás. —Es un poco tarde para eso.

Los estudiantes que se marcharon antes se reúnen a nuestro alrededor ahora, aunque a una distancia segura.

—No te ofreciste voluntaria para ayudar —gruñe Taelor—. Entonces, ¿qué estabas haciendo escondida en el vestuario? ¿Buscando alguna manera de arruinar el baile otra vez?

—¿De qué estás hablando? —Mis ojos se sienten cálidos y secos, y el corazón me tira hacia Jeb—. No tengo tiempo para tus fantasías de fiesta.

—¿Fantasías? —Su cara se ruboriza, haciéndola aún más bonita, si no fuera por el odio en sus ojos—. ¿No se supone que las fantasías deben ser felices? No hay nada feliz en ser coronada reina de baile de graduación cuando el rey se ha marchado para poder estar con otra chica. Apuesto a

que te gustó oír cómo me quedé sola en el escenario —Su mandíbula se tensa—. La *única* vez que logro que mi papá haga de chaperón en algo, y todo lo que vio fue a mí luciendo como una completa perdedora.

Me muevo sobre los pies, un calor incómodo se alza por mi cuello. —Jeb sabe que no manejó bien las cosas, y lo siente. Él trató de disculparse.

Ella resopla. —No necesito su compasión.

—Supéralo ya, Taelor —interviene Jenara—. Fue sólo un baile estúpido.

—Para ti, tal vez. No cuando tu familia... —Los labios de Taelor se presionan firmemente, como si remodelara sus palabras—. Sólo quiero tener un buen recuerdo más antes de dejar este lugar para siempre. ¡Así que quédate fuera esta vez! ¡No me arruines la vida de nuevo!

Sus palabras flotan en el aire. Cuando ve las miradas ensanchadas de todo el mundo, se cubre la cara enrojecida y se lanza hacia el vestuario. Por un segundo, su perfecta máscara se agrietó. Estoy acostumbrada a estar bajo escrutinio en la escuela, pero esto es nuevo para ella.

Mis latidos martillan mientras recuerdo que Rabid está esperando en el interior del vestuario, un blanco fácil. Estoy dividida entre él y buscar a Jeb, pero elijo lo más cercano y me dirijo hacia los vestidores y Taelor.

—Oh, no, no. —Twyla me agarra por la espalda.

Jenara interviene. Una pelea a empujones empieza entre ellas. Algunos estudiantes se dirigen hacia la puerta mientras que otros escogen lados y gritan estímulos.

Las cosas están aumentando demasiado rápido. La cabeza me palpita mientras corro para alcanzar a Taelor. Engancho su codo y la giro a unos metros de la entrada de la partición.

Tiene los ojos llorosos. Está vulnerable, como la niña con la que solía jugar en la escuela primaria. Estoy luchando por encontrar las palabras adecuadas para mantenerla fuera del cuarto de baño cuando un grito agudo de alguien me perfora los tímpanos.

Echo un vistazo alrededor para comprobar a Jen. La atención de todos, incluyendo la suya y la de Twyla, están sobre algo por encima de mi hombro.

—¿Qué es eso? —grita uno de los estudiantes, señalando.

Temiendo lo peor —que Rabid está de pie allí con toda su espeluznactitud¹⁰ del Inframundo colgando— sigo sus miradas.

¹⁰ Creepitude en el inglés. Juego de palabras combinando creepy (espeluznante) y attitude (actitud).

—¡Hormigas! —grita alguien mientras una oleada de negro y rojo corre a través del umbral hacia nosotros.

Mi garganta se aprieta. *No puede ser. Cerré el portal del espejo.*

Corriendo, nuestros compañeros de clase van en estampida hacia la entrada, dejándonos sólo a Taelor y a mí. Nos ponemos de espaldas simultáneamente. La invasión nos rodea, atrapándonos.

—¡Al! —grita Jen desde la puerta.

—¡Quédate fuera! —le grito.

—¡Voy a buscar ayuda! —grita de nuevo y desaparece por el pasillo techado.

Las hormigas están cantando, pero no puedo oírlas sobre los aullidos de Taelor. Ella pisa fuerte los pies, matando y mutilando a varias.

Tapo mis oídos contra sus gritos de agonía.

Toman represalias, rodeándonos más de cerca.

—¡Retrocedan! —les grito—. Ella estaba asustada... no lo hará de nuevo.

—¿A quién le hablas? —grita Taelor, levantando la pierna para pisar un poco más.

—No lo hagas. —Pongo una mano en su muslo, luego tomo una guirnalda de farolillos. Moviendo los globos a través del ejército infractor, soy capaz de barrer los insectos a un lado sin hacerles daño. Una vez que el camino está despejado, agarro el brazo de Taelor y trepo a la mesa del banquete, forzándola a subirse a mi lado.

Ella escapa de mi agarre una vez que está de pie en la parte superior. —Tú las pusiste. Es por eso que estabas en el vestuario.

—¿Qué?

—¡Siempre has sido una fanática de los bichos! Esto es una travesura. Ibas a liberarlas esta noche, ¿no es así?

—¡No! Yo... —Mi lengua no puede completar la negación porque, ¿qué ofrecería como explicación? ¿La verdad?

—Mira —gruñe Taelor—. ¡Siento haberle dicho a todo el mundo tu secreto sobre los Liddell! ¿Cuánto tiempo vas sentir rencor?

—¡Cállate! —grito, dejando caer la cadena de faroles en la mesa entre nosotras—. ¡Tengo que escucharlas!

Ella me mira fijamente con ojos saltones. La miro de vuelta mientras escucho a las hormigas:

¡Corre... corre... corre! ¡El hoyo del conejo está deshecho!

Ellas no estaban corriendo *hacia* nosotros, estaban huyendo *de* algo, hasta que Taelor comenzó a atacar. Un sonido de raspado leve devuelve mi atención de nuevo a los vestuarios. Cinco dedos larguiruchos serpentean alrededor de la entrada. Son sombras, pero al mismo tiempo no lo son, todas son negras y lluviosas como si estuvieran hechas de líquido espeso.

Las gotas caen por la pared para formar charcos en el suelo, oscuros y con brillo como el petróleo. Las uñas del tamaño de garras brotan de cada dedo, extendiéndolos para dar a luz más goteos. En segundos, una manta de manos pinza toda la longitud del umbral. Agarran y tiran, como si no pudieran pasar, como si un gran peso los detuviera en el otro extremo.

Todo mi cuerpo se adormece. No quiero ni *saber* a lo que todos esos apéndices que rezuman están conectados.

—¿Ves eso? —susurro, sobre todo a mí misma. Espero que Taelor no me reconozca. Este es un momento en que preferiría estar alucinando.

Su atención no se mueve de las hormigas debajo de nosotros, nuestro oasis encogiéndose mientras pululan cerca.

—¿Mirar qué? —gruñe—. ¿Las millones de trepadoras que dejaste sueltas? Sí. Las veo. ¡Necesitamos una lata extra grande de insecticida! —Patea una fila de hormigas que se dirigían hacia la parte superior de la mesa. La cadena del farol se enreda en su tacón, y se tropieza. Mientras trata de enderezarse, un globo rueda bajo su pie, y se tambalea.

—¡Taelor! —Me extiendo, pero la pierdo por dos centímetros. Ella cae de espaldas sobre la mesa, la cabeza golpeando el borde con un golpe enfermo. Sus ojos se opacan antes del cierre rodante.

—No, no, no. —Me dejo caer a mis rodillas, manteniendo las manos oscuras en mi visión periférica. Le acaricio las mejillas suavemente—. Taelor, ¿puedes oírme?

Como si estuvieran satisfechas por que ella está derrotada, las hormigas se retiran hacia la puerta del gimnasio.

Salva nuestro reino, Alyssa.

Envía a los intrusos lejos.

Se desvían hacia el pasillo techado, y saltan hacia abajo. Con sus susurros desvanecidos, el gimnasio está en silencio.

Me giro para enfrentar a las manos sombras y atragantarme con una respiración ahogada. El payaso se encuentra justo en la entrada del vestuario. Tiene un rehén: Rabid White. El arco del violonchelo del payaso está encajado entre la carnosa barbilla y el cuello cadavérico.

Muy por encima de ellos, líquidos oscuros gotean del umbral. El líquido corre por la cara del payaso, ennegreciendo sus ojos y dientes.

—Majestad, lo siento yo... —Mi consejero real gime, su horrible rostro compungido.

Su llave cuelga de una mano, la bolsa vacía de galletas en la otra. Algunas migajas salpican el suelo alrededor de sus pies. Debe haber abierto el portal, trató de sobornar a las hormigas para poder llegar al País de las Maravillas como yo quería que lo hiciera. En cambio, el País de las Maravillas vino a nosotros.

Estoy empezando a pensar que el País de las Maravillas ha estado aquí todo el tiempo, filtrándose desde mi accidente. Fue entonces cuando el payaso poseído apareció. Roja podría haberlo encontrado en el cementerio y lo envió después de mí.

No puedo dejar que ese juguete demente tome a Rabid.

—¡Suéltalo! —le grito.

Con una risa tan misteriosa e inquietante como un violonchelo desafinado, el payaso aprieta a Rabid más fuerte alrededor de su cuello.

Las sombras aceitosas arañan el umbral, marcas de ranuras en el muro de cemento pintado. A lo que sea que estén unidos por el otro lado no lo dejará pasar. Liberan un torrente confuso de gritos y gemidos, más inquietante que lo que he oído en el tercer piso del asilo, donde los pacientes gritan en celdas acolchadas.

El ruido rastrilla a través de cada terminación nerviosa de mi cuerpo y hace eco a través de mis huesos. Me desplomo en el suelo, cubriéndome la cabeza hasta que se desvanece al silencio de nuevo.

Agotada, apenas tengo la energía para mirar hacia arriba. Una forma negra gigante empuja a través de la puerta, empujando al payaso y a Rabid a un lado. Explota en una bandada de obenques, constantemente cambiando de forma como volutas de humo viviente. Chillan mientras vuelan hasta las vigas del techo y se retuercen en las bombillas, llenándolos de fluido de tinta hasta que cada una se rompe. Las luces se apagan en un efecto dominó.

Gaño y ruedo el cuerpo inconsciente de Taelor desde su posición en el suelo, y luego la arrastro debajo de la mesa para protegernos de los cristales rotos. Cuando la última bombilla estalla, la sala se oscurece, dejando sólo el resplandor del corredor de la entrada del gimnasio.

Más gritos martillan mis oídos. Una de las sombras se escabulle por el suelo hacia las puertas del gimnasio, arrastrando una raya negra grasienta atrás. Desacopla los topes para hacerlos girar pivotar y cerrarlos, dejándonos en completa oscuridad.

El payaso sisea. El terror me escoce la columna vertebral, y tiro de Taelor más cerca, sosteniéndola como una manta de seguridad. Su aliento es cálido contra mi cuello y su pulso parece fuerte. Es mejor que esté fuera

de combate. Nunca podría explicar lo que está sucediendo a nuestro alrededor.

—Rabid, ¿qué son esas cosas? —grito, necesitando oír su voz familiar en la oscuridad, necesitando saber que aún sigue ahí.

—Los mome wraiths... —Su respuesta suave está en desacuerdo con el estremecimiento ruidoso de sus huesos—. Outgrabe.¹¹

¹¹ Se explica en el siguiente capítulo.

Fuego Interior

Traducido por Gaz Holt

Corregido por Cami G.

*All mimsy were the borogoves;
and the mome raths outgrabe¹²*

Es del poema del Jabberwocky. *Mome wraiths*. Decir “wraith”¹³ en lugar de “rath”¹⁴ ni siquiera me desconcierta. Morfeo los ha mencionado antes.

La palabra *rath* estaba mal escrita y mal pronunciada en el poema de Carroll. En realidad son espectros —sombrias criaturas fantasmales. *Mome* significa lejos de casa, por lo que están perdidos, buscando el camino de regreso. *Outgrabe* es el sonido que hacen, un grito que hiela la mente.

Eso es todo lo que recuerdo. No puedo dejarlos escapar hacia el resto de la escuela para aterrorizar a los seres humanos. Tengo que mantenerlos aquí hasta que pueda encontrar la manera de derrotarlos.

Sus aullidos y gemidos dispersan mis pensamientos. Ráfagas de aire frío barren mi rostro, llenas de esencia de amenaza y sudor pegajoso. Sostengo a Taelor contra mí, dejando que su perfume caro elimine el hedor de mi nariz. No esperaba sentirme tan protectora con ella. Pero ella no tiene más defensa que yo. La responsabilidad es abrumadora.

La risa del payaso estalla de nuevo, exigiendo mi atención.

Rabid grita: —¡Majestad! —Su petición se hace eco de las profundidades de los vestuarios, y sé que se ha ido, llevado a alguna parte fuera de mi campo de visión.

¹²Muy endeblerables estaban los zarrapastrojones; y los perdirrutados chanvertes bufisilbondaban.

¹³Fantasma.

¹⁴Rath (ira) y wraith (fantasmas, espectros) se pronuncian casi igual en inglés, de ahí que Alyssa no se sorprenda por la pronunciación.

—¡No! —grito.

No puedo simplemente sentarme y no hacer nada. Yendo contra mi decisión de permanecer con Taelor, la mantengo entre las piernas de la mesa y la arrastro a ciegas alrededor, acariciando el suelo y rezando no tocar algo que nos haga volver. Mi mano se desliza a través de un charco de grasa, y me limpio el pegote en los pantalones, a continuación, reanudo la búsqueda. Por último, un farolito rueda bajo mis dedos.

Arrastro mi premio debajo de la mesa. Después buscar el interruptor de la luz, la enciendo. Un suave resplandor ámbar se filtra a través de los patrones de los tapetitos, creando un efecto de luminaria. Sería hermoso, si no fuera por la horrible escena que revela.

Grueso lodo aceitoso corre por las paredes, y luego se reúne en pequeños charcos en el suelo. Formas de fantasmas vagan a través del aire, haciendo inmersión y buceando como un demonio en un cementerio. Cada vez que tocan el suelo, dejan una raya negra detrás. Es como si estuviera encerrada dentro de una película de Halloween. Lo único que falta son las lápidas desmoronándose.

Mi instinto me hace retorcerme de miedo. —Morfeo. Vuelve, por favor —murmuro la solicitud, con la esperanza de que me escuche. Con la esperanza de que no esté demasiado molesto para escuchar.

Debajo de los gritos de los fantasmas, el silencio de Morfeo suena aún más fuerte.

—¡Morfeo! ¡Necesito tu ayuda! —Mi grito hace eco de las paredes. Los fantasmas silban en respuesta, y uno se lanza debajo de la mesa, dividiéndose por la mitad para formar un par de guantes flotantes llenando las manos sin cuerpo. Agarran los tobillos de Taelor para alejarla de mí.

—¡Alto! —Dejo caer el farolito y la abrazo por la espalda, entrelazando los dedos debajo de sus brazos y alrededor de su pecho. Se convierte en el objeto de un tira y afloja sobrenatural. Usando mi peso, tiro tan fuerte que sus botas se salen. Mi espalda golpea contra las patas de la mesa. Las manos enguantadas giran por el aire en dirección opuesta, a continuación, se reúnen con su deformada silueta original.

Busco el farolillo de nuevo, solo para descubrir que los otros fantasmas lo arrastraron a la basura. El que atacó a Taelor debe haber sido un señuelo para que pudieran robar mi luz. Rezuman por los agujeros en el patrón de encaje, que llena el globo hasta que se apaga la luz.

El vacío negro es tan pesado como una colcha mojada. Sostengo la mano inerte de Taelor. Quizás Morfeo realmente me ha dado la espalda. Nunca pensé que me iba a dejar atrapada y sin salida. Incluso si está lo suficientemente furioso como para querer que sufra, seguro que cambiará de opinión. Necesita mi ayuda para salvar el País de las Maravillas.

Como en respuesta a mis pensamientos, una luz brillante aparece en la puerta de los vestuarios, pequeña y brillante como la mecha encendida de una vela romana, flotando en el aire. Esquiva a los espectros cayendo en picado, y luego se posa encima de la rodilla de Taelor.

El brillo se desvanece, tomando forma: cinco centímetros de alto, curvas femeninas, de color lima, y desnuda del todo excepto en partes estratégicas con unas relucientes escamas. Unos ojos saltones cobrizos me estudian. Es como estar en un concurso de miradas con una libélula.

—Gossamer —le digo, tan sorprendida como aliviada de verla. Ella fue una vez la más bella y atesorada espíritu de la Naturaleza de Morfeo antes de que lo traicionara. O está aquí por su cuenta o hizo las paces.

—Reina Alyssa. —Se inclina, y sus alas tiemblan. Mira por encima del hombro a los espectros—. Es una época oscura —dice en su voz que retiene.

—Lo es —le respondo, tratando de mantener la voz firme para sonar firme. Fallo miserablemente—. ¿Acaso Morfeo te envió?

—Así es —contesta—. Él escuchó tu llamada.

Aspiro profundamente, segura de que él no me ha abandonado por completo. —Entonces, ¿qué hago? ¿Cómo puedo derrotarlos?

—No tienes que derrotarlos. Basta con llevarlos a casa.

—¿Al País de las Maravillas?

—A sus cimientos. Los sueños de los niños son la infraestructura del País de las Maravillas. Estás versada en el cuento de Lewis Carroll y su poesía: *Toma una historia infantil, y con una mano suave, ponla donde los sueños de la Infancia están entrelazados en la banda mística de la Memoria... Así creció el País de las Maravillas.*

Ambas nos agachamos mientras un wraith pasa a nuestro lado.

—Uh, sí —murmuro—. Eso es un poco diferente de lo que recuerdo. —No es que me sorprenda.

—En cualquiera de las versiones, la verdad está ahí, si la buscas. Hay dos mitades para el sueño de cada niño. Los zarrapastrojones son la mitad frívola y pícara, y son utilizados por la Hermana Dos en el cementerio para distraer y entretener a los espíritus enojados. Pero los wraiths son la mitad de las pesadillas y el horror. Custodian la madriguera del conejo, no dejan que nada escape del País de las Maravillas, o recuperan por la fuerza las cosas que ya tienen. Están metidos en el suelo, y algo violó su lugar de descanso.

Recuerdo mi sueño con Morfeo en el País de las Maravillas mientras me ahogaba, cómo el barro parecía respirar y burbujear debajo de mis pies. ¿Podría haber sido un conjunto de wraiths? Entonces pienso en las

hormigas, cómo son maestras en mover más tierra que cualquier otro organismo, incluyendo las lombrices de tierra. Deben haber alterado los cimientos del País de las Maravillas y despertaron el mecanismo de defensa para evitar que el ejército de las flores perturbara el agujero.

Las alas de Gossamer revolotean en un borrón de niebla mientras se ciernen delante de mi cara. Su piel verde reluce. —Los wraiths se parecen mucho los niños perdidos, ya que nacen de los niños. Son cobardes y vejadas criaturas, a menos que estén metidos dentro de sus lugares de descanso. Una vez perturbados, solo quieren hacer su trabajo, para volver a la seguridad de nuevo. Anhelan la seguridad de que sus mitades más brillantes, los zarrapatrojones, una vez que se los proporcionan. Es por eso que se sienten atraídos a la luz y hacia ti. Tu corona mágica les prohíbe tocar, pero creo que les deberías hacer una oferta aquí. Dado que no han encontrado nada que pertenezca al País de las Maravillas, están confundidos. Esperan que les lleves de nuevo a la seguridad, que ilumines el camino.

Me quedo mirando el remolino de seres sin forma, justo detrás del cuerpo de Gossamer, que brilla intensamente. Se menean cerca de nosotros, como si trataran de decidir si Gossamer pertenece al País de las Maravillas o aquí. La luz que emana debe hipnotizarlos o confundirlos.

—¿Por eso entonces rompieron las bombillas y robaron mi farolillo? ¿Estaban tratando de acercarse a la luz?

Gossamer asiente. —Debes mostrarles el camino a la madriguera del conejo.

—¿Por qué tú no? Deja que sigan tu resplandor.

Ella menea la nariz ante la sugerencia. —No tengo la capacidad. La luz que elijas debe ser lo suficientemente potente como para iluminar sus pasos y que vuelvan a su lugar, y al mismo tiempo borrar sus pisadas, así no regresarán.

Glmo. Otro enigma. —No *tienen* ni pies.

Gossamer se apoya sobre mi muslo, donde mi huella oleosa de antes todavía está húmeda. Se deja caer sobre sus manos y rodillas, trazando la forma con una palma del tamaño de una mariquita. —Las huellas son únicas a toda criatura.

Echo un vistazo a las rayas oleosas que han dejado en el suelo y las paredes.

—Usa lo que mi maestro te enseñó —dice ella. El afecto en su voz indica que Morfeo la ha perdonado. También me da la esperanza de que me perdonará—. Envíalos a casa. —Ella se eleva en el aire.

Las formas fantasmales se acercan mientras se aleja flotando. Me tapo la cabeza con los brazos. Aun a sabiendas de que está prohibido

tocarme, mi miedo no se aleja. —¡Espera! No me dejes. Dile a Morfeo que siento haberle lastimado. Dile que lo necesito aquí. ¡Por favor, es importante!

—*Debo* irme. Antes de que los wraiths me llevan por la fuerza. Y Morfeo está velando por la seguridad de Rabid. ¿No considera eso importante?

Avergonzada, dejo que mi respuesta sea el silencio. Estaba a un paso de ponerme de rodillas y pedir que volviera... como dijo que lo haría.

—Él quiere que lo encuentre cuando esto termine. —Gossamer revolotea en el vestuario, dejándome sola para cuidar de Taelor y los espectros, las dos partes de mí ahora se entrelazan inexorablemente. Era una ilusa al pensar que podría mantenerlas separadas.

La campana de alerta de las 08:05 suena, y alguien sacude las manijas en las puertas del gimnasio. Los gritos aumentan desde el otro lado.

—Está atascado —grita el director.

—Voy a encontrar al conserje —le responde un maestro.

Mis sienes palpitan —por los pensamientos rebotando como pelotas de ping pong en mi cabeza— mientras intento formular un plan.

Los espectros gimen y gritan, agitados por las voces humanas. Se mezclan y mueven mi pelo, aspirando un aliento entrecortado. Alcanzan de lleno el vestido de Taelor y dejan las mangas en harapos. Les alejo pegándoles y grito. Se agachan, pero sé que su retiro es solo temporal. Se están convirtiendo en menos como niños asustados y más en monstruos volátiles cuanto más tiempo están atrapados aquí.

Tengo que enviarlos de vuelta antes de que alguien del personal de Pleasance High abra las puertas y experimente un paro cardíaco.

Considero agarrar un montón de farolillos para tratar de “iluminar el camino”, pero solo van a romper las bombillas. ¿Cómo se supone que voy a llevar a estas criaturas a casa si siguen destruyendo mis esfuerzos para ayudar?

En ese momento siento que mi sentido de habitante del Inframundo despierta, como un aleteo detrás de mis ojos, revelando la lógica detrás de la ilógica: solo una cosa puede hacer frente a las sombras que viven, y eso es *luz* viviente.

Las llamas pueden respirar. También tienen la capacidad de corroer ciertos tipos de aceite, como el queroseno. Si las rayas oleosas de los espectros son inflamables, podría ser la respuesta a la adivinanza de Gossamer.

En este reino, iluminar los pasos al borrarlos sería imposible y sin

sentido, pero no en el País de las Maravillas. Y ahora que ha cruzado nuestras fronteras, es razonable y tiene mucho sentido aquí.

Mi idea es loca y peligrosa. Podría terminar quemando la escuela. Pero no tengo opciones, por no hablar de la idea de que tener tanto poder en mis manos es demasiado tentador para resistirme.

Mi cuerpo tiembla con anticipación y un hambre por cumplir con el reto de frente. Para demostrarle a Morfeo que puedo manejar esto, que tenía razón al poner su fe en mí.

Me apresuro a salir de abajo de la mesa y ponerme de pie en la oscuridad, tapando mis oídos contra los chillidos estridentes de los espectros. Con los ojos cerrados, me concentro en las guirnaldas de farolillos colgando de los árboles y en las que aún hay esparcidas por el suelo. No las puedo ver, pero sé que están ahí, e imagino las diminutas bombillas animarse, respirar y quemarse como velas reales. Mi pulso se vuelve lento y constante, y en la paz y la oscuridad resultante, doy vida a lo inerte.

Cuando abro los ojos de nuevo, las linternas brillan con un resplandor naranja parpadeante. Los espectros se ciernen sobre ellas, pero no atacan, como a la espera de dirección.

Ahora el fuego tiene que entrar en contacto con las rayas aceitosas. Convento a la luz de las velas a crecer dentro de las linternas hasta que entran en erupción. Las cadenas entre cada linterna se incendian, como un dragón flotante en un desfile de Año Nuevo chino iluminado de naranjas, amarillos y rojos.

Sobre la base de esa imagen, imagino que las hebras ardientes pueden moverse. Se escabullen de las ramas de árboles pintados con spray, encendiendo a su paso, y se deslizan por el suelo para unirse a los demás que ya están allí. Se dispersan hasta que no hay un charco o raya sin tocar.

En un segundo, las “huellas” se prenden fuego y los espectros caen.

—¡Vayan a casa! —les grito—. ¡Aquí no hay nada que recoger!

Siguen los senderos de fuego de nuevo al vestuario. Las estrías de grasas se queman a medida que avanzan, borrando cada línea grasienta. Mientras el último fantasma se desliza fuera de la partición y el sonido de craqueo de vidrio se desplaza desde el vestuario, un sentido de logro me inunda.

Lo hice. Dirigí a los defensores perdidos al País de las Maravillas mientras rescataba a mis compañeros y profesores.

Todo lo que queda es la limpieza.

El gimnasio está en llamas. Debo tener miedo. En lugar de ello, siento orgullo. Esta es mi creación, nacida de mi magia.

El incendio va a los manteles y crea una reacción en cadena de papel crepé tan brillantemente espectacular y terrible, que me duele de ser parte de ella... para devorar y destruir, y luego saborear en el saqueo.

Podría hacerlo. Podría estar aquí en medio de las llamas, dejarlas entrar en mi piel, y reírme porque pertenecen a mí. Puedo ver el mundo y bailar, triunfante, en la nevada de cenizas que han dejado atrás.

Todo lo que tengo que hacer es dejar el poder libre. Escapar de las cadenas de mi humanidad, dejar que la locura sea mi guía. Si me olvido de todo, menos del País de las Maravillas, puedo llegar a ser un *hermoso pandemónium*.

Las llamas se elevan más alto... incitantes... tentadoras...

El humo llena la sala, gris y parecidas a sílfides, precioso en su gracia mortal. Se arrastra en el fuego y forma lo que parecen ser las alas negras y magníficas. La silueta de un hombre rellena la imagen, con dos brazos extendidos para mí.

¿Morfeo, o un espejismo?

Mi mente de nuevo viaja a nuestra danza a través del cielo estrellado en el País de las Maravillas, a lo increíble que se sentía ser tan libre. ¿Qué se siente bailar con él en medio de un infierno en llamas, rodeada de un poder infinito que respira y crece a nuestra voluntad?

La campana de la escuela suena —tres toques consecutivos—, la señal de la alarma de incendio. A mí no me afecta. Dejo que los seres humanos huyan de la llama. Yo voy a caminar directamente hacia ella.

Saboreando el calor que aumenta con cada paso, me muevo más cerca de las alas oscuras y las manos haciendo señas, solo haciendo una pausa mientras un tenue sonido acaba bruscamente con mi euforia.

Taelor está tosiendo.

Me hace dudar. Hace que escuche. Me hace recordar.

Ella no salió con los demás. *Está en peligro.*

Me sacudo los zarcillos de los habitantes del Inframundo envueltos alrededor de mi mente, cerrando mis deseos tiránicos. Las alas ahumadas y la silueta desaparecen. No estoy segura de que alguna estuvieran vez allí. A pesar del calor, me estremezco, horrorizada por lo fácil que fue casi abandonar mi humanidad.

No puedo ver a Taelor por las llamas crecientes entre nosotros, pero la oigo. O está despertando, o sus pulmones están instintivamente lavando las sustancias contaminantes. Sea lo que sea, necesita mi ayuda. Trago el aire chamuscado. Mis ojos arden y se desenfocan.

Con el fin de poner a Taelor a salvo, tengo que matar el fuego que prendí. Hago una pausa durante una fracción de segundo, congelada por

una angustia materna extraña.

Si pudiera hacer que lloviera, podría destruir las llamas rápidamente. Apagarlas antes de que se sientan ningún dolor. Recuerdo el baño de las chicas con moho donde conocí a Morfeo, en el sótano debajo del gimnasio. Esas tuberías defectuosas están justo debajo de mis pies.

Me imagino los conductos oxidados volviendo a la vida, extendiéndose y plegándose, como una salamandra despertando de la hibernación dentro de un tronco en descomposición. El metal que se dobla golpea la parte inferior del suelo y va a través de las suelas de mis botas. Piscinas de agua a mi alrededor, filtrándose entre los listones de madera. Pings metálicos que se hacen eco de que los tubos que encajan. Chorros de agua que silban a través de cada grieta y división en el piso, tirando hacia arriba y luego bajando para apagar las llamas.

A medida que el infierno se encoge y el gimnasio se oscurece por un segundo, corro a través del agua con la ropa mojada y fría pegada a mi piel. Corro hasta detenerme junto a la mesa.

Taelor gruñe y se frota los ojos. Le ayudo a levantarse y se apoya contra el borde de la mesa. Tose de nuevo. No voy a dejar su lado. Apenas puede sostenerse por sí misma.

Las puertas principales se abren con un ruido sordo. Un puñado de bomberos pasan al interior con linternas. Se detienen en la puerta, estupefactos por la visión del gimnasio.

Sus luces ondulantes exponen mi desastre: la madera quemada, papel y pintura; charcos de hollín a lo largo de cada centímetro del suelo, y en algún lugar debajo de todo, la mascota de la escuela deformada hasta más allá del reconocimiento con ampollas y ennegrecida.

—¿Qué pasó? —murmura Taelor, con los ojos inyectados de sangre, mirando nuestro entorno en ruinas. Tiene agua negra hasta la altura de los tobillos. Sus botas se encuentran en un montón de humo a unos centímetros de distancia, el hedor de cuero es suficiente para hacerme vomitar.

En lugar de tratar de responder, me desplomo en la mesa a su lado.

Estoy como las llamas. Utilizada. Quemada. Y ni siquiera he comenzado a luchar, porque la batalla que acabo de ganar contra el País de las Maravillas no es nada comparada con las acusaciones que voy a enfrentar, y las respuestas que no tengo.

* * *

El viento sopla a través de mi trenza hecha jirones al estar entre la

camioneta de papá y Gizmo. Engullo lo último de mi agua, y luego tiro la botella en el contenedor de basura detrás de mí. Mi mirada va al cielo de media mañana, y luego va hacia a los camiones de plomería estacionados en la entrada trasera de la escuela.

El suave zumbido de los insectos zumba en mis oídos:

Bien hecho, Alyssa... solo una guerra más para salvarnos a todos.

Cada músculo se tensa con su advertencia. Es cierto. No estoy ni cerca de estar segura todavía, y tampoco las personas que amo. Jeb es mi prioridad ahora. He perdido bastante tiempo aquí.

Los camiones de bomberos y coches de policía se fueron hace cinco minutos. Sus luces intermitentes aún arden en la parte posterior de mis párpados. O tal vez son las llamas. Tal vez ese infierno nunca saldrá de mi memoria. Un recordatorio indeleble del momento en que perdí de vista mi humanidad y arruiné mi carrera en la escuela y mi relación con mi padre en un solo golpe.

Papá acababa de recoger a Gizmo del lugar de los neumáticos cuando recibió la llamada de mi director. Nunca podría haber previsto lo que le esperaba en el otro extremo de su móvil.

—Si llegas a casa primero —dice—, me esperas para llegar allí. Quiero ser el que le diga a tu madre que has sido suspendida. ¿De acuerdo? —dice con moderación cauta en su voz, como si tuviera miedo de gritarme. Él piensa que soy demasiado inestable para manejar las emociones reales.

Se ve derrotado, encorvado contra el camión en su uniforme de trabajo. Está convencido —como todo el mundo, excepto Jenara— de que he recogido un montón de hormigas para azuzar a todo el cuerpo estudiantil. Entonces prendí accidentalmente fuego al gimnasio mientras trata de recuperar el control de mi broma que salió mal.

Papá no está seguro de que fuera un accidente en absoluto, a pesar de que nunca nos dijo eso a la policía o a mí. Puedo verlo en sus ojos. Cree que yo rompí el espejo en el vestuario, al igual que el de mi habitación. No se cree la teoría de que el espejo estaba caliente por las llamas, y cuando el agua helada corrió sobre él, el cristal reventó, como lo “sucedido” con las bombillas rotas.

Por lo menos no tuve que tratar de explicar el agua. Según los bomberos, el calor deformó los listones de madera hasta que se presionaron contra las tuberías oxidadas y las rompieron. Fue un golpe de suerte.

Suerte. *Sí, claro.*

Soy todo menos suertuda.

No niego las acusaciones sobre las hormigas, porque en algún nivel

soy responsable. Papá sugiere que hable con el consejero de la escuela, y ya hizo una cita con un psiquiatra. Ve el espejo roto como el comienzo de la misma espiral descendente que tomó mamá. Esta vez, yo soy la víctima descerebrada.

—Alyssa. —Papá me presiona para que dé una respuesta a su pregunta.

—Lo sé —le respondo—, Si llego a casa primero, no diré ni pío. —Es una broma, pero él no se ríe, probablemente debido a que nunca ha conocido a un cierto habitante del Inframundo presumido que siempre se refiere a mamá con su acento cockney. Toso en el incómodo silencio, mi garganta pica por inhalación de humo.

—Debes añadir a tu buena suerte que la escuela piensa que esto fue un accidente —dice papá, lo que demuestra que, incluso si no entendió la broma, sintió mi sarcasmo—. Y que tomaron tu buen comportamiento a lo largo de los años en consideración. ¿Una suspensión de un día por casi incendiar el gimnasio? Accidental o no, podría haber cargos, y entonces tomarías tu examen final en el reformatorio en lugar de en casa.

Mordisqueo mi mejilla interna. Por supuesto que me alegro de que no voy a terminar con un registro de antecedentes penales por vandalismo. Incluso voy a llegar a asistir a la graduación el sábado y recibiré mi diploma con mis compañeros de clase, con una condición: que no aparezca en el baile esta noche.

El padre de Taelor se ofreció a celebrar el baile en Submundo ahora que el gimnasio está en ruinas. En el giro más impactante de todo, Taelor optó por no presentar cargos contra mí. Debe recordar en algún nivel que traté de ayudarla. Lo único que pidió fue que se me pusiera bajo una orden de restricción temporal que me prohibiera acercarme a menos de quince metros del centro subterráneo de su familia.

Estoy exiliada de mi propio baile de graduación. El año pasado, hubiese dado una fiesta para celebrarlo. ¿Este año? De hecho, estoy decepcionada. A pesar de que sabía en mi corazón que nunca sería.

Hay una batalla con mi nombre en ella, y no puedo postergarla por más tiempo. Si no consigo cerrar rápido el agujero del conejo, la Reina Roja y su ejército podrían venir a través de un portal —si es que todavía no se encuentran aquí—, que haría ver lo que sucedió en el gimnasio como un espectáculo de *Disney Sobre Hielo*¹⁵.

—Toma esto. —Papá ni siquiera me echa un vistazo mientras me entrega las llaves de Gizmo—. Y asegúrate de limpiarte la cara antes de que te vea. Tu maquillaje es un desastre.

Debe haber hollín en mi piel, teniendo en cuenta que no llevaba

¹⁵Espectáculo sobre hielo.

ningún tipo de maquillaje. —¿No puedes ayudar a limpiarme? —Cualquier cosa para conseguir que me mire.

Él sigue evitando mi mirada. —Usa el espejo del coche. —El desaire duele más que una palabra de regaño o una mirada decepcionada.

Papá me da la espalda para descargar el camión y me da una última instrucción. —No vas a dejar la casa hoy, ni recibir visitas. Terminarás tu última prueba. Y todavía tienes una disculpa que darle a tu madre. Ve directamente a casa. ¿Entendido?

Asiento. No es una mentira. Después de todo, no especificó *a qué* casa.

Hice buen uso de mi tiempo, sentada en la oficina de la enfermera, mientras papá tenía una reunión con el director y el consejero. Conseguí la dirección del estudio de Ivy del Sr. Piero y la guardé en el celular.

En cuanto salgo del estacionamiento, localizaré a Jeb, encontraré mis mosaicos y a Morfeo —rogando por su ayuda de manos y rodillas si es necesario—, y voy a encontrarme con Roja en el País de las Maravillas.

Así que sí, papá, me voy a casa.

Pero no a la que tú tienes en mente.

Artista Hambriento

Traducido por betza18

Corregido por Mire ★

Después de responder al mensaje de Jenara en el cual me comprometía a encontrar a su hermano, espero por mi papá para sacarlo del estacionamiento y así asegurarme que no me vaya a seguir. No puedo ni siquiera pensar en lo furioso que va a estar o lo mucho que se va a preocupar cuando no aparezca en casa. Si lo hago, nunca voy a tener las agallas para hacer lo que necesito.

Hago un intento para parecer ocupada, tomo mi trenza y froto mis dedos por el pelo para quitarle lo ondulado. Me inclino hacia el espejo retrovisor limpiando las manchas de mi cara. Una sola mirada, y mi estómago da un vuelco.

No es hollín en absoluto. Mis parcheados ojos del Inframundo han regresado, una versión más femenina de Morfeo, sin las joyas. Debió ocurrir cuando empecé a perder contacto con mi lado humano. No es extraño que todo el mundo me haya mirado de manera extraña en la oficina de la escuela.

Estoy desafiando con una mirada a las marcas cuando noto una cola con rayas grises y naranjas colgando en el espejo retrovisor.

—¿Chessie?

Los borrosos espasmos desaparecen.

Papá me da una mirada afilada y pretendo buscar un kleenex en mi guantera. Tan pronto como está en la calle, compruebo el estacionamiento para estar segura de que estoy sola; a continuación, toco la cola de Chessie. Esta se envuelve alrededor de mi dedo y se disuelve en una neblina color naranja.

Cuando el felino del Inframundo se materializa, extendiendo mi mano. Él se posa allí, peludo, ondulado y cálido.

—Déjame adivinar. Morfeo quiere que lo encuentre —le digo.

Sus relucientes ojos verdes me estudian durante un minuto antes de que revolotee a la ventana del lado del conductor. Respira sobre el vidrio para empañarla, escribe las letras r-e-c-u-e-r-d-o con sus garras.

Pongo mi llave en el contacto. —Lo sé. Está esperando entre los recuerdos perdidos. Mira, no tengo tiempo para averiguar lo que eso significa en este momento. —El motor ruge a la vida—. Jeb me necesita.

Chessie niega con la cabeza, luego respira para formar otra capa en el parabrisas en mi línea de visión. Esta vez hace un dibujo de un tren y un par de alas.

Suspiro. —Sí, nos salvaste a Morfeo y a mí del tren. Lo recuerdo. Gracias. Ahora, vuelve y dile que tendrá que esperar un poco más —Seco la capa condensada del parabrisas con un Kleenex.

Chessie revolotea a mi alrededor. Los suaves mechones blancos caen sobre sus ojos.

Me muevo hacia el tablero y me pongo un par de gafas de sol. —No voy a cambiar de opinión. Estoy haciendo esto primero. Puedes venir, pero solo si no me distraes.

El diminuto habitante del Inframundo se deja caer en el tablero, con los brazos cruzados. Su habitual sonrisa mostrando la curva de sus dientes y sus largos bigotes colgados. Me pongo en la carretera mientras una camioneta pasa. La hostil mirada que el conductor le da a Chessie hace que casi pierda su camino.

—Vas a tener que parecer menos... llamativo —le digo a mi acompañante.

Soltando un suspiro, que sonó como el estornudo de un gatito, se agacha en cuatro patas con la cola encrespada detrás de él, plega las alas en su espalda, y suelta la cabeza para que se sacuda, la perfecta imitación de un accesorio de esos que menean la cabeza.

Me reiría si no estuviera tan preocupada por Jeb.

Toma veinte minutos encontrar el estudio. Está situado al final de un camino de tierra solitaria doce kilómetros al sur de la misma urbanización que Morfeo y yo pasamos ayer.

Aparco en un polvoriento terreno que hace las veces de entrada. Tan pronto como apago el motor, Chessie reajusta su cabeza y revolotea al espejo retrovisor, silbando.

Me quito las gafas de sol, asustándolo lo suficiente como para que pare de silbar. Una media docena de árboles moribundos rodean una casa destartalada con un techo plano. Los troncos y ramas son nudosos. Algunos de ellos parecen haber crecido en las paredes de la cabaña, como si estuvieran atacando el lugar. No es un espectáculo agradable.

Tablillas desgastadas de madera forman las paredes frontales y laterales. La única parte de la casa que parece nueva es la puerta, que está pintada de un color rojo oscuro con bisagras de latón brillante y una aldaba con una forma extraña. Toda la puerta parece estar fuera de lugar contra el podrido fondo.

No hay ventanas, al menos desde la parte frontal. ¿Cómo podría haber suficiente luz en una casa sin ventanas? Estoy empezando a pensar que dí un giro equivocado hasta que me doy cuenta de que 1 Honda de Jeb yace junto a lo que pudo ser una conejera. Ahora parece más una pila de leña y de alambre.

Al ver su motocicleta en el suelo reafirma mi peor miedo: él ha estado aquí toda la noche. Está solo y sin protección, o no está solo, y eso podría ser peor.

Terror y culpabilidad se enroscan alrededor de mi corazón. Debería haberle dicho la verdad desde el principio. Si hubiera sabido esto desde el verano pasado, habría estado preparado.

Suena mi teléfono celular, sorprendiéndome. Es papá. Lo pongo en vibrador, pero le envío un mensaje:

Estaré en casa pronto. Trata de no preocuparte. Solo necesito estar sola para averiguar algunas cosas.

Se pondrá furioso y comenzará a buscarme de inmediato, pero tal vez, no se preocupe tanto.

Dejo mi teléfono en la mochila y me vuelvo de nuevo a la casa de campo. No debería sentirme intimidada por este edificio después de lo que me enfrenté en la escuela. Pero hay una posibilidad de que Roja esté aquí, una de las pocas habitantes del Inframundo a la que incluso Morfeo le tiene miedo. Pensar en Jeb enfrentándola solo me hace temblar.

El viento sopla tierra sobre mi parabrisas en un abanico arenoso de color marrón. Chessie sisea de nuevo, un recordatorio de que al menos no estoy sola.

—Tengo que entrar —le digo.

Él se agarra la cola y la gira, enroscando el apéndice alrededor de su cuerpo y rostro para esconderse.

—Bueno, ¿tienes alguna idea mejor? —pregunto.

Mira hacia fuera, empaña la ventana de nuevo, y escribe *Encuentra a M* con la punta de su cola.

Estrecho los ojos. —Encontraremos a Morfeo después de encargarnos de esto. Ahora, ¿vas a venir?

Chessie frunce el ceño, su pelaje está erizado como el de un gato asustado. Niega con la cabeza.

—Está bien. Entonces quédate aquí.

En el instante en el que abro la puerta y salgo, las alas de Chessie tocan mi oreja. Se coloca en mi hombro y se esconde bajo mi cabello.

El alivio corre a través de mí. Puede que sea pequeño, pero es mágico, sigiloso y hábil para arreglar las cosas. Es mejor que ir sola.

Sostengo su cola en busca de algo reconfortante mientras camino hacia la puerta. Pedazos de tierra crujen bajo mis pies. Los bichos susurran a mi alrededor. No puedo decir si me están animando o advirtiendo; hay demasiadas voces para elegir.

Después de pisar el porche en ruinas, me detengo y me quedo mirando la aldaba de bronce. Tiene forma de tijeras para jardín.

La piel de gallina hace erupción en mi carne. Miro mis manos llenas de cicatrices. Quien puso esto aquí sabía que yo vendría... están jugando conmigo. Aprieto los dientes. No importa. No me iré sin Jeb, no importa lo amenazante que sea su captor.

El picaporte se abre con facilidad, y empujo la puerta, pero permanezco en el porche para mirar. El lugar parece estar abandonado, y se me ocurre que hay algo peor que encontrar Jeb aquí: el no encontrarlo en lo absoluto.

Metó más la cabeza. El olor de pintura y un olor metálico punzante me golpea primero. Entonces algo más... dulzón y afrutado... lo bastante familiar que me hace agua a la boca, pero no puedo identificarlo.

Los rayos del sol caen desde el techo donde paneles de un tragaluz lo conforman, dando lugar a un efecto invernadero. Hay telarañas salpicando cadáveres de insectos que cuelgan desde el cristal, brillando como velos de novia grotescamente enjoyados. Hay una gran sala, sin contar el desván a mi izquierda y un cuarto de baño a mi derecha, donde un arca grande con cincuenta o más mini cajones se encuentra justo dentro de la puerta abierta. Las paredes cubiertas de lienzos son más altas de lo que parecían desde afuera. No hay muebles salvo los andamios portátiles apoyados contra las paredes, por lo que el reflejo del sol toca la madera polvorienta del suelo.

El resultado es brillante y etéreo... casi celestial. Ahora puedo ver por qué Ivy eligió este estudio. Me acerco de puntillas alrededor de algunos materiales de arte, dejando la puerta entreabierta detrás de mí. Chessie se tensa debajo de mi cabello.

Hay pinturas por todas partes: tres en caballetes cubiertos con paños, otros en las paredes de lienzos. Me giro para interiorizarlos, el piso de madera está pulido debajo de mí.

Mi respiración se acelera a medida que los temas de las pinturas se hacen evidentes: tijeras de jardín y manos ensangrentadas de una niña;

un pulpo siendo tragado por una almeja; un bote flotando en un romántico río de estrellas; dos siluetas juntas deslizándose por un acantilado hecho de arena; rosas sangrando y una caja con una cabeza en el interior. Recuerdos de lo que Jeb y yo hicimos en el País de las Maravillas. Recuerdos que ya no le pertenecen. Sin embargo, reconozco ese morbosamente hermoso estilo en cualquier lugar. Él pintó interpretaciones perfectas de nuestro viaje. Tuvo que trabajar sin parar toda la noche.

De alguna manera lo recordó todo.

Me vuelvo y golpeo un trozo de tela enrollada con mi talón. La abro, revelando una pintura de Jeb irrumpiendo en el coche del señor Mason en el aparcamiento del hospital, una enfermera esperando a su lado con un vestido blanco.

Lo dejo en su lugar, sintiendo mareo.

Así que la enfermera Terri sí jugó un papel en el robo de mis mosaicos, ¿y Jeb la ayudó?

Recuerdo las palabras de Morfeo: “*¿De verdad crees que soy el único que tiene la capacidad de deslizarse en un coche con su alarma encendida sin ser detectado?*”. Tenía razón. Incluso algunos seres humanos tienen esa capacidad, si saben lo suficiente sobre carros.

Pero podría haber una inocente explicación. El auto del Sr. Mason es nuevo, y Jeb nunca lo vio. La enfermera pudo mentir y decirle que ella... se había encerrado. Una vez que él hubo abierto su coche, se fue. Entonces ella robó mi arte, tal vez bajo las órdenes de otro habitante del Inframundo. Eso podría explicar por qué nunca vi una figura mágica a través de su glamour.

Así es como debe haber sucedido, porque Jeb nunca me traicionaría.

Morfeo tenía razón en algo más. Los tengo a él y a Jeb en diferentes estándares. En la misma situación, yo nunca le daría a mi oscuro torturador el beneficio de la duda.

—¡Jeb! —grito, luchando por reprimir un sollozo—. ¿Estás aquí?

No hay respuesta, solo el eco de mi desesperación.

Chessie sale de abajo de mi pelo.

—Está en el desván... tiene que estar. —Lo digo en voz alta para consolarme a mí misma, a pesar de que no funciona. Subo la escalera. Los peldaños crujen bajo mi peso.

Me detengo una vez que estoy lo suficientemente alto para ver el nivel superior. El sabor a fruta es más fuerte aquí. Hay una gran jarra de cristal volcada en el suelo, las gotas de lo que parece ser vino color púrpura se filtran por de su amplia abertura.

Jeb no estaría bebiendo. Él casi nunca bebe, y especialmente no cuando pinta.

Todo, incluyendo las paredes de madera estériles, están cubiertas con gruesas telas opacas llenas de protuberancias. Hay un mini bar y una lámpara de pie en la esquina más alejada. Un colchón se asienta junto a la barandilla. Me sacudo la repentina imagen de mi pesadilla en el hospital, el cuerpo de Jeb envuelto en una red sobre un catre. Este colchón puede estar polvoriento y viejo, pero no hay nada sobre él.

De hecho, parece que nadie ha estado aquí durante años. Empiezo a bajar, pero luego descubro algo, el polo negro y la corbata japonesa que Jeb llevaba en su sesión de fotos de ayer están extendidos en la esquina más cercana a la escalera. Contengo el aliento, vuelvo a los dos peldaños superiores para alcanzarlos y agarrarlos. Al tirar de la camisa, mis tres mosaicos robados aparecen ante mi vista, escondidos debajo.

Estampo la palma de mi mano sobre mi boca. El sonido es sofocado en la vacía habitación y trae a Chessie a mi lado.

Al igual que en la escuela, no puedo entender mucho, aparte del País de las Maravillas y una reina enojada. Me pregunto cómo mamá fue capaz de leer alguna cosa en ellos.

Chessie zumba a mi alrededor como si intentara decirme algo.

Morfeo dijo que el don del felino habitante del Inframundo es mapear la mejor manera para resolver rompecabezas, luego arreglarlos. Tal vez eso también se aplica a obras de arte mágicas.

—¿Sabes cómo leer estos? —le pregunto a Chessie—. Estabas encima del hombro de mamá en el espejo para ayudarla a leerlo, ¿verdad?

Como si hubiera estado esperando a que conectara los puntos, se disuelve en destellos naranjas y humo gris. Se desplaza como una nube sobre las cuentas de vidrio y actúa como un filtro, por lo que veo con claridad las líneas de los mosaicos. Una vez que está en su lugar, es como ver una película monocromática: primero hay una araña gigante persiguiendo a una flor; en el siguiente mosaico, una reina Roja queda de pie en medio de una tormenta de magia y caos; y en el último, hay una sola reina cuya mitad superior está envuelta en algo blanco, como una red.

Indicios inquietantes que no puedo encajar.

Temblorosa, desciendo la escalera, dejando los mosaicos donde los encontré.

En el piso, sostengo la camisa de Jeb al sol. Algo oscuro se apelmaza en todo el frente. El olor me recuerda a la sangre. Reprimo un gemido.

—Tenemos que encontrarlo. —Limpio con la mano mis lágrimas derramadas por mi cara y tiro la camisa a un lado.

Chessie se cierne alrededor de uno de los caballetes cubiertos. Tal vez los cuadros restantes nos dirán dónde está Jeb ahora.

Asiento, dando permiso a mi compañero del Inframundo de hacer lo que estoy demasiado asustada para hacer yo misma.

Espero en una esquina mientras pasa, sus alas revolotean y las aleja. En lugar de la lona estirada sobre un marco, hay un cristal rayado con pintura roja tan fluida que se secó en forma de llovizna. Estudio las líneas, otra imagen inequívocamente obra de Jeb.

El mismo olor a cobre que estaba en la camisa de Jeb me domina. Siguiendo una corazonada, raspo un poco de pintura roja y lo toco con mi lengua. Las náuseas me siguen después de probar el sabor salado y metálico.

Sangre.

Mi mente cae en una terrible oscuridad, pero un halo me trae de vuelta y me sostiene firmemente. Jeb me necesita, debo ser fuerte. No puedo imaginarlo drenando sus venas para la pintura como lo hizo el verano pasado en el País de las Maravillas. Pero sobrevivió una vez. Lo hará de nuevo. Él está bien. Tiene que estarlo.

Miro más de cerca a la pintura. Es familiar más allá del estilo de Jeb. Es una versión abstracta de uno de mis mosaicos, uno de los que ahora están ocultos en algún lugar debajo de un puente en Londres. Chessie me ayuda a quitar el paño de la segunda. Es también una interpretación vidriosa de mi obra de arte. El último caballete tiene un panel limpio junto a tres viales de plástico vacíos. Los mismos que la enfermera Terri utilizó para tomar muestras de sangre en el hospital.

Mi sangre.

Morfeo señaló que, aunque Roja tuviera acceso a mi sangre, ella no tenía la imaginación para establecer las visiones libremente. Ya que soy en parte humana y artista, la creación es mi poder.

Jeb también es un artista. Y es plenamente humano. Morfeo tenía razón en lo de mi sangre, está siendo utilizada como arma en mi contra. Y Jeb blande la espada, sin saberlo, en forma de un pincel.

Una vez más, está atrapado en medio de mi crisis de identidad.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero no tengo el lujo ni el tiempo para llorar. Chessie parpadea hacia mí, esperando, y le doy permiso para ayudar a descifrar la obra de arte.

Usa su velo mágico de nuevo para animar las pinturas de cristal: lo que era una reina estacionaria en un alborotado País de las Maravillas ahora se convierten en tres reinas luchando, justo como lo describió mamá. Se mueven a través del vidrio, utilizando la magia y el ingenio de

superar a los demás y ganar la corona. Otra mujer espía detrás de un grupo de ocho delgadas viñas.

Chessie rastrilla sus patas por el residuo que queda en el primer panel de vidrio y la extiende sobre la próxima pintura encima del vidrio, como si transfiriera su magia. Esta vez, solo dos reinas se quedan para luchar por la corona, mientras que la tercera es comida viva por alguna vil criatura. La misteriosa mujer que la observaba desde atrás de las vides. Al salir, las vides van con ella. Parecen estar saliendo de su mitad inferior. No se está escondiendo detrás de una planta, son parte de ella. Y la mitad superior es demasiado humanoide para ser una flor zombi, por lo que no puede ser Roja.

Chessie se materializa y se posa en mi hombro. Estoy demasiado aturdida como para darle las gracias por su ayuda. Hay poca satisfacción en nuestro descubrimiento, porque no puedo entender lo que significa cualquiera de los mosaicos. Lo único que sé es que son la prueba de que Roja ha utilizado mi sangre para ganar la ventaja en nuestra batalla. Lo que es peor, Jeb ha estado en sus garras y ahora se ha ido.

Me duele el corazón, es un dolor que me quita el aliento. Incapaz de estar sobre mis piernas temblorosas, me siento con fuerza en el suelo, pongo mis rodillas contra mi pecho y me acurruco. Es como si mi esternón se clavara en mí. Todo este tiempo estaba tratando de proteger a Jeb de mi pasado, ocultándolo. Y ahora ha sido tragado por mi futuro.

Sé que necesito pensar más allá de este mundo, lo que esto significa para el País de las Maravillas. Roja va un paso delante de mí. Ha visto cinco de mis seis mosaicos. Solo puedo esperar que no sea capaz de interpretarlos, porque se muestran los resultados de una guerra que está empezando a dar resultados. Ella quiere cambiar el final para su beneficio, y tengo que encontrar el último mosaico, así puedo estar un paso por delante.

Pero ella tiene a Jeb.

Sostengo su relicario en mis labios para sentir el metal, enterrando mi cara detrás de una cortina de cabello. Nuestros planes para Londres, nuestra vida juntos. Su oportunidad de ser un artista de renombre mundial... no puede haber desaparecido.

Si lo está, no sé cómo voy a seguir adelante.

La puerta se cierra, haciéndome saltar. Me quito el pelo y miro hacia arriba.

Casi grito cuando veo a Jeb de pie allí. Estoy levantada en un instante. Está llevando sus vaqueros negros de ayer, pero eso es todo. Hasta sus pies están descalzos. La luz del sol brilla en el pelo entre el pecho de sus pectorales. Su piel aceitunada brilla con el sudor, y la pintura colorida emborriona su torso, cubriendo varias de sus cicatrices.

No hay ni una pizca de magia en él, sin embargo, es lo más fascinante que he visto.

Estoy a punto de abordarlo y abrazarlo, pero mis sentidos del Inframundo hacen que me detenga. Algo no va bien. Él no me ha reconocido.

Hay un polvoriento conejo blanco en sus brazos, envuelto en la manga larga que Jeb llevaba debajo de su polo. A juzgar por la hierba enredada en el pelo de Jeb, parece que ha estado fuera con el animal. Está tan concentrado en su captura, que no se da cuenta otra cosa.

—¿Jeb?

—Necesito más pintura —dice, pero las palabras no están dirigidas a mí.

—Ella no dejó suficiente. —Su voz es áspera, como si le doliera al hablar. Frota las orejas del conejo, aparentemente ajeno a la forma en que está luchando para liberarse... de cómo se movió fuera de la camisa que había envuelto a su alrededor, y está dejando arañazos sangrientos en su pecho y brazo—. Tengo que tener más. Para demostrar que soy un artista.

Todo lo relacionado con él está mal. La forma en la que está hablando, la forma en la que se mueve. Doy un paso más cerca, cautelosamente. Está en un trance de algún tipo.

Me doy cuenta de su boca, el color innatural de sus labios, púrpura oscuro.

Miro a mi alrededor para buscar a Chessie. Está flotando por las claraboyas, viendo a Jeb con ojos curiosos.

Jeb sostiene al conejo delante de su rostro, una mano apoyada en el cuello.

—Va a ser tan rápido, que no vas a sentir nada.

Reacciono sin pensar. —¡Jeb, detente!

Mi grito asusta al conejo. Sus garras traseras empujan y dejan un verdugón en el mentón de Jeb. Maldiciendo, se le cae el animal, y salta a por mí. Me lanzo fuera del camino y Jeb corre detrás de él, golpeando el suelo con sus pies descalzos. Patina con los caballetes y los derriba. Los cristales caen en fragmentos brillantes.

Es una escena extrañamente familiar. Jeb es tan determinado, tan centrado. Yo estaba donde él una vez, persiguiendo a un ratón a través de una mesa para el té, impulsada por un apetito insaciable. Hay tantos tipos diferentes de hambre. El mío era por alimento y experiencias que nunca había vivido. El de Jeb es por su arte, y para demostrar que es el mejor.

Se las arregla para recuperar el equilibrio, persiguiendo al conejo mientras se lanza de un lado a otro de la habitación, tan implacable que

no se da cuenta de que está a punto de chocar con el cristal y esquilmarse sus pies.

—¡Jebediah Holt! —Nunca he usado todo su nombre antes. Se siente seco y poco natural en la lengua, como si hubiera estado lamiendo algodón. Ladea la cabeza y reduce la velocidad lo suficiente para que pueda arremeter contra él. Sus hombros chocan contra la pared. Me estrello contra su pecho, y ambos gruñimos por el impacto.

—¿Al? —Traza mi cara con ternura, tratando de volver, aunque todavía muy lejos—. Estoy tan...

—Hambriento —le ofrezco, oliendo la misma esencia afrutada familiar que primero me golpeó cuando entré por la puerta. Eso es lo que había en la botella en el suelo del desván. Jeb ha estado bebiendo jugo Tumtum. Roja lo usó para canalizar su deseo de probarse a sí mismo en un frenesí voraz de la pasión artística. Es por eso que pintó todo sin parar anoche y nunca llamó, envió un mensaje, o fue a casa.

Solo una cosa puede curarlo de los efectos del jugo, y eso es comer un puñado de bayas Tumtum. —Chessie —le digo, evitando que mi voz tiemble—. Bayas Tumtum. Prueba en el minibar.

Chessie va hasta el desván, pero regresa en un par de segundos con las manos vacías.

El conejo pasa con gracia por el vidrio sin cortarse. Me caigo sobre mi trasero cuando soy empujada por Jeb, y se encamina directamente a través de los fragmentos. No soy lo suficiente rápida para detenerlo.

Me concentro en el vidrio en el suelo, magnetizándolo para que se agrupe como las escamas en la cola de un cocodrilo. Se aparta del camino cada vez que los pies de Jeb se le acercan. Con el camino despejado, Jeb avanza sobre el conejo.

La presa salta hacia la puerta. Me apresuro y llego primero, justo a tiempo para liberarlo y dejar que huya el animal asustado. Cierro la puerta de golpe y pongo mi espalda baja contra el pomo de la puerta, bloqueando a Jeb para que atrape a su posible donante de sangre.

—Sal de mi camino. —La voz de Jeb es cruda. Traba sus ojos en los míos, pero parece que no puede enfocarlos. Es como si estuviera mirando a través de mí. Cierra su mandíbula y rechina los dientes.

—¡Chessie! —chillo—. ¡Bayas!

Chessie sale zumbando al baño y desaparece en un cajón entreabierto. La madera se cruje mientras serpentea su camino por los contenidos y el siguiente cajón. Solo cuarenta y ocho más para ir.

Jeb agarra mis brazos, sus uñas excavando mi tierna piel a través de las mangas, los músculos se marcan por el esfuerzo en su intento de moverme lejos de la entrada. Siempre ha sido capaz de levantarme como si

pesara nada, esta vez me aferro al pomo de la puerta detrás de mí, pero mis dedos van desenroscándose, al igual que el pomo de la puerta que se transforma en la mano de un viejo hombre en mi Tienda de Excentricidades Humanas. Clavos de metal en frío pinchan alrededor de mi cintura y de mis pantalones vaqueros que me sostienen en su lugar.

Jeb tira de mí con más fuerza, frustrado.

Desesperada por traerlo de vuelta, tiro de él y lo beso, suave y persuasivamente.

Vuelve a mí, dicen mis labios.

Mantiene su boca cerrada y lucha para moverme a un lado. Hay un pequeño sonido de rasgadura como los dedos de metal en mi cintura, y comienzo a perder mi influencia. Agarro los hombros desnudos de Jeb, arrastrando su cuerpo cerca para que no haya espacio entre nosotros. Su torso se aprieta contra el mío, y beso su garganta. Incluso a través de mis capas de camisetas, el calor natural de su piel me abrasa.

Se tensa, y siento el cambio. No es rendirse, es una redirección. Sus manos se arrastran a lo largo de mi caja torácica, deteniéndose debajo de los brazos. Pierdo toda la concentración en el pomo de la puerta, y libero los dedos, transformándose de nuevo. Mis pies se levantan cuando Jeb me sujeta contra la puerta.

No hay nada suave en su expresión. Su hambre rabiosa se centra ahora en mí.

—Chessie... date prisa. —Solo puedo mascullar la declaración. El estar bajo el escrutinio de sus ojos verde brillante hace que mis huesos se derritan.

Chessie revolotea de la cómoda y se cuela como humo a través de las grietas en los tragaluces. Debe estar yendo a usar mis espejos del coche. Tendrá que pasar por el agujero del conejo para encontrar algunas bayas.

Pero no estoy segura de que importe si encuentra alguna o no. Por fin soy el centro de toda la atención de Jeb, y me gusta.

Un ruido sordo escapa de su garganta mientras inicia un beso en esta ocasión. Nuestras lenguas se tocan, entonces luchamos. Suficientes residuos de Tumtum permanecen en su boca para encender el fuego en mi abdomen. Sabe a desafío y salvaje, de cosas tanto perversas como dulces. Él es el sabor del País de las Maravillas entretejido con todas las cosas de Jeb. Le insto a profundizar el beso. Envuelve mis piernas alrededor de su cintura, moviéndose por instinto, sin romance, sin precaución, motivado solo por una droga potente.

Estoy perdida en la sensación. Esta es la cruda pasión que solo se reserva para sus pinturas. No está suprimiendo sus deseos o necesidades

de protegerme, no está preocupado si soy frágil o rompible. Se está muriendo de hambre, desafiándome a igualar su fiereza.

Anuda sus dedos en mi pelo y su barba rasca mi barbilla. Sus besos queman como una marca.

Atrapa mis muñecas, las sube a la pared, y las mantiene allí. Abandona mis labios, los dos jadeamos mientras su boca se desliza a lo largo de mi cuello, mostrando los dientes contra yugular.

Una punzada dolorosa hace que me libere y empuje su cara. Hay sangre en su labio inferior. Conmocionada, toco mi cuello punzante donde rompió mi piel.

Jeb pasa su lengua por mi sangre en su boca. Su cara cambia. Nunca ha sido lo suficientemente áspera para dejar huellas en mi piel; hacerme daño debió haberlo traído de vuelta. Aún me sostiene contra la pared con su cuerpo cuando sus manos se mueven a mi cuello.

Espero consuelo o una disculpa. En su lugar, pasa sus dedos alrededor de mi garganta, cortando mi suministro de aire. Me enfrento con sus muñecas, pero es demasiado fuerte. El aliento se cierra en mis pulmones, no puedo forzar a que salga o entre aire.

Clavo mis uñas en su piel y aprieto mis piernas alrededor de su cintura, tratando de llamar su atención.

—Pintura —murmura, lamiendo la sangre en su labio de nuevo. La mirada distante ha vuelto a sus ojos, teñida de intención asesina. Pavor frío barre a través de mí.

En su mente, yo soy el conejo.

Esto es lo que las flores de mamá predecían. Mi muerte en sus manos. Él nunca se lo perdonaría.

Tengo que detenerlo.

Trato de forzar un sonido de mi garganta para sacudirlo de su trance, pero su agarre es demasiado fuerte. Sus pulgares se sujetan más duro alrededor de la tráquea, los dedos presionan mis vértebras. El dolor de los huesos es mucho bajo la tensión.

Entro en pánico... no puedo concentrarme... no puedo evocar mis poderes... ni siquiera puedo enfocar.

Un polvillo negro se arrastra a través de mi visión.

—Tengo que terminar lo que empecé —dice Jeb mecánicamente. Maniáticamente—. Va a ser tan rápido, que sentirás.

Peregrinación & Negociación

Traducido por Jasiel Alighieri

Corregido por Alaska Young

El agarre de Jeb se tensa en mi cuello.

Mi cuerpo se torna flácido, como si corriera por él una ráfaga de viento.

—Se acabó el juego. —El rudo mando de Morfeo me hace abrir los ojos de sopetón. Mi corazón pateo mi esternón, golpeando ante la oportunidad de seguir con vida. Nunca pensé que me sentiría tan feliz por oír ese acento cockney.

Él rompe el agarre de Jeb y lo arrastra lejos de mí. Me desplomo en el suelo, de rodillas, sosteniendo mi cuello cuando toso y jadeo. Gimo con cada dolorosa inhalación, saboreo la quemadura que corre a través de mi tráquea magullada y en mis pulmones doloridos.

Quiero suplicarle a Morfeo que no hiera a Jeb, pero me encuentro demasiado débil. Todo me palpita, desde mi cuello hasta las piernas. Me empujo hasta sentarme contra la pared, y entierro la cara en donde mis brazos acunan mis rodillas, tratando de dejar de temblar.

El sonido de gruñidos y bufidos me obliga a levantar la mirada.

Morfeo se arrodilla sobre la forma bocarriba de Jeb. Lo sostiene abajo con una rodilla en el pecho, metiéndole bayas Tumtum en la boca. La sorpresa y oleada de alivio fluyen a través de mí. Ayuda a Jeb en vez de dañarlo.

Es como ver una película de James Bond. Morfeo —con una chaqueta negra al estilo gabardina que cuelga de sus muslos, pantalones de lana gris, un chaleco de color gris oscuro, delgada corbata roja, y la camisa negra a rayas— podría pasar por un agente secreto punk que ha capturado a su villano. Sus gruesas ondas azules le tocan los hombros desde un sombrero plano de lana gris, y sus alas le cubren la espalda hasta el suelo, agitándolas en forma esporádica al tiempo que mantiene el equilibrio en contra de la resistencia de Jeb.

De todos los trastornos que he experimentado en los últimos días, este es, con mucho, el más retorcido: mi oscuro tentador convirtiéndose en mi caballero, y mi caballero convirtiéndose en mi perseguidor. Sé que la reversión es temporal, pero nunca seré capaz de olvidar la forma en que la luz hambrienta disparó los ojos de Jeb a un verde tan vivo... o la forma en que se sentía cuando se desató de sus inhibiciones y exigió que le diera todo lo que tenía. No quiero olvidar, porque éramos rivales, pero al mismo tiempo compañeros.

Hasta que trató de matarme.

Las bayas surten efecto, y Jeb para su lucha, poco a poco, hasta que queda inmóvil.

—Una vez que hayas tenido una pequeña siesta —le dice Morfeo con voz brutal y recortada—, hablaremos de esas marcas que dejaste en la piel de Alyssa. —Él acaricia la mejilla de Jeb con un guante de cuero negro que arrastra de su bolsillo, pero no puede ocultar la rabia amontonada en los músculos de la mandíbula.

Chessie aparece al lado de mi cara, un aluvión de alas, piel, y patas. Se posa sobre mi hombro y tiernamente me acaricia el cuello, donde Jeb me mordió.

—Gracias por buscar a Morfeo —le digo.

Mi voz es papel de lija y óxido. Mi tos atrae a Morfeo, sus costosos zapatos negros se detienen junto a mí. Son todo lo que puedo verle hasta que se arrodilla. Ha estado fumando su narguilé, y el olor me envuelve.

—Vigila al mortal, ¿podrías, Chessie? —dice, evaluándome a medida que se pone los guantes de cuero sobre los dedos manchados de bayas.

El diminuto habitante del Inframundo sale de mi hombro y se posa encima de la forma acostada de Jeb.

Esfuerzo mi cuello para mirar a los ojos de Morfeo, y mi lesionada y magullada piel me punza. El sol brilla desde los tragaluces detrás de su silueta, como un halo de luz amarilla.

—Me alegra que no le hayas hecho daño —murmuro, incapaz de hablar por encima de un susurro ronco.

El ceño de Morfeo es feroz. —Si hubiera sido *alguien* que no fuese el chico que se desangró por ti en el País de las Maravillas —responde—, lo hubiera matado con mis manos, no requeriría magia.

Hay una crudeza escalofriante tras su mirada, y me dejo reconocer lo que me he estado negando: a su manera, Morfeo también es mi caballero. Sólo que tiene motivaciones más confusas que Jeb, no siempre desinteresadas y honorables, sino vigilantes. Tengo que darle eso.

—Tenías razón —le digo, tragándome el orgullo—. Acerca de mi sangre siendo usada como un arma en mi contra. Acerca de mí llevándote a un nivel diferente. Debería al menos haber tratado de confiar. Lo siento. Trabajaré en eso.

—Veo que lo haces. —A pesar de sus palabras duras, la expresión de su pálida cara de porcelana es todo lo contrario. Me recuerda al compañero de juegos de mi pasado, con ganas de ganar mi confianza y adoración. Dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. No tiene que decir que me perdona, o que entendió mi disculpa. Ambas emociones parpadean a través de sus parches de joyas en destellos de colores.

Procedo a decirle todo lo que sé, lo que vi en las pinturas que Jeb hizo con mi sangre y cristal, mis mosaicos en el desván. Y le digo que sospecho que Roja está aquí, en el reino de los humanos y juega conmigo.

Niega con la cabeza. —Eso no suena como ella. No es de sutilezas.

—Pero las tijeras de jardín en la puerta —insisto—. Estaban allí para asustarme.

Luce realmente desconcertado. —Yo no vine por la puerta. Vine a través de una grieta en una de las claraboyas. ¿Segura que eso fue lo que viste?

—Míralo tú si no me crees.

—Te creo, pero no tiene ningún sentido. Ella te hubiera querido a su merced, sin preparación. Usaba a tu novio no sólo por su imaginación, sino por su vínculo contigo. Era un cebo. Ella te atrajo aquí, así que debe de haber planeado venir para vencerte. Pero algo la asustó, y por mucho que me gustaría pensar que fuiste tú, sé mejor que eso.

Mi corazón tamborilea ante la idea de quién o qué podría haber asustado a alguien tan poderoso como Roja. —¿Crees que era la mujer misteriosa en mis mosaicos? ¿La que se esconde en las sombras? La de los tentáculos...

—Tal vez la respuesta está en tu último mosaico. Tenemos que encontrarlo. Pero primero, vamos a echar un vistazo a tus heridas de guerra. —Ahueca mi barbilla, el pulgar corriendo por los verdugones dejados por la perforación en el labio de Jeb—. Te las arreglaste para hacerme volver sin rogar. Supongo que te enorgulleces de ti misma.

Su suave burla ralentiza mi ritmo cardíaco, me calma. —¿Volviste por *mí*? Pensé que extrañabas tu coche.

Los labios de Morfeo se doblan en una casi sonrisa. Alza mi barbilla para obtener una mejor visión de mi cuello. La acción extiende mis músculos magullados y gimo.

—Lo siento, amor. —Hace una mueca y me libera, a continuación, toca la piel alrededor de la marca de mordida de Jeb. Sus guantes se

sienten frescos y relajantes—. Sin embargo, creo que vivirás. —Su atención se desplaza a mi cara, el respeto desatándose en su oscura mirada—. Parece que has tenido un día ocupado haciendo magia.

Me froto los parches de los ojos. —Ya lo sabías. Tenías a Gossamer y a Chessie vigilándome.

—Así podría mantenerme alejado hasta que me encontraras. Pero como siempre, decides ser el giro en mis planes.

—Bueno, si te hace sentir mejor —digo, sosteniendo mi cuello donde aún puedo sentir la quemadura de las manos de Jeb—, descubrí dónde estabas, así que te encontré.

Morfeo inclina la cabeza. —¿Es así?

Asiento, luego apunto a las pinturas de Jeb a lo largo de las paredes. —Cuando vi los recuerdos perdidos de Jeb, me hicieron recordar lo que Chessie dibujó en mis ventanas en el camino aquí: un tren, y tú. Y la palabra *recuerdo*. Después de que mi madre se fue a Londres a través de mi espejo, le preguntaste si dio un viaje en tren y revivió recuerdos perdidos. Esperabas en el puente de hierro Gorge, ¿verdad? Es por eso que enviaste a Chessie. Esperabas que yo fuese allí y encontrara mis mosaicos, y sabías que necesitaría su ayuda para leerlos.

—Impresionante.

—¿Es por eso que querías atraerme allí? ¿Por los mosaicos?

—En parte. Pero más que nada quería que te subieras a ese tren.

Frunzo la frente. —¿Así que el tren es real?

Morfeo se quita el sombrero. Su cabello azul brillante parece moverse y tratar de alcanzar el aire, como emocionado por ser liberado. —¿Cuál es tu definición de *real*?

Miro alrededor de la habitación, deteniéndome en la forma de dormir de Jeb. —Constantemente cambia.

Girando el sombrero en la yema de su dedo, Morfeo asiente. —Como debe ser. Hay un pasaje subterráneo cerca del puente, que fue abandonado y sellado hace años por los seres humanos. Los habitantes del Inframundo tienen un tren de carga que lo cruza, que se especializa en carga muy preciosa. Hay coches de pasajeros disponibles para aquellos que tienen un interés personal en la mercancía. Arreglé entradas para nosotros.

—¿Quieres decir que planeabas ir también? Temes ir en automóvil. ¿Cómo un tren es algo mejor?

Se encoge de hombros, su ceño fruncido luce avergonzado. —El tren no se *mueve* exactamente.

—Pero dijiste que cruza a través del pasaje.

Agita la mano en un gesto desdeñoso. —Tienes que experimentarlo para entender. Hay algo ahí que necesitas ver. Un recuerdo de la carga que no te corresponde, pero le has dado forma a pesar de todo. Un recuerdo que se perdió durante años, que necesita ser descubierto antes de enfrentar a Roja.

Su respuesta despierta mi curiosidad. —No lo entiendo. ¿La carga en el tren son *recuerdos*?

—Recuerdos perdidos.

—¿Pero cómo...?

—Digamos que el concepto humano de un tren de carga es tan equivocado como el de un sombrero. —Él me ofrece su sombrero.

Intrigada, lo tomo. Es el primer sombrero que le he visto usar que no tiene adornos de polilla. Lo sostengo a la luz del sol. La textura no se siente como lana. Es más sedoso y parece respirar y moverse bajo mis caricias. Me encuentro con la mirada de Morfeo, confundida.

Con un guiño, lo toma de nuevo y se lo coloca. En un gesto sutil, ondea con una mano sobre la corona del sombrero. La lana se transforma de tela a polillas vivas. Estallan sobre su cabeza y revolotean a nuestro alrededor, entonces, con un silbido de Morfeo, se reúnen, tomando lugar como las piezas de un rompecabezas para formar el sombrero de nuevo.

Sonrío, y él rebosa con orgullo.

—Entonces, ¿qué tipo de sombrero es ese? —pregunto, incapaz de resistirme. Es adorable cuando hace gala de su armario, como un perrito haciendo trucos. Aunque sigo siendo prudente, sabiendo que en un abrir y cerrar de ojos puede convertirse en un lobo de nuevo.

—Mi Sombrero de Peregrinación —responde.

—¿Eh?

Su sonrisa se ensancha dejando al descubierto los dientes blancos. —Peregrinación. Una excursión... un viaje.

—Así que, ¿por qué no llamarlo el sombrero de viaje?

—Entonces no sería mucho un tema de conversación, ¿verdad?

Levanto una ceja. —Um, el hecho de que sea de polillas vivas podría dar algo de qué hablar.

Morfeo se ríe. Por una vez, nuestra relación se siente cómoda, agradable. Lo contrario de su coqueteo y amenazas de siempre.

—Sobre el tren —digo, rompiendo el momento realmente agradable.

Él abre la boca para responder, pero un gemido lo interrumpe. Jeb despierta. Morfeo empieza a levantarse para chequearlo.

—Espera. —Le agarro la corbata. Incluso a través de su camisa, siento la fuerte curva de su clavícula bajo mis dedos. Me lleva de nuevo a la forma en que se veía en mi dormitorio: sin camisa y con sus perfectas alas extendidas como las de algún tipo de ser celestial poderoso, con elegante poder y pulsante luz. Imperturbable, sin vergüenza, y con confianza. Todas las cosas que anhele ser.

Mi pulso late rápidamente contra la mordedura en mi cuello. —Hay algo que quiero que hagas, antes de que Jeb se despierte lo suficiente para saber lo que ocurre.

Morfeo se arrodilla de nuevo. —¿Qué? ¿Quieres que bese tus dolencias? —El ronroneo oscuro de su voz es más broma que seducción.

Ruedo los ojos. —Quiero que me sanes.

Frunce el ceño, toda la alegría se ha ido. —Oh, no. No. Jebediah se enfrentará a lo que te hizo.

—Él nunca me habría atacado si no hubiera estado bajo los efectos del jugo. ¿Por qué quieres frotar su nariz en esto? —Hago un ruido frustrado—. Tú fuiste el único forzándome a mantenerlo ignorante de todo. ¿Qué ha cambiado?

—Necesitas reconocer los peligros de él incursionando en un mundo más allá de su alcance. El jugo Tumtum te hizo voraz, pero a él lo hizo asesino. Es una responsabilidad. Si lo involucras en esta guerra, será tu perdición. Eso es una garantía.

Mi boca se abre. No puedo creer que le haya derramado mi corazón hace unos momentos. —No. Quieres que Jeb dude de sí mismo. Quieres que crea que está convirtiéndose en su padre. Lo manipularás, porque eso es lo que haces. Utilizas las debilidades de la gente en su contra.

Me estudia, sus largas pestañas negras sin pestañear en afirmación silenciosa.

—Bueno, no dejaré que eso suceda —le digo—. Ahora *cúrame*.

Morfeo gruñe y trata de apartarse, pero me niego a soltarle la corbata.

Él levanta sus alas, proyectando gigantes sombras azules sobre nosotros. Si las usa, podrá liberarse y negarse a hacer lo que le pido. Por otra parte, yo podría hacerlo mejor en una batalla de voluntades, ahora que mis poderes son cada vez más fuertes. Un zarcillo de emoción se despliega dentro de mi pecho, sólo considerando.

Nos miramos. Para mi sorpresa, él relaja sus alas.

—¿Cuánto vale para ti? —pregunta.

Le libero la corbata y frunzo el ceño. Es una pregunta con trampa.

—La paz mental de Jebediah —reitera—. ¿Cuánto vale?

—Todo —digo, sabiendo que es un error al segundo que lo admito.

Con un ceño pensativo, Morfeo se sienta con las piernas cruzadas, y se pone su sombrero en el regazo, persuadiendo a las polillas que lo forman para separarse y aletear sobre sus muslos. Después de quitarse el guante, levanta su mano, y una ligera llovizna de hebras azules de sus dedos lo conectan a los insectos. Mueve sus dedos, y, guiados por sus arneses mágicos, las polillas vuelan en círculo como un carrusel en miniatura.

Su expresión se convierte en soñadora, azul brillante de luz. —Un día y una noche —dice sin levantar la mirada, preocupado con su juguete.

Trago. —¿Qué?

—Ese es el precio. —Todavía no es a mi manera. La magia de sus dedos se acelera, y las polillas siguen su ejemplo—. Si ayudo a proteger la mente frágil de tu chico trofeo, me darás un día y una noche, tan pronto como esta batalla con Roja sea pasado. Veinticuatro horas conmigo en el País de las Maravillas.

Lo estudio. *No puede hablar en serio.*

Como estimulado por mi silencio, retira su magia, y las polillas vuelan para unirse, reuniéndose en el sombrero. Él las pone ahí, y su mirada se traba con la mía. Sus joyas parpadean entre la pasión y el desafío, una sugerente e intimidante combinación. —Una advertencia, tengo la intención de hacer un buen uso de ese tiempo. Seré amable, pero no un caballero. Serás el centro de mi mundo. Te mostraré las maravillas de las maravillas, y cuando te emborraches de la belleza y el caos que tu corazón tanto anhela saber, te llevaré bajo mis alas y te haré olvidar que el reino humano alguna vez existió. Nunca querrás volver a dejarme a mí o al País de las Maravillas.

El repiqueteo se inicia en la parte posterior de mi cráneo, una resurrección de mi lado de habitante del Inframundo, casi tan poderoso como lo que sentí en el gimnasio mientras me hallaba de pie en las llamas. Pero mi lado humano me da un codazo, una advertencia. Morfeo es la criatura más mágica y cautivadora que he conocido. Y salvo en sueños, nunca he pasado más de un par de horas a solas con él a la vez. ¿Cómo podría resistir la oscuridad que evoca dentro de mí durante todo un día y una noche?

Echo un vistazo debajo de su ala izquierda para ver a Jeb. Sus pies se contraen, y rueda sobre su estómago, murmurando. Estará totalmente consciente en cuestión de minutos.

La mirada de Morfeo recae en las huellas de las manos en mi cuello. —Dame una respuesta, o despierto a tu novio y le permitiré regodearse en su obra maestra más reciente.

—De acuerdo —murmuro. Podría nunca lograrlo en la batalla con Roja en primer lugar, por lo que el día con Morfeo nunca sucedería. ¿Quién sabe si yo soy la última reina que quedó viva en los mosaicos? Tal vez soy la que tiene el torso que se cubre de tela, o la que fue tragada por una monstruosidad innumerable.

Es algo que tengo que tener en cuenta. Si no sobrevivo, no quiero que Jeb se atormente con la idea de que me hirió, o que heredó de su padre la violencia de alguna manera. Es un regalo que le puedo dar.

—Júralo —dice Morfeo—. Y que cada palabra cuente.

Con las mejillas ardiendo, sostengo una mano sobre el corazón. —Juro por mi vida mágica darte un día y una noche, al momento en que derrotemos a Roja.

—Hecho. —Su expresión es inmutable, Morfeo se quita el guante restante.

Cuando comienza a desprenderse de su chaqueta, me levanto sobre mis rodillas y empujo sus solapas, apresurándolo. Juntos arrastramos las mangas sobre sus hombros. A pesar de mis esfuerzos por ser seria, me encuentro vencida por la intimidad de desnudarlo con Jeb yaciendo inconsciente en el suelo. Si se despertara y viera esto...

Dos ranuras se abren en la parte posterior de la chaqueta para liberar las alas de Morfeo. Una de ellas roza mi mano, haciendo mis propios nudos de alas sentir un hormigueo detrás de mis omóplatos. Me agito. Él mira fijamente mi reacción. Mi estómago se anuda cuando tomo su muñeca y desabrocho el puño de su camisa, empujando la manga hasta el codo para revelar la marca de nacimiento en su antebrazo. Su piel es suave y cálida.

Libero su brazo y desato mi bota para exponer la marca de habitante del Inframundo en mi tobillo.

Morfeo se balancea hacia atrás sobre sus talones y me estudia. —De todas las veces que me has desnudado en mis fantasías, nunca recuerdo haberme sentido así de... insatisfecho.

—*Por favor, Morfeo* —le ruego al escuchar a Jeb revolviéndose en el fondo.

—Ah, pero esas palabras deliciosas —dice Morfeo con una sonrisa provocativa—, esas siempre están en la fantasía.

Lo fulmino con la mirada. —Eres increíble.

—Y ese sentimiento se reserva para el final.

—Ya. Cállate. —Arrastro su antebrazo para que coincida con mi marca de nacimiento.

Lo aparta antes de hacer contacto. —Un momento, por favor. Permíteme disfrutar de tu devoción. —Se refiere a mi tatuaje en el tobillo.

Me sonrojo. —Te lo he dicho cientos de veces. No es más que un conjunto de alas.

—Tonterías. —Morfeo sonrío—. Reconozco una polilla cuando la veo.

Me quejo de frustración y él se rinde, me deja presionar nuestras marcas juntas. Una chispa se precipita entre ellas, la ampliación de una tormenta a través de mis venas. Su mirada se traba en la mía, y las profundidades insondables parpadean como nubes negras vivas con un relámpago. Para ese instante, estoy desnuda hasta los huesos. Él mira dentro de mi corazón, yo miro dentro del suyo. Y las similitudes allí me aterrorizan.

Aparto los ojos, rompiendo nuestra conexión mental. Mi cuello deja de palpar, mi garganta se calma, y mis miembros se sienten lánguidos. Me relajo contra la pared.

La piel pálida de Morfeo se enrojece, y levanta su brazo de mi tobillo. Hay algo nuevo detrás de su mirada, *resolución*, y sé que acabo de ceder mi alma.

Agachado junto a mí, pasa sus dedos por mi cabello a cada lado de mi cara, su expresión cambia a la reverencia. —Estuviste magnífica hoy, florecita. Mi única queja es la misma que la tuya. Que no compartimos un baile en las llamas.

Suspiro. Él *estuvo* en la escuela esta mañana, atrayéndome al fuego, a ceder ante la oscuridad. Antes de que pueda reaccionar, Chessie vuela entre nosotros en el mismo instante en que Morfeo se aparta.

—¡Aléjate de ella! —Jeb se lanza a través de la habitación, sorprendiéndome por su fuerza para alguien que se encontraba inconsciente hace unos segundos. Morfeo golpea el suelo y rueda, sus alas actúan como un cojín. Su sombrero golpea la pared, dispersando a las polillas una vez más. Algunas vuelan hasta los tragaluces, otras hacia el armario, y el resto aletea hacia el desván.

Jeb se tambalea, luchando para equilibrarse. Preguntas en sus ojos abiertos, mira a Chessie zumbando a lo largo del techo con las polillas. — Ese no es un disfraz.

—Maldita observación de genio. —Morfeo se levanta y se sacude las alas.

—¿Qué... es... esa cosa? —pregunta Jeb, mirando ahora a Morfeo.

—¿No lo recuerdas? —respondo. Moviéndome hacia las pinturas que nos rodean. Jeb gira sobre sus talones para interiorizar aquello, después palidece—. ¡Agh! —Se agarra las sienes, derrumbándose en una posición fetal en el suelo.

Horrorizada, me arrodillo, arrastrando su cabeza a mi regazo. Se lamenta.

—Jeb, abre los ojos, por favor.

Él se agarra las sienes con los nudillos blancos y la cara arrugada de dolor.

—¿Qué le ocurre? —le grito a Morfeo.

Morfeo se sacude tranquilamente, como si los gritos de Jeb fueran un inconveniente trivial. —Lo que pintó no eran sus recuerdos. Eran los tuyos, dentro de su sangre. Algunos restos de sangre en los pinceles debe haberse mezclado con la pintura común.

Jeb gime y se posiciona en una bola. Convulsiona, los músculos de su pecho y brazos se contraen.

Mi cuerpo se sacude y duele en simpatía. Es como si un alambre de púas le envolviera las articulaciones y los tendones, apretando los movimientos de Jeb. —¿Qué le pasa? —gimo.

Morfeo mira a las polillas chocar contra los cristales del techo, despreocupadas. Él entrecierra los ojos a la luz del sol. —Mirar tus recuerdos ha hecho a su subconsciente consciente de que hay agujeros en el suyo. Debe ser una sensación insoportable, haciendo queso suizo su cerebro. Ahora, si no te importa, tengo que arreglar mi sombrero.

Me esfuerzo por contener la ira creciente en mí. —¡A quién le importa el sombrero estúpido! Por una vez, ¡piensa en alguien además de ti mismo!

Mi arrebató llama la atención de Morfeo. Me mira con curiosidad, casi desinteresado.

—Ayuda a Jeb. *Por mí* —insto, sintiendo sólo una pequeña porción de culpa por explotar su afecto. Después de todo, él es el que me enseñó a usar las debilidades de la gente.

Hay una grieta en su barniz de indiferencia. Camina, se arrodilla, y coloca sus palmas alrededor de las sienes de Jeb. Luz azul pulsa a través de este desde la cabeza hasta los pies descalzos, y se relaja.

Aclarándose la garganta, Morfeo se levanta y se va. —Lo hice dormir. Sus sueños lo mantendrán fuera del dolor por ahora. Pero la única manera de salvarlo de la locura es reunirlos con sus recuerdos perdidos. Eso significa un viaje en tren. Y no me voy a montar en ningún tren sin mi Sombrero de Peregrinación.

Con la ayuda de Chessie, que engatusa a las polillas asustadas para que bajen de los tragaluces, reconstruye su sombrero pieza por pieza. Suficientes insectos siguen desaparecidos, dejando huecos notables. Él y Chessie van al baño a buscar más.

Aprieto los puños hasta que mis uñas me dejan huellas en la piel, luchando contra el impulso de gritarle por su vanidad, pero no hará ningún bien. Morfeo es Morfeo. Por lo menos tranquilizó a Jeb.

Empujo hacia atrás un mechón de cabello oscuro cerniéndose sobre los ojos de Jeb, luego me inclino y le beso la frente. —Lo siento. Debería haberte dicho todo. Nunca te esconderé la verdad otra vez.

Hago la promesa a pesar de que significa que tendré que decirle sobre el trato que hice con Morfeo, y lo que me precipitó a hacerlo. Jeb acabará sabiendo que me atacó, por lo que hice el trato a cambio de nada. Pero ya no puedo mentirle.

Extiendo mi pierna y cojo la camisa desechada de Jeb con mi talón. Después de arrastrarla de vuelta, la enrolló como un cojín. Él murmura mi nombre inconscientemente en lo que coloco su cabeza sobre la almohada improvisada. Lo cubro hasta los hombros con un paño para mantenerlo caliente.

—Te arreglaremos —le digo, acariciándole el cabello.

Me levanto y me amarro los cordones, la impaciencia creciendo en mi sangre. Jeb necesita sus recuerdos, y todavía tengo que descifrar el mosaico final para poder enfrentarme a Roja. El primer punto del asunto es encontrar un espejo lo suficientemente grande como para atravesarlo.

Pero Morfeo es demasiado terco como para irse sin su sombrero. Mientras él se ocupa hurgando en los cajones en el baño, me dirijo a la escalera. Vi al menos dos o tres polillas volar hasta el desván.

Dos de ellas revolotean dentro y fuera de la luz solar cuando llego arriba. Se posan sobre una caja. Con una pala los libero de encima de la barandilla, enviándolas a Chessie.

—Aún falta una —dice Morfeo desde la planta baja.

—Está aquí —le respondo—. Atrapada en una telaraña.

El insecto chilla, sacudiéndose entre los enredos pegajosos indefenso y asustado. Susurrando palabras de consuelo, trabajo para liberarlo, cuidando de no dañarle las alas. Tan pronto como me dirijo a la polilla suelta, me doy cuenta de algo en la esquina donde la tela es más gruesa. Me acerco más, adaptando los ojos a las sombras.

Una sensación de malestar rueda por mí a medida que reconozco el contorno de un cuerpo, un cadáver arrojado.

—Uh, Morfeo... —Apenas puedo murmurar las palabras.



UNHINGED

A.G.
howard

Como si reaccionara a mi voz, el cuerpo se mueve bajo las gruesas fibras blancas. El aire en mis pulmones se congela. Levanto el pie para dar un paso atrás justo cuando una mano atraviesa de lleno la telaraña y me agarra la muñeca con un enganche tan frío como el hielo.

208

Dulce Veneno

Traducido por Niki & Alexa Colton

Corregido por Jasiel Alighieri

Un grito desgarrador sale de mi garganta.

La adrenalina sube a través de mí, y aparto los dedos fríos de mi muñeca. Morfeo vuela a mi lado. Intercambiamos una mirada, luego examinamos el tejido del capullo a lo largo de la pared. Juntos, lo rompemos y liberamos la forma de su caparazón.

Una mujer se desploma en los brazos de Morfeo. Huele a frutas y delicadeza, como peras. Su piel brilla con el brillo de luz de luna sobre un lago helado, y las plumosas alas blancas gigantes cuelgan detrás de sus hombros.

Es un cisne de hielo y una reina enredada. La reconocería donde fuera.

—Ivory —susurro. No puedo imaginar por qué está aquí, atrapada así.

Morfeo palidece. Él la levanta y la lleva al colchón, pateando a un lado la lámpara en su camino. La recuesta suavemente. El encaje de color blanquecino se asoma por la red, aferrándose a su vestido. El cabello plateado que llega hasta su cintura se envuelve alrededor de su largo y elegante cuello.

Sentado en el borde de la cama, Morfeo quita una capa de telaraña pegajosa de su nariz y su boca. Ella jadea para respirar. Sus pestañas y cejas blancas se contraen, brillando como cristales.

Me dejo caer de rodillas delante de los pies de Morfeo, sosteniendo su mano mientras tose y se despierta a medias.

—No trate de hablar, Su Majestad —insiste Morfeo, aunque noto la sensación de tensión junto a la preocupación en su voz—. Alyssa, ¿podrías darle algo de beber? Seguramente tienes agua o algo parecido en tu coche.

—No. —Ella le frunce el ceño a Morfeo, a continuación, se centra en mí. Las marcas negras en sus sienes brillan en la luz del sol, venosas como las alas de una libélula—. Reina Alyssa, perdóneme. —Sus iris azules desvaídos son casi incoloros.

Le aprieto los dedos para consolarla.

—¿Por qué?

—Por poner en peligro tu caballero mortal. Nunca esperé conseguir que las cosas se salieran tanto de control. Lo encontraremos... lo tendremos de vuelta.

Ella obviamente está confundida. No sabe cuánto tiempo ha estado encerrada en esa red. Eché una mirada a través de la barandilla. Jeb tendido en el suelo. Chessie zumbando a su alrededor, vigilando.

—Él no está perdido. Está abajo, durmiendo.

—¿La Hermana Dos no se lo llevó? —pregunta.

—¿*Hermana Dos*? —Morfeo parece tan sorprendido como me siento. Luego se queja—. La aldaba de la puerta. La misteriosa mujer en los mosaicos de Alyssa. La que se esconde en las sombras...

—Por supuesto —susurro al ver la visión de nuevo en mi mente. Las ocho ramas trepadoras viven conectadas a la parte inferior del torso. No eran tentáculos. Eran patas de araña. La aldaba de la puerta no era sobre las cicatrices en mis manos. Era un homenaje a su mano mutada.

—Pero, ¿por qué estaría involucrada la Hermana Dos? —Razono en voz alta—. ¿Por qué iba a estar en la misma casa donde Roja estaba escondida? Desprecia a Roja por escapar de su encierro en el cementerio el año pasado.

—Roja nunca estuvo aquí —responde Ivory.

Morfeo se aclara la garganta, y sus miradas se reúnen en una cierta comprensión en silencio.

—¿Así que *la Hermana Dos* tenía a Jeb prisionero? —pregunto—. ¿*Ella* le dio el jugo Tumtum y lo obligó a pintar toda la noche? ¿Por qué haría eso?

Ivory intenta responder pero tose de nuevo.

Morfeo me da un codazo. —El agua, Alyssa.

Ivory traga saliva y aprieta sus dedos con los míos cuando empiezo a levantarme. —Eso no será necesario. Sus preguntas merecen respuestas.

Morfeo frunce el ceño. —No creo que este sea el momento.

—¿Cuándo lo será, Morfeo? —Ivory lo regaña—. Ella ahora está más metida en esto que cualquiera de nosotros. La Hermana Dos dejó la aldaba

como una advertencia para los dos. Ella sabe de la traición de su hermana gemela todos esos años atrás. —Los ojos de Ivory caen en mí—. Y la traición de Alison.

Me esfuerzo por dar sentido a sus palabras crípticas. —¿Te refieres a cómo mi madre trató de convertirse en reina? ¿Por qué la Hermana Dos se preocupa por eso?

—¡Maldita sea! —Morfeo se escabulle de la cama y se agacha junto a mí en el suelo. Apoya sus codos en el colchón y acuna sus sienes entre las manos, masajeando con los dedos—. Así que las gemelas están peleando... lo que deja al cementerio sólo parcialmente protegido. Si Roja irrumpe en él, tendrá su ejército de espíritus. Luego vendrá aquí. Esto no tenía que suceder.

Los labios y las mejillas de Ivory van de un blanco a un rosa pálido. —Deberías haberte quedado en el País de las Maravillas... enfrentarte a Roja, como ella quería.

—Sabes por qué no podía. —Un temblor sacude su mentón casi imperceptiblemente—. ¿Así que quién le dijo a la Hermana Dos el secreto? Sólo tres de nosotros lo sabíamos.

Ivory frunce el ceño. —No, había cuatro. Roja sabía. La Hermana Uno tiene la costumbre tonta de confesar secretos a sus espíritus muertos cuando los cuida, y estaba muy fuera de los límites de nuestros votos no decirle a un ser viviente.

—Perfecto —gruñe Morfeo.

—Roja intentó invadir el cementerio esta mañana —continúa Ivory—. Las hermanas la capturaron y se preparaban para exorcizar su espíritu de la flor mágica y poder sellarla en un juguete para la eternidad. Pero Roja le dijo a la Hermana Dos el secreto acerca de Alison para distraerla. La Hermana Dos se volvió en contra de su gemela por la rabia, y Roja escapó. La Hermana Dos vino aquí a encontrar un sustituto para lo que la familia de Alyssa había robado de ella, de una manera u otra. Esas fueron sus últimas palabras mientras me enrollaba en la red.

Niego con la cabeza. —No lo entiendo. ¿Sigue enojada por la sonrisa de Chessie o cómo ayudé accidentalmente a Roja a escapar el año pasado? Pero, ¿qué tiene eso que ver con mi madre?

—Lo que la Hermana Dos pide es una indemnización por no haber sido un accidente —responde Ivory—. Y el pago será elevado. Ella tiene la intención de llevarse a tu caballero mortal para la reposición.

Todavía no entiendo qué es exactamente lo que está pasando, pero el miedo aferrándose a mi corazón domina cualquier curiosidad. —Jeb estaba fuera cuando llegué aquí —le digo, tratando de hablar sobre mi terror—. Eso debe haberlo salvado. Ella pensó que él se había ido.

—Sí —dice Morfeo—. El niño se escapó para perseguir a un conejo blanco. Hay ironía poética en eso, ¿no?

Posamos nuestras miradas en él al mismo tiempo.

—Simplemente tratando de aligerar el ambiente. —Su expresión se agría.

—No hay nada despreocupado acerca de las amenazas de la Hermana Dos —regaña Ivory—. El Caballero mortal de Alyssa está en verdadero peligro ahora.

—¿Ahora? —Me enfado—. Nosotros hemos estado en peligro de Roja por una semana. Ella nos ha estado acechando. En la escuela, en el hospital. Y ha estado haciéndose pasar por un coleccionista de arte, que es así como consiguió que Jeb esté aquí.

Ninguno responde.

Miro a uno y otro indistintamente. Hay algo que no me están diciendo, y estoy cansada de revelaciones ambiguas. —Es *mi* mundo el que han invadido, mi vida está jodida, y mis seres queridos en medio de todo. Tengo derecho a saber lo que está pasando.

—Lo tiene —insiste Ivory.

—Ella sabe todo lo que necesita saber —dice Morfeo.

—Maldito seas, Morfeo. —Ivory dice exactamente lo que estoy pensando—. Estas son vidas humanas con las que jugamos. Hay un precio muy alto a pagar. —Ella rueda sobre su lado en un crujido de encaje y satén, por lo que no podemos ver su expresión—. ¿Alguna vez voy a aprender? Una y otra vez... me ofreces destellos de amor y compañía, y yo soy demasiado débil para apartarte.

Morfeo me rodea y levanta la barbilla de Ivory en su dirección.

—Eso no es del todo cierto. Tú fuiste la que ofreció destellos de amor esta vez. —Le seca las lágrimas con incrustaciones de hielo con un nudillo.

Otro momento privado pasa entre ellos, una mirada que no puedo descifrar lo suficiente, como si estuviera transmitiendo un mensaje a su mente. Estoy tan acostumbrada a ser la destinataria de sus mensajes silenciosos, que es inquietante sentarse en el exterior.

—¿Qué está pasando entre ustedes dos? —La sospecha se desborda de mis cuerdas vocales.

—Se supone que estás trabajando en esa falta de confianza —me recuerda él.

Lo miro hasta que mi pican los ojos por no parpadear.

Ivory acaricia mi mano. —Lo estás malinterpretando. Le di a Morfeo un vistazo de su futuro. Algo que vi en una visión.

—Eso es suficiente, Ivory —dice, con un borde de amenaza en su voz que hace que el cabello en mi cuello se erice.

Ella parpadea dos veces. —En gratitud por mi ayuda, Morfeo me ofreció el regalo de compañía, pero no la suya. Un joven de su mundo, que necesita mi amor tanto como yo necesito el suyo.

—Finley. —Casi me había olvidado del peón que Morfeo robó del mundo real—. ¿Está bien?

Ella asiente con la cabeza. —Está a salvo en mi palacio, como uno de mis caballeros. A pesar de que llegó con una estipulación. Le debía un favor Morfeo, así que por eso estoy aquí. Nada es nunca gratis con él. Nada.

—Exactamente el por qué tenemos este problema de confianza —le respondo, pero le disparo una mirada a Morfeo.

Traza una división en el colchón, ignorándome.

Ivory le da la mano, y él le ayuda a sentarse. Ella toma mis codos, invitándome a que me una a ella en el borde de la cama.

Mientras Ivory acaricia las puntas de mi cabello, su voz se vuelve suave. —Hay *una* cosa en la que puedes confiar acerca de Morfeo. Es leal a ti. Es su deseo de estar contigo lo que le impulsa a esos planes desesperados.

Morfeo se pone de pie en una ráfaga de alas y ropas susurrantes. Sus hombros se inclinan mientras se vuelve de espaldas a nosotros. —No hay nada desesperado en tratar de ayudar a Alyssa. Es su *casa*. Ella es la portadora de la corona de rubíes. El País de las Maravillas es tanto su casa como la nuestra, no importa cuánto lo niegue. Tenía que hacerle ver eso.

Salto del colchón. —¿Mintiendo?

Morfeo responde con silencio, sin siquiera mirar por encima de su hombro para aceptarlo.

La sangre se apresura a mis mejillas. Estoy más furiosa conmigo misma por creer en él que cualquier otra cosa. Me muevo a la barandilla del desván y miro fijamente a Ivory, con una horrible teoría formándose.

—La verdadera Ivy Raven. Ella nunca ha visto las ilustraciones de Jeb, ¿no es así?

Ivory niega con la cabeza.

—Ni siquiera necesitaste de ella para un glamour. Sólo necesitabas un nombre legítimo en caso de que la investigáramos. Fuiste tú quien se presentó para reunirse con Jeb en la galería de arte. —Aprieto los dientes. Ninguno de los dos lo niega—. Estaba tan impresionado por tu increíble “disfraz”. Y tú ni siquiera llevabas uno puesto. Tú lo mantuviste aquí ayer por la noche. ¿Por qué?

Ivory mira el encaje y redes barriendo el suelo a sus pies, sus largas pestañas ocultando sus ojos en una cortina blanca. —Sólo aquellos con sangre real pueden ver a través del filtro de Chessie y descifrar visiones. Morfeo necesitaba que yo leyera los mosaicos. Y puesto que tu madre escondió los demás, tuvo que hacer arreglos para las réplicas. Nos estábamos quedando sin tiempo.

Mi estómago se hunde. —¿Por qué tanta prisa? Tú dijiste que Roja no estaba aquí.

Los músculos de Morfeo se tensan por declaración, pero se queda en un silencio enloquecedor.

Ivory responde: —Morfeo necesitaba saber si el País de las Maravillas podría ser salvado si él ignoraba las amenazas de Roja. Ella le había dado un ultimátum: entregarse a ella y encontrar la muerte, o mirar a su amado Reino del Inframundo caer hasta podrirse pudrirse a sus pies.

Pienso en la cinta de la Reina Grenadine que me habló en mi dormitorio: *La Reina Roja vive y trata de destruir a quien la traicionó.* —Era Morfeo a quién buscaba, no a mí. Ella piensa que fue él quien la traicionó.

Estoico, Morfeo pateo la jarra que una vez contuvo jugo Tumtum. Rueda por el piso hasta detenerse junto a mis mosaicos robados. —Me escapé de su Voz de la Muerte sin que ella consiguiera el trono. En su mente, me retracté de nuestro trato y le debo mi vida.

Echando un vistazo a la forma de Jeb, boca abajo y soñando, en la planta baja, aprieto mis manos en puños. —Prometiste que me dirías la verdad acerca de mis mosaicos. Me mentiste.

Morfeo gruñe. —Nunca especificaste *qué* verdad. Así que te dije la verdad sobre sus orígenes... su poder. Y nunca te dije que Roja los tenía. Tú fuiste la que mencionó su nombre.

Mis piernas se sienten inestables. Me deslizo hasta el suelo, mi columna rastrilla a lo largo de la barandilla.

—Así que Roja te acusó, un matón en un patio, y tú huiste. Trajiste tu pelea a mi mundo.

—*Tu mundo.* —Morfeo resopla. Me enfrenta, sus rasgos exquisitos endurecidos en una mueca desafiante—. Te mostré la verdad en tus sueños, los estragos que estaba causando. Pero debido a que no causaba problemas en esta pequeña charca estancada de humanos que tú llamas hogar, me hiciste caso. Lo sacaste de tu mente. Te convenciste a ti misma para dejar de creer en él. Sabía que no te importaba mi bienestar para nada. Pero esperaba... esperaba que lucharas por el País de las Maravillas.

Quiero decir que yo hubiera luchado por él porque se lo debo. Porque recuerdo lo que hizo por mí. Debido a que una parte de mí se preocupa por mi amigo de la infancia, incluso por el hombre egoísta,

carismático, y frustrante en que se ha convertido. Pero no hubiera estado en el País de las Maravillas para que me rescatara en primer lugar si él no me hubiera atraído hacia de manera fraudulenta el año pasado. Y me pregunto, ¿me habría enfrentado realmente a una de las criaturas que más me aterran para salvar a alguien que una vez fue tan descuidado con mi propia vida?

—No te atrevas a hacer esto sobre mí —le digo, tal vez tanto a mí misma como a Morfeo—. Esto se trata de ti, lo que *tú* hiciste.

—Hice lo único que podía hacer para obtener una reacción tuya. Los mosaicos robados, los frascos de sangre, la enfermera hechizada, y el payaso embrujado.

—¡Ajá! —Lo señalo—. No puedes negar esa mentira. Dijiste que nunca me enviaste un juguete.

—Herman Hattington no es un juguete. Es un actor de primer orden, debido a su cara siempre cambiante. Y yo no te lo envié. Él fue hacia ti por su propia voluntad, como un favor para mí.

Entierro mi cabeza en mis manos. Eso explica el extraño y pesado sombrero de payaso, era del mismo metal que formaba del cráneo del Sombrerero Loco.

—Supongo que Rabid te estaba ayudando, también. —Esa posibilidad duele más que cualquier otra.

—No —responde Morfeo—. Su lealtad hacia ti es sincera. Su parte en esto fue puramente accidental.

—¿Qué pasa con la pesadilla? —le pregunto, levantando la mirada.

Morfeo niega con la cabeza. —Tu propio subconsciente manifestó ese chisme, con un poco de ayuda de los alucinógenos que pusimos en tus sedantes.

—¿Por qué? —gruño.

—Tuve que hacerte creer que Roja estaba poniendo en peligro a tu novio para que volvieras conmigo a salvar el País de las Maravillas. La única manera en que alguna vez puedo conseguir tu atención es poniendo tu juguete mortal en peligro. Estaba funcionando de manera brillante, hasta que una vez más el humano embrolló las cosas.

—¡Idiota! —Mis músculos se enrollan y pelean para arremeter contra él. Espero que doble una de sus alas entre nosotros para bloquearme. En cambio, da un paso adelante, sus alas en alto y abierta. Extiende sus brazos, retándome a derribarlo, alentándome. Ivory me atrapa por la cintura y me arrastra a su lado una vez más.

Me esfuerzo por salir de su abrazo. Ella me abraza con una fuerza que es sorprendente para alguien tan delicado como una escultura de hielo.

—Hoy viniste corriendo hasta aquí pretendiendo ser el héroe —suelto furiosa a Morfeo—. Cuando todo este tiempo era tu culpa que Jeb estuviera en peligro para empezar. Y ahora está en verdadero peligro.

—Sólo iban a ser un par de pinturas sobre vidrio —responde Morfeo, su voz sonando demasiado tranquila—. Se suponía que el jugo era para hacerlo más centrado hasta que terminara. Nunca anticipé que iba a enloquecer, o que tú podrías encontrar tu camino hasta aquí y pusiera sus manos sobre ti... —Hay un ligero cambio en su facciones, algo amenazante—. Nunca me imaginé que si Ivory lo dejaba por unas horas, él se iba a ir por la tangente y pintar sus recuerdos, precisamente los que perdió. Está atrapado en un infierno hecho por sus propias manos. —La mirada de Morfeo se estrecha—. Pero no. Es más en tus manos, ¿no es así? Has tenido un año para decirle todo. Si lo hubiera sabido, no habría sido un blanco tan fácil para mí, y tal vez no estaría en peligro de la Hermana Dos ahora.

Me libero del agarre de Ivory, pero no puedo moverme de la cama. Morfeo está en lo correcto. La vulnerabilidad de Jeb es mi culpa.

—¿Cómo haces eso? —pregunto—. ¿Cómo es que siempre giras todo alrededor de todos los demás? ¿Manipulando incluso a aquellos que sabes que creen en ti?

Morfeo se encoge de hombros. —Ese es mi poder. Mi magia. *Persuasión.*

—No. Tú poder es veneno. —Mi orgullo levanta su cabeza nuevamente—. Sólo para que sepas, hay algo que nunca me persuadirás de hacer.

Me estudia, con aire satisfecho. —¿Qué es eso?

—Amarte.

Las joyas de Morfeo se vuelven azul pálido, el color de la angustia, y me deleito sabiendo que lo corté. —Nunca digas nunca —murmura.

Igualo su mirada, los ojos ardiendo como si el veneno se filtrara a través de mi iris.

Él mira hacia otro lado primero, pasa sobre la escalera y se sumerge, elegantes alas negras se extienden ampliamente. Cae ligeramente en el centro de la pista. Saluda a sus polillas, juntando su sombrero, y luego se arrodilla para levantar a Jeb en su hombro, alrededor de su pierna izquierda.

Doy un salto en mis pies y trepo nuevamente a la barandilla. — ¡Suéltalo! —chillo.

—Él no está seguro aquí —responde Morfeo, reuniendo la camisa y las botas de Jeb con su mano libre—. Tenemos que encontrar un espejo y llevarlo al tren. ¿Deseas intentar arrastrarlo hasta el coche tu misma?

Me trago una respuesta. Tan arrogante como es, tiene razón: necesito su ayuda para encontrar el tren.

—Las llaves —me apresura.

Con el ceño fruncido, se las arrojo. Chessie se acerca y las atrapa en el aire.

Ivory se pone de pie, toda encajes y elegancia. Se mueve detrás de mí, sus alas descienden como una capa de plumas.

Morfeo la ve por encima de mi hombro. —Regresa a través del agujero del conejo y protege tu castillo. Advierte a la Hermana Uno que su gemela ha pasado al reino humano. Ella tendrá que mantener una estrecha vigilancia sobre el lado oscuro del cementerio. Alyssa y yo la seguiremos pronto. Tenemos poco tiempo que perder.

—Bien —le digo—. Ahora que has logrado atraer a una de las más espeluznantes habitantes del Inframundo, y más venenosas, a un mundo de seres humanos indefensos, no tenemos mucho tiempo, ¿verdad?

Morfeo resitúa a Jeb en su hombro. —No estamos en completa desventaja, Alyssa. La Hermana Dos tiene una debilidad, como todos nosotros. Ella tiene un punto ciego. Una vez que ha acorralado a su presa, no se da cuenta de nada más a su alrededor. Por lo tanto, ya que nosotros somos dos, podemos trabajar en equipo para derrotarla y enviarla de vuelta al País de las Maravillas.

—Correcto —le respondo—. Y entonces serás el gran héroe de nuevo. Por limpiar un lío que tú has causado en primer lugar.

Morfeo no responde. Camina hacia la puerta. Chessie mira hacia nosotros una vez, y luego lo sigue.

—Tal vez eres un poco dura con él —dice Ivory.

Con las manos apretadas a los lados, la enfrento. —Jeb es el blanco de una mujer viuda negra lo suficientemente grande como para comerse a un caballo, y ahora él está en estado catatónico y ni siquiera puede defenderse. Por no hablar de todos los seres humanos que casi estallan en llamas hoy, todo por el estúpido plan de Morfeo.

—Él nunca esperó que la Hermana Dos se involucrara. Y no tiene nada que ver con lo que sucedió en tu escuela. Los bichos se enteraron de la alianza de la Reina Roja con las flores. Temían que llevara su ejército a tu mundo después de que destruyera el País de las Maravillas, donde pueden alimentarse de insectos y seres humanos por igual. Lanzaron a los espectros en un esfuerzo por proteger su hogar de invasores. Él no estaba

libre de culpa. Ha estado en tormento. No era su plan original usar a tu caballero mortal.

—Claro. Estoy segura de que fue a sacrificar su propia vida por todo el País de las Maravillas, porque es un mártir de la vieja escuela.

Ella frunce el ceño, sus pálidos labios de color rosa brillante, como pétalos de flores a la luz del sol. —Ese era su plan.

Quiero reírme, pero la sinceridad en sus helados ojos me detiene. Una cosa que he aprendido acerca de Ivory, es que siempre es honesta cuando es confrontada. —Muy bien. Convénceme.

—Una semana antes de que Morfeo comenzara a visitar tus sueños otra vez, él vino a mi castillo y me dijo del ultimátum de Roja. Me pidió que usara mi corona mágica para mirar su futuro, para asegurarse de que si hacía lo que le pedía y se entregaba a Roja, estaría saciada, y tú y el País de las Maravillas estarían a salvo para siempre. Lo que vi... lo cambió todo para él. —Ella extiende la palma de su mano, y una burbuja aparece. Es del tamaño de una pelota de béisbol, pero luminosa y clara. —Prométeme que nunca le dirás a nadie lo que estoy a punto de mostrarte.

Me quedo muda, mirando la burbuja mientras una imagen borrosa comienza a formarse en el interior.

—Promételo —presiona Ivory.

Hago la promesa. Dos promesas de vida mágica en un día. Me estoy convirtiendo en una profesional negociante habitante del Inframundo sin siquiera intentarlo.

Sin soltar la burbuja, se agacha al lado de mi mosaico y raspa un pequeño residuo de polvo color gris de la nube de chispa que Chessie dejó antes. Golpea fuerte sobre la burbuja cristalizada, que muestra una escena sorprendentemente familiar. No sólo puedo verla, también puedo oír, oler, sentir y saborear.

Estoy coronada y sentada en un trono a la cabeza de una mesa, encabezando una fiesta con un mazo en la mano. El aroma del vino para reyes, las galletas rayo de luna y fruta horneada flotante en espumosos platos y vasos de cristal.

Reunidos alrededor hay un revoltijo de criaturas, algunos vestidos, otros desnudos, todos más bestiales que humanoides. Ellos son mis súbditos, y mi corazón rebosa de afecto por ellos: por su rareza, por su locura, por su lealtad.

Hablamos y bromeamos y negociamos con el plato principal. Risa maniaca hace eco en los pasillos de mármol, dulce para mis oídos.

Hay movimiento en la entrada de la sala de banquetes. Un niño con mis ojos se tambalea, todo alas, cabello azul y riendo inocentemente. Sosteniendo su mano está Morfeo, llevando una corona de rubíes.

La burbuja estalla y se lleva la visión con ella, dejando nada más que el sonido de mi jadeo y fragmentos de humo gris detrás.

—Verás —dice Ivory—, una vez que Morfeo supo que un día tú le pertenecerías y él a ti, que compartirían un niño, ya no estuvo dispuesto a morir para salvar el País de las Maravillas. Pero estaba inseguro de tus sentimientos por él. Temía que te negaras a ayudar. Así que hizo un nuevo plan, aunque era imperfecto.

Recuerdo ese primer día en el baño de la escuela, las palabras que Morfeo dijo: “*Uno hace lo que tiene que hacer, para proteger lo que ama*”. Sabía que había un significado subyacente, sólo no tenía ni idea de cuán profunda era su alma.

Estoy teniendo problemas para respirar. —Un hijo —le digo, recordando cada detalle de la cara perfecta del niño.

La sonrisa de Ivory es cegadora. —La criatura más única. El primer niño que nacerá de dos habitantes del Inframundo que han compartido su niñez. El País de las Maravillas se basa en el caos, la locura y la magia. Durante mucho tiempo, la inocencia y la imaginación han tenido lugar allí. Como resultado de ello, no hemos tenido hijos, por lo menos según la definición de tu mundo. Y debido a esto, hemos perdido la capacidad de soñar. Pero Morfeo experimentó esas cosas a través de ti, cada vez que jugaron juntos en tus sueños. A través de su hijo, el País de las Maravillas prosperará con nueva magia y fuerza. Nuestra descendencia llegará a ser de niños verdaderos una vez más, que aprenderán a soñar de nuevo. Y todo estará bien con nuestro mundo.

—No —murmuro. Puse a mi hijo teórico fuera de mi mente. No estoy dispuesta a hacer ese sacrificio. Todo en lo que puedo pensar es en Jeb, en mi familia y mis amigos, y mi futuro en el reino humano—. Eso no puede estar bien. Elegí quedarme aquí. —Miro hacia el lugar donde Jeb estaba y me siento tan vacía.

Ivory toma mis manos y las aprieta. —Todavía puedes tener un futuro con tu caballero mortal. Puedes casarte con él. Tener una familia e hijos aquí.

Mi cabeza da vueltas. Nada de esto tiene sentido. —¿Cómo?

—Así como tienes dos lados en ti misma, tienes dos posibles futuros. Un día, los mortales que amas envejecerán y morirán. Tú, también, vas a envejecer por fuera, y tendrás que pasar a través de la ilusión de la muerte. Pero tu corona te otorga una eternidad en el País de las Maravillas. Serás restaurada a la edad que tenías cuando se colocó primero en tu cabeza. Tu segundo futuro, reinando como habitante del Inframundo inmortal sobre el reino Rojo, comenzará. Y como viste, Morfeo jugará un papel muy crucial.

Me siento como si alguien me diera un puñetazo. —No puedo estar con alguien en quien no confío. Quien no confía en mí tampoco.

Ella coloca una mano sobre mi hombro. —Aprenderán a entenderse entre sí, para leerse el uno al otro. Morfeo es raramente honesto con sus palabras. En sus acciones está la verdad. Es posible que haya muchos, muchos años entre el ahora y la visión que has visto. Algo cambiará la forma en que lo ves. Tal vez un grupo de pequeñas cosas en el camino, o posiblemente otro gran gesto del que nunca pensaste que fuera capaz. Sea lo que sea, alterará su relación para siempre. —Ivory da un paso atrás—. Alyssa, te han dado la oportunidad de dos vidas y dos amores. Eso no es nada menos que un milagro. Acaricia el regalo por lo que es. Te veré pronto, en el País de las Maravillas.

Sus alas se arquean sobre su cabeza, alta y hermosa. Ella las pliega sobre sí misma, y entonces, en un puf de luz blanca y polvo con brillante, se convierte en un cisne y sale disparada con gracia por la puerta.

Aprieto la mandíbula, mis emociones tambaleándose. Mi corazón se rompe al pensar en sobrevivir a Jeb y a todas las personas que amo: mamá, papá, Jenara, y Jeb y mis hijos. Es un viaje mental que no podría comprender, incluso en el mejor día. Y hoy ha sido el peor de todos.

Entonces, más allá de la tristeza que ensombrece mi futuro, está la terrible confusión de mi presente.

¿Cómo puedo realmente estar con Jeb, sabiendo que un día me casaré con Morfeo? ¿Cómo puedo cumplirle a Morfeo el día que le prometí a él y serle fiel a Jeb, sabiendo lo que sabe?

Me siento con fuerza sobre el colchón. Morfeo negoció esas veinticuatro horas porque no quiere que yo tenga mi vida mortal. Él no quiere esperar, o compartirme con cualquier otro tipo. Él planea comenzar nuestro futuro de inmediato.

Aprieto el relicario con forma de corazón en mi cuello, forcejeando por separar la cadena de la llave de rubí. No voy a dejar que me arrebaté mi tiempo con Jeb. Me niego.

Hay un crujido en la puerta. Me levanto y miro hacia abajo para ver a Morfeo en el umbral.

—Tenemos que irnos —dice.

—No —hablo con brusquedad, demasiada abrumada para decir nada más. Quiero odiarlo por todas sus mentiras, pero la visión de Ivory mantiene a nuestro hijo grabado en el ojo de mi mente. Morfeo tenía motivación. Eran puras, independientemente de las mentiras y engaños que hizo para justificarse. No hay nada blanco y negro con él. Es un retrato caótico hecho de todos los matices de gris.

Con un movimiento de sus alas oscuras aparece a mi lado en el desván. —¿Qué significa no? No tenemos tiempo para tonterías, Alyssa.

—Libérame de mi promesa —le digo, obligándome a mirarlo a los ojos—. Los dos sabemos que nunca tendré sentimientos por ti. Entonces, ¿por qué incluso jugar este juego? No hay nada entre nosotros. —Si puedo decírselo a la cara, tal vez sea cierto.

Se inclina, por lo que sus alas nos dejan a la sombra, y sus joyas centellean de un rojo cegador. —Voy a demostrar que te equivocas. En el momento en que esta guerra haya terminado, cuando te tenga para mí solo por veinticuatro horas. Nunca más pondrás en duda lo que hay entre nosotros.

—No. El trato está cancelado.

—Bien. Rompe tu promesa. Pierde tus poderes. Entonces no tendrás a nadie a quien culpar sino a ti misma, cuando la Hermana Dos tome a Jebediah dentro de su telaraña.

Mi pesadilla parpadea a través de mi cabeza: Jeb envuelto, un cadáver.

Gruño y corro hacia Morfeo. Él me atrapa y me apoya en la pared donde las telarañas son más gruesas. Me enrolla como un trompo hasta que mis brazos están prendados a mi cuerpo con una manta pegajosa. Me esfuerzo, pero la telaraña de la Hermana Dos es tan fuerte como la cuerda de cáñamo.

Morfeo dobla las rodillas, así estamos al nivel de los ojos. —¿Por qué insistes en atar tu corazón dentro de estas cadenas? Por una vez, solo estate quieta y escucha. Escucha la llamada del Inframundo.

Antes incluso de que pueda preguntarle lo que quiere decir, roza sus labios con aroma a regaliz a través de mi frente —apenas tocando— su cálido aliento arrastrándose a través de mi parche en el ojo izquierdo, luego por una mejilla, hacia mi boca. La esquina de mis labios cosquillea cuando pasa sobre ahí, y luego su respiración deja de flotar sobre mi barbilla.

Sus palmas apoyadas contra la pared a cada lado de mi cabeza. Deja que la telaraña cubra sus manos, su aliento reemplaza a sus labios, sosteniéndome inmóvil y besándome sin tocarme. Mis ojos pestañean cerrándose mientras sus labios rozan por un pelo de distancia a mis párpados. Su familiar canción de cuna se enciende en mi mente, pero hay un nuevo verso:

“Pequeña flor atrapada en el medio, que lleva malicia como una reina; oculta la verdad, siendo cruel y agria, aún con todo eso, gobiernas mi corazón.”

Trato de dejarlo fuera, pero la canción me arrastra de nuevo al País de las Maravillas, a los paisajes ya harapientos y heridos.

Las lágrimas queman detrás de mis párpados mientras soy testigo de la destrucción.

La inquietud despierta en mi interior, dando golpes en mi cabeza. Por más que trato de resistir, mi sangre arde furiosa por el País de las Maravillas, sus cielos y su tierra enferma, siento compasión por su alma rota.

Morfeo finalmente me toca, trayendo mis pensamientos nuevamente al desván. Sus manos ahuecan mi cara, él obliga a mis ojos a abrirse con sus pulgares en los bordes. Se aleja, y su mirada se encuentra con la mía, mandando un mensaje a lo más profundo de mi corazón.

Libérate de tus cadenas, Alyssa. Deja a tu magia ser libre.

En reacción tanto a su súplica silenciosa como a mi furia por el alboroto de Roja, mis alas de mariposa pican y pellizcan hasta que la presión es insoportable.

Lloro asustada por la sorpresa mientras brotan de mi piel, rasgando mi camiseta y cortando las telarañas. La red se aferra a la pared y mi pecho es cubierto por una tela espesa que sirve como la camisa que he perdido.

Soy libre y doy un paso lejos de la pared, mis alas son un tanto pesadas y ligeras.

Morfeo me observa. Sus joyas son del más profundo color púrpura que he visto nunca: triunfantes y orgullosas. Su boca se curva en una lenta y ardiente sonrisa.

—Muy bien hecho, mi reina —dice, dando un paso atrás y ajustando su sombrero—. Estás en tu máximo poder cuando dejas de resistirte a lo que hay en tu sangre. —Camina hacia mis mosaicos, entonces permanece junto a ellos, mirándome—. Una cosa más: El País de las Maravillas y yo somos lo mismo. Si amas a uno de nosotros, amas al otro. Eres el País de las Maravillas, también. Lo que significa que somos el ajuste perfecto, en más maneras de las que puedes llegar a imaginar. En nuestro día juntos, tendré el gran placer de mostrarte todas ellas.

Mi corazón está latiendo tan fuerte, que no puedo hablar a su alrededor.

Morfeo recoge mis mosaicos dando pasos hasta el borde del desván. Arroja las llaves de Gizmo a mis pies. —No tardes demasiado. La memoria de tu chico mortal necesita un empujón. Y el País de las Maravillas está esperando.

Se deja caer hacia atrás y me deja allí parada, mi cuerpo tarareando con el poder: una completa sensación de reina del Inframundo liberada de su jaula, aún casi fascinada por el casi beso al diablo del Inframundo.

Turbulencia

Traducido por Nina Carter & florbarbero

Corregido por Karool Shaw

Tan pronto como Morfeo cierra la puerta, me quito la red del pecho y me enrolló una tela para cubrir mi sujetador. Una soga del andamio sirve como cinturón y sostiene mis alas pegadas a mi espalda bajo la sábana.

Me siento como Quasimodo en una toga.

Morfeo dejó su chaqueta estilo gabardina en el piso. Habría sido ideal con las ranuras para alas, sin embargo me niego a darle la satisfacción de usar su ropa. Echo un vistazo por la puerta y veo que él está apoyado en Gizmo con las alas sobre el capó del auto en toda su gloria. Es bueno que estemos en un camino desierto.

Él usa mis gafas de sol, los extremos de su cabello se mueven con el viento y habla con Chessie tranquilo, en calma y seguro de sí mismo. Ni siquiera parece nervioso por lo que se nos avecina: enfrentar a Roja y a la Hermana Dos. Está demasiado ocupado regodeándose.

Siseo por la frustración. Quiero estar furiosa porque dijo que yo mentía sobre mis sentimientos e incluso más enojada porque haya incitado a mis alas a salir, y ahora estoy luchando para intentar ocultarlas hasta que desaparezcan en mi piel. Sin embargo, tengo que admitir que abrazar la realidad de mi poder es embriagador. Encuentro difícil ser rencorosa cuando él sólo estaba intentando mostrarme lo fuerte que soy en realidad.

Cuando, de hecho, es lo que hace siempre.

Aun así, no logro permitir que piense que ha ganado. Si él es mi rey en algún futuro insondable e inmortal, seremos compañeros. Pero las reinas tienen dominio sobre los reinos. Tengo que probar que tengo una afición por la manipulación que puede ser su rival.

Tomo mis llaves y la chaqueta de Morfeo, luego meto la botella de vidrio en la parte de atrás de mi cinturón improvisado entre el bulto de mis alas, por lo que está escondido.

Cuando salgo de la casa y me expongo al aire polvoriento, Chessie aletea y se posa en mi cabeza. Entierra sus patas en mi cabello y amasa mi cráneo como un gatito.

Morfeo mira mi atuendo cuando le paso su chaqueta.

—¿Así que vamos a la antigua Roma, entonces? —se burla.

—No me reiría si fuera tú. —Sacudo las llaves del auto en su cara—. Tu vida está en mis manos, *no lo olvides*. —Mi imitación de su acento cockney es, de hecho, un acierto y me permito disfrutarlo.

—Lamento decepcionarte, amor. Ddeja la chaqueta en el asiento del pasajero—. Mi plan es volar esta vez.

Se transforma en la polilla, su sombrero explota en un espectáculo de polillas pequeñas que se van con el aire. Morfeo se posa en el capó del auto. Mis gafas de sol descansan sobre el metal junto a él, capturando un destello del sol. Intento alcanzarlas, pero antes de que él pueda adivinar mis intenciones, agarro una de sus alas en lugar de los lentes. Él aletea, intentando liberarse, y su ala libre golpea mi mano.

Saco la botella y lo meto dentro de ella, con cuidado para doblar sus alas. No quiero lastimarlo. Simplemente quiero *mejorarlo*.

Una vez dentro, empujo una toalla de papel en el cuello de la botella. No hay necesidad de preocuparse porque se asfixie. Después de todo, esa noche del año pasado estuvo en una trampa de insectos y sobrevivió.

—Al parecer habrá un poco de turbulencia en tu vuelo —le digo a través del vidrio.

Su voz llena mi cabeza, un gruñido de enojo y regaño. Como no respondo, grita el nombre de Chessie. Chessie revolotea sobre el auto, se detiene en el espejo lateral y lame su pata, divertido y sin interés en tomar bandos.

Sostengo la botella en alto para mirar a Morfeo de cerca.

—Juego, apuesta, victoria, *amor*. Te das cuenta de que mi lado humano te derrotó, ¿cierto? No hay necesidad de magia.

Una polilla real se hubiera golpeado contra las paredes de vidrio hasta el cansancio, pero él se cuelga bajo el cuello curvo, digno, mirando con ojos saltones. Si tuviera boca en lugar de probóscide, habría podido saber si está gruñendo o sonriendo con orgullo. Conociéndolo, podría ser cualquiera. Lo más probable es que sean ambas.

Mi pecho se hincha con una pequeña satisfacción.

Me pongo las gafas de sol. Los marcos está tibios por el sol, pero el calor no es suficiente como para evitar que tiemble cuando veo a Jeb acurrucado en su costado en el asiento trasero. Morfeo lo vistió con su

camiseta, botas y esa pequeña bondad le brinda a mi rival alado un lugar seguro durante el viaje.

Jeb murmura algo cuando dejo la botella en la curva de sus rodillas. Es el mejor lugar para evitar que el cristal ruede. Beso la cabeza de Jeb y luego me deslizo en el asiento del conductor.

Es difícil encontrar una posición cómoda cuando me siento sobre mis alas. Finalmente las coloco a mi derecha, lo que hace una forma grumosa e irregular bajo la sábana. Tendré que tomar la calle lateral para entrar a la ciudad porque si alguien me ve, podrían pensar que estoy escondiendo un cadáver.

Chessie se para en el tablero, parpadea dos veces en mi dirección, y desaparece a través del espejo retrovisor, adelantándose a Londres y al agujero del conejo.

Para el resto de nosotros, Hilos de Mariposa será nuestra primera parada. Hay espejos de cuerpo entero en las paredes y mucha ropa, aunque tendré que hacer algunos ajustes creativos para hacer encajar mis alas.

Solo son las doce y diez. Cuando Penélope falta de personal, cierra la tienda desde el mediodía hasta la una para almorzar.

Meto la chaqueta de Morfeo en mi mochila y luego reviso mi celular. Hay dos mensajes de texto de Jen y tres mensajes de voz de mi padre. Le respondo primero a Jen:

Hallé a Jeb. Detalles después. Está a salvo. Estaré en casa en un rato...

Luego, escucho el mensaje de voz más reciente de mi padre:

—Allie, estoy preocupado. Basta de pensar, ¿de acuerdo? Ven a casa. Hablaremos. Podemos solucionar las cosas.

Su voz es tensa. Está asustado, sin duda, sin embargo, aparentemente está en casa y, al juzgar por el “*estoy preocupado*”, no le ha dicho a mamá sobre lo que ha pasado aún. Bien, porque si ella descubre los eventos en el colegio, lo sabría todo y haría algo impulsivo. No la quiero en peligro también.

Papá dijo “solucionar las cosas”. Sé lo que quiere decir: cuando regrese, estaré castigada. No podré usar mi auto, teléfono, computadora y estaré alejada de mis amigos hasta el lunes, cuando él pueda llevarme con el psiquiatra de mamá. Me pregunto si siquiera planea dejar que me gradúe con mi clase el sábado.

Tiene que haber una manera de arreglar esto, pero no tengo tiempo ni capacidad de pensamiento para desperdiciar en eso ahora. Después de que Roja sea derrotada, y quite a la Hermana Dos de la espalda de Jeb, volveré del País de las Maravillas y haré las cosas bien de alguna manera.

Si sobrevivo a la guerra.

Toda la culpa, el miedo y la duda forman un nudo en mis cuerdas vocales. **Espero verlos a ti y a mamá pronto, papá**, envío el mensaje de texto, sintiendo cada palabra de verdad.

Respiro profundamente y apago el teléfono.

* * *

Llegamos al centro comercial a las doce y media. Voy por el callejón detrás de Hilos de Mariposa. Es un lugar seguro para dejar el auto mientras estás a mitad de camino al otro lado del mundo.

La grava cruje bajo los neumáticos de Gizmo al llegar a una parada unos cuantos contenedores antes de la puerta trasera de la tienda, inclinando el auto entre un compresor de cajas y una pared de ladrillos de casi tres metros para esconderlo. El Prius rojo de Perséfone no está en su lugar habitual, y las luces de la tienda están apagadas. Si no apuramos, nos habremos ido antes de que vuelva de almorzar.

Me quito las gafas de sol, agarro la botella de Morfeo, y salgo del lado del conductor. No espero liberarlo, pero necesito que me ayude a llevar a Jeb y a abrir la puerta trasera de la tienda.

Sus ojos me miran a través del vidrio. Está teñido de verde, lo que significa que esos atajos con baches le pasaron la cuenta.

Me paro entre el contenedor y los ladrillos para tener más privacidad. Aguantando la respiración contra el hedor de basura calcinada, miro alrededor para asegurarme de que estamos solos en el callejón. Los destellos calientes del sol golpean la parrilla de un auto en la distancia, pero no hay nadie en él, así que abro el jarro.

Morfeo sale por el cuello y se equilibra en el borde, como si se estuviera orientando. Se lanza al aire con un aleteo y estática azul para luego transformarse frente a mí en una silueta que bloquea el sol y enfría mi piel.

—Mi Sombrero de Peregrinación —se queja, enderezando su corbata y su chaleco mientras vacila con las piernas temblorosas.

Señalo las polillas que se arrastran por el techo de Gizmo.

—Perdimos algunas de ellas con el viento. Perdón.

—Excelente. —Frunciendo el ceño, Morfeo se acerca y barre los insectos con la mano, engatusándolas para formar el sombrero. Forman todo menos el borde. Él se lo pone de todas formas y se vuelve hacia mí.

Me muerdo las mejillas para no reír.

Estrecha sus ojos. —No te pongas muy descarada, ciruelita. Aunque tu broma pudo haber sido irresistiblemente malvada, todavía estoy a la cabeza por unas alas. —Mira sobre mi hombro, hacia la tela caída.

El habitante del Inframundo en mí da codazos hasta que ya no quiero ocultar lo que soy. Miro alrededor del callejón desierto, luego giro el cinturón para que sostenga de forma segura la sábana en el frente, y se abra en la parte de atrás. Mis alas se liberan detrás de mí con un blanco opaco, brillando de forma tenue con joyas del color del arcoíris, similares a las gemas bajo las marcas de los ojos de Morfeo.

Sus alas se elevan, reflejando las mías, y nos enfrentamos en silencio, pidiendo una tregua. *Por ahora.*

Tomamos la puerta trasera de la tienda. El aire acondicionado nos da la bienvenida junto a la esencia de lavanda de la última obsesión de Perséfone: aromaterapia holística en la forma de velas de soya sin mecha.

Morfeo apoya a Jeb contra la pared, y cierra la puerta mientras yo prendo la luz. Se iluminan mil ampolletas, todas juntas en una sola pared como una tela de araña hecha de luces ámbar de navidad.

—Me estoy cansando de llevar tu equipaje, Alyssa —se queja Morfeo mientras coloca a Jeb en una posición sentada—. Y su ropa es un desastre. Podrías considerar dejarle usar mi chaqueta.

Le hago una mueca, dejo a un lado de mi mochila, y me arrodillo delante de Jeb. —Es tu culpa que tenga que estar dormido y que se arruinara su ropa. —Saco la camisa ensangrentada de Jeb y la introduzco en mi bolso para poder reemplazarla con la chaqueta de Morfeo. Mordiéndome el labio, trazo las cicatrices de quemaduras de cigarrillos a lo largo del torso desnudo de Jeb. A menudo he deseado poder sustituir todos esos malos recuerdos con los buenos que hemos creado juntos desde entonces. Pero ahora, más que nunca, me doy cuenta de lo importante que cada recuerdo es, malo o bueno, porque moldean en lo que nos convertimos.

Los brazos de Jeb son peso muerto, muy incómodo y difícil de acomodar a través de las mangas largas de la chaqueta. Es inquietante verlo inmóvil. Tiene un cuerpo tan fuerte, activo y dominante para todo lo que lo utiliza —montar su Honda, el patinaje, la pintura, escalar, o incluso hacer que me sienta... *increíble*. El verlo tan vulnerable me recuerda el peligro que afrontó en el País de las Maravillas el verano pasado, y el que se avecina para ambos ahora que lo he traído a esto de nuevo.

Trato de moverme rápido. Su espalda es más amplia que la de Morfeo, pero las aberturas para las alas permiten que la chaqueta sea lo suficientemente elástica como para poder abotonarla justo debajo de su esternón. Rozo mis dedos por los vellos de su pecho, deseando poder hablar con él.

—Si tan sólo pudieras oírme —susurro, más para mí que para Jeb—. Si pudiera hacerte entender cuánto lo siento.

Morfeo coloca un pie al lado de mi muslo. —Supongo que ahora podría ser el momento justo para decirte que puedo hacer que esté despierto en un estado de ensueño que mantendría la consciencia de su dolor al margen.

Mi mandíbula cae y lo miro. —¿Qué? ¿Pudo estar despierto todo este tiempo y no seguir siendo miserable? ¿Qué está *mal* contigo?

Morfeo frunce los labios. —Hmm. Tener a Jebediah obsesionado por ti en un estado de ensueño, pero despierto, o dejarlo inconsciente y babeando. ¿Cómo llaman a eso aquí? Una obviedad.

Aprieto los dientes. —¡Morfeo! Te lo juro, eres el más grande...

—Shhhh. —Se sube las mangas de su camisa negra—. No digas nada o voy a hacer que lo lamente. Siendo sincero, me he hartado de tus regaños. Me vendría bien una distracción.

—El sentimiento es *más* que mutuo. —Le frunzo el ceño.

Presumido, Morfeo ondea sus brillantes dedos azules en la frente de Jeb. —Soñador despierta, pero permanece deshecho, tus pensamientos no son más que sombras eclipsadas por el sol.

Jeb se queja, pero no se despierta.

—Va a tardar unos minutos en arrancar —dice Morfeo, entonces deambula examinando el santuario personal de Perséfone de la película de 1990 *El Cuervo*. Se queda mirando a los ojos de la escultura de tamaño natural de Brandon Lee, como si mirara un espejo.

—Déjame encontrar algo de ropa, y nos iremos —le digo.

—Debes apresurarte. Una vez que Jebediah despierte, su estado de sueño será temporal. La realidad comenzará a filtrarse en su psique, así que tenemos poco tiempo.

—De acuerdo —respondo.

Morfeo regresa a su valoración de Brandon Lee. —No está mal. Si tan sólo tuviera alas.

Sacudo la cabeza con desdén, y a continuación, camino a los bastidores llenos de ropa funky y gótica esperando ser trasladada a la planta principal. La colección de accesorios de Perséfone añade un aire espeluznante: hay un esqueleto con una sola pierna que ocupa una silla antigua, sus huesudos brazos cruzados sobre su pecho como si fuera el guardián de una cripta; los rollos de lienzo como telón de fondo; un baúl lleno de máscaras destrozadas y trajes raídos; cabezas de polietileno con un surtido de colores y estilos de la pelucas, y algunos artículos eléctricos, incluyendo más cadenas de luces y una máquina miniatura de humo.

Me detengo ante el estante de la mercancía dañada. No es mi primera opción para un viaje a Londres, pero como Perséfone tirará muchas de estas cosas a la basura, es la *mejor* opción, así que no siento como si estuviera robando.

Encuentro un minivestido con manga tres cuartos de elástico terciopelo morado, con un sostén ajustado y una falda acampanada. Encaje turquesa recubre las mangas y la cintura. Llega hasta mis muslos, tiene el tamaño perfecto de una túnica para colocarlo sobre mis vaqueros rasgados. Hay un desgarró en la costura del hombro izquierdo. Lo amplió aún más para que la hendidura se adapte a mi ala, y luego rompo el otro hombro del lado derecho para que quede igual.

Después de lanzar un rápido vistazo a Jeb, me meto en el pequeño cuarto de baño a la izquierda, cierro la puerta y coloco la mochila en el suelo. Aflojo mi cinturón, y el pedazo de tela cae, así que estoy de pie solo en mi sostén, vaqueros y botas. El aire frío se precipita sobre mí desde un conducto sobre el lavamanos. Una pequeña luz fluorescente apenas ilumina la habitación y causa estragos en mi reflejo.

Paso los dedos por mi cabello enredado, sorprendida por lo salvaje que me veo.

Soy toda un pedacito de habitante del Inframundo: parches en los ojos, pelo rebelde y ondulado que parece moverse como si estuviera vivo, y un brillo resplandeciente en mi piel.

Más imponente que todo eso, son mis alas que se levantan detrás, brillantes y esmeriladas, como una mezcla de joyas y gasa.

El año pasado estaba aquí de pie, aterrada de llegar a ser lo que pensaba que era mi mamá, una mujer loca, atada con una camisa de fuerza y ocupando una celda acolchada. Ahora estoy aquí siendo una persona completamente diferente de lo que era: mitad habitante del Inframundo, mitad humana, pero todavía completamente confundida.

¿Quién soy realmente? ¿Poderosa pero rota, como mi madre? ¿O soy algo más? ¿Una reina destinada a gobernar el País de las Maravillas con el más enigmático y frustrante de todos los habitantes del Inframundo a mi lado, teniendo un hijo que, de cierta manera retorcida, será un regalo para ese mundo loco?

No puedo. Aún no. Llevo mis ojos a mis botas. No más miradas al espejo. No más conjeturas. Es abrumador, incluso aterrador, saber que mi vida ya ha cambiado demasiado. No me puedo imaginar que cambie tan drásticamente de nuevo.

Necesito recordar lo que es normal. Lo que es seguro. Y Jeb representa todo eso. Tengo que arreglarlo, para poder volver a la vida real. Una vida sin más secretos entre nosotros.

Vestirme con alas resulta un desafío, pero la tela elástica ayuda. Cuando por fin regreso de nuevo al depósito, Jeb está de pie contra la pared con una expresión confusa, aunque no parece asustado o dolorido.

Mi corazón da un pequeño salto al verlo despierto y alerta, incluso si está en un estado de sueño.

Morfeo no está, y la exhibición de *El Cuervo* se ve diferente. Trato de situar lo que ha cambiado, pero un sonido proveniente de la habitación principal de la tienda me distrae. Supongo que ahí es donde Morfeo está, probablemente, revisando los espejos en las paredes. Debo asegurarme de que no sea visto por ningún transeúnte a través de las ventanas, pero estoy tan emocionada de finalmente tener la oportunidad de hablar con Jeb, que no me atrevo a salir todavía. Fue la tarde de ayer cuando tuvimos por última vez una conversación lúcida, pero parece haber sido hace mucho más.

—Jeb.

Se sacude cuando me nota. La chaqueta negra le sienta aún mejor cuando está de pie, con la parte delantera abierta mostrando más de su pecho. La tela se desliza hasta los muslos de sus vaqueros. Presiona la pared, estudiándome como si fuera una pintura. Me estremezco bajo su evaluación, no estoy segura de cómo reaccionar después de nuestro anterior encuentro. Sé que no me hará daño, pero...

Se acerca cauteloso, como si yo fuera un animal tímido que podría asustarse fácilmente. O quizás sea él quién podría estar asustado.

Me quedo en mi sitio. Voy a tener que camuflar mis alas y parches en los ojos de alguna manera antes de ir a Londres, pero no quiero ocultarlos de Jeb. Ya no más.

Me estremezco cuando contacta con mi cuello.

—¿Al?

Me derrito. No hay nada más que la dulzura y el amor que acostumbro esperar en su voz. No hay intenciones homicidas o una arista enloquecida en su mirada. Lo tacleo-abrazo, como quise hacerlo al instante en que se presentó en la casa de campo.

Se tambalea hacia atrás dos pasos, pero su solidez prevalece. Me estabiliza y devuelve el abrazo, con sus manos buscando un lugar en mi espalda que no esté bloqueado por mis alas.

—Esto es diferente —susurra, sin embargo, no suena alterado o asustado—. De todas las veces que he tenido este sueño, nunca estuvimos en un almacén.

Lo atraigo de nuevo y lo estudio, sonriendo. Morfeo no estaba bromeando cuando dijo que estaría en un estado de ensueño.

Me devuelve la sonrisa, y observo su barbilla. Incluso en la oscuridad, puedo ver las marcas rojas de las garras del conejo.

—Lo lamento mucho. —Acaricio el relieve de las líneas con la yema del dedo, aunque estoy hablando de mucho más que de su condición física—. ¿Te duele?

Me deja mimarlo un nanosegundo antes de sacar el acto machista. —Nada me duele cuando estoy con mi chica mágica. —Su mirada no deja la mía mientras agarra mis caderas y me arrastra cerca hasta que no hay espacio entre nosotros—. Tú sabes que te amo así. —Roza mis parches en los ojos con la punta del dedo, su aliento caliente en mi cara.

La confesión es hermosa, pero me pregunto si va a sentir lo mismo cuando ya no esté en trance.

—Estoy listo —dice. Hay una insistencia dulce en sus palabras que hace que mi garganta se seque. Es una versión atenuada del artista hambriento que enfrenté antes, y soy una vez más el centro de su mundo.

—¿Listo para qué? —pregunto.

—Para que me envuelvas en tus alas —responde, con voz ronca—, y para que me muestres cómo volar sin tener que abandonar la tierra.

Acaricia mi cuello, y un rubor calienta mi piel. Un estremecimiento de placer surge a través de mí, desde los dedos de los pies hasta las puntas de mis alas, pero lo empujo, distanciándome, con las manos envueltas en sus solapas. Morfeo dijo que el estado de ensueño es temporal. Tenemos que darnos prisa.

—Escucha, Jeb. Este sueño es diferente. Hay muchas cosas raras. —Me muevo hacia atrás a la entrada de la planta principal donde está Morfeo, así podemos irnos.

Jeb me sigue, con la cabeza ladeada, y una intensidad provocadora en sus ojos. —Apuesto a que puedo manejar cualquier cosa que me lances.

—No estaría tan seguro si fuera vos, chico de los sueños. —El murmullo de una mujer proviene desde afuera de la puerta, seco y ronco, como hojas raspando lápidas.

Hay un zumbido detrás de mí, y me giro hacia el umbral. Todo lo que puedo ver es una telaraña.

La Hermana Dos.

Casi me ahogo con los embates de mi pulso en la base de mi garganta.

Filamentos del hilo de araña envuelven la habitación principal, hebras oscuras colgadas desde el techo al suelo. Es como mirar dentro de una calabaza antes de que las membranas sean raspadas y limpiadas. La telaraña recubre la ropa de los bastidores y la recepción de la salida, hasta

la ventana del escaparate, cortando la luz del día. El resultado es una luz gris misteriosa, brumosa, como si las nubes de una tormenta se hubieran asentado fuera. Entorno los ojos, incapaz de determinar con precisión desde dónde se originó la voz de la araña.

—¡Morfeo! —grito.

No responde.

—¿A quién le gritas? —Jeb viene detrás de mí y me toca las alas. Una sensación de hormigueo se extiende a través de mí.

Me doy vuelta y lo llevo hacia el cuarto de baño. —Estás en peligro. Ella no puede encontrarte. —Lo empujo dentro. Se tropieza con mi mochila, pero recupera el equilibrio.

Preguntas llenan sus ojos cuando cierro la puerta entre nosotros.

—¡Oye! ¡Déjame salir! ¡Al!

Tengo la perilla de la puerta apretada y miro alrededor de la habitación, deteniéndome en el esqueleto de Perséfone. Tomando una respiración para calmarme, lo convengo para moverse como si fuera una marioneta que no requiere de cuerdas. Crujiendo y sacudiéndose, salta poniéndose de pie y se coloca a mi lado, a la espera de mis órdenes. Cambiamos de lugares, sus huesudos dedos sosteniendo la perilla mientras miro a mi alrededor en silencio.

—No lo dejes salir ni dejes entrar a nadie más que a mí —le digo sobre mi hombro, sin estar segura de que la bolsa de huesos me entienda. Todavía me estoy acostumbrando a esta cosa mágica.

El golpeteo de la puerta de Jeb se hace más fuerte.

Me trago el miedo y regreso de nuevo a la sala principal, sin llegar a una cortina de telaraña.

—*Bienvenida a mi sala, dijo la araña a la mosca.* —El susurro huele a tierra recién cavada y fría contra mi oído. Mi alma se encoge.

Miro hacia arriba. La Hermana Dos cuelga boca abajo encima de mi cabeza. Sisea y retrocedo, con la respiración rápida e irregular.

Ni siquiera está tratando de ocultar su forma espantosa debajo de un vestido. Su mitad superior es la de una mujer —labios lavanda, la cara translúcida toda ensangrentada y llena de cicatrices, una cortina de cabello gris plateado colgando casi hasta mi nariz. Su mitad inferior —una viuda negra con un abdomen del tamaño de una gran pelota que podía albergar a seis personas— balanceándose sobre el hilo de telaraña que conecta el techo con sus patas hiladoras. Ocho piernas brillantes de arañas enrolladas alrededor de ella, extrañamente gráciles, como si fuera alguna acróbata de un circo grotesco colgando de una cuerda.

Cortar, cortar, cortar. El sonido es mi única advertencia. Salto fuera del camino cuando su mano de tijera rebana el aire a centímetros de mi cara.

Me tiro al suelo y me arrastro detrás de la caja registradora, manteniéndome abajo para evitar las telarañas colgando.

—¡Morfeo! —El miedo hiela a través de mí—. ¿Dónde estás?

—No responderá, pequeña mosca. —La Hermana Dos se escabulle por la pared detrás de mí, las garras puntiagudas de sus patas golpeteando como gotas de lluvia—. Os abandonó, como el cobarde que es. Os trajimos a los tres, para saldar la deuda de vuestra madre.

Su cabeza gira hacia el depósito, donde Jeb todavía está golpeando y gritando.

—Estás mintiendo —le digo, intentando atraer su atención a mí nuevamente—. Morfeo no me dejaría.

—Le encontré en la otra habitación. Se convirtió en una polilla, y le perseguí hasta aquí. —Levanta su mano normal, envuelta en un guante de goma, y la agita—. Entonces, ¡puf! Él no está más aquí, ¿verdad? Halló una salida. Peor para vosotros.

Me apresuro a retroceder desde atrás del mostrador, con la mirada fija en sus ojos de color azul grisáceo, desafiándola a seguirme. Tengo que llevarla lo más lejos posible del depósito, tengo que mantenerla enfocada en mí como su presa. Es la única forma de que olvide a Jeb.

Se escabulle detrás de mí. Tropiezo con el borde de un estante. Al tratar de enderezarme, un ala queda atrapada en una telaraña pegajosa. Estoy atascada. Mi corazón golpea contra mi esternón.

Hermana Dos crece más alto, articulada, con sus piernas estirándose hacia arriba en un movimiento suave. Se inclina hasta que estamos cara a cara.

No voy a dejar que mi pánico saque lo mejor de mí. Si quiero mantener a Jeb con vida, tengo que ser el centro de su atención.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué deudas tiene mi mamá que debo pagar? —pregunto, recordando cómo la misma pregunta fue eludida por Ivory y Morfeo en el estudio. Estoy lista para obtener las respuestas.

—Aw, curiosa eres, ¿no? —Retrocediendo, se ríe, sonando como una puerta de tela metálica oxidada balanceándose sobre sus bisagras. Las hebras de cabello cuelgan sobre sus ojos, y los corre hacia un lado con su mano cortante. Sangre cae a partir del corte recién hecho, pero no parece darse cuenta.

—Debí matarla cuando tuve la oportunidad, y así no habrías nacido para robar la sonrisa o liberar el espíritu de Roja. De tal palo, tal astilla.

Aunque su robo fue más notorio que el tuyo. Se llevó al chico con los sueños.

¿El chico con los sueños?

Gossamer dijo algo acerca de los sueños, al explicar que los wraiths y los borogoves se equilibran entre sí.

—¿Los borogoves? —pregunto—. Se utilizan en el cementerio para calmar a los espíritus enojados.

—Así es. Los sueños no son un recurso renovable. Y cuando nuestra especie no puede soñar, robamos a los humanos, a aquellos que son lo suficientemente jóvenes como para todavía tener imaginación. Proporcionan protección para el agujero del conejo, y la paz para mi jardín.

Mi estómago cae. —¿Roban niños humanos? ¿Los secuestran?

Los ojos de la Hermana Dos se estrechan. —¿Es desprecio lo que huelo en tu aliento, niña? Tu madre era tan parecida a ti, no respetando la forma en que las cosas tenían que ser. Las reglas están ahí por una razón. Para la supervivencia de nuestro mundo, algunos tienen que sufrir. Y viceversa, ¿sí?

Estoy demasiado aturdida para responder. Quiero amar al País de las Maravillas con todo mi corazón, pero, ¿cómo puedo amar a un lugar que se lleva a los niños de sus hogares?

—Ha habido otros humanos desde ese chico —continúa la Hermana Dos, con la cara sangrienta eufórica—: pero él era diferente. Incluso a medida que envejecía, sus sueños eran *magníficos*. Los diez años que fue mío, tuve tal tranquilidad. —Se saca su guante usando los dientes. La funda de goma se dispara, exponiendo las colas de escorpión en lugar de dedos, y aguijones en lugar de uñas.

Suprimo una arqueada.

Mi mente corre es busca de un modo para que continúe hablando. —¿Quién era este chico? —Aunque en algún privado y horrorizado rincón horrorizado de mi alma, empiezo a pensar que sé quién es.

La Hermana Dos enrosca y desenrosca los dedos venenosos, inclinándose sobre mí. —¿Qué diferencia un nombre hace? Se ha ido lejos ahora. Puedes morir sin esa respuesta, así como he vivido sin él. Todo lo que necesitas saber es que tomaré vuestro caballero mortal como nuestro nuevo soñador. Tiene la mente de un artista. He visto su trabajo. Le dará a mis espíritus muchos años de paz y de entretenimiento.

—No, por favor. No hagas daño a Jeb... —Trato de liberarme de la telaraña, pero sólo se estrecha alrededor de mi ala. El pánico se extiende frío a través de mi sangre, haciéndome temblar.

—Aw. No te preocupes, pequeña mosca, nunca sabrá que está sufriendo. —La palma de la mano de Hermana Dos rastrilla mi cara. Agarro su muñeca y lucho con ella, pero esas ocho patas le dan un mejor centro de gravedad.

—¡Apártate! —gruño entre dientes, mi mente cambiando a modo de los habitantes del Inframundo. Recuerdo su punto ciego y silenciosamente llamo a mi esqueleto marioneta desde el almacén para atacarla por detrás—. No voy a dejar que tengas a Jeb sin luchar. —Me estremezco mientras un aguijón aprieta mi mejilla, a punto de romper la piel. El veneno de su extremidad llovizna sobre mi cara.

—Cuento con eso, insecto endemoniado —dice Hermana Dos—. Me gusta que mi comida pelee.

—¿Quieres pelea? —La voz de Morfeo interrumpe desde algún lugar al otro lado de la habitación, rompiendo mi concentración. Huesos suenan en el almacén mientras mi títere esquelético cae inerte—. Llévame en su lugar.

Mi corazón se eleva... sólo para encogerse de nuevo cuando me doy cuenta de lo que acaba de ofrecer. Apenas puedo distinguir su silueta a través de las telarañas, de pie delante de la ventana: su cuerpo, sus alas.

—Morfeoooooooooooo. —Hermana Dos me empuja hacia atrás, liberando sin querer mi ala de su trampa. Quito el veneno de mi cara y recupero el equilibrio.

Las alas de Morfeo baten lenta y cautelosamente. —Aquí mismo, mi querida desgraciada. Me sentía abandonado. Estabas apuntando toda tu hermosa furia al insecto equivocado. Después de todo, soy tan responsable como Alison por robar al chico. Lo debes saber a estas alturas.

Siseando, se escabulle hacia Morfeo.

—Alyssa —dice Morfeo, sin moverse de su posición—, tienes un viaje que hacer. Todo lo que necesitas está en mi chaqueta.

Espera... era por eso que insistió en que pusiera la chaqueta sobre Jeb, así tendría los boletos si nos separábamos. No tenía nada que ver con la camisa manchada de sangre de Jeb. Cree que voy a tomar el tren sin él.

—No —insisto—. No sin ti.

—¿Sacrificarías al mortal que amas por el habitante del Inframundo que odias? —pregunta, y la convicción en su voz me duele tanto como un golpe. No sé qué es lo más atroz, si el hecho de que le dije que lo odio la suficiente cantidad de veces para que lo crea, o que estoy empezando a darme cuenta de lo lejos que está eso de ser verdad.

Dudo, deseando poder rescatar a los dos. Es riesgoso, y si fallo en el intento, Jeb no tiene la menor posibilidad contra la Hermana Dos.

Morfeo, por otra parte, la tiene.

Mis ojos arden, corro hacia el almacén. Cometo el error de lanzar una última mirada por encima del hombro. Hermana Dos arroja una red que cubre la silueta de Morfeo, y grito.

Él vocifera: —¡Ve, Alyssa! —Su voz es forzada y ahogada mientras lo tuerce hacia ella como si estuviera enrollando un pez, construyendo un capullo a su alrededor en el camino.

Me giro porque tengo que hacerlo, porque Jeb me necesita y el País de las Maravillas se está quedando sin tiempo. Aunque cada paso que tomo desgarrar mi corazón más profundamente.

Puentes de Londres

Traducido por Zafiro

Corregido por Aimez Volkov

No hay tiempo para ocultar mis alas.

Por seguridad, Jeb y yo nos quedamos en el baño y tomamos el espejo sobre el lavabo a Londres. Es cooperativo, ni siquiera haciendo preguntas mientras giro la llave en el vidrio craquelado y abro el portal hacia el puente en la distancia. Listones de madera bloquean parcialmente la vista, como si una puerta estuviera cerrada en el otro lado del espejo.

Me subo en el lavamanos y alcanzo el interior para abrirlo, entonces me sumerjo en él. El mareo es tan malo como las primeras veces que viajé a través del espejo. Supongo que ha pasado mucho tiempo.

Una vez que me equilibrio, me paro para enfrentar el lado londinense del portal... un espejo de jardín de casi dos metros de altura que tiene dos paneles de madera que dan la ilusión de una puerta de entrada. No hay nadie más alrededor, y doy un suspiro de alivio.

El sol cuelga bajo en el horizonte, pintando rayas naranjas a través del claro cielo. Un pueblo se encuentra al otro lado del río, con calles muy transitadas, las personas y los encantadores edificios tan cerca que podrían ser legos encajados juntos. Árboles cubren la colina en la que estoy de pie, fundiendo sombras en gruesos parches de azul en el suelo cubierto de hierba. Una casa de ladrillo se asienta a unos metros de mí. A pesar de que parece abandonada, el jardín es vibrante y floreciente.

Gardenias, espuelas de caballero, y jacintos llenan el aire con dulces aromas. Las abejas y mariposas revolotean alrededor de los pétalos y las hojas. Sus unificados susurros cosquillean en mis oídos:

No eres la primera que camina este suelo. Tu madre estuvo aquí antes que tú.

Sí, lo estuvo. Ayer, cuando escondía mis mosaicos. Estoy a punto de preguntarles si llegaron a ver exactamente donde los escondió en el puente cuando Jeb se agacha a través del espejo llevando mi mochila. Se

balancea, pero toma la desorientación con calma, pensando que todo es parte del sueño.

Si sólo *fuera* un sueño.

Lucho contra el pinchazo de las lágrimas detrás de mis ojos. Morfeo tiene que estar bien. No puedo creer que se entregó a sí mismo para que pudiera llevar a Jeb conmigo. Por supuesto que quiere que encuentre el mosaico final. Quiere que salve al País de las Maravillas. Quizás hay incluso un plan más profundo, un esquema secreto. No puedo estar segura de en qué está metido.

Aun así. Eso tomó coraje. Y además aludió a que tomó parte en el robo del chico soñador de la Hermana Dos. Si el chico soñador es quien creo que es, que cambia todo lo que siempre he pensado de mi madre... mi vida... incluso de Morfeo.

—Oye —dice Jeb, tocando mi mejilla. Retira la mano y estudia una lágrima que no me di cuenta que había escapado—. Esto no puede estar bien. Nunca estás triste en mis sueños.

—No es nada. —Froto mi cara—. Es sólo la lluvia.

Mira hacia arriba. —No hay una sola nube en el cielo. —Entonces nivela su mirada sobre nuestro entorno—. ¿Dónde está este lugar? Nunca lo he imaginado antes.

—Tal vez este es mi sueño. —Intento aliviar su mente—. Sí. Estás compartiendo el mío.

Me mira, la expresión dudosa. Tenemos que empezar a dirigirnos hacia el puente antes de que despierte completamente, pero espero un minuto más, con la esperanza de que Morfeo vendrá a través del portal. La Hermana Dos no puede encontrarnos. Él tuvo cuidado de no revelar hacia dónde nos dirigíamos.

Cuando no se presenta, reprimo la punzada en mi pecho y cierro la puerta de madera otra vez para camuflar el espejo.

Agarro la mano de Jeb y entrelazo sus dedos con los míos. —Vamos.

—Sólo un segundo. —Atrapa mi codo con su mano libre—. Mi estómago está gruñendo. Eso es raro para un sueño, ¿verdad? —Hay una nueva inquietud detrás de sus ojos—. ¿Qué está pasando realmente?

Está saliendo de su aturdimiento, y cuando esté consciente, estará demasiado despabilado para caer en ninguna otra excusa coja. No tenemos mucho tiempo antes de que todo el dolor de los recuerdos no recordados e inalcanzables se estrelle sobre él. Decido coger el tren antes de buscar el mosaico.

Morfeo dijo que la estación abandonada está en algún lugar debajo de la tierra. No estoy segura de donde podría estar la entrada secreta. Esperaba que Chessie estuviera aquí para liderar el camino.

—Todo tendrá sentido pronto —le respondo a Jeb—. Nos encontraremos algo para comer cuando llegemos a donde vamos. Confía en mí. ¿De acuerdo?

Asiente, pero una sombra cae sobre su expresión. Tengo que apresurarme antes de que se acurruque en una bola de nuevo. El puente está tan lejos. No estoy segura de que no perderá la cabeza en la caminata. Si sólo pudiera volar hasta allí sin ser vista por la gente al otro lado del río. Pero incluso si fuera de noche en vez de temprano en la tarde, sería demasiado pesado para mí. Sé eso en gran parte por la pasada experiencia.

Antes de que pueda hacer nada, tengo que averiguar cómo encontrar la estación de tren subterránea.

—Ayúdame a buscar en sus bolsillos. —Presiono a Jeb—. Debería haber boletos aquí en alguna parte. —Puede que tengan direcciones o tal vez un mapa en la parte posterior.

Jeb frunce el ceño, como si acabara de darse cuenta de que la chaqueta que lleva no es la suya, pero rebusca a través de los bolsillos sin preguntar de quién es. Arrastra un puñado de hongos con la parte superior del tamaño de monedas de diez centavos.

—¿Estas son gomitas que brillan en la oscuridad? —pregunta. Hay una pizca de aprensión detrás de la pregunta.

No contesto, temerosa de decirle que son reales y del País de las Maravillas. Son fluorescentes y pequeños, lo que hace que se vean como caramelos. Algunos son de color naranja neón y otros son verde lima, pero todos son sólidos y lisos en un lado y moteados con pequeños puntos de color rosa en el otro, versiones en miniatura de los hongos en la guarida de Morfeo.

Busco el bolsillo interior de la solapa de Jeb por los boletos. Algo se arruga debajo de las yemas de mis dedos, y lo saco. Desdoblo el pedazo de papel. Es un bosquejo similar a los que mamá había metido en su libro de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*. Éste tiene una oruga sentada encima de un hongo fumando un narguilé.

Las bocanadas de humo forman palabras legibles:

Un lado te hace más alto, el otro lado más pequeño.

Esto es de la escena en el cuento de Lewis Carroll cuando Alicia se queja a la oruga de que desea ser más alta y él sugiere que coma el hongo para crecer, pero la deja sin decirle qué lado hace qué.

Arrugo el trozo de papel, frustrada porque todo siempre tiene que ser tan difícil.

—¿Dónde están los boletos? —expreso, a nadie en particular—. Dijo que todo lo que necesitamos está aquí.

Una gran mariposa monarca revolotea encima en una brisa y se posa en mi hombro. Un ala aleteando me hace cosquillas en el cuello mientras susurra: *El billete es tu tamaño, tonta. Nunca podrías encajar en el tren como eres.*

Me quedo mirando los bulbosos ojos del insecto.

—No trates con los dulces —dice Jeb, haciéndome girar hacia él—. Son duros. —Está masticando algo.

—¡Jeb! —Agarro el hongo pellizcado entre su índice y pulgar. La mitad de su parte superior ha sido arrancada de un mordisco, dejando solamente el lado moteado—. ¡Escúpelo! —En mi prisa por estar más cerca de él, golpeo todos los hongos fuera de su palma. Se dispersan en el suelo.

Traga saliva y se encuentra con mi mirada. Antes de que pueda reaccionar, comienza a encogerse y no se detiene hasta que está del tamaño de un pequeño escarabajo, la similitud reforzada por la pequeña mochila en sus hombros.

Eso es todo lo que se necesita para reventar su trance de sueño. Rueda en posición fetal y grita. Incluso tan pequeño como es, el sonido rasga a través de mí como garras. Me agacho para recogerlo, pero la mariposa se abalanza y lo arrebató con las piernas. Ella se ubica justo fuera de mi alcance, a la altura de los ojos.

—¡Oye, devuélvelo! —Salto a mis pies, pero me abstengo de espantarla. La mochila se cae de él y golpea al suelo. Si Jeb cae desde esa altura, podría matarlo.

La monarca graciosamente baila en el aire y susurra: *Tu chico hace, por mucho, una mejor flor que tú.*

—¿Eh? —pregunto.

Cualquier flor inteligente sabe: Estirarse a la luz solar y encogerse a las sombras.

Y entonces se va hacia el puente con mi novio gimiendo al remolque.

En completo modo de pánico, estoy a punto de tomar el cielo y el riesgo de ser vista por el pueblo entero, cuando todo comienza a tener sentido: El billete es nuestro *tamaño*, para subir al tren, tenemos que ser pequeños. Eso es para lo son que los hongos. De acuerdo con el enigma de la mariposa y la transformación de Jeb, el lado que da hacia el sol y se vuelve moteado te hará crecer, y el lado que mira hacia las sombras y es liso te encogerá.

Metó todos los hongos restantes en el bolsillo de los vaqueros, excepto uno. He hecho esto antes, pero con una botella que decía: *Bébeme*. Mi ropa y todo lo que me toca se redujeron, al igual que lo hicieron las de Jeb.

Mordisqueo de la mitad de la tapa del champiñón, teniendo cuidado de no ingerir algo de la parte manchada. Mi primera probada es dulce, como el papel mojado en agua con azúcar, y luego una burbujeante sensación deja a mi lengua entumecida.

Mis músculos se contraen, mis huesos se estrechan, y mi piel y el cartílago se aprietan para mantener todo unido. El entorno se dispara a mi alrededor, las flores volviéndose del tamaño de árboles, y los árboles del tamaño de los rascacielos. Altas hojas de hierba se doblan por encima mí. Es como si estuviera en una selva.

Tan pronto como mi metamorfosis está completa, me sacudo la náusea, balanceo la mochila sobre un hombro, y utilizo mis alas como he estado deseando desde hace meses. Aprieto mis hombros y arqueo mi espalda, mis músculos entran en el ritmo casi sin esfuerzo. Al igual que andar en patineta, se siente natural.

Mi cabello golpea alrededor de mi cara. Arriba, arriba, arriba, a través de las hebras de hierba y flores que se ciernen hasta mis botas le echan un vistazo a las copas de los árboles gigantes. La altura es estimulante, y soy lo bastante pequeña que nadie me puede ver en la aldea.

Alcanzando a la mariposa. Jeb gime y cuelga en su agarre. Como coreografiado, descendemos en una corriente de aire. La sigo dentro de una grieta en los cimientos de ladrillo del puente de hierro. Maniobramos a través del agujero y salimos a una desierta plataforma de pasillo donde solían arribar los pasajeros del tren para esperar los viajes hasta la aldea. Los apagados sonidos de los coches y la gente de arriba derivan a través de los respiraderos. Me cierno en el aire junto a la mariposa, manteniendo a Jeb a la vista.

El túnel está iluminado con candelabros en movimiento, rodando como ruedas de la fortuna en miniatura a lo largo del curvado techo de piedra. A medida que se acercan, me doy cuenta de que en realidad son grupos de luciérnagas, potenciadas juntas. Cada rotación ilumina las sucias paredes de azulejos y la desvanecida publicidad de 1950. Los carteles son gigantes comparados conmigo... tan grandes como edificios.

El tren, por otro lado, es del tamaño justo, y ahora es obvio lo que quería decir Morfeo sobre que no es una forma de transporte. En un oscuro rincón, un oxidado juego de trenes de hojalata está metido en un montón de juguetes; algunos bloques de madera, un molinillo de viento, algunas piezas de rompecabezas, y algunos conectores de goma. Los juguetes fueron olvidados o abandonados por los niños que esperaban con

sus padres hace décadas en la plataforma. Un gran cartel cuelga sobre la pila. Las palabras PERDIDOS Y ENCONTRADOS han sido marcadas y reemplazadas por la frase TREN DE PENSAMIENTO.

Furgones, vagones de plataforma, y coches de pasajeros se conectan a un motor y furgón de cola, perfectamente a escala de nuestro tamaño actual. A través de las sombras, apenas puedo distinguir el título *Banda Mística del Recuerdo* pintado en letras negras en el motor de color rojo.

La mariposa deposita a Jeb junto a uno de los coches de pasajeros. Me apresuro tras ella, tratando de recordar cómo aterrizar. Se abre la puerta del coche. Algo que parece una alfombra andante usando un sombrero negro de conductor sale y arrastra a Jeb dentro. Rozo la tierra con mis botas para frenar mi impulso, dejando caer la mochila. Soy incapaz de agradecer a la mariposa mientras ella se va, demasiado ocupada en mantener el equilibrio.

Resbalo hasta detenerme mientras la criatura alfombra cierra la puerta.

—¡Espera! —grito, corriendo hacia el tren y trepando a la plataforma del vehículo.

Después de que golpeo la puerta varias veces, la criatura peluda abre.

Bloquea la entrada, no puedo ver a su alrededor en el tren. —Diga su nombre y su asunto. —Su aguda voz crepita y se ajusta a medida que habla.

El resplandor ámbar del coche ilumina su forma: seis patas —dos juegos sirven como brazos—, ojos compuestos, mandíbulas entrecruzadas que hacen clic cuando habla, un tórax con forma ovalada y el abdomen oculto bajo una piel de alfombra de pelo.

—Un bicho de alfombra... ¿eso eres? —le pregunto.

Sus mandíbulas se inclinan como si estuviera frunciendo el ceño. — Prefiero “escarabajo de alfombra”, *señora*. Sólo porque tropecé en la madera tulgey, fui tragado y rechazado por la puerta a CualquieraOtroSitio no te da el derecho de hablarme con menosprecio. ¿Crees que *correrías* mejor suerte que un rechazo? —Olfatea, o tal vez resopla, es difícil de decir con sus muchas características faciales en movimiento—. Ciertamente no actúas como alguien que desea subir a este tren.

—Lo siento mucho. No era mi intención ofenderte. —En mi recuerdo de la Tienda de Excentricidades Humanas, los juguetes y los objetos eran escupidos de vuelta de los estantes de madera tulgey en formas mutadas. No tenía idea de que también lo mismo podría pasar con los *seres vivos*.

—Actúas como si fuera la cosa más extraña que has visto salir de esa madera. —El escarabajo de alfombra arrastra un accesorio de

aspiración de una funda a su lado y voltea a encenderlo. Silba y zumba, aspirando el polvo de su alfombrada chaqueta—. ¿Nunca has conocido a la hormiga carpintero? —Levanta la voz por encima del ruido mientras se limpia a sí mismo—. Todo su cuerpo está hecho de herramientas. ¡Tiene una sierra por mano! Trata conocerla sin perder un dedo. ¿O la tijereta? Todo su cuerpo es una oreja. Se alimenta a sí misma a través de una sucia y vieja bocina de oído. Por lo menos soy agradable para cenar conmigo. Y ese tipo avispon... revienta tus tímpanos con un toque de trompeta cada vez que sus alas se agitan. Soy, por mucho, el más aceptable de los rechazos del espejo. Y el más limpio, estoy seguro. —Satisfecho con su trabajo de aspirado, apaga el accesorio y lo asegura en la funda, una vez más.

Rechazos del espejo = insectos del espejo.

Otra casi coherencia con la novela del País de las Maravillas. Carroll mencionó pan-y-mariposas, mecedoras-tábanos y moscas-dragón. Tal vez todos fueron escupidos de vuelta por la madera tulgey en extrañas y horribles formas.

—Ahora, última oportunidad —dice el escarabajo de alfombra—. Nombre y asunto. Que sea rápido. —Gira las páginas de un pequeño diario con una delgada pata delantera, sosteniendo el libro con otras dos—. Ya tengo pasajeros en el manifiesto esperando su viaje. No hay tiempo que perder.

—Soy Alyssa. Estoy aquí con uno de tus pasajeros. El chico humano que acabas de tirar dentro. —Trato de mirar en torno del relleno cuerpo del bicho para ver dónde está Jeb, pero me bloquea.

Cierra el diario. —¿Has dicho Alyssa, al igual que en la Reina Alyssa del Reino del Inframundo?

—Sí... esa soy yo —le respondo con cautela.

—Bueno, ¿por qué no me dijiste eso desde el primer momento? He estado esperándote. Por aquí. —El bicho se mueve, dos de sus patas delanteras gesticulando al interior.

Entro. El coche de pasajeros es resplandeciente, el techo resplandeciente con más luciérnagas candelabros, aunque éstas no ruedan. Cortinas de terciopelo carmesí se alinean en las paredes. Azulejos rojos y negros cubren el suelo. La parte delantera tiene filas de vacíos asientos de vinilo blancos como los de un típico tren de pasajeros. La parte posterior se divide en habitaciones privadas, en el exterior de las paredes puertas cerradas de color negro brillante con rojo, tres habitaciones en ambos lados con un pasillo central estrecho separándolas. Sigo al conductor por el pasillo.

—Morfeo dijo que vendrías en nombre de un huésped mortal —explica el escarabajo.

Mi latido del corazón salta, esperanzado. —¿Quieres decir que Morfeo está aquí?

—*Estuvo* aquí —responde mi anfitrión—. Esta mañana. No lo he visto desde entonces.

Mi esperanza se desvanece. —¿Pero te dijo que estaría trayendo a un mortal? ¿Cómo pudo saber?

—No. No he dicho eso. Me dijo que vendrías en *nombre* de uno. Me dijo el nombre del muchacho, así podía alistar sus recuerdos para la transferencia.

—Jebediah Holt, ¿verdad?

El escarabajo se detiene junto a los dos primeros cuartos y se vuelve hacia mí, rascando la alfombra debajo de su sombrero como desconcertado. —Nunca he oído ese nombre.

—Es el chico que vino conmigo. El que la mariposa dejó hace unos minutos. ¿Dónde está?

—El chico que vino antes que tú... ah, sí. Está aquí en esta habitación.

El conductor apunta a la primera puerta a mi derecha. Hay soportes de metal en cada puerta con placas de identificación desmontables. La de Jeb está marcada *Sin nombre*. Alcanzo la perilla, pero está cerrada. Trato de forzar la puerta para abrirla, apoyando un hombro alado.

—Ahora, no tendremos nada de eso. —El conductor agarra mi muñeca con su espinosa pierna, y tiemblo por la fría sensación de vértigo.

Me aparto y frunzo el ceño. —Tengo que asegurarme de que está bien.

—Está a punto de estarlo.

—¿No deberías al menos poner su nombre en la puerta?

—Sus recuerdos pueden encontrarlo por su cuenta ahora que está aquí. Han estado esperando por él, después de todo. Pero ya que tú estás para ver recuerdos que no son tuyos, necesitábamos un nombre para persuadirlos a entrar.

Miro por encima del hombro a la puerta de Jeb, mientras caminamos por el pasillo. No quiero los recuerdos de nadie, no necesito saber más secretos, sólo quiero asegurarme de que mi novio está bien. Mi garganta se aprieta cuando llegamos a la última sala de la izquierda. Me obligo a mirar el nombre en el soporte: *Thomas Gardner*.

A pesar de que una parte de mí sospechaba tanto, jadeo, sosteniendo mi mano en mis entumecidos labios.

El conductor abre la puerta y me lleva a una pequeña habitación sin ventanas que huele a almendras. Por un lado, un tapiz de marfil cuelga por encima de una tumbona de color crema. Una ornamentada lámpara de pie de latón se encuentra al lado de ella, arrojando un suave resplandor. En el otro lado hay un pequeño escenario completo con cortinas de terciopelo rojo que parecen listas a desprenderse en cualquier momento para mostrar una película muda en una pantalla plateada.

—Toma asiento, y el espectáculo comenzará en breve —instruye el escarabajo.

—Cierto. El espectáculo. —Me instalo en la tumbona, acomodando mis alas a cada lado. Hay una pequeña mesa a mi izquierda sosteniendo un plato lleno de galletas rayo de luna sobre un tapete de encaje. Mi boca se hace agua mientras agarro un puñado. Engullo tres antes de notar que el bicho me está mirando con sus ojos compuestos.

—Lo siento —le digo entre bocanadas. Mientras hablo, rayos de plata irradian de mi boca, reflejando toda la habitación—. Tenía hambre.

—Sí, bueno, para eso es que están allí. Sólo esperaba que la realeza tuviera un poco más de buenos modales, es todo.

Me tapo la boca para ocultar un hipo. Luz destella entre mis dedos.

El escarabajo se aclara la garganta. —Tienes la oportunidad de elegir dentro de qué cabeza viajar. —Mira a su lista de pasajeros—. ¿Preferirías a tu madre o a tu padre?

—¿Mi madre? Pensé que este era el recuerdo de mi papá —pregunto, confundida.

—Es un recuerdo que comparten. Así que hay un residuo de las ideas de tu madre impreso en las de él. A través de que ojos ves afecta la perspectiva.

Me muerdo el labio. Esta es mi oportunidad. Una oportunidad única para entender lo que sucedió hace tantos años, ¿por qué mamá tomó las decisiones que tomó? Todo será verdad, porque los recuerdos no mienten.

—Quiero verlo a través del punto de vista de mi madre —grazno la respuesta, no estoy segura de lo que va a suceder o cómo es posible entrar en el pasado de otra persona.

—Anotado. —El conductor garabatea algo en su diario, entonces golpea un botón en la pared con su delgada pierna. Las cortinas del escenario se abren, revelando una pantalla de cine—. Imagina su cara en tu mente mientras miras la pantalla vacía y experimentarás su pasado como si fuera hoy.

Gira un dial que apaga la lámpara y luego cierra la puerta, dejándome sola. Hago como me instruyó, visualizando el rostro juvenil de mamá, imaginándola como se veía en las fotografías de hace años cuando

ella y papá estaban saliendo, cuando tenía dieciséis, la edad que tenía cuando fue al País de las Maravillas.

Una imagen viene a la vida en la pantalla en vivos colores, pero en vez de quedarse en su lugar, se extiende hacia mí... tambaleándose dentro. Siento mis uniones deshilachándose, mis células y átomos dividiéndose o flotando separados, luego vuelven a formarse en la pantalla. Estoy mirando por los ojos de mi madre, compartiendo todos sus pensamientos y señales sensoriales.

Estamos en el jardín de las almas. Está sola, siguiendo las instrucciones de Morfeo, sólo a dos cuadrados de distancia de convertirse en la reina.

No tenía idea de que alguna vez había llegado hasta aquí...

—Aprovechar el poder de una sonrisa —susurra para sí misma—. ¿Dónde estás, Chessie?

Reconozco los alrededores, aunque son algo nuevo para ella. Tomó un giro equivocado y no se ha dado cuenta todavía. Un rancio olor escalofriante cuelga en el aire, y la nieve cubre la tierra. Todo está silencioso... para nada como los gritos y lamentos que recuerdo de mi visita. Los árboles de sauce llorón muertos, resbaladizos con hielo, están colgados con un sinfín de osos y animales de peluche, payasos de plástico y muñecas de porcelana, se aferran a las ramas en enredadas sogas. Cada uno sostiene un alma inquieta, sin embargo, todos ellos están durmiendo pacíficamente.

Mamá está en una misión para ganar la corona. Es todo en lo que ha estado pensando en los últimos tres años. La determinación en su palpitante corazón vence su miedo mientras camina más adentro en la guarida de la Hermana Dos de lo que nunca fui, mucho más allá de los árboles y los juguetes dormidos. Está buscando la fuente de las raíces brillantes que conectan cada árbol y rama. La luz pulsa con un ritmo constante, como un latido de corazón.

Ha llegado a un refugio de hiedra. En el interior, hay una gruesa cubierta de red viva con luz y aire. Se acerca, morbosamente intrigada por la forma humanoide envuelta dentro. Las raíces brillantes están unidas a la cabeza y al pecho, desviando la luz de la criatura.

Echando un vistazo por encima de su hombro para asegurarse de que está sola, mamá despega hilos de telaraña de la cara de la criatura. Su aliento se congela en sus pulmones. No es sólo humanoide, es un ser humano real. Un chico que parece cerca a su edad.

Mi papá.

Pero ella no tiene idea de que va a amarlo. Todavía no. Todo lo que sabe es que él es hermoso.

Traza sus rasgos con la punta de un dedo. Sus pestañas tiemblan, y sus párpados se abren para revelar expresivos ojos marrones. No parece verla. Ver nada.

Pero en sus ojos ve la misma soledad que ha enfrentado toda su vida, saltando de casa de acogida en casa de acogida, mientras lucha por ocultar sus diferencias con respecto a los que la rodean. Aquí, en el País de las Maravillas, siente como si pudiera encontrar un lugar, ser aceptada, aunque no es lo mismo para él. Se siente solo y asustado, incluso si está en un trance y no se da cuenta. No se puede ocultar soledad como esa.

La nieve cruje detrás de mamá, y se gira para mirar a la Hermana Uno; la gemela buena.

La piel translúcida de la habitante del Inframundo está enrojecida, y está sin aliento. Su largo miriñaque rayado de hierbabuena está empapado con nieve en el dobladillo. —No debías venir aquí —regaña a mamá entre respiraciones, empujando mechones de pelo plateado de su cara—. Debes despertar a los muertos en mis jardines. Iba a conseguir la sonrisa para ti.

Mamá traga. —¿Quién es este?

La Hermana Uno mira a la víctima arrojada. —El humano de mi hermana. Sus sueños mantienen el descontento de sus espíritus a raya. Seguramente Morfeo te ha dicho cómo funciona el cementerio.

Mamá aprieta su mandíbula. —Saber cómo funcionan las cosas y verlas en acción son dos cosas completamente diferentes.

La Hermana Uno es más alta, exponiendo las puntas de sus ocho patas debajo de su falda. —Mantén tus ojos en el premio, pequeña Alison. Si vas a ser reina, tienes que aceptar la manera de nuestro mundo. Algunas cosas no se pueden cambiar sin terribles consecuencias.

Mamá mira al adolescente. —Pero tiene casi mi edad. Morfeo dijo que cuando se ponen demasiado viejos para soñar, tu hermana los envenena y da sus cuerpos a los duendes.

—Sí. Los duendes usan los huesos para nuestras escaleras, y la carne alimenta a las flores mágicas. Todo tiene un propósito. Nada se desperdicia.

—Nada, excepto una vida humana. —Mamá está sorprendida por su propia reacción: desdén y asco. Pensó que podía aceptar los oscuros y terribles rituales de este lugar, pero su corazón se ablanda—. Déjame tenerlo. Ella va a disponer de él de todos modos. Déjame llevarlo de regreso al reino humano y darle una oportunidad de vivir.

—¡Al contrario de eso! Ya voy a enfrentar la ira de mi hermana por la sonrisa que voy a robar para ti. ¿Y deseas que la enoje tomando su mascota más preciada? Atesora a este humano por encima de todos los otros cientos que ha tenido. No estoy segura de que planeé alguna vez

disponer de este. Lo podría usar hasta el día en que su corazón deje de latir y sea un cadáver sin sueños. Triste, eso. Pero es sólo la forma de ello.

Mamá se endereza, determinada. —¿Cómo es esto diferente de lo que ya estás haciendo? Estás robando por Morfeo, ¿verdad?

La Hermana Uno frunce los labios. —¡No es gratis! A cambio de algo valioso. La parte más difícil de mi trabajo, es rastrear las almas polizontes. Él lo sabe. Nunca quise molestar a nadie, no así, especialmente a mi hermana, pero por aquellas almas...

Mamá sostiene su mano sobre su corazón. —Puedo pagarte. Si dejas que me lleve al chico, juro por mi vida mágica que cuando vuelva a reclamar la corona, pondré todos mis recursos reales detrás de ti. Mis guardias estarán a tu disposición para localizar a las almas delincuentes en cualquier momento que escuches rumores de ellas. Nunca te verás obligada a hacer tratos con nadie más.

Antes de que pueda escuchar la respuesta de la Hermana Uno a la propuesta de la mamá, la escena se extiende alrededor de mí, y luego se difumina mientras me estoy arrastrado fuera del recuerdo y cayendo de nuevo en mi asiento, rodeada de oscuridad. Apenas tengo tiempo para recuperar el aliento antes de que otro recuerdo se lance, colores brillantes corren por la habitación tirándome adentro.

Mi mamá está en el castillo de cristal de la Reina Ivory, junto al portal, esperando entrar en el reino humano. Morfeo se encuentra a su lado, llevando a mi padre sobre su hombro. Papá flota dentro y fuera de la conciencia. Está vestido con una camisa blanca con volantes con ranuras en los hombros y un par de pantalones negros, demasiado largos por unos centímetros. Sus pies descalzos sobresalen de los dobladillos, retorcidos.

Ivory se enfrenta a ellos, real y brillante como los cristales de hielo en sus paredes de cristal. —Hiciste lo correcto al traerla aquí, Morfeo. Tu bondad será recompensada.

Él rueda los ojos. —Eso aún está por verse.

Ivory le sonríe cariñosamente. —Personalmente te aseguro que lo será.

Él sostiene su mirada el tiempo suficiente para hacerla ruborizar antes de voltear hacia mi mamá.

—Con el fin de proteger la salud mental del chico y a nuestro reino —explica Ivory—, tuve que borrar sus recuerdos. Todos los diecinueve años de su vida, incluso desde antes de ser capturado por la Hermana Dos, ya que no sabemos exactamente cuándo o cómo se tropezó dentro. Cuando los recuerdos son “deshechos” por medio de la magia, el vacío dejado detrás es insoportable para los humanos. Así que mejor que nunca sepa que los tuvo que empezar. Si alguna vez ve a un habitante del

Inframundo en su forma verdadera, o incluso sólo entrevé su magia, eso podría hacerle comprender que se estaba perdiendo algo. Y entonces un efecto dominó comenzaría. Haz lo que dice Morfeo. Abandónalo en un hospital y vuelve a reclamar tu corona. Olvida que alguna vez lo viste.

Mi madre asiente, pero algo está lentamente cambiando en su corazón. Algo de lo que ni siquiera es consciente de todavía.

Ella y Morfeo pasan a través del portal a su dormitorio. Él deja caer a papá en su cama, y luego empieza a regresar hacia un alto y plano espejo que cuelga en la parte posterior de la puerta.

—Morfeo —dice mamá, sentada en el borde de la cama—. Quiero, por lo menos, encontrar a su familia. Podemos mirar sus recuerdos. Ir al tren...

Morfeo la mira por encima del hombro, las alas bajas. —Le has dado la oportunidad de vivir. Eso es suficiente. Es más de lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho.

Mamá empuja hacia atrás un mechón de pelo de papá con una mano temblorosa. —¿Pero únicamente para dejarlo sólo? Estará tan perdido.

Morfeo gira sobre sus talones para enfrentarla, las joyas parpadeando rojo. —Estamos sin tiempo. Tenemos que conseguir que seas coronada antes de que el infierno se desate en el cementerio. Al final del día la Hermana Dos notará que el chico se ha ido, y apretará el cinturón a su seguridad. Entonces no habrá ninguna sonrisa de Chessie que robar o Reina Roja. Lávate las manos del chico. No hagas que me arrepienta por ayudarte, Alison.

—*Pero eso es exactamente lo que hice.* —La voz de mamá habla fuera de sintonía con lo que está sucediendo en la pantalla, y de repente la lámpara aparece a mi lado. Las cortinas caen para cubrir la pantalla, y estoy de golpe de vuelta en la realidad, desplomada en el diván.

Me vuelvo para ver a mamá de pie junto a la pared al lado de la puerta cerrada. Está descalza, usando mi traje de lunares favorito, y llevando su bolso de lona en el hombro. No tengo ni idea de cuando llegó o cuánto tiempo ha estado reviviendo los recuerdos conmigo.

—Hice que se arrepintiera de ello —dice de nuevo—, y ahora mira lo que ha sido de todos nosotros.

Cae al suelo en un charco de raso morado y malla verde lima, sus bonitas piernas curvadas a su lado, y los ojos llenos con suficiente remordimiento para iniciar un océano de lágrimas.

Segunda Visión

Traducido por Snowsmily & Val_17

Corregido por Pau!!

No puedo contener los gemidos que salen de mi pecho. Salto del diván y cruzo la habitación en cuatro pasos. Dejándome caer en el piso, al lado de mamá, mis alas se mueven a un costado. Abre sus brazos y me aferro a ella, agarrando con fuerza la tela en sus costillas, presionando mi rostro contra su pecho y rodeada por su perfume.

—Está bien, dulce niña —susurra, y besa mi frente, dejando atrás una cálida mancha—. Todo va a estar bien.

La abrazo con más fuerza. Yo debería estar consolando a mamá, pero justo ahora soy esa pequeña niña de cinco años observándola marcharse al sanatorio. —Pensé que era culpa mía. —Me ahogo con las palabras—. Pero también era por papá.

El cuerpo de mamá se estremece mientras su respiración se hace irregular. —Después de que nacieras, todo cambió. Continué arruinándolo, dejando que las cosas sucedieran. El comenzó a tener sueños sobre el País de las Maravillas... su mente está viendo recuerdos que ya no le pertenecen. —Acaricia mi cabello detrás de mí oído—. Tu padre era especial para Hermana Dos. De algún modo se trasladó al País de las Maravillas por su cuenta cuando era un niño. Ella lo encontró, y por primera vez, no tuvo que robar un humano para su cementerio. Nunca le ha gustado esa parte de su trabajo. Tampoco se siente culpable por ello. —La voz de mamá es amarga—. Es solo un inconveniente.

Lamo las lágrimas que rodean mis labios. —¿Y él no recuerda nada?

—Es como si nunca lo hubiese vivido. Ese día cuando te corté las manos... —Su voz se quiebra, borrosa debajo del sonido de nuestros resoplidos—. Quería sanarte. Pero no pude. No sin destrozar todo lo que quedaba de su paz. Tuve que alejarme. De ambos. Para mantenerte a salvo.

Asiento contra ella. —Lo siento por dudar de ti. Por decir esas cosas horribles. —Ríos de humedad quemán mis mejillas y debajo de mi nariz.

—No —murmura mamá, su aliento reconfortándome en la cima de la cabeza—. Soy la única que lo siente. Si tan solo te hubiera dicho la verdad desde un comienzo. Pero seguía esperando a que la Llamada del Inframundo te pasara por alto. Y cuando no lo hizo... entré en pánico. No supe qué hacer. Solo sabía que no quería que te quedaras atrapada ahí.

La visión de mi futuro de Ivory atraviesa mi mente. Gracioso, pero no me sentía atrapada en ese futuro. Me sentí feliz, poderosa, y adorada. Quería compartir esa epifanía con mamá, pero juré no decirle a nadie. Tal vez es mejor de ese modo. Es un secreto del que nunca tendré que sentirme culpable por ocultar, porque no puedo permitirme perder mis poderes por quebrantar un juramento de vida mágico.

La mano de mamá se desliza desde la base de mi espalda hasta mi ala derecha. Pasea un dedo sobre la fina superficie. Envía un cosquilleo hasta mis omóplatos.

—¿Qué las hizo manifestarse? —pregunta. No hay castigo o ansiedad como en el pasado. Solo curiosidad.

Mis resoplidos hacen eco mientras intento descubrir cómo responder. ¿Cómo puedo contarle sobre Morfeo, quien me ha mentido y manipulado y también consiguió convencerme de mis alas? ¿Cómo respondo eso, cuando Jeb está al final del corredor, atormentado por medio recordar momentos que nunca vivió en esta realidad? Se siente como una traición de algún modo.

Sostengo mi cadena contra mi pecho. —No tiene importancia —respondo—. Son parte de mí. Al igual que las mechas en mi cabello. Al igual que la magia en mi sangre. Cualidades de tu lado de la familia. Es tiempo de que las acoja a todas. Es tiempo de que ambas lo hagamos.

Mamá me aprieta con más fuerza. —Puedo enseñarte cómo reabsorber las alas en tu piel. Los parches en los ojos también. Es una habilidad que solo los medio habitantes del Inframundo poseen. Hay un truco en ello.

Es extraño estar hablando con mamá sobre las características de los habitantes del Inframundo del mismo modo que hablamos sobre moda y maquillaje. —Tal vez más tarde. Estoy un poco feliz de tenerlas justo ahora.

Presiona sus labios en la cima de mi cabeza, y froto mi relicario en forma de corazón y la llave entre mis dedos para hacer un fuerte ruido metálico. La ironía me golpea: debió haber sido tan difícil para ella aprender a aceptar su lado humano, como lo ha sido para mí aceptar el de habitante de Inframundo.

Nos separo de tal modo que puedo ver su rostro. Ha utilizado su magia recientemente. Su piel brilla y su cabello se mueve como un alga marina. Toco un mechón platinado. —No entiendo. Hiciste un juramento

de vida mágico a la Hermana Uno y lo rompiste. ¿Cómo todavía tienes tu poder?

—Nunca rompí el juramento. —Sonríe—. Todo está las palabras. Le dije que *cuando* regresara para reclamar la corona. Técnicamente, nunca lo hice.

Su truco con las palabras de hechicería me sorprenden, piensa justo como ellos lo hacen, toma todo lo dicho tan literal, retorciéndolo a su modo hasta que signifique lo que ella quiera que signifique. Morfeo tenía razón. Habría sido una magnífica Reina Roja.

—Renunciaste a tu corona por papá. —Apenas puedo mirarla sin imaginarla como realeza—. Le diste la espalda a algo que querías con todo tu corazón, por un chico que ni siquiera conocías.

Palmea el hoyuelo en mi mentón, el que siempre le ha recordado a papá. —Eso no es cierto. El segundo en que lo miré a los ojos, lo conocí. Y más tarde, cuando despertó en mi cama, confundido y asustado, me miró. Extendió su mano. Calmado. Como si hubiera esperado toda su vida para encontrarme. Como si me conociera, también.

—Así que pretendiste que sí te conocía.

Su sonrisa se suaviza. —Inventé una historia sobre su pasado de modo que pudiera tener un futuro. Pero él fue el que *me* dio un futuro. Me aceptó, me amó incondicionalmente. Siempre se ha sentido como un hogar. Algo que nunca he sentido en mi vida en cualquier otro lugar. Todo palideció junto a eso. Incluso la magia y la locura del País de las Maravillas.

Lágrimas queman mis ojos nuevamente. —Es como un cuento de hadas.

Baja la mirada hacia los lunares en su falda. —Tal vez. Y tú eres nuestro final feliz. —Su mirada regresa a mí, llena de amor. Seca las lágrimas de mis mejillas.

Sujetamos nuestras manos y el momento gira entre nosotras. Nunca permitiré que este recuerdo sea dañado... nunca olvidaré cómo se siente, justo ahora, mirarla y conocerla, comprenderla de pies a cabeza. Finalmente, después de tantos años.

Ahora quiero entender a papá, también.

—¿Te arrepientes? No mirar el pasado de papá... ¿no encontrar a su familia?

Mamá se mueve nerviosamente. —Oh, pero, Allie. Lo hice.

—¿Qué?

—Observé un par de sus recuerdos una vez, cuando me encontraba embarazada de ti. Finalmente entendí la verdadera importancia de la

familia, porque tenía una. Y quería darle la de tu padre de vuelta. Estaba incluso dispuesta a decirle que había sufrido amnesia cuando nos conocimos por primera vez, que había mentido sobre conocerlo. Solo para verlo reunido con ellos.

Mamá permanece en silencio.

Toco su mano. —Mamá, dime lo que viste.

Frotando su nariz, resopla. —Tu padre tenía nueve años cuando llegó al cuidado de la Hermana Dos. Así que busqué un año antes de eso, esperando verlo en la típica vida de un niño pequeño. Esperaba aprender su apellido, pueblo, algo. —Niega con la cabeza. Su mano se aprieta debajo de la mía.

Espero, temerosa de apresurarla. Insegura de si quiero saber más.

—Debí no haber buscado tanto —continúa—. Pero nunca miraré de nuevo. Ha estado en lugares, Allie, incluso como un niño de ocho años. Lugares donde los humanos no deben ir. Lugares a los que los habitantes de Inframundo esperan nunca ser enviados.

Mi garganta se seca. —¿Qué significa eso?

—El mundo de los espejos... CualquierOtroSitio. ¿Morfeo alguna vez te contó sobre eso?

—No lo suficiente. —*Obviamente.*

—Es a donde todos los exiliados del País de las Maravillas son desterrados, donde debió haber ido la Reina Roja, antes de que escapara. Hay una cúpula de hierro que lo rodea, reteniéndolos a todos adentro, y dos caballeros resguardan cada entrada, uno Rojo y otro Blanco. El lugar es el País de las Maravillas con esteroides. Las criaturas...—su rostro palidece—, los paisajes, son salvajes e indómitos, mutaciones más allá de cualquiera cosa que puedas imaginar. No es una sorpresa que los sueños de tu padre fueran tan cautivadores para las almas agitadas. Su experiencia de ese lugar probablemente alimentó su hambre de frivolidad violenta hasta el borde. Sin mencionar cuan formidables debieron haber sido sus pesadillas. El hoyo del conejo nunca fue más seguro que cuando el proveía los mome raths.

Incomodidad se escabulle en mis huesos cuando considero a los fantasmas que dominé en el gimnasio. Imaginar las pesillas de papá como algo más horrible que eso hace que me den náuseas. —¿Cómo pudo encontrar el camino hacia el mundo de los espejos cuando era un niño? Pensé que la única entrada era a través del País de las Maravillas, en el bosque oscuro.

—Morfeo una vez me dijo que había otra forma de entrar, desde el mundo humano. Hay una forma de abrir espejos sin llaves, un truco antiguo que solo los caballeros sagrados conocen.

Me pongo de pie, necesitando moverme, o vomitaría. —Así que, ¿crees que cuando papá era un niño, entró a través de un espejo y terminó cruzando CualquierOtroSitio hasta la otra puerta que conduce hasta el bosque oscuro... dentro del País de las Maravillas?

Mamá se encoje. —Eso explicaría como cayó en el cuidado de la Hermana Dos. La respuesta está en sus recuerdos perdidos. Pero no puedo mirarlos de nuevo. Se sentiría como si estuviera traicionándolo. Viendo partes de su vida a las que nunca tendría acceso. Eso no está bien. No. Simplemente tenemos que seguir adelante. Somos su familia ahora, y eso es suficiente.

Me enderezo y trato de digerir todo lo que ha dicho. El silencio se vuelve insoportable. Estoy súper consciente del tiempo pasado, y de Jeb en la habitación de al lado llenando su cabeza con recuerdos perdidos. No hay nada que pueda hacer sobre los errores de mi familia en el pasado, pero todavía hay un mosaico que encontrar y una batalla que luchar.

—Tienes razón —digo, para devolvernos a nuestro objetivo—. Tenemos que seguir adelante. ¿Por qué estás aquí? ¿Papá te dijo lo que sucedió en el colegio?

Asiente y juega con las tiras de su bolso de mano. —Sabía que me ocultabas algo. Finalmente lo conseguí. Quería que fuera con él a buscarte porque tenía miedo de dejarme sola. Pero insistí en quedarme detrás en caso de que vinieras a casa. Cuando se fue, llamé a Chessie. Me condujo aquí.

—Pero no tenemos ningún espejo en casa. Y tú no conduces.

—Tengo un espejo en el ático, Allie. Un habitante del Inframundo siempre tiene un plan de escape. Seguramente esa es una de las primeras lecciones que Morfeo te enseñó.

Sonrío con tristeza. Espero que recordara sus propias lecciones. Espero que tuviera un plan de escape para salir de la red de la Hermana Dos.

Considero decirle a mamá que me ha mentado, que es su culpa que todo sea tal desastre en el mundo humano, pero después de ver lo que hizo por mi papá y observar a mi mamá traicionarlo —sin importar que tan feliz estoy porque tomara esas decisiones—, no se siente bien dejarle tirar a Morfeo a las brasas.

Entiendo ahora por qué me necesitaba para vivir los recuerdos de papá por mí misma. Sabía que no le habría creído si solo me lo hubiese dicho. Es tan difícil para mí aceptar lo bueno en él.

Aunque eso es un comienzo para cambiar.

Veo por qué me ocultó tanto sobre las pruebas el verano pasado. Por qué me mantuvo en la oscuridad mientras yo llevaba a cabo su plan, poco

a poco. Fue honesto con mamá en el comienzo, y ella le hizo creer que sería quien lo ayudara. Luego retrocedió en el último minuto.

No iba a correr el riesgo de que hiciera lo mismo, no con su eternidad espiritual en la balanza. Aunque eso no excusa todo lo que ha hecho, hace que comprenda sus motivaciones. Más humano de lo que alguna vez se atrevería a admitir.

—¿Qué hay en la bolsa? —pregunto mientras mamá tira de las tiras de tela hacia nosotras.

Saca tres mosaicos del bolso de mano. —Chessie dijo que encontraste los otros, pero no me diría donde. —Espera, como pensando que ataré los cabos. Cuando contengo mi lengua, continua—: Estos son los que tenía ocultos.

Mi sangre se acelera, y me pongo de rodillas para ayudarla a extenderlos. —Mamá, eres la mejor.

Sonríe.

Un poco de limo brillante de Chessie permanece en ellos. Copio a Ivory y extiendo el residuo alrededor del único mosaico que me queda por descifrar.

La animación muestra alguna clase de celebración. Una multitud de criaturas se mueven a través de árboles desolados. Un par tienen coronas; otros tienen picos o alas. Todos visten máscaras. Algunas brillan y flotan, como si estuvieran de pie en alfombras mágicas. El caos hace erupción cuando juguetes feroces estallan de las sombras, atacando a las criaturas.

Un molesto miedo se desarrolla en mi pecho cuando la imagen se desvanece. Miro a mamá, quien está observando sobre mi hombro.

—Roja —murmuro.

Guarda los mosaicos en su bolso de nuevo, su boca presionada en una línea preocupada.

—Estaba equivocada. —Mordisqueo mi labio—. Creí que el que no había visto todavía era el final de la guerra. Pero este fue el primero que hice, mamá. Es el catalizador. Tú has ido al País de las Maravillas. Has visto lugares que no he visto todavía. ¿Puedes decirme donde es la fiesta?

—Parece un bosque —responde, su voz temblorosa—. Pero no lo reconocí.

Frota su sien. —No entiendo como Roja pudo liberar a las almas agitadas. La Hermana Dos no es alguien que baja la guardia. Especialmente no desde que perdió a tu padre.

Trago. Mamá no se da cuenta de que la Hermana Dos ha descubierto quién robó su premio en primer lugar.

Tomo sus dos manos en las mías, colocando un rostro valiente de modo que no vea mi miedo. —La Hermana Dos no está en el País de las Maravillas para observar su lado del cementerio. Está aquí. Sabe que tu robaste a papá todos esos años atrás.

Mamá palidece. Sus dedos se debilitan, y por un minuto creo que va a desmayarse. —¿Viene a por Thomas? —susurra.

—Papá está a salvo. Nadie sabe cómo creció el chico soñador, más que Morfeo e Ivory. La Hermana Dos solo quiere venganza. —Intento no dejar que mi voz titubee—. Tiene la vista puesta en Jeb.

—No. —El rostro de mamá se descompone incluso más—. Te ayudaré a protegerlo.

La oferta significa mucho, considerando que siempre ha intentado mantenernos a Jeb y a mí separados. Creo que ahora entiendo. Le recuerda a papá en muchas formas: un joven hombre mortal con un corazón noble a merced de un cruel País de las Maravillas.

—Está bien —digo—. Jeb está aquí con nosotras en el tren. Tiene una oportunidad de revivir el verano pasado. Estará a salvo con sus recuerdos intactos.

—Nunca debía haber venido a esto. —Está a punto de romper en sollozos de nuevo.

No tenemos tiempo para más arrepentimientos. Me pongo de pie y le ofrezco mi mano. —Creo que Morfeo esperaba que te perdonara si veía los recuerdos de papá. Esperaba que te perdonaras, y encontraríamos nuestro camino de regreso a la otra. Quiere que trabajemos juntas. Es la única forma en que tendremos el poder para detener a Roja y enviar a la Hermana Dos con ella. ¿Estás preparada para esto?

Aprieta mi mano y asiente. El momento que le toma ponerse de pie, el miedo y la inquietud se alejan de su rostro. Luce determinada, poderosa. Su confianza alimenta la mía, y atravesamos la puerta tomadas del brazo.

Choco con el sólido pecho de Jeb. Está contra la pared al otro lado de nuestra puerta. Una mirada a su rostro y sé que lo ha recordado todo.

Él no se mueve, no reconoce a mi mamá, sólo mira fijamente mis alas, luego las manchas de los habitantes del Inframundo alrededor de mis ojos.

Mamá aprieta mi brazo. —Mantendré al conductor ocupado. Pero no te tomes mucho tiempo. Tenemos que averiguar a dónde envió Roja a su ejército. —Antes de caminar por el pasillo, toca el hombro de Jeb.

Encuentra su mirada, y un entendimiento silencioso pasa entre ellos. Entonces hace su camino al asiento del pasajero del auto y le susurra algo al conductor, persuadiendo fuera al escarabajo.

Sin una palabra, Jeb toma mi mano y me lleva a su habitación. Su expresión escrita en piedra, me guía adentro y cierra la puerta detrás de nosotros. Es idéntica a la habitación en la que me encontraba, solo que la colonia de Jeb se mezcla con el aroma de almendras, y su plato de galletas está vacío excepto por algunas migajas. Las cortinas del teatro siguen estando abiertas sobre el escenario, como si estuviera listo para empezar a reproducir sus recuerdos de nuevo.

Lo miro y tiemblo, desequilibrada por su silencio. Por mucho que lo intente, tampoco puedo hablar. ¿Qué diría? ¿Cómo le explico una mentira de un año sin alterar su vida?

Se acerca, traza las manchas alrededor de mis ojos con el más ligero toque, entonces me sorprende haciéndome girar. Toca mis alas, las arregla con gentil veneración, como si fueran el hilo para un traje de bodas. Me tira más cerca de su pecho y acaricia el enredado pelo agrupado en la parte posterior de mi cabeza.

—Nunca llegué a tocarlas —dice, con voz ahogada—. Ni una sola vez. Pero él lo hizo, ¿verdad?

¿Cómo respondo a eso? Me alegro de estar a espaldas, que él no pueda ver mi cara, asustada por lo que diría mi expresión.

Acaricia mis alas —ligero como una pluma— afectando cada receptor sensitivo en mi cuerpo. —Dime que eso es todo lo que tocó, Al. —Abre sus palmas a lo largo de las secciones transversales, permitiéndoles rozar las joyas.

Mi corazón da un vuelco doloroso. —Lo besé. —Es brutal admitirlo en voz alta, pero no puedo mentir más—. Trataba de conseguir mi voluntad de vuelta, así podría salvarnos.

Jeb hace un sonido angustioso, en algún lugar entre el ahogo y un gruñido. Necesito ver su cara, incluso si eso significa él viendo la mía.

Se aleja de mí, dejando mi espalda y alas frías. Me giro, y sus músculos se tensan. Con un gruñido, empuja la silla y la envía raspando a lo largo de la pared. Golpea la mesa y rompe el plato vacío. Mi cuerpo se pone rígido por el sonido.

—*Morfeo*. —Jeb muerde el nombre, como si tratara de masticarlo—. Visita tus sueños y vuela contigo. ¿Cómo puede competir un humano con eso?

—Esto no es una competencia —digo—. Hice mi elección.

—¿Es por eso que me mentiste por tanto tiempo? —No me mira, en su lugar se concentra en sus botas—. ¿Porque hiciste tu elección? —Su mandíbula se aprieta tan fuerte que puedo ver como se contraen los músculos bajo su piel—. No. Me mentiste porque solo soy un patinador. Sólo un artista. No tengo nada que ofrecer. Él puede darte un mundo de

magia y belleza. —Sus ojos se arrastran lentamente hacia los míos. Son como un bosque pisoteado por una tormenta—. Un mundo que naciste para gobernar.

Las palabras se contienen dentro de mí. Estoy tan furiosa, quiero sacudirlo. ¿Cómo es posible que todo lo que él observó esté acabado pero pasó por alto la parte más importante de nuestro viaje? ¿Lo que hemos aprendido sobre nosotros mismos, el uno del otro?

No. Él va a ver esos recuerdos de nuevo una segunda vez, y voy a asegurarme de que vea lo que yo veo.

Paso a su lado y giro el dial en la pared para atenuar la lámpara. La pantalla se ilumina. Esta vez, me detengo en *su* punto de vista, viendo las cosas desde los ojos de Jeb. Peleando con las flores mágicas, derrotando al octobenus, encontrando la manera de despertar a los invitados de la fiesta del té.

Hay cosas que son nuevas para mí, como él acunándome mientras dormía en el bote de remos, acariciando mi pelo y prometiendo mantenerme a salvo. O cómo los espíritus de la naturaleza lo arrullaban para dormir mientras estábamos separados en la mansión de Morfeo, cómo trataron de hacerlo olvidarme, pero mi rostro seguía apareciendo en sus sueños. Y cuán duro luchó para escapar cuando Morfeo lo encogió y lo puso en la jaula, mientras yo era forzada a ganar la corona.

Entonces la escena más temida llega, la que solo he imaginado en mis peores pesadillas.

Gossamer deslizándose en la jaula de Jeb, su tamaño igualándolo. Sentado encima de un trozo de pera tambaleado hacia su lado, ella le dice mi destino. Siento su terror e impotencia mientras se levanta de un salto, tan desesperado por llegar a mí que golpea su cabeza contra la jaula hasta que su piel está cortada.

—¿Morirías por ella, caballero mortal? —*Las palabras de Gossamer lo detienen.*

Con las manos apretadas a las barras, la mira, la llovizna de sangre en sus ojos... quemando. —Si la envías a casa.

Gossamer le devuelve la mirada, sin pestañear. —¿Estás dispuesto a ir más allá de la muerte? ¿Estar perdido para todos, incluso para ti mismo, en un lugar donde los recuerdos se alejan en una marea tan oscura como la tinta? Con el fin de liberar a Alyssa, tendrás que poner un lugar para la Reina Ivory en el cuadro del jabberlock.

Hay un momento en que él duda. Puedo sentirlo: sus latidos tropezando por la auto-preservación, su mente corriendo para buscar otra manera. Entonces, sus latidos se calman, resuelto de nuevo.

—Sí. Lo haré.

—Y así deberás. —Gossamer lo conduce fuera de la jaula, llevándolo a un cuadro de metal del tamaño de un armario.

Jeb acaricia las gigantes rosas blancas amontonadas al exterior del cuadro, estudiando el rostro de Ivory mientras sacude la superficie. Saca un cuchillo de su bolsillo. Rodándolo en la manga, encuentra la parte plana de la hoja a través de su brazo mientras observa las rosas. Su lienzo. Sus hombros caen, derrotados. —Esto tomará cada gota que tengo.

—¿No es ese el verdadero significado del sacrificio? ¿Dar más de lo que nunca pensaste que tenías para salvar a la persona que amas? —pregunta Gossamer a sus espaldas.

Su mandíbula se tensa. —¿Hay un pincel?

El espíritu de la naturaleza le entrega una.

Se concentra en sus manos. Están inquietas contra su voluntad. —Yo... no puedo dejar de temblar.

Gossamer aprieta su muñeca. —Tú puedes. Eres un artista. Y esta es la pieza más importante que tendrás que crear.

Jeb frota las gotas de sudor avanzando poco a poco a lo largo de su frente. —Mi viejo nunca pensó que lograría algo con mi arte.

Gossamer le sonríe con tristeza y revolotea en el aire para darle espacio. —Entonces, con cada trazo, le demostrarás que se equivocaba.

Jeb choca sus dientes contra el dolor mientras las rosas blancas como la nieve se vuelven rojas con cada movimiento de su pincel.

Las imágenes se apagan, las cortinas caen, y la lámpara se enciende.

Jeb y yo estamos frente a frente.

—Tú dime —digo sobre las emociones amontonadas como piedras en mi garganta—, ¿cómo alguien puede competir con eso? —Las lágrimas se reúnen detrás de mis ojos, pero las mantengo a raya—. Sólo un artista. Pintaste mi libertad con tu sangre. Sólo un patinador. Volaste a través de un abismo en una patineta hecha de una bandeja de té para llevarme a un lugar seguro. No necesitas magia, Jeb. —Toco su rostro, e inclina su mejilla sin afeitar contra la palma de mi mano, toda su ira y dolor alejándose—. Te mantuviste contra todo lo que nos tiraron, utilizando sólo tu coraje e ingenio humano. Eres mi caballero. No hay nada más que probar. No a tu papá, no a mi mamá, no a Morfeo, no a mí. Ya has demostrado que eres el chico que siempre supe que eras. El chico que amo.

La urgencia oscurece sus ojos. Me tira fuertemente contra él, besa las manchas en mis ojos, luego desliza sus labios a los míos, con sus pulgares contra mis sienes, acariciando dulcemente. Él sabe a galletas rayo de luna, almendras, azúcar, y encantamientos.

Me tira en sus brazos y me sostiene tan fuerte que mis pulmones apenas pueden expandirse. Acaricio los suaves vellos donde la chaqueta se abre en su pecho. Incluso con nuestras crudas emociones en la superficie, estar envuelta en su calor sigue siendo el lugar más seguro del mundo. No quiero volver a dejarlo.

—¿Qué pasó después de eso? —pregunta contra la parte superior de mi cabeza, su voz tan ronca que hiela la felicidad momentánea—. Necesito saber qué diste para sacarme del cuadro. Tuvo que ser más que un beso. —Él nos separa a un brazo de distancia—. Tienes que decirme, Al.

Lo llevo a la silla volcada. Él la voltea en posición vertical y nos sentamos. Le cuento todo: cómo usé mi único deseo, cómo peleé contra la Reina Roja, y lo que Morfeo me dio, así podría regresar a casa. Entonces me rompo y le digo cómo Morfeo ha vuelto. Cómo me engañó. Pero no puedo decirle por qué, porque he hecho un juramento mágico de por vida.

—Así que Roja está de vuelta, también —murmura Jeb.

—Planea destruir el País de las Maravillas. Soy la única que puede detenerla.

El temor en el rostro de Jeb hace que mi sangre se hiele. —¿Por qué tú? Deja que Morfeo la enfrente.

—Morfeco no está aquí para enfrentarla. Él se interpuso entre la Hermana Dos y nosotros, así podría ponerte a salvo. —Una fuerte sacudida de preocupación me detiene. ¿Por qué no ha aparecido todavía?

Jeb frota su cara con una mano. —Está bien. Dejando a un lado el hecho de que él hizo una o dos cosas nobles. Te arrastró a esto, usándome para hacerlo. Te alejaste de ese mundo. Elegiste nuestro lado de tu sangre. Decidiste quedarte aquí. Pero él no respetó esa elección, y te manipuló en sus planes de nuevo. No puedes volver allí. Casi mueres la primera vez, enmascarada como uno de ellos.

Todo lo demás que dice Jeb cae en oídos sordos ya que la palabra *enmascarada* hace eco en mi cabeza como un gong.

Mi mosaico.

Las criaturas tejiendo a través de árboles desnudos, algunas coronas que usan, otros picos o alas. Todos ellos llevan máscaras. Es una mascarada. Las alas y los picos y las coronas son parte de los disfraces. Trajes de cuentos de hadas. El bosque está compuesto de accesorios, probablemente algunos árboles que pudieron salvar del desastre quemado que dejé en el gimnasio. Las criaturas deslizándose en alfombras mágicas son personas patinando.

Submundo.

Y la colección de la clase de último año para el orfanato, la pantalla perfecta para un ejército de juguetes no-muertos.

Mi cara arde. —Tenemos que llegar donde mamá. Ahora. —Agarro la mano de Jeb y lo obligo a pararse, guiándolo hacia la puerta.

—¿Por qué?

La cinta de la Reina Grenadine destella a través de mis pensamientos de nuevo, junto con su extraña redacción: *La Reina Roja vive y busca destruir quien la traicionó.*

—*Quien* la traicionó —digo, pesando cada palabra—. Roja quiere vengarse de la vida que elegí vivir sobre ella. En su mente, eso es lo que me llevó a traicionarla. Mi vida adolescente normal. ¡Ella está planeando atacar el baile!

Aguijón

Traducido por Gaz Holt & por Elle

Corregido por MichiiD

Perdimos la noción del tiempo en el tren. La noche ya ha caído sobre Londres cuando volamos hacia el espejo del jardín bajo el tenue resplandor de la luz de las estrellas. Mamá no puede usar sus alas sin arruinar su vestido, así que ella y Jeb montan en polillas y llevan la mochila. En el camino, hacemos un plan para el baile.

Para mantener a papá en casa y a salvo, mamá le va a dar algunos de mis sedantes. Nadie de la escuela ha visto mi vestido excepto Jen. Una vez que tenga mi máscara, debería ser capaz de colarme, y mamá ya está registrada en la lista como chaperona. Jeb todavía tiene la llave de Submundo de cuando trabajó allí el año pasado. Nos va a pasar de contrabando antes de que los otros chicos y acompañantes lleguen. Me sorprende que no haya peleado por mi parte en el plan. Tal vez porque su hermana podría estar en peligro. Cualquiera que sea la razón, es muy bueno tenerlo cuidándome la espalda sin estar interponiéndose en mi camino.

Si no encontramos nada sospechoso antes de que empiece la fiesta, sólo tendremos que mezclarnos con la multitud y proteger los espejos de la pared de la pista de baile. Esperamos detener a Roja antes de que pueda venir y comenzar una guerra. Si evitamos que este primer mosaico suceda, tal vez los otros eventos no tendrán lugar. El desafío más grande será nuestra visión. Submundo es estrictamente oscuro.

En el espejo de jardín, mordisqueamos las setas de neón que brillan intensamente para restablecer nuestro tamaño normal. Cierro mis alas y me sumerjo a través del portal del espejo del ático de mamá. Son un poco más de las cuatro de la tarde. Tres horas hasta el baile.

Bajamos por la escalera hasta el garaje. La puerta de arriba está abierta y la camioneta de papá está en la calzada detrás del Mercedes de Morfeo. No se puede fingir que hemos estado aquí todo el tiempo. Lo que es peor, Gizmo está en su lugar, así que papá ha estado en Hilos de Mariposa y sabe que yo estaba allí. No sé cómo o con quién llegó Gizmo a

casa. Mi pulso late en mi cuello mientras me pregunto qué más ha descubierto y cuántas personas están involucradas.

Viento con aroma a humedad pasa a través del garaje, haciendo traquetear los periódicos viejos de la esquina. Están apareciendo nubes de tormenta, por lo que está más oscuro de lo que debería. Me estremezco.

Jeb toma mi mano y besa a la parte posterior.

—Todo irá bien —susurra, y coloca la mochila en la puerta.

Mamá entra a la sala de estar con Jeb y conmigo detrás.

Papá está de pie en el umbral entre la cocina y la sala de estar. La lámpara al lado de su sillón reclinable está encendida, pero él está fuera del círculo de luz. Sombras confunden sus rasgos mientras sostiene el teléfono en la oreja. Cuando nos ve, cuelga y viene hacia nosotras, con su expresión en algún lugar entre el alivio y la ira.

—Las he estado buscando durante casi dos horas —medio grita—. Estaba a punto de llamar a la policía. ¿Dónde han estado?

Mamá se precipita hacia él.

—Está bien. Encontré a Allie aquí al lado. —Ella toma el teléfono y le da Jeb una mirada suplicante.

—¿Qué? —pregunta papá—. ¿Cómo es eso incluso...?

Jeb la apoya.

—Es cierto. Al ha estado conmigo.

Mi papá frunce el ceño, dándole una mirada a la ropa de Jeb.

—Pero he ido a tu casa esta tarde. Tu madre dijo que no estaban allí.

Jeb intercambia miradas conmigo.

—Acabamos de llegar hace unos minutos. Antes de eso, nos escondimos en el estudio.

—¿Escondiste a mi hija? —Papá le da Jeb una mirada que nunca le he visto usar con él: decepción con un borde de desprecio. Es incluso peor que la vez del tatuaje—. Dejé todas esas llamadas en tu celular. Tenías que saber cómo de preocupados estábamos su madre y yo. Pensé que habías crecido, Jeb.

Jeb estudia el suelo con la mandíbula apretada.

—Así que —continúa papá—, mentir, huir. Luego está el vandalismo. ¿Qué sigue, robar un banco?

A pesar de que dirige la pregunta a Jeb, niego con la cabeza.

—¿De qué estás hablando? Jeb no tuvo nada que ver con lo de la escuela esta mañana.

—Estoy hablando de Hilos de Mariposa. Alguien entró por la puerta trasera. Había cosas en toda la mercancía, en el suelo y el techo. Como serpentina en spray pero más dañino. Perséfone encontró a Gizmo en el callejón. ¿Qué tienes que decir a eso? —Él todavía está hablando con Jeb, como si estuviera demasiado lejos para responder por mí misma.

Me muevo para estar en la línea de visión de mi padre, lo que le obliga a mirarme.

—Yo estaba demasiado débil para conducir. Llamé a Jeb para que fuera a buscarme allí. Pero él no puso un pie dentro de la tienda. —No es exactamente una mentira. Morfeo le llevó.

Papá luce como si le hubiera dado un puñetazo en la tripa.

—¿Por qué, Allie? Perséfone no ha sido nada sino buena contigo. Ella incluso me ayudó a llevar tu coche a casa y se ofreció a llamar a la policía. ¿Te lo estamos poniendo demasiado fácil? —Su párpado izquierdo se contrae, un seguro indicio de que está en el extremo de su cuerda—. Puedes olvidarte de graduarte con tu clase mañana. Tendrás tu diploma por correo. No te voy a dejar fuera de mi vista hasta que hables con un psiquiatra.

Mamá jadea y yo aprieto los dientes.

—Espere, Sr. Gardner... —Jeb trata de intervenir, pero cojo su codo y lo retengo.

—Creo que tienes que ir a casa, Jebediah —dice papá, con los ojos marrones fríos—. Esto afecta a mi familia.

Mi pecho pica. Sé que papá solo está arremetiendo, pero esas palabras son como cuchillos. Jeb es familia. Siempre ha sido tratado de esa manera.

—Sí, señor —dice Jeb con su voz ronca. Sale por la puerta principal. Mamá le sigue para dejarlo salir, y hablan tranquilamente en el porche mientras papá y yo nos miramos.

El gruñido de un trueno sacude la habitación.

Papá se inclina contra la pared, y las arrugas alrededor de su boca se profundizan, como si el artista dibujando su cara hubiera puesto demasiado pesado el sombreado. He aprendido mucho de él hoy —le conozco mejor que nunca, mejor de lo que se conoce a sí mismo— sin embargo, él me mira como si yo fuera una completa desconocida.

Cuando no puedo aguantar su mirada acusadora por más tiempo, empiezo a ir a mi habitación.

—Alyssa —dice en voz baja—, tu maquillaje sigue siendo un lío. ¿Y qué le pasó a tu camisa?

Me entretengo al lado de mis mosaicos en el pasillo, de espaldas a él. El aire frío se cuela por las rendijas de las alas en mis hombros. Me encojo de hombros.

—Genial. Buena respuesta. —Su voz está deshilachada, y ejerce presión a lo largo de mi corazón, como el arco de un violonchelista aficionado—. Ni siquiera sé quién eres.

Toco el collar de mi cuello.

—Está bien —le susurro, por lo que no puede oír—. Porque yo finalmente lo hago.

Cierro la puerta de mi dormitorio. No me molesto en encender la luz mientras me pongo mis boxers y una camisola de encaje, deseando poder arrojar todo lo que ha ido mal junto con mi ropa.

Hay suficiente luz del día entrando por mis cortinas para que sustituya los alfileres de Jen en mi vestido de gala por los pernos de seguridad y suavice los pliegues para cubrir los cierres metálicos.

Después de un golpe en mi puerta, mamá mira adentro.

Le hago un movimiento para que entre.

—¿Dónde está papá?

—Fue a cenar algo. Le sugerí que fuera a refrescarse. Cuando vuelva, voy a poner los sedantes en su bebida.

Asiento, sin sentir la más mínima hambre, teniendo en cuenta lo que estamos a punto de hacer. Vamos a noquear a mi padre sin una buena razón. Es lo mismo que mi madre vivió durante años en el asilo.

Puedo decir por sus labios apretados que ella está tan incómoda como yo con la idea.

Nos sentamos juntas en mi cama con las luces apagadas y el acuario azul brillante. Mis anguilas nadan con gracia, como los ángeles bajo contrapunto sereno a la conmoción emocional en mi cabeza: agua. Un repiqueteo de un trueno lejano se hace eco de mi malestar.

—Lo siento. —Mamá quita la pelusilla de mi bata—. Tu padre... él simplemente está desquiciado por la preocupación. Una vez que todo esto haya pasado, hará las paces con Jeb. No voy a dejarte pasar por lo que yo pasé. Él no te enviará al manicomio. ¿De acuerdo?

Quiero creerle, pero un presentimiento profundo está empezando a relajarse a través de mí.

—¿Por qué no podemos reunir a papá con sus recuerdos? Dejaría de pensar que estamos locas todo el tiempo. Y podríamos usar su ayuda esta noche, ya que Morfeo no está aquí. —Mi voz se tambalea ante el nombre de Morfeo.

Papá no mencionó ningún cadáver hallado envuelto en las serpentinas, insectos grandes u otra cosa.

—Cariño, no podemos meter a tu padre en esto. Esos recuerdos le harían daño.

—¿Más de lo que está haciendo daño ahora?

Mamá luce pensativa. —No puedo ni describir los horrores que vi en su pasado. Ni siquiera puedo imaginar qué otra cosa debe de haber soportado.

Me siento en silencio, sin estar segura de si estoy de acuerdo. Si fue capaz de sobrevivir al mundo como un niño, seguramente es más fuerte de lo que le damos crédito.

Empiezo a señalarlo, pero mamá me interrumpe: —Jeb pidió verte. Está esperando en la parte trasera, debajo de su sauce.

Mi mandíbula cae. ¿Ella conocía nuestro santuario todo el tiempo?

Mamá presiona su dedo contra mi hoyito para convencer a mi boca cerrada.

—Allie, no soy completamente inconsciente. Recuerdo lo que se siente el ser una adolescente enamorada. —Me guiña, y le devuelvo la sonrisa—. Voy a tomar una ducha y a prepararme. Asegúrate de que no te quedas atrapada por la lluvia y de que te encuentras dentro antes de que papá llegue a casa.

Me pongo un par de botas y una sudadera con capucha y camino por el jardín. Las plantas y los insectos están inquietantemente tranquilos. El cielo está de un gris espumoso que hace que parezcan las seis en lugar de las cuatro y media. Viento fresco mueve mi pelo y hace que vuele alrededor de mi cara. Las ráfagas son tan fuertes que no puedo escuchar el borboteo de la fuente.

Jeb ya me está esperando, vestido con una camiseta ajustada y jeans, como si no hubiera visto la hora de arrojar la chaqueta de Morfeo.

Mantiene abierta la cortina del sauce y entro bajo el dosel verde.

Agachándome, lo abrazo.

—Lo siento. Mi papá no quiso decir nada de eso.

—Lo sé. —Besa mi frente y aleja algunas hojas para que pueda sentarme—. No estoy aquí para que puedas acariciar mi cabeza y hacerme sentir mejor.

Intento una sonrisa.

—Oh, vamos. ¿No te gustaría?

Él sonrío.

—Me gustaría más un beso. —La luz se filtra entre las hojas y le da en las mejillas y los hoyuelos, haciéndolo parecer juvenil y juguetón, a pesar de que su voz se llena de tensión.

Los dos estamos fingiendo que todo está bien cuando nada podía estar peor. Somos unos ilusos. Jeb no debe participar en esto en absoluto. Si la Hermana Dos podía vencer a Morfeo, ¿qué posibilidades tiene un ser humano en esta batalla?

—No creo que haya que ir esta noche —dejo escapar—. Llama a Jenara y evita que se vaya también.

—¿Me estás tomando el pelo? Estaría más en peligro de pie entre Jen y el baile que luchando contra juguetes resucitados.

—Deja de bromear. Esto no es un juego.

Jeb frunce el ceño.

—Como no era un juego cuando me ocultaste la verdad todos esos meses porque tenías miedo a que me hiciera daño.

Ouch. —O nos hiciera daño —le digo.

Agarrando mis codos, me acerca más. Junta nuestras frentes y narices. —Somos más fuertes que eso. Y somos mucho mejor como equipo, cuando nuestras cabezas están juntas. Es cuando uno de nosotros está tratando de proteger al otro, guardándonos todo que es cuando nos equivocamos. ¿No crees?

Suspiro.

—Sí —le respondo, renuente.

—Así que no voy a interponerme en tu camino esta noche. Haz lo que tengas que hacer. Pero no me pidas que haga menos. ¿Trato?

—Pero las cosas que estarás enfrentando...

—Son cosas que ya he enfrentado. Y como tú has dicho, lo hice bastante bien para un ser humano. Y no te preocupes por Jen. La sacaré si no podemos impedir que Roja venga.

Toco sus labios.

—Esto está todo tan mal. No es lo que debería haber sido el baile.

Me besa la punta del dedo.

—La fiesta podría ser un fracaso. Pero una vez que enviemos todas las enredaderas de vuelta, todavía podemos tener nuestra noche de graduación.

Su optimismo es contagioso, incluso si se trata de una estratagema transparente para mantener a flote el ánimo cuando está tan preocupado como yo.

No importa si de alguna manera todo sale mal y Roja nos derrota. Todavía no puedo estar con Jeb esta noche. No con la promesa que le hice a Morfeo. Tal vez sería más fácil para mí si él realmente se hubiera ido, capturado por la Hermana Dos y atrapado en su red. Pero no puedo dejar de imaginar que podría ser verdad. *Quiero* que sobreviva.

Las hojas a nuestro alrededor vibran y un trueno sacude la tierra.

—Tenemos que darnos prisa. —Jeb saca una caja de plástico de atrás de él. Dentro hay un ramillete para la muñeca hecho de capullos blancos en miniatura con las puntas retocadas como los guantes de encaje que llevaré, todas unidas con una cinta de color azul marino y un moño.

Retengo mi aliento mientras lo veo más de cerca. Sabía que Jenara estaba haciendo esto. Lo que no esperaba era un anillo de plata en medio de una de las rosas. Una docena de pequeños diamantes brilla en el centro: un corazón con alas.

Todo mi cuerpo se siente pesado al principio, entonces me ilumino.

—¿Esto es...?

Jeb baja la mirada y oscuras pestañas camuflan sus ojos.

—Tuve la idea de las alas por mis pinturas de ti. No tenía ni idea de lo acertadas que han sido siempre hasta hoy. —Traga—. Tenía la intención de dártelo en el estudio después del baile de esta noche. Pero por si acaso... —Se detiene, como si hablar de lo peor pudiera hacer que se materializara.

Abre la tapa de plástico y saca el círculo de plata, entonces me levanta en mis rodillas, así estamos a la misma altura. Mi corazón late con fuerza en mis oídos. La hierba me hace cosquillas en las rodillas, pero no me atrevo rascarme porque Jeb me mira a los ojos, y la expresión de su rostro es lo más sombrío que he visto nunca.

—Alyssa Victoria Gardner. —Oírle decir mi nombre completo hace que mis dedos se doblen en anticipación—. Una vez me dijiste, en un bote de remos en el País de las Maravillas, que un día querías tener dos hijos y vivir en el campo, por lo que podrías oír a tu musa y responder cuando te llamara. Te lo estoy diciendo ahora, aquí, en nuestro santuario, que cuando estés lista para esa vida... Quiero ser el chico que te la dé.

Él espera, con la boca entreabierta por la anticipación y su incisivo torcido proyectando una sombra a través de sus dientes blancos. Todo lo que es familiar en él gira a mi alrededor: los ojos verdes que me conocen como nadie; las pinturas que llevaban mi alma, los brazos que prometen poder y fuerza cada vez que estoy en ellos.

Sólo Jeb, con sus defectos humanos y vulnerabilidades, puede llenar el lado humano de mi corazón. Ha estado planeando preguntarme esto desde antes de saber todo, y todavía lo quiere, incluso ahora.

En cuanto a mí, he conocido desde nuestro primer verano hace años la profundidad con la que corren mis sentimientos. Sí, quiero pasar toda la vida con él. Pero tengo dos futuros posibles. Dos vidas. Dos partes de mi corazón. ¿Cómo puedo comprometer alguna de ellas, hasta que haya pasado a través de todo?

Luego otra duda inesperada llega a la superficie, algo que no he considerado hasta ahora.

—Espera. ¿Es así como papá y tú arreglaron las cosas? Cediste y le dijiste que te casarías conmigo antes de llegar a Londres. ¿Es eso lo que está pasando aquí?

La expresión esperanzada de Jeb cae.

—No. Eso no es así... sí, jugó un papel importante. Pero tienes que saberlo, Al. Esto es lo que quiero. Es lo que siempre he querido. Un futuro contigo. Una vida contigo, mi novia hada. Para siempre.

—*Siempre dije... que el chico... era un sangriento artífice de la palabra...*

Mi corazón salta mientras el familiar acento cockney llena mi cabeza.

Una polilla se mete bajo el manto de hojas, rodeada por un azul estático. Lucha contra el viento y la estática se expande, alcanzando las ramas, como para mantenerlo en su lugar. Jeb y yo nos apresuramos hacia atrás cuando el insecto se transforma en un hombre que se desploma a nuestro lado en el suelo. Su respiración es dificultosa, y sus alas le cubren, ocultando su cuerpo.

—Hijo de...

—Morfeo —interrumpo el arrebató de Jeb, levantando una de las alas satinadas para poder ver su rostro. Estoy encantada de que esté vivo, pero no luce como que lo estará por mucho tiempo.

—Hola, amor —dice a través de una espesa cortina de pelo azul—. Espero estar... interrumpiendo. —Se lleva las rodillas contra el pecho, tosiendo.

Las hojas vibran encima mientras comienza a llover.

Le toco la frente, sorprendida por lo caliente que está.

—Está ardiendo. Tenemos que llevarlo dentro.

Jeb duda, la desconfianza llenando su cara.

Pongo mi mano en su brazo.

—Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir esta noche. — No puedo decirle a Jeb que me importa más allá de eso. Todavía no. No tenemos tiempo con todo este lío.

Apretando los dientes, Jeb toma el colgante de corazón de mi cuello y pasa el anillo a través de la cadena. Lo sostiene para mí.

—¿Vas a quedarte con esto? ¿Hasta que podamos hablar más tarde?

Asiento y deja caer la cadena alrededor de mi cuello.

Jeb arrastra a Morfeo abajo de las hojas y lo enarbola sobre su hombro.

—Cógelas, Al. —Hace un gesto hacia las alas que se arrastran por el suelo detrás de él.

Maniobro con alas de Morfeo, tratando de acurrucarlas alrededor de su cuerpo para que no se moje. Mamá se reúne con nosotros en la puerta de atrás con su bata. Se ve tan confusa y en pánico como yo, pero nos deja entrar.

—Llévalo a tu habitación. Deprisa. Tu padre acaba de detenerse en la calzada. Voy a sedarlo. Esperemos que funcionen rápido. Sólo tenemos una hora hasta que nos tengamos que ir.

Caminamos penosamente por el pasillo, dejando huellas húmedas sobre la alfombra. Las alas de Morfeo raspan los muros, inclinando algunos de mis mosaicos. Mamá nos sigue y cierra la puerta de mi habitación desde el otro lado. La escucho enderezar los mosaicos mientras se dirige hacia la sala de estar.

Enciendo la lámpara y quito las sábanas de la cama, poniéndolas sobre la silla del escritorio. Jeb arroja a Morfeo. Sus hermosas alas cubren ambos lados del colchón, flácidas. Es realmente desconcertante ver a alguien tan vívido como él estar tan quieto y vulnerable.

Me arrodillo junto a la cama y le quito el pelo de la cara. Está temblando. Sus ojos están cerrados y sus joyas parpadean de un verde grisáceo enfermizo —aburrido en lugar de brillante—, como agua lodosa estancada. Hebras como venas de color negro se mueve bajo su pálida piel, como si tuviera serpientes retorciéndose en su interior. Su magia azul palpita alrededor de las hebras, intentando contener el veneno, pero el negro sigue multiplicándose.

Mi estómago se pone patas arriba.

—¿La Hermana Dos te hizo esto?

Morfeo mira de soslayo a través de un ojo y tose, asintiendo. Chilla cuando las venas negras se enmarañan y anudan en su cuello. Me duele el cuerpo, como si yo hubiera sido envenenada también. Me duele mucho verlo sufrir.

—Shh. —Le aprieto la mano. Su palma se siente húmeda y pegajosa—. Tenemos que mantener silencio, ¿de acuerdo? No queremos que entre mi papá.

Aprieta los dientes contra más escalofríos.

—Siempre supe que terminaría en tu cama... y que te escucharía decir esas palabras un día. —Se las arregla para sonreír.

Jeb gruñe.

—Increíble. Incluso a las puertas de la muerte es un completo idiota. —Arregla una almohada bajo la nuca de Morfeo—. ¿Por qué no te callas mientras te ayudamos?

Morfeo ríe débilmente, su piel destella con luz azul.

—¿Qué dices, Alyssa... —su aliento es un estertor—, si le das a mi boca algo más que hacer?

Jeb entrecierra los ojos.

—¿Qué dices si yo te doy un puño para masticar?

Morfeo resopla, lo que genera más tos.

Los miro a ambos fijamente.

—¿Me están tomando el pelo? —Sacudiendo la cabeza, levanto la manga de Morfeo, revelando su marca de nacimiento. Me encojo de miedo cuando las venas negras siguen mi roce; es como si fueran atraídas por mis movimientos.

Sentándome en la cama comienzo a quitarme la bota.

Jeb me detiene, poniendo una mano en las hebillas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta.

—Tengo que sanarlo.

—¿Y si este veneno es contagioso? —La lluvia golpea la ventana y el techo, acentuando la preocupación de Jeb.

Hago una pausa.

Jeb mira fijamente a Morfeo, quien se ha desmayado otra vez.

—Oye. —Jeb le palmea el rostro, recordándome cuando Morfeo le hizo lo mismo en el estudio.

Morfeo bate las pestañas, abriendo los ojos.

—Ella te quiere sanar —dice Jeb—. ¿Es algo seguro?

Morfeo gruñe.

—El agujón... mi estómago... sácalo primero. —Otra tos—. Ahógallo.

Comienzo a trabajar en los botones de la camisa negra de Morfeo para abrirla, pero Jeb me echa a un lado y se hace cargo. Morfeo pone una mano sobre los ocupados dedos de Jeb, sus ojos son apenas unas ranuras.

—Ah, mi hermoso pseudo elfo. —Otro esforzado aliento—. ¿Ya es tiempo de expresar nuestros sentimientos no correspondidos?

Las orejas de Jeb se ponen rojas. Está a punto de replicarle cuando Morfeo gime, doblándose de nuevo. Con abultados bíceps Jeb lo acuesta en la cama, sosteniéndolo en esa posición para que yo pueda terminar de abrir la camisa. Hay una herida de pinchazo del tamaño de una moneda de veinticinco centavos en el abdomen de Morfeo. El veneno negro como tinta china parece proceder de ese sitio. La magia azul parpadea una vez y luego se atenúa, como si estuviera siendo derrotada.

Me estremezco.

—Cuidado con esa cosa —murmura Jeb.

Asiento, usando un pañuelo desechable de mi mesita de noche para protegerme los dedos mientras extraigo el agujón de la herida. Se mueve en mi mano como si intentara escapar. Una vez más me estremezco mientras lo lanzo en el vaso de agua junto a la caja de pañuelos desechables. Sisea y se hunde hacia el fondo, desintegrándose en segundos. Las venas negras bajo la piel de Morfeo se retuercen salvajemente, como si intentaran sobrevivir sin su fuente. Los ojos de Morfeo se cierran y aprieta los dientes en agonía.

Incapaz de soportar por más tiempo el dolor, presiono mi tobillo en su antebrazo. El calor surge entre nosotros. Las venas negras atenúan sus movimientos y se desvanecen hasta que solo queda una marca de la perforación. La estática azul reaparece y palpita a través de la herida, dejando atrás una cicatriz plateada.

Remonto una ola de euforia cuando el color natural de Morfeo regresa. Abre los ojos, alerta y más fuerte a cada segundo. Me sostiene la mirada mientras toco su frente. La fiebre ha desaparecido. El ojo avizor de Jeb me quema la espalda y retiro la mano. Morfeo me agarra el tobillo antes de que pueda salir de la cama, su pulgar recorre mi tatuaje de alas. El roce envía una sensación de escozor a través de los capullos que contienen mis alas.

—Polilla —susurra silenciosamente. El Morfeo que conozco ha regresado, bromeando y mofándose, recordándome mi voto.

Jeb viene detrás de mí y aparta los dedos de Morfeo.

—Manos fuera, carnada de búho.

Los chicos intercambian ceños fruncidos mientras me bajo del colchón con un brazo de Jeb asegurado en mi cintura. Es agradable ver que algunas cosas nunca cambian.

Morfeo se sienta, sus alas se despliegan a su alrededor. Se estira —lánguido y elegante— y luego deja caer los pies al suelo. Las joyas brillan

verde, me mira mientras desenrolla la manga hacia abajo y abotona su camisa.

—Gracias, Alyssa. Y, Jebediah, supongo que ahora estamos a mano.

—Ni de cerca —dice Jeb—. Tú trajiste a Roja aquí. Y vas a ayudar a enviarla de vuelta.

Pongo una mano en el pecho de Jeb.

—Espera. Primero dinos lo que pasó con Hermana Dos.

Morfeo suspira.

—Iba tan bien. Ella cayó en mi engaño y atrapó al hombre de cartón en mi lugar.

Una pieza encajó en mi cabeza.

—La silueta de Brandon Lee del altar de El Cuervo... por supuesto. —Sonríó—. Impresionante.

Morfeo se encoge de hombros, aunque obviamente está complacido consigo mismo.

—Mientras estaba ocupada enrollándome a “mí”, me transformé en una polilla y me re materialicé detrás de ella para sacar ventaja. La envolví en su propia red y la arrastré a través de un espejo hacia la madriguera del conejo. Se soltó y se volvió contra mí. —Mira hacia la cicatriz en su abdomen y se cierra los últimos botones sobre ella—. Me dejó por muerto.

—Aun así lograste llegar aquí —digo.

—Tenía un buen incentivo. —Morfeo se levanta y estira la camisa—. Estaba extrañando mi auto.

Suelto una risotada y Morfeo sonrío. Jeb nos observa.

Mi lapso momentáneo hacia la alegría dura poco mientras repaso las implicaciones de este nuevo desarrollo.

—¿Eso significa que Hermana Dos está de vuelta en el País de las Maravillas? ¿Está en su puesto?

Eso podría resolverlo todo. Tal vez Roja no llegara a las almas sin descanso a tiempo.

—Me gustaría pensarlo —responde Morfeo—. Pero deberías mantener la guardia en alto, especialmente tú, Jebediah.

El picaporte se mueve y nos congelamos. Mamá aparece y respiramos colectivamente aliviados. Apretándose el cinturón de su bata, mira a Morfeo arriba y abajo y él le regresa la evaluación. Obviamente no hay ningún tipo de sentimientos de afecto perdido entre ellos.

—Allie descifró su primer mosaico —le dice mamá—. Roja está en camino al reino humano para atacar el baile de graduación. Tenemos un plan para detenerla. Te pondré al tanto después de vestirme.

Morfeo nos mira a Jeb y a mí.

—Qué deliciosamente peligroso.

—Esto no es un juego, Morfeo. —Mamá le echa una mirada molesta y vuelve su atención a Jeb—. ¿Podrías ayudarme a cargar a Thomas hacia nuestra habitación? No está completamente dormido, pero sí lo suficientemente atontado.

—¿Estará bien? —pregunto.

La expresión en el rostro de mamá se suaviza.

—Las pastillas son inofensivas. Así estará más seguro.

Asiento, aunque me cuesta trabajo aceptar el hecho de tratarlo como a un peón.

Jeb camina tras ella cuando se dirige al pasillo. Hace una pausa en la puerta y mira a Morfeo significativamente.

—Cuida tus modales, ojos de bicho.

—Siempre. —Morfeo inclina un sombrero inexistente.

Apretando la mandíbula, Jeb sale.

Al minuto de marcharse, me recuesto a la pared, cojeando con una bota puesta y otra no. Morfeo me mira como un depredador, sonriendo.

—Intentando poner distancia entre tus sentimientos y tú, ¿eh, pequeña ciruela?

—No sé de lo que estás hablando.

—Mmm. Mientes con tanta elegancia. Te estás convirtiendo más y más en un habitante del Inframundo con cada día que pasa. —Camina hacia mí, tan sigiloso y amenazador como una pantera negra. Recuesta el antebrazo contra el muro y sobre mi cabeza, sus alas se curvan a mi alrededor, aislándome del entorno—. Miré dentro de tu corazón después de nuestra unión. Vi lo preocupada que estabas.

Cierro la boca con fuerza, esperando que fuera eso todo lo que vio.

Su mirada baja hacia mis collares. Sus facciones se endurecen mientras enlaza su meñique a través del anillo.

—Esto nunca funcionará. Obviamente no le has dicho a nuestro pseudo elfo sobre el voto que me hiciste.

Ahora más que nunca no puedo darle a Morfeo lo que me está pidiendo. Mi mente busca un modo de llegar a su lado comprensivo. Sé que tiene uno. Lo he visto.

—Hoy aprendí algo sobre ti.

Eso atrae toda su atención. Tira de mí hacia las insondables profundidades de sus ojos.

—¿Y qué sería eso?

—Cada vez que intentas hacer lo correcto, te joden.

Mi observación encuentra el silencio. Toma el otro collar, encerrando la llave, el corazón y el anillo en un puño. Inhalo superficialmente, los latidos de mi corazón tropiezan mientras intento leerlo. —Así que representa una batalla el tomar esa decisión, ¿verdad?

Morfeo me ofrece una sonrisa de suficiencia.

—Una batalla significaría que me tiene que importar. He cesado de interesarme.

—Tus acciones dicen lo contrario. Sé lo que hiciste en Hilos de Mariposa. Hermana Dos llegó al almacén mientras me vestía en el baño. La atrajiste hacia afuera, hacia el salón principal, en forma de polilla, para mantener a Jeb a salvo.

Morfeo está inquieto.

—Solo me divertía con la desgraciada.

—¿Y qué hay de lo que hiciste por mi mamá? Aunque ella te traicionó, nunca le contaste a Hermana Dos que mi papá era su chico de sueños robado.

—Hice un voto por la magia de la vida.

—No. Le pregunté a mamá sobre ese voto. Las palabras nunca especificaron que protegerías la identidad de mi papá.

Mira hacia abajo como si estuviera buscando alguna respuesta.

Alzo su barbilla con la punta de un dedo.

—Estoy intentando decirte que si sigues los buenos impulsos, no importa cuán insignificantes puedan parecer, no te defraudaré como los otros. Regresaré a ti. —Me muerdo la lengua, cuidando de no mostrar todas mis cartas. No puede saber que presencié nuestro futuro, solo que estoy llevando la cuenta de su pasado.

Morfeo se ríe.

—¿Regresar a mí?

—Algún día.

—Entonces tal vez no te quiera. Tal vez me canse de esperar.

Me trago el orgullo.

—Entonces será mi turno de ganarte. Estoy dispuesta a ello.

Su burla es sardónica si no impresionada.

—Por supuesto que lo estás. —Tira de mí por los collares, apretando el puño a su alrededor—. Pero no estoy cediendo nuestro día juntos después de derrotar a Roja solo por un par de palabras bonitas y promesas vacías.

Me muerdo la lengua, aguantándome el impulso de replicarle. Eso solo alimentaría su ego.

—Entonces no estás haciendo lo correcto —digo serenamente.

Hace un puchero.

—¿No? Porque mis buenos impulsos me están diciendo que lo correcto es hacerte honrar tu promesa. Solo tendrás que aceptarlo y decirle a tu muñeco mortal sobre nuestro acuerdo.

Doy un manotazo a su ala en un intento de salir. No ceden.

—¡Me vuelves loca!

Sus ojos se encienden, brillando como ónix contra un fondo de joyas violetas. —Y tú enciendes mi alma. —Aprieta los collares, una luz azul palpita en el interior de sus dedos—. Pregúntese, Su Majestad. ¿De veras está enojada conmigo, o lo está porque su pequeña treta de endulzarme le salió mal?

Parpadeo ante la ardiente sensación bajo mis párpados.

—No era una treta. Todo lo que dije es verdad.

Jadea e intenta una mirada dura, pero debajo veo la misma duda y vulnerabilidad que escuché en su voz cuando me envió al tren sin él. También veo algo más: un hada encantada y dañada que empujó a un lado su egoísmo y enfrentó al bandersnatch por mí, que se interpuso entre Jeb y Hermana Dos, y que salvó a mi papá de que le chuparan la vida.

Estoy sobrecogida con compasión y gratitud y otra emoción a la que no me atrevo a ponerle nombre. Tengo que convencerlo de que en mi corazón también tiene un lugar.

Solo que todavía no.

Miro hacia las alas que me cubre, a su cuerpo, inamovible frente a mí, entonces me alzo de puntillas y tomo su suave rostro entre mis manos. Se tensa por un instante —sospechando— pero se relaja suavemente, cada músculo rindiéndose poco a poco mientras masajeo su mandíbula.

—Solo te estoy pidiendo que esperes un poco —susurro—. ¿Un para siempre no lo vale?

Sin darle tiempo a responder, presiono la boca en su mejilla, una promesa para algún día. Un latido de mis labios para mi amigo de la infancia, y uno para el hombre que recién estoy comenzando a conocer.

Morfeo se suaviza debajo de mí, dejándome tomar la iniciativa por una vez. Su mano libre descansa en el cabello de mi nuca, la otra se calienta donde sostiene mis colgantes.

Es un pequeño beso en la mejilla, inocente y de corazón, hasta que vuelve su rostro sin advertencia, atrapando mi boca bajo la suya. Sus labios son cálidos y sedosos, saben a tabaco. Gime y se hunde en mí, arrastrándome en su corriente de pasión.

Antes de comenzar a ahogarme lo empujo, mis labios pulsan y estoy sin palabras. Sus joyas son como fuegos artificiales, un caleidoscopio de emociones. Lo miro con estupefacción, es tan parecido al chico de mis sueños en esos raros momentos en que lo derrotaba en un juego o reto. Sus alas están laxas, ya no son un muro que nos rodea.

Una maldición amortiguada viene desde la entrada del cuarto. Aparto la cabeza de un tirón para encontrarme allí a Jeb, su rostro drenado de toda sangre. Su mirada es feroz, aunque abatida, una herida profunda y retorcida que no he visto desde que su padre estaba vivo y lo atormentaba.

Se me cae el estómago.

—Jeb.

No grita. Ni siquiera ataca a Morfeo. Lo que hace es mucho peor.

Se va.

—¡Jeb, espera! —Siento como si mis entrañas hubieran sido atacadas violentamente; es un dolor tan poderoso que me fallan las piernas.

El puño de Morfeo sobre mi esternón me mantiene contra el mudo, evitando que vaya tras él.

—Es una lástima. —Morfeo desliza sus nudillos libres por mi mejilla—. Siento que haya tenido que ser herido, amor, pero es mejor así. Lo hubiera vuelto loco el tener que entregarte a mí por un día. Las cosas nunca hubieran sido las mismas entre ustedes después de eso. Y podría ser asesinado esta noche. Probablemente le salvaste la vida.

Me arden las mejillas.

—No. Así no es como se supone que termina. ¡Se suponía que este tiempo nos perteneciera a nosotros!

Morfeo me suelta y da un paso atrás.

—*Tiempo*. No tendrás semejantes limitaciones en el País de las Maravillas. Que ese sea tu resquicio de esperanza. Ahora concéntrate. Tenemos que prepararnos para Roja.

A la salida, se detiene y acaricia las perlas de mi vestido de graduación justo en el sitio donde lo puse en la silla. Sonríe tiernamente, y sé que está pensando en la visión de Ivory, una boda y un niño con cabellos como el suyo y ojos como los míos, que llevará los sueños al País de las Maravillas y hará que el robar niños humanos sea obsoleto.

Con un vistazo final, Morfeo se marcha.

Me deslizo hacia el suelo. El calor irradia entre mis clavículas, donde brillan mis collares, de un brillante azul, y calientes por el agarre mágico de Morfeo. La llave, el corazón y el anillo están fundidos juntos, un montón de chatarra metálica tan inútil como cualquier explicación que pudiera ofrecerle a Jeb.

No lo vi venir. Fui yo todo el tiempo. Yo sería quien me traicionaría en la peor manera posible.

24

Bailepocalipsis

Traducido por Mel Markham & Elle

Corregido por Niki

No es muy fácil recomponerme.

Nos hago salir tarde de la casa, y para el momento en que nos detenemos en la tienda de deportes de mi padre por los suministros que Jeb escribió —dos pares de walkie-talkies, diez redes para transportar pelotas, cuatro pares de gafas de visión nocturna para cazar, y dos pistolas de paintball, junto con un par de cajas de bolas de pintura blancas y amarillas— mamá y yo nos detenemos en el estacionamiento del Submundo solo treinta minutos antes de que comience la graduación. El concejo de estudiantes y algunos chaperones ya han llegado. Hay al menos una docena de autos aquí, y uno de ellos es de Taelor. Esta noche sigue mejorando.

El centro de actividades es una gran cueva subterránea con un techo de piedra tan alto como de catorce metros en algunos lugares. Afuera hay una entrada a nivel del suelo: una estructura pequeña que luce como una bóveda con las letras S-U-B-M-U-N-D-O en neón parpadeando en naranja, rojo y púrpura arriba de las puertas dobles estilo gimnasio. Al atravesar las puertas, una rampa se curva hacia abajo llevando al piso principal donde las actividades que brillan en la oscuridad se presentan: un tazón de patinaje, un área de golf en miniatura, una sala de juegos y una cafetería. También hay un lugar para bailar, cerca del tamaño del gimnasio de la escuela, con espejos de pared a pared. Es una mejora en el gimnasio de la escuela, ya que en lugar de la iluminación tradicional, utiliza luces negras iluminando murales fluorescentes. El escenario perfecto para cuentos de hadas y bailes de máscaras.

Las puertas traseras de Submundo se abren hacia un pequeño vestuario donde los empleados dejan las mochilas, chaquetas y cosas personales mientras trabajan. También tiene un elevador para transportar las cargas semanales de alimentos y suministros. Ahí es donde Jeb nos espera para entrar. Vamos a tomar el elevador, así podemos entrar detrás de la cafetería y mezclarnos más fácilmente.

280

Jeb todavía nos está ayudando a pesar de que rompí su corazón. No solo porque su hermana podría estar en peligro sino porque eso es lo que Jeb hace. Protege a los vulnerables.

Justo como yo debía protegerlo a él, y fallé.

Conduzco el Mercedes de Morfeo hacia la parte trasera del aparcamiento con mamá dejándome hacerlo a la fuerza y Morfeo revoloteando en forma de polilla fuera de la ventana. Asiste esta noche como el estudiante británico de intercambio. Taelor va a estar eufórica. No solo ha regresado “M”, sino que Jeb y yo estamos peleados.

La mejor graduación *de la historia*.

Debajo de las luces negras, la verdadera apariencia de Morfeo lucirá como parte de un disfraz. De acuerdo con eso, he sacado mis alas de nuevo. Mamá me ayudó a envolver una red púrpura alrededor de su base y lo prendió en el frente con un broche brillante, como un chal, para camuflar la forma en que sobresalen de la piel. Si no estuviera tan loca por Jeb, podría de hecho haber mostrado mis alas y parches de ojos.

Aparcamos junto a la motocicleta de Jeb. El solo verla rasga mi corazón un poco más.

Llegó temprano como habíamos planeado originalmente y tener el lugar libre para recorrerlo antes de que llegaran todos. Me mandó un mensaje diciendo: **Nada sospechoso**. Corto, conciso y sin emoción. Lo borré. No tenía lugar entre los textos coquetos, sinceros, y románticos que forman el resto de su historial en mi teléfono.

El ramillete de la muñeca me mira desde lo alto de mi guante púrpura, un recordatorio burlón del anillo que ofreció junto con el resto de su vida. El anillo que ahora está fundido con el colgante de corazón y la llave. Agarro el revoltijo de metal en mi cuello, luego lo meto debajo de mi chal.

Lloraría, pero esto está mucho más allá de las lágrimas. Las cuencas de mis ojos se sienten calientes y pican, como si hubiera vertido arena en ellas, y luego empujado mis ojos de regreso.

Aguántate, Alyssa. La voz en mi cabeza podía fácilmente ser la de Morfeo, pero es la mía. Aseguro mi media máscara con aerógrafo y flecos de plata en su lugar, atando la banda alrededor de mi cabeza.

Mamá y yo bajamos del auto. El estacionamiento trasero está abandonado salvo por nosotros. Con solo presionar la llave a distancia, las puertas se abren. Una fría ráfaga de aire bate mis alas y levanta el dobladillo de mi vestido. Me agacho para ajustar mis botas de plataforma azul-grisáceas, liberando parte del dobladillo de la hebilla.

La tormenta de antes ha pasado, dejando una puesta de sol color durazno. La grava brilla como lentejuelas de neón, pero eso es solo en la

superficie. Hay algo oscuro, antiguo y amenazante enterrado debajo de este reino durmiente, y los humanos no pueden verlo.

Los insectos regresaron —ya no diciendo advertencias sino ofreciendo apoyo. Su ruido blanco se une en un susurro:

Estamos aquí, Alyssa. Mantén nuestro mundo a salvo. Si nos necesitas... llama.

Mamá viene hacia mi lado del auto para centrar mi tiara y velo. Acaricia la peluca plateada que Jenara me prestó para que caiga hacia mis caderas en brillantes hebras rectas. Mi cabello real está metido debajo de la peluca que pica.

Jeb le dijo a Jenara que planeábamos asistir al baile de incógnito porque no quería que me lo perdiera, fingiendo que todo está bien con nosotros. Jen se emocionó al estar de acuerdo con nuestra farsa y también trajo más de un vestido de cóctel sin espalda para mamá, a petición mía.

El dobladillo hasta la pantorrilla le favorece, como también las capas femeninas de gasa ruborizada que coinciden con las mangas del casquillo tenues. Jen contribuyó a que las hebras de su trenza estuvieran en sus sienes y utilizó broches con diamantes de imitación en su lugar para que su cabello brillara como su piel. Luce increíble. Deseo que papá pudiera verla.

Antes de dejar el dúplex, puse su camioneta en el garaje junto a Gizmo, así parecería que no había nadie en casa. El pensar en él estando ahí solo me pone triste nuevamente.

—Lo sé, Allie. —La mirada intensa de mamá con ojos azul cielo me lee a través de su máscara rosada—. Odio engañarlo así también. Pero no puedo ver otra manera.

Morfeo desciende en forma de polilla y queda suspendido junto a mí, una de sus alas rozando mi mejilla en broma. Lo alejo con un movimiento y me aguanto la ira que estuve suprimiendo desde que nos besamos. En ese momento cambió hacia algo que no estaba destinado a ser aún.

Y sospecho que lo planeó. Ese es el propósito por el cual dejó caer sus alas así Jeb lo vería.

Morfeo se transforma a un metro de distancia.

—Alyssa, no hay palabras para tu belleza. —Se agacha graciosamente.

—Córtala, Morfeo.

Sonríe y se endereza, sus alas levantadas y majestuosas detrás de sí. Miro su disfraz. Es tan típico de él. Una mezcla entre medieval y estrella de rock: antebrazos con protectores de cuero marrón con tachuelas sobre una camisa blanca plegada en los puños y atuendo de caballero color borgoña

con una capa de encaje de oro. El dobladillo llega hasta sus muslos musculosos, por lo que las medias ceñidas de color borgoña estrechan suavemente en botas marrones de caña alta, sin dejar nada a la imaginación. Lo peor de todo, lleva una corona.

Se vistió como un rey de hadas. La ironía no se me escapó.

Frunzo el ceño.

—¿Problemas, amor? —Baja la mirada a mí detrás de una media máscara de encaje de oro, mientras ajusta la corona rubí enjoyada por el pelo azul con las manos vestidas de terciopelo. Las pequeñas polillas están suspendidas en los rubíes, como fósiles en una vidriera.

Sacudo la cabeza.

—Estoy bastante segura de que serás el único usando algo lo suficientemente apretado como para necesitar un taparrabos. Siempre tienes que ser sensacional, ¿no?

—Oh, te lo aseguro, lo que elegí mostrar es solo el comienzo.

Mamá y yo rodamos los ojos simultáneamente, y su sonrisa se amplía. Juntos, los tres rebuscamos en las bolsas de lona llenas con los suministros del camión y corremos hacia la puerta trasera.

Jeb está ahí antes de que golpeemos, sosteniendo la puerta abierta. Está morbosamente hermoso con las redes falsas, rayas polvorientas y rasgaduras estratégicas que Jenara incorporó en su esmoquin. La chaqueta de terciopelo afelpado azul marino con cierres le hace parecer aún más grande y más alto, y los pantalones cuelgan de manera fluida por sus piernas musculosas. Una camisa de vestir púrpura y media máscara a juego completan su piel aceitunada y cabello oscuro ondulado, destacando sus ojos verdes con motas de gris. La corbata de raso en el cuello combina todos los colores de un estampado de cachemira.

Se afeitó y usa la manopla de metal que le di, pero no es por mí. Es porque planea patear traseros zombis.

—Jeb...

Mira a través de mí.

—Todos ustedes necesitan apurarse. Tenemos planes que discutir.

Tenerlo guiándonos como un todo pica como una bofetada. La familiaridad con él está tan dolorosamente cerca que no quiero moverme. Morfeo envuelve un brazo a mi alrededor para empujarme, y la mirada de Jeb revolotea hacia la unión antes de apartar la mirada de nuevo, con su mandíbula lo suficientemente tensa como para crujir.

Descargamos las bolsas de lona en la banca de madera junto a algunos casilleros. Jeb las abre para comprobar los suministros mientras nos explica su estrategia.

—Esas redes para pelota son para los juguetes, ya que no pueden ser asesinados. Tenemos que inmovilizarlos para meterlos dentro. —Saca los walkie-talkies. Después de probarlo, nos da uno a cada uno—. Nos separaremos en equipos. Tripas de insecto y yo, y entonces ustedes, damas. Manténganse en contacto con su compañero por la radio.

La radio no es más grande que un celular, así que la empujo en mi escote.

—Los árboles en macetas que usan son enormes —continúa Jeb—. Lucen como verdaderos bosques rodeando la pista de baile. Va a ser difícil mantener la vigilancia entre ellos. —Saca los lentes de visión nocturna y las pistolas de pintura, luego levanta la mirada, frunciendo el ceño—. Dije cuatro pares de lentes.

—Thomas solo tenía uno —responde mamá.

Jeb frunce el ceño.

—No importa, lo haremos funcionar. Hay dos cajas de donaciones nuevas que no he comprobado aún. Nuestra prioridad es buscar en esas por juguetes harapientos. Y si no encontramos nada, haremos guardia en los espejos de la pista de baile.

—¿Y si encontramos algo, O-Capitán-mi-Capitán? —pregunta Morfeo, un borde acerado en su voz.

Jeb carga una de las pistolas de pintura y apunta al pecho de Morfeo.

—Entonces le disparo a esos rastros, así podemos rastrearlos bajo las luces negras, atraparlos y enviarlos de regreso al agujero del que salieron *para siempre*.

Morfeo y Jeb se miran fijamente. La tensión es palpable. No tengo idea de cómo van a trabajar junto para terminar esto. Por lo demás, no tengo ni idea de cómo voy a salir de esto, sabiendo cuánto lo arruiné ya.

Mamá se pone entre ellos y baja el cañón de la pistola hacia el suelo. Nos mira a los tres, y puedo verla unir las piezas de lo que pasó en su cabeza.

—Antes de que comiencen los disparos, tenemos que sacar a la gente.

La mirada intensa de Jeb se posa en mamá. Nunca he estado tan envidiosa de ella.

—Correcto. Tenemos que explotar cada aspersor, así el lugar se moja. Se disparan cuando se rompe su globo de vidrio. ¿Cree que usted y Al pueden explotarlos con magia? ¿Explotarlos *todos* y hacer que la gente salga corriendo? Esa va a ser la señal cuando esté despejado y luego las

barricadas en su lugar. Mothra se puede encargar de las entradas mientras vigilo los circuitos del elevador.

Mamá asiente.

—¿Podemos hacer eso, Allie? —Me mira con una inclinación de cabeza, y sé que ve a través de mí.

—Claro —respondo. El plan de Jeb está bien pensado, sin embargo no he tenido un pensamiento coherente desde que dejamos la casa. Obviamente nuestra ruptura no afectó su productividad como a mí.

Tomamos el elevador grande para bajar. Jeb está en la esquina más alejada con las bolsas de lona, encargándose del panel de botones, y Morfeo está de pie entre mi mamá y yo. Llegamos a una parada, Jeb presiona el botón Cerrar Puertas. Se enfoca en mí por primera vez en la noche. Mi corazón baila.

—Ten cuidado —dice, su voz profunda y áspera con emoción.

—Tú también —murmuro.

El ala de Morfeo me roza, un recordatorio obvio de lo que pasó antes entre nosotros.

Frunzo el ceño mientras Jeb aparta la mirada y abre las puertas, guiándonos fuera hacia el piso principal, ignorándome de nuevo. Los aperitivos están siendo preparados, la esquina junta a media docena de mesas de billar con superficies de fieltro tan oscuros que son casi invisibles. Bolas de neón, bolsillos y tacos tientan a los jugadores para jugar.

En el buffet, un brebaje azul brillante burbujea dentro de un tazón de ponche, y pastelitos con rosetas con glaseado de neón cubre el resto de la mesa. Tomamos nuestros suministros detrás del mantel colgando, manteniéndolos ocultos pero cerca para un fácil acceso.

Es hora de mezclarse y buscar.

Nos ajustamos a la escena ultravioleta. La gente dando vueltas parece tan salvaje como Morfeo y yo. Algunos de mis compañeros incluso tienen antenas y dos juegos de alas como libélulas, hechas de cables, manteles y pintura fluorescente.

Los árboles de los que nos contó Jeb de verdad parecen reales, y son al menos tres veces el tamaño de lo que hicimos en la clase de arte, tronco ancho y largas ramas que sobresalen en la cima como serpentinas. Han sido pintados de blanco, en contraste con las luces negras, agregando el elemento fantasmal.

Tiemblo.

Mamá me lleva a un lado y se inclina cerca de mi oído.

—Sé que algo está pasando entre tú y Jeb, pero no te distraigas. La única forma de superar esto es alejarte de tus emociones. Se implacable y astuta. Piensa como una reina del Inframundo. ¿Bien?

Asiento. Besa mi sien, dejando la esencia de su perfume flotando sobre mí mientras se separa del grupo para registrarse en la mesa de chaperones. Su vestido y máscara parecen flotar entre la oscuridad, rosa radiante flotando alrededor de una silueta azul. Los estudiantes voluntarios en la mesa le alcanzan una etiqueta fluorescente con su nombre y la tiara de cortesía de cartón, pintura y oropel. Las pone en su lugar, luego camina hacia una caja de donaciones a unos metros de distancia. Gira la espalda, y la radio en mi escote vuelve a la vida con su voz.

—Comprobaré esta. Busca en las otras. *Cambio*. —Luego hay estática, apenas notable bajo las baladas monstruosas de los ochenta a todo volumen por los altavoces.

—Estamos en ello —dice Jeb desde atrás—. Ve a la pista de baile. Deberías encontrar un puesto ahora, antes de que aparezcan todos.

—Cierto —murmuro.

Morfeo arrastra un dedo de terciopelo de mi hombro con el codo cuando pasa.

—Mantén tu cabeza para ti, Alyssa. No soportaría que la perdieras. —La implicación al País de las Maravillas detrás de sus palabras serpentea como un cuchillo en mis entrañas. Luego se dirige hacia el mini golf.

Jeb cambia su posición detrás de mí, como si se fuera, pero se detiene cuando un crujido estalla en los altavoces, apagando la música.

—¡Cinco minutos hasta que abran las puertas! —dice una adolescente burbujeante por el intercomunicador—. ¡Chaperones, arreglen sus puestos, y estudiantes del consejo, vayan a la entrada para darles la bienvenida a nuestros invitados y tomar las donaciones!

Jeb y yo esperamos a que la multitud se disperse. Me preocupa que no hayamos encontrado todavía a los espíritus en los juguetes. Espero que podamos hacer esto sin Jenara y Corbin y los otros estudiantes estando presentes. Me muevo nerviosamente, y mi ala roza el abdomen de Jeb, haciendo que mi cara se ruborice.

Se inclina hacia adelante, su respiración caliente en mi cuello.

—Lo tienes, chica patinadora —susurra suavemente y toca la punta de mi ala, enviando cálidos reflejos por todo mi cuerpo.

Su fe en mí, frente a todo por lo que lo hice pasar, es tan inesperada, que me giro para agradecerle. Pero ya se está alejando, su espalda apenas visible en la oscuridad. Las membranas de mis alas anhelan su toque.

Con la mandíbula apretada, me dirijo a mi puesto, zambulléndome entre mis compañeros en disfraces reflectantes. Mantengo la mirada en los árboles fantasmales. Una vez que me meto en el bosque, mi propio vestido, el cabello y las alas se mezclarán con sus troncos y ramas blancas deslumbrantes. Desde unos metros de distancia, algunos de los troncos lucen como si fruncieran el ceño, una extraña anomalía formada por las vetas de la madera. El espectáculo activa una molestia lejanamente familiar.

La voz de mamá viene desde mi radio. Verifica que no encuentra nada fuera de lugar en las cajas de juguetes y que Morfeo no encontró nada en las otras cajas. La gente mira mi pecho parlanchín por detrás de máscaras con picos o brillosas, sus siluetas azules violáceas tan irreconocibles para mí como yo para ellos. Los ignoro y sigo avanzando hacia la pista de baile y pared de espejos.

Mirando sobre mi hombro, ubico a Jeb en la distancia, su oscura silueta contra el naranja del tazón de patinaje detrás de sí. Una pieza de metal temporal ha sido colocada en la parte menos profunda —pintada del mismo tono que el tazón y la mitad de alto— para evitar que las parejas amorosas se metan dentro para una sesión de besos.

Una princesa sombría está junto a Jeb en alas rojas de vestir y una monarca de lentejuelas que estallan de los hombros, con lámparas incandescentes como las llamas. Pone una mano en su solapa, acariciando la tela. Conocería ese lenguaje corporal en cualquier lado. Taelor descubrió a Jeb, y está emocionada de que no haya venido conmigo.

Recordando las palabras de mamá y la advertencia de Morfeo, me quito los celos y continúo hacia mi destino asignado. Mientras paso la sala de juegos —a unos metros del bosque blanco— oigo un crujido, como plástico ondeando en el viento.

Retrocedo y agacho la cabeza debajo de la arcada. La habitación oscura está viva con música bulliciosa, extraños efectos de sonido, y luces animadas. El crujido plástico continúa y me atrae. Paso la línea de la sala de las máquinas de juegos. Colores brillantes y gráficos pasan como un rayo por mi visión periférica mientras me enfoco en el crujido. Viene de la sección Skee-Ball, donde medio centenar de premios, envueltos en bolsas de celofán, cuelgan de un tablero de clavijas sobre la pared del fondo.

Mínimos movimientos inflan y desinflan las bolsas, como si algo respirara dentro de ellas. Mi pulso golpea debajo de mi mandíbula mientras me acerco, los premios haciéndose visibles a través de los plásticos que los cubren: osos y animales de peluche, payasos de vinilo y muñecas de porcelana, todos apolillados o sin ojos, con el relleno que rezuma de sus cuellos, en sus brazos, y fuera de las cuencas vacías.

Las almas sin descanso...

—Vaya estrategia —susurro y saco mi walkie-talkie con manos temblorosas.

Caminando hacia atrás, tropiezo con mi cola y dejo caer el radio. Se abre a la mitad sobre el piso de granito.

—Maldición.

Me inclino a recoger las partes que están regadas junto a una pequeña planta en una maceta que no noté antes. Es un ranúnculo, está extrañamente fuera de lugar aquí; los pétalos amarillos reflejan el ambiente ultravioleta como una señal de advertencia a la que de pronto le dan los faros de un coche. También hay algo brillando dentro de la maceta, justo encima de la tierra. Me acerco y encuentro una seta medio comida, el lado de las pecas desaparecido.

—Mi niña. —Una voz ronca sale del centro de la flor. Una de las hojas agarra una hebra de mi peluca plateada antes de que pueda echarme atrás, obligándome a mantenerme de rodillas. Una hilera de ojos se abre en cada pétalo y parpadean.

—Roja —susurro.

Ella comienza a crecer junto con la maceta, una lenta y tortuosa transformación. Los espinosos dientes en su boca gruñen.

—Vamos a echarte un vistazo —dice, ahora tan alta como mi pantorrilla y continúa creciendo. Sus brazos y dedos frondosos se estiran y enredan en mi peluca, aferrándose con firmeza cerca de su espeluznante cara—. ¿Qué le pasó a tu cabello? —regaña, obviamente disgustada. Su aliento huele a flores marchitas—. ¿Cómo te atreves a despojar a mi recipiente?

—No soy tu recipiente. —Me libero, dejando que mi máscara, peluca y redecilla caigan. Mi cabello real cae en cascada alrededor de mis hombros en una masa enredada. Doy un paso atrás antes de que la hebra roja tire de mi cuero cabelludo, arrastrándome hacia Roja, como si recordara que ella la creó, como si quisiera dejarla entrar de nuevo. Me congelo, esa huella digital en mi corazón me incapacita.

—Ah, mucho mejor. —Los dientes filosos y babosos de Roja se curvan en una sonrisa mientras crece lo suficientemente alta como para mirarme a los ojos—. Esa es la bienvenida que esperaba. —Atrapa el mechón inquieto con una frondosa mano—. Siempre seré parte de ti. —Mi cuerpo rehúye a la intrusión, como si ella me estuviera drenando la sangre y sustituyéndola con la suya.

Reconcentrándome, empujo su tallo y cae, perdiendo su agarre en mi pelo mientras golpea el piso, la maceta volcada y las hojas suenan. Su influencia mental está rota.

—Nunca serás parte de mí otra vez. —Sacudo el intento de posesión.

Gruñendo, rueda por el piso, usando sus brazos parecidos a vides para arrastrarse hacia mí. La tierra se bota de la maceta volcada y ella hace una pausa, mirándola. Sus cientos de ojos me observan fijamente.

—Ayúdame o sufre mi ira.

—*Sí, claro* —murmuro sarcásticamente, mi lado de habitante del Inframundo apoderándose de mí. El recuerdo de mi confrontación con las flores el año pasado en el País de las Maravillas vuelve a mí—. Puedes recoger tus raíces, pero no puedes moverte a menos que estés conectada a la tierra. No es la elección más inteligente, apareciéndote en una cueva de hormigón. —Evito su intento de agarrarme, en un latido esperanzado. Es por eso por lo que probablemente no se trajo a las flores mágicas... es por eso por lo que eligió a los juguetes como su ejército—. Solo te digo que te quedes ahí tirada y te pudras.

Furiosa, extiende los brazos. Las hojas sobresalientes de sus enredaderas golpean el piso junto a mis pies, a centímetros de atraparme. Me retiro más lejos, observando, casi sintiendo lástima por su impotencia, pero sé mejor que eso. No hay nada impotente en ella, y la piedad no tiene cabida en el campo de batalla.

Necesito deshacerme de ella, permanentemente, enviarla de vuelta al cementerio, esta vez para que se quede, aunque no estoy segura de cómo llegar allí. Tal vez Morfeo tiene un plan. De algún modo la incapacitaré... reteniéndola aquí hasta que él pueda ayudarme.

Arrancando una extensión de la pared, me alejo lo suficiente para mantenerme fuera de su agarre, y guío la cuerda con mi mente como si fuera una caña de pescar. La atrapo, luego la enrolló para que no se pueda mover. Es satisfactorio ver el otro lado de este truco por una vez.

Ella gruñe, luchando contra las ataduras.

—Idiota obstinada. No soy el enemigo. ¿No te das cuenta de que soy el único modo que tienes de mantener al Reino rojo? Tu madre desea robártelo. Te mintió todos estos años. Quiere la corona. De hecho intentó ganarla una vez. No sabías eso, ¿cierto?

—Sé todo sobre mi familia. —*Gracias a Morfeo.*

Continúo enroscándola en el cable eléctrico. Si no hubiera visto los recuerdos de mis padres, puede que hubiera creído la mentira de Roja. De este modo su falsa acusación solo consigue enojarme. La electrocutaría si eso tuviera algún efecto.

Gruñe mientras termino de amarrar el cordón y retrocedo otro paso.

—La araña está al acecho en las sombras —farfulla Roja—. Quiere darle a tu príncipe de cuento de hadas un final distinto esta vez. Suéltame y te diré dónde se esconde.

¿La Hermana Dos?

Levanto el ruedo de mi vestido y coro hacia afuera, dejando a Roja incapacitada.

—¡Atrapen a la chica y despierten a los árboles! —grita Roja. Los juguetes en el muro traquetean sus envoltorios para liberarse.

Despierten a los árboles. Esas palabras son la validación enferma de mi premonición de antes. Esos ceños fruncidos que vi eran más que el grano de la madera.

Jeb me ve correr desde la entrada de la sala de juegos e intenta maniobrar a través de la multitud. No hay tiempo para buscar a mamá. Tengo que limpiar el sitio antes de que los juguetes escapen y los humanos sean comidos por la madera de tulgey.

Miro fijamente hacia la luz negra de un morado fluorescente que cuelga en un techo sin fin, imaginando los bulbos de los rociadores, pretendiendo que son capullos en un jardín esperando para florecer. Imagino una luz alimentándolos, sus pétalos se abren en busca de la vida.

Los pequeños estallidos se riegan de un lado al otro de la cueva, seguidos de una caída de agua fría que me empapa al punto en que mi cabello y mi ropa están pegados a mi piel. La reacción de la multitud es instantánea. Chicas gritando y chicos maldiciendo se abren paso a trompicones hacia las rampas, mientras otros corren alrededor, intentando salvar los disfraces y la comida.

Los chaperones intentan controlar el caos y guiar a todos hacia la salida. Me agacho bajo la señal del salón de juegos, y cuando el último chaperón sale por las puertas que imitan las de un gimnasio, Morfeo aparece enroscando una cadena por las barras de apertura, haciendo una barricada en la entrada.

Los aspersores se detienen a la orden de mamá.

—¡El ejército está en la sala de juegos! —grito tan pronto como ella aparece en mi campo de visión y los cuatro estamos reunidos, piel, cabello y ropas empapados—. Y cuidado con los árboles... son tulgeys.

Jeb luce completamente desconcertado, pero mamá y Morfeo intercambian miradas ansiosas a través de sus máscaras brillantes.

Una estampida de juguetes en descomposición sale corriendo del salón de juego y se dirige hacia los árboles en la pista de baile. No puedo ver toda la extensión de su asquerosidad en las sombras. No importa. Todavía puedo ver el modo en que lucían en esas bolsas —miserables ojos de muñecas parpadeando, rostros de payasos gruñendo en dolor y enfurecidos, ositos de peluche y corderos perdiendo su relleno a través de los descosidos en sus cuerpos— todos ellos cargando almas delirando por una oportunidad de libertad.

Sus formas pequeñas y tenebrosas se deslizan una contra otra sobre el cemento. Gruñen en confusión masiva. Sería gracioso si no fuera tan siniestro.

—¡Busquen los suministros! —grita Jeb.

Morfeo levanta el vuelo, su corona cayendo al suelo con un sonido metálico. Me lanzo en picada detrás de él. Es una máscara flotante, jubón, y camisa de volantes dirigiéndose hacia el buffet; todo lo demás, sus medias y alas, son demasiado oscuras para verlas. Jeb y mamá siguen en tierra, un vestido rondando y una máscara púrpura brillante. Todos estos años de balancearse sobre una patineta están rindiendo frutos. Jeb hace un impresionante trabajo deslizándose sobre el piso inundado mientras evita que mamá se caiga.

No hay nada salvo estática saliendo de los intercomunicadores y los altavoces. Aleteando, escaneo la oscuridad debajo. Está rota solo por las plataformas fluorescente en el medio, los murales, y los árboles fantasmales hacia el norte que pronto cobrarán vida, y, solo unos metros perpendiculares, la sala de juegos. Me encojo de miedo. Luce como una máquina de pinball de pesadilla. Mientras observo las mesas de billar y las bolas brillantes que lucen como canicas, una idea comienza a tomar forma.

Morfeo interrumpe mi proceso de pensamiento, gritando sobre su hombro:

—¿Roja?

Mi cabello flota en las corrientes de aire que provienen de sus alas.

—Está volcada en el piso, atada y tosiendo tierra.

—Eso no durará. —Por una vez, no tiene una broma.

Y tiene toda la razón al estar serio. Solo me las agenció para mantener a los humanos fuera de su camino y ganarnos tiempo extra. Ella quiere mi cuerpo de vuelta y a Morfeo en una bandeja. Averiguará un modo para que ambas cosas sucedan. Al menos de momento está incapacitada, lo cual hace que encontrar a Hermana Dos sea la prioridad principal. Tiemblo, recordando la reacción de Morfeo a su agujón. Un humano, sin magia para luchar contra el veneno, no tiene oportunidad de sobrevivir.

Morfeo y yo alcanzamos el buffet primero. Aterriza con pericia sobre el suelo y se desliza hasta detenerse. Me bajo torpemente sobre la mesa, mi bota izquierda aplastando una mojada magdalena fluorescente.

—Práctica, amor. Todo está en los tobillos —dice él mientras arrastra la bolsa de lona.

Sacudo el pastel mojado y me bajo, usando mis alas para equilibrio y no barrer el suelo resbaloso.

Jeb y mamá llegan después de tomar un desvío para que Jeb pudiera cortocircuitar el elevador. Ahora está en su completo modo de batalla.

—Al, déjame tu chal —me dice apenas me ve, quitándose la chaqueta.

Me quito el broche.

—Jeb —murmuro mientras me gira para desenvolver la red de la base de mis alas entretanto mamá y Morfeo sacan las cosas a unos metros de nosotros, dándonos la espalda.

—¿Si? —dice Jeb, concentrado.

—Esos árboles, se tragan cosas. Entonces la escupen como mutantes, o se pierden en...

—*CualquierOtroSitio*. Tu mamá me contó cuando veníamos. —Sus dedos siguen desenroscando la red.

—Y la Hermana Dos está aquí.

Hace una pausa.

Miro hacia él sobre mi hombro, un nudo se me forma en la garganta.

—Tu plan es brillante, pero esta no es tu guerra. No estás equipado para luchar contra estas cosas.

Su mirada herida penetra incluso a través de mi máscara.

—Pero él sí, ¿cierto?

Miro por encima de su hombro hacia Morfeo. Sus alas lo esconden a él y a mamá mientras desenredan las redes.

Me giro, concentrándome en Jeb.

—No importa lo que pienses que pasó entre nosotros dos, te amo. Compartimos cicatrices de batalla y corazones. No quiero perder eso.

Estudia mis collares y el montón soldado de metal en mi cuello.

—Seh, veo lo bien que cuidaste mi corazón.

Me estremezco ante la honestidad de su indirecta.

—Pero a estas alturas deberías saber que nunca me doy por vencido sin una pelea. —Atrapa las cadenas, tira de mí más de cera, y presiona sus labios contra los míos, un contra reclamo al beso de Morfeo, marcado con el sabor y la pasión de Jeb. Cuando me suelta, su mandíbula está fijada con determinación—. ¿Tú y yo? Estamos lejos de haber terminado.

Estoy demasiado conmocionada como para responder.

Nuestro momento se ve interrumpido cuando los muñecos no muertos despiertan a los árboles. Amplias bocas bostezan, abriéndose en

los troncos, y sus miembros serpentinos palpitan. Como Roja, ellos están limitados por sus macetas y por la tierra en la que se encuentra. Pero me acuerdo de los afilados dientes retractables y las encías que vi en los estantes de tulgey de mi recuerdo. Si los juguetes nos pueden rodear en el bosque, es el fin.

Después de despertar a los árboles, los juguetes desaparecen en las sombras una vez más. Los sonidos intermitentes del chapoteo, gemidos espeluznantes y quejidos son la única indicación de sus paraderos. Más allá de una silueta aquí y allá, son imposibles de ver, siendo tan pequeños y estando tan cerca del piso.

Sin decir otra palabra, Jeb desenrolla en una tira para hacerla más fuerte y confeccionar un arnés alrededor de su pecho y hombros. Saca las gafas de visión nocturna y se quita la máscara para ponérselos. Luego se engancha el arma de paintball y lanza todas las cajas de bolas de pintura en una de las bolsas de loca que le cuelga del hombro.

Da un paso hacia Morfeo, atrapa su brazo, y lo gira.

—¿Crees que eres lo suficiente hombre-bicho para darme un aventón?

Morfeo resopla.

—Es un juego de niños. Aunque no puedo garantizar un aterrizaje seguro.

La amenaza no perturba a Jeb. Se gira para que Morfeo pueda meter sus brazos por el arnés.

—Morfeo. —Lo miro significativamente, intentando obtener su reafirmación de que jugará limpio. Pero ninguno de los dos me mira. Espero que se las puedan arreglar para trabajar juntos sin matarse mutuamente.

—Los marcaremos. —Jeb nos mira mientras Morfeo lo levante, sus poderosas alas baten con la fuerza suficiente como para generar ráfagas de viento—. Y ustedes dos los embolsan.

Mamá me tiende una red mientras los chicos se alzan hacia el techo. La camisa de Jeb es una veta de púrpura brillante en las sombras. La idea de la Hermana Dos acechando me carcome el corazón, pero tengo que aguantarme. No puedo dejar que mi miedo por Jeb saque lo mejor de mí, o le probará a Morfeo que tiene razón: Jeb es mi perdición.

No dejaré que eso sea cierto. Es mi compañero, justo como lo fue en el País de las Maravillas. Aunque haya perdido su confianza.

Un plaf se escucha cuando Jeb lanza bolas de pintura hacia la oscuridad. Los aterradores muñecos trepan de sus escondrijos, gruñendo y gimiendo. Manchas de pintura los marcan, rastros de luz de neón se escabullen de un lado a otro.

Mamá y yo nos movemos y nos agachamos, oscilando y deslizándonos, mientras dientes rechinantes y gruñidos enojados atacan desde todas direcciones. Con el suelo mojado bajo nosotras, apenas podemos estar de pie para deshacernos de ello, mucho menos para atraparlos en redes.

—Si vamos a tener la ventaja —grito sobre la conmoción, golpeando a un par de muñecos no muertos con un taco de billar—, tenemos que levantar el vuelo. —Me pican las alas por tomar vuelo y trepo sobre la mesa.

Mamá me mira, un rescoldo de reserva tras su más cara.

—No soy muy buena en eso de volar. —Luce aterrada, justo como yo lo estaba cuando Jeb y yo patinamos sobre el abismo de almejas en el País de las Maravillas. Pero Jeb persistió y logramos salir. Seré igual de fuerte por mamá.

Media docena de juguetes manchados de neón se dirige hacia nosotras, jadeando y rabiosos.

Tiro de ella para que se ponga de pie a mi lado sobre la mesa.

—Ahora, mamá.

Mordiéndose el labio, asiente. Hay un *whoosh* cuando libera sus alas, una réplica casi exacta de las mías. Después de esta noche —viendo su lado del País de las Maravillas liberado— no creo que vuelva a tener problema con mis minifaldas otra vez.

Una canción trance-techno sale de los altavoces y una risa macabra resuena por el intercomunicador. Algunos juguetes encontraron un camino hacia la cabina de sonido.

Mamá y yo alzamos vuelo —redes en mano— mientras algunas almas sin descanso se suben a la mesa. Un mohoso oso de peluche y un gatito rosa con un solo ojo tiran de mis brazos y cabello, intentando lanzarme hacia los bostezantes árboles. Me deshago de los juguetes con mi taco de billar mientras me elevo.

Mamá no está ganando altitud con suficiente rapidez. Una muñeca de vinyl carcomida por gusanos se aferra a su tobillo, mordiéndola. Ella chilla y se hunde par de metros. La sangre gotea por su zapato hacia la mesa.

En picada hacia ella, golpeo a la muñeca con el taco, enviándola hacia la oscuridad. El juguete grita, y sigo vertiginoso reflejo blanco cuando golpea la cima del medio tubo de patinaje y se desliza por la pendiente naranja, deteniéndose en el fondo. Intenta escalar, pero sigue deslizándose hacia abajo. La superficie cóncava, combinada con la humedad de los aspersores, hace que sea imposible escapar.

La idea que se formó antes parcialmente ahora cobra forma completa.

—Pinball zombi —le grito a mamá, ambas estamos lo suficientemente alto como para que las puntas de las alas rocen las luces negras del techo.

Ella mira hacia abajo, sin entenderlo del todo.

Para demostrar, me enfoco en la mesa de billar, imaginando que las bolas son plantas rodantes atrapadas por el viento de Texas. Comienzan a girar, luego a rodar, cayendo del borde de la mesa como una cascada de arcoíris fluorescente.

Atrapan algunos juguetes mientras giran, y guio la masa móvil con mi mente e imaginación, llevándola hacia el parque de patinaje, golpeando los árboles de tulgey y otros obstáculos fluorescentes a medida que avanza, pero mimándolos al mismo tiempo. Desde nuestra altura, la escena brillante luce como cientos de juegos de pinball siendo jugados al mismo tiempo.

Mamá lo entiende y usa su magia en otra mesa de billar, hasta que el piso está cubierto por bolas brillantes y juguetes desequilibrados. Combinamos nuestros poderes y enviamos todas las bolas y juguetes hacia la superficie de patinaje. Los dientes blancos de mamá refulgen a través de las sombras y le devuelvo la sonrisa. Estamos ganando.

En la distancia, Jeb y Morfeo atrapan el rabillo de mi ojo. Están cerca del salón de juegos. Un zumbido constante de bolas de pintura llueve. Van tras Roja. Me saca la preocupación de la cabeza, intentando mantenerme sin emociones, y sigo trabajando con mamá hasta que hemos apilado la mayoría de los juguetes dentro del gran tazón que es el área de patinaje. Los que quedan fuera se escabullen hacia el bosque de tulgey.

Me imagino una cuchara gigante, usando mi red y mi taco. Descendiendo cerca del tazón, la bajo. Los juguetes trepan dentro tontamente. Soy capaz de levantar al menos quince en el primer intento. Su peso ondulado funciona como contra balance para ayudarme a cerrar la parte superior. Dejo caer la red en mi camino hacia la mesa del buffet para agarrar otra. Agarro dos palos de billar, entregándole uno a mamá cuando se acerca. Se lanza en picado y saco la última bolsa de lona debajo del mantel.

Algo me corta la muñeca a través del guante. Chillo y tiro del brazo hacia mí, la sangre llovizna el piso. Las tijeras de jardín desgarran el mantel desde el otro lado, y Hermana Dos sale, alzándose en toda su altura, dando latigazos con los agujones al aire.

Noche más Oscura & Luz más Extraña

Traducido por Marie.Ang

Corregido por Zöe..

Jadeando, bloqueo la venenosa mano de Hermana Dos con un taco de billar.

Grita cuando una de las puntas de sus uñas envenenadas se queda atascada en la madera. Me deshago del palo y corro, con el corazón latiendo fuertemente a cada paso resbaladizo.

Nadie puede verme a través de los ondeantes árboles blancos de tulgey —Roja, los chicos, o mamá— pero puedo verlos. Jeb y Morfeo han aterrizado y están acorralando a los juguetes que marcaron —los que conseguimos mamá y yo. Morfeo usa magia azul para hacer caminar a los zombis como marionetas hacia Jeb, quien entonces balancea un palo de golf, conduciéndolos a una red que han abierto. Déjaselo a los chicos hacer un juego de una situación de vida o muerte. Casi están en la puerta del salón de juegos, y Roja.

Mamá está en la distancia, recogiendo juguetes del tazón de patinaje, tan inconsciente como los chicos. Empiezo a despegar para poder llegar a ella, pero las tijeras de Hermana Dos cortan mi ala derecha.

Una ardiente agonía se dispara desde mi omóplato a mi columna. Mis rodillas se doblan, estampándome contra el cemento húmedo. Intento gritar... para advertir a los otros... pero el dolor cala profundo y arranca el aire de mis pulmones, cerrando mis cuerdas vocales.

Hermana Dos corre tres metros dando golpecitos en una mórbida sincronía a través de mí. Mi ala está hecha jirones. Pedazos enjoyados caen a mí alrededor como nieve a medianoche, reflejando un brillante blanco bajo las luces negras.

—Os¹⁶ dije, ese día que infringisteis mi terreno sagrado, que os haría picadillos. Alegréis que me detengo en esto. —Apuñala mi ala con el taco,

¹⁶ La Hermana Dos emplea un inglés un tanto arcaico, de ahí que su traducción al español sea semejante para no perder el espíritu de la traducción.

entonces lo deja caer junto a mí mientras me doblo en agonía—. Ya que habéis reunido mis almas fugitivas y traído de regreso a Roja a mi poder, he decidido dejaros con vida. Vuestro mortal soñador y vuestra madre... eso es todo lo que necesito por restitución. Podéis considerar vuestras deudas pagadas.

Me esfuerzo para moverme. *No. Por favor, no te los lleves.* Mi pecho se hincha con la súplica, mi voz atrapada en el interior, golpeando sus alrededores como un pájaro enjaulado.

Ella lanza una red al aire y se eleva, oscura y letal en la oscuridad. Parpadea y desaparece de mi vista, tan alto que es prácticamente imposible de detectar.

La carcajada malvada de Roja retumba a través de toda la cueva, y estiro el cuello para verificar la puerta arcada. Su forma en flor ahora es más alta que Morfeo. Los juguetes deben haberla ayudado a escapar de mis ataduras. Usa sus brazos serpenteantes para propulsarse a sí misma, levantando su maceta y moviéndola, recordándome a un orangután. Uno de sus miembros adicionales se escabulle para coger a Jeb. Morfeo encierra a Roja en su magia azul como si esperara controlarla como lo hizo con los juguetes muertos vivientes, pero ella es demasiado poderosa, y también lo captura a él.

Grito, el sonido finalmente rasgando desde mi garganta.

Decidida a ayudar, lucho contra los agónicos espasmos en mi espalda y ala, y casi me pongo de pie pero caigo de estómago de nuevo cuando una espinosa punta caliente penetra a través de mi columna. ¿Así es como se siente por todos esos insectos que solía clavar con alfileres?

Gimo, una lastimosa disculpa para una reina, para una hija, para una novia y una amiga. Helados espasmos calientes viajan desde mi ala rota a cada centro nervioso, temblando a través de mí en una onda de choque. Me estremezco, y mis músculos se sacuden. Agua salpica todo a mi alrededor, poniéndome incluso más fría.

Mi mente se adormece. Estoy siendo arrastrada a la inconsciencia, como cuando el lodo me tragó hace días en mi sueño. Recuerdo la voz de Morfeo cuando estaba siendo tirada hacia abajo. Cómo me dijo que encontrara una forma de salir, que no estaba sola. Y cuando me acerqué a los insectos, me rescataron.

Cuando llegamos a Submundo, los insectos prometieron su lealtad y su ayuda. *Llámanos*, dijeron. Así que eso es lo que hago ahora... los alcanzo en mi mente, les ruego despierten a los espectros, porque esa es la única forma de salvar el reino humano.

Hay un susurro de afirmación, apenas audible bajo la alta música, como si bichos exploradores hubieran estado esperando dentro de Submundo por mi señal desde el principio. El alivio me inunda. Las

hormigas lo arreglarán. Los espectros vendrán y regresarán todo lo que pertenece al País de las Maravillas.

Una amarga comprensión me golpea. También capturarán a Morfeo. Será arrastrado al País de las Maravillas junto con Roja. Todavía estará en peligro.

—Oh, no —murmuro y me arrastro a una posición de ganeo, dejando fuera el dolor.

En lo alto, Hermana Dos se columpia sigilosamente hacia la flotante forma de mamá.

—¡Mamá! —chillo, pero la jardinera de telaraña la saca de balance antes de que mamá la vea.

Mamá se desploma en un montón de juguetes cazados en el tazón de patinaje, su vestido una hermosa cascada de luminoso rosa contra su silueta negro violácea. Los juguetes enloquecidos descienden sobre ella.

—¡Aléjense de ella! —grito.

Una cacofonía de miserables y lastimeros gritos se desplaza de la pista de baile, más fuerte que mi voz, más fuerte que la estática que ahora suena por el intercomunicador. A través de los árboles blancos, un portal se ha abierto en uno de los espejos de la pared, y brilla contra la oscuridad. Negro lodo aceitoso rezuma del agujero del conejo, filtrándose en nuestro reino. En un parpadeo, se dividen en fantasmas, desviándose en el aire como humo.

Corren hacia mí y olfatean, sus gemidos astillando mis huesos, sacudiendo mis alas. Dejan sus marcas aceitosas atrás mientras chillo y me empujo hacia adelante, hacia mamá amontonada bajo los juguetes muertos vivientes. No puedo dejar que los espectros piensen que ella es uno de ellos. Pero Jeb y Morfeo también necesitan mi ayuda.

Cometo el error de mirar hacia la arcada. Roja todavía tiene a los chicos envueltos dentro de sus brazos de hoja mientras que Hermana Dos la pone boca abajo. Roja usa sus vides extras para arrastrarse hacia el bosque de tulgey, y Hermana Dos se desliza detrás de ellos, una araña persiguiendo a una flor, justo como en mi mosaico. Jadeo, dándome cuenta antes de que suceda de lo que Roja está planeando hacer. Justo cuando Hermana Dos saca una red para atrapar a Jeb, su preciada alma, Roja se sumerge en una bostezante boca de un árbol tulgey, llevando a Jeb y Morfeo con ella.

Se han ido.

Me dejo caer de estómago, apoyada sobre mis codos, golpeándome con incredulidad. Luchando contra las lágrimas, miro y espero. —Por favor, no vuelvan a salir... por favor, no —murmuro, incapaz de imaginar

un mundo donde Morfeo y Jeb se retuercen y mutan si el espejo los rechaza.

Los segundos pasan tan largos como las horas. Aprieto los ojos, conteniéndome de mirar. En el interior de mis párpados, veo sus rostros surgir, endiabladamente deformados.

Me cuesta respirar.

Impulsada por los chillidos de los espectros, abro los ojos y exhalo. La boca del árbol ha quedado cerrada. Jeb, Morfeo y Roja no están en ninguna parte que pueda ver. Pero el miedo alcanza mi alivio. Ambos han sido aceptados en la puerta, lo que significa que están atrapados en CualquierOtroSitio junto a miles de criminales del País de las Maravillas.

Los espectros se sumergen y elevan por encima, el aire tan espeso con ellos como un enjambre de langostas gigantes. No puedo deshacer el horror del destino de Jeb y Morfeo. Resuelvo ayudarlos después, prometiéndome que hay una forma, alguna manera.

Por ahora, mi mamá todavía está en peligro.

Abatida, me arrastro hacia el borde del tazón de patinaje, incapaz de verla por todos los juguetes que trepan dentro. Arrancando el taco que ella dejó caer en su caída, me asomo entre las almas inquietas. Ellas gruñen y se apartan, revelando a mamá. Su vestido está desgarrado y su máscara torcida, pero está consciente. Empuja a un lado los juguetes que la arañan y se extiende para alcanzar el palo. Su peso tira de mi hombro, y aprieto los dientes contra la desgarrante sensación en mi espalda.

Un instante antes de que sus manos agarren el borde del tazón de patinaje, es atrapada en un embudo de lamentosos espectros que se arremolinan a nuestro alrededor, enviando escalofrantes chillidos y un frío y crudo viento sobre mí.

—¡Alto! —grito, cubriendo mi cabeza con los brazos para protegerme—. ¡Ella pertenece aquí! —Me ignoran y aterrizan, canalizando la taza. Me obligo a ponerme de pie contra el agonizante dolor.

—¡Llévenme, también! —imploro.

La nube se tuerce y gime, absorbiendo todo excepto a mí: los brillantes árboles tulgey, los juguetes muertos vivientes aferrados a mamá, Hermana Dos y sus hiladoras. Cojeo hacia el muro de espejo cuando el ciclón se filtra a través del portal. Dejando detrás solo vetas oleosas.

Con la esperanza de sumergirme dentro del cristal antes de que el portal se cierre, me arrojo en el espejo, pero es demasiado tarde. Golpeo el cristal justo cuando se cierra, y el espejo se agrieta, rebanándose, frío e inflexible. Todo lo que puedo hacer es sangrar y observar la pesadilla que conjuré desplegarse a través de los reflejos rotos.

Los espectros se desvían hacia abajo en el País de las Maravillas con su botín, y el agujero del conejo implosiona sobre sí mismo, como si el impacto de la entrada fuera demasiado violento. No queda nada excepto suciedad volcada y una fuente de reloj de sol rota.

No hay forma de entrar. Nunca más.

* * *

Aparte de mi enfermera y yo, el patio está desierto. Estoy sentada en una de las mesas de bar de hierro negro fundido en un patio de cemento que ha sido estampado para lucir como adoquines.

Las patas de los muebles están clavadas al suelo en caso de que un paciente fuera de control intentase lanzar una silla en un ataque de rabia. Una sombrilla de puntos negros y rojos emerge desde el centro de la mesa como un hongo gigante y ensombrece la mitad de mi rostro. Tazas de té plateadas y platos brillan encima de sus ubicaciones. Dos puestos: uno para mí y uno para papá.

Estoy aquí porque he perdido la cabeza. Mi mente está desquiciada. Eso es lo que los doctores dicen.

Papá les cree. ¿Por qué no lo haría? La policía tiene pruebas. El estado de vandalismo de Submundo es igual a lo que él vio en casa en mi cuarto, en Hilos de Mariposa, y en el gimnasio de la escuela. Hay sangre que coincide con el ADN de mamá en el mantel de la mesa de buffet, junto con mi sangre en la camisa de Jeb que encontraron en mi mochila en el garaje.

Jeb y Morfeo han estado perdidos por un mes. No soy tanto una sospechosa como una víctima. De un culto, tal vez. O de una pandilla. Podría ser un sacrificio, o un violento lavado de cerebros. Pero debo haber tenido ayuda. Después de todo, ¿cómo podría una pequeña niña causar tantos estragos por su propia cuenta?

Ellos no pueden hacerme hablar de ello. Cuando preguntan, me vuelvo rabiosa, como un animal salvaje, o un habitante del Inframundo desatado.

Cuando los bomberos me encontraron primero entre los escombros de Submundo, estaba rota, más allá del ala lisiada que ya había absorbido mi piel, más allá de las heridas en mi piel por los cristales del espejo. No podía hablar en lo absoluto. Solo podía gritar y llorar.

Papá se negó a dejar que los trabajadores del manicomio me sedaran, y lo amé por eso. Ya que no podía estar drogada hasta la sumisión, me llevaron a un cuarto de seguridad para asegurarse de que no me lastimaría. Me agaché en una esquina por una semana, sin fuerzas y

exhausta, rodeada de nada más que interminable blanco. Blanco como los árboles de tulgey que atormentaban mis pesadillas. Me atormentaba a mí misma con los mosaicos y cómo cada uno se desarrolló en esa noche fatal.

Nunca hubo tres reinas luchando. Sólo había dos: Roja y yo —las dos mitades de mí que luché tan duro para mantener separadas. Roja fue comida viva por alguna vil criatura —el tulgey— dejando mi lado de habitante del Inframundo de pie en medio de una tormenta de magia y caos, y mi lado humano envuelto en algo blanco, como una red, mi némesis, la camisa de fuerza.

Ahora, esas noches más oscuras han pasado. Los dos lados de mí están unidos en uno solo. Estoy dejando salir la magia de nuevo, en privado, sutilmente, deliberadamente, para calmar el dolor vacío en mi corazón. Mi ala derecha todavía está dañada, pero al estirla cada día, se reconstruye a sí misma, poco a poco.

La claustrofobia ya no tiene ningún poder en mí. He aprendido a manipular los cierres de velcro de la camisa de fuerza. Los abrí solo con un pensamiento. Una vez que mis brazos están libres, cubro la cámara de vigilancia encima de la puerta con la chaqueta, soltando mis alas, y bailo alrededor del piso acolchado, medio desnuda, imaginando que estoy de regreso en el País de las Maravillas, en la cabaña acolchada de Hermana Uno, comiendo galletas de azúcar y jugando ajedrez con un hombre en forma de huevo llamado Humphrey. Cuando los empleados del manicomio se dan cuenta de que mi cámara no está funcionando, ya he absorbido mis alas y estoy atada por el velcro y algodón otra vez, derrumbada en la esquina, en silencio y sin responder.

Me escapo de mi habitación por la noche, cuando todo está quieto y silencioso. Y observo a los humanos dormir, estudio sus vulnerabilidades, y saboreo el hecho de que nunca seré impotente como ellos de nuevo.

Estoy loca, y lo abrazo. La locura es parte de mi herencia. La parte que me llevó al País de las Maravillas y me ganó la corona. La parte que me guiará a enfrentar a Roja por última vez, hasta que una de nosotras se vaya.

Hasta entonces, soy la reina y no hay forma de regresar a mi reino, el que sangra por mí. Mis dos fieles y amados caballeros, Jeb y Morfeo, están atrapado en CualquierOtroSitio —el mundo del espejo, la tierra del exilio y lo horripilante. Y mi mamá está sola en el País de las Maravillas, a merced de Hermana Dos. Eso es inaceptable. No la recuperaré solo para perderla de nuevo.

El agujero del conejo ha colapsado, y mi llave está fusionada a una pepita de metal sin valor. Pero tengo otra llave —una llave *viviente*— que puede abrir el camino hacia CualquierOtroSitio a través de los espejos de este mundo. Y ahora tengo los boletos para intercambiar.

Anoche me deslicé en la antigua habitación de mamá después del encierro, con el anhelo de verla mientras estaba vacía entre pacientes.

En las sombras, un suave y extraño resplandor irradió detrás de la pintura de geranios en el muro, detectable sólo por alguien que ha aprendido a encontrar la luz en la oscuridad.

La misma imagen cuelga en cada cuarto, pero las flores brillan en esta —pétalos verde neón, naranja y rosa. Siguiendo una corazonada, muevo el cuadro para encontrar que la pintura había sido frotada con papel delgado detrás de los pétalos. Incluso más misterioso, había un agujero del porte de un puño cavado en la pared de yeso, lleno de tierra y florecientes hongos ultravioletas.

Mamá estuvo cosechando setas del País de las Maravillas mientras estaba prisionera aquí. Cuando me dijo que los habitantes del Inframundo siempre tienen un plan de escape, lo decía en serio.

Me siento en la cama por un tiempo más, con las setas en mano, preguntándome cuantas veces las usó para salir cuando necesitaba un escape. Me tranquilizó saber que ella había tenido esa oportunidad, e incluso más, que me lo había pasado.

—Hola, Allie. —La llegada de papá me trae de nuevo al hoy. Inhalo el aire exterior, sintiendo un resurgimiento de energía. La mitad de mi rostro en el sol está caliente, así que me arrimo más a la sombra de la sombrilla.

—Hola. —Le ofrezco tanto como eso, luego regreso a mi conversación con las dos mariposas monarca que revolotean alrededor de las flores en la mesa. Ellas me dicen que me apresure, porque Londres es un largo camino para ellas volando y la luz de día es preferible.

Papá me observa con los bichos, cansado y derrotado. —Allie, cariño, intenta mantener la concentración, ¿de acuerdo? Es importante. Necesitamos encontrar a tu madre y a Jeb. Ellos están en peligro.

Sí, lo están, papá. Más de lo que sabes.

—Si enviamos lejos a la enfermera —ofrezco en una voz demente y cantarina—, te diré todo lo que recuerdo. —Saco el bistec Salisbury de mi taza de té y le pongo sal, con bocado de carne en mi boca, dejo que la salsa gotee por mi barbilla. Es la única manera en que comeré ahora, con tazas de té y platillos. Y me visto como Alice todo los días. Sé cómo emular a un loco. Aprendí del maestro.

Me duele el corazón al ver la expresión de papá cuando le ordena a la enfermera que se vaya. Él tiene miedo de estar a solas conmigo. No lo culpo. Pero aparto mi empatía humana. Va a tener que ser fuerte para el viaje por delante. Si quiere rescatar a mamá, su propia cordura será puesta a prueba.

Está bien, ya que tengo fe en su fuerza.

Él es la llave de todo esto, y para hacerlo encajar en la cerradura, seré feroz y lo suficientemente astuta por los dos.

Dejo mi párpado titilar, y papá me mira. —Bien, Allie. Estamos solos.

Pongo los labios en una dulce sonrisa salvaje. —Antes de que hablemos sobre la noche del baile de graduación, toma un bocado de tu comida. Está sabroso.

Estrechando los ojos, arrastra un tenedor de su taza de té, goteando con carne, setas y salsa, entonces lo mete en su boca.

Apoyo un codo en la mesa y la barbilla en mi mano. —Mientras estás ocupado en comer, ¿puedo hacerte una pregunta? —Mi voz suena artificial y desquiciada, incluso para mis oídos. Todo lo mejor para desequilibrarlo.

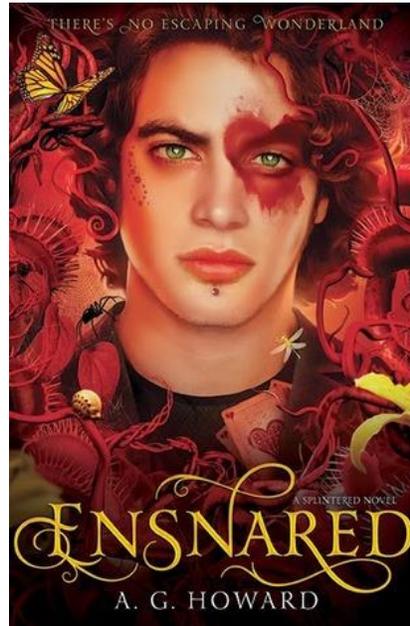
Sacude la cabeza, tragando. —Allie, deja de jugar juegos. Estamos perdiendo el tiempo aquí.

Hago pucheros. —Si no jugarás conmigo, estoy segura que mis otros invitados lo harán. —Me inclino hacia delante y susurro a las flores en la mesa, observándolo por el rabillo del ojo.

Hace un sonido ahogado, casi volviéndose verde. —Bien. ¿Qué quieres saber?

—Sólo tenía curiosidad. —Agarro las brillantes setas envueltas en pañuelos de papel en mi bolsillo del delantal. Él no se da cuenta que mezclé nuestros bistec Salisbury con la mitad más suave de uno, que en momentos seremos del tamaño de escarabajos, cabalgando sobre los dorsos de mariposas—. ¿Qué piensas de los trenes?

Ensnared



304

2015

Agradecimientos

Estoy honrada de agradecer a los colaboradores para un segundo libro.

Primero y ante todo, ¡muchísimas gracias a cada fanático de *Splintered* ahí a fuera! Debido a su entusiasmo y pasión por la historia y los personajes, me dieron luz verde para convertirlo en una trilogía. ¡Son los mejores!

También, mis más sinceros agradecimientos son para mi esposo, hija, e hijo, y otros miembros de mi familia —ya sean parientes de sangre o a través del matrimonio—, cada uno de ustedes son una parte integral de mi sueño de escribir. Me han alentado y en las malos y animado en las buenas. Y sé que no importa a donde este sueño pueda conducir en el futuro, seguirán apoyándome. Son una bendición y un tesoro. Tengan la certeza de que nunca los tomaré a ustedes o a sus sacrificios por sentado.

Abrazos agradecidos a todos los prospectos habituales: Mis amigos escritores, mis hermanas escritoras en casa, y por supuesto mi compañeras de crítica: Jennifer Archer, Linda Castillo, April Redmon, Marcy McKay, Jessica Nelson, y Bethany Crandell. Sin su sabiduría literaria, apoyo online, y fe en mi trabajo, nada esto sería posible.

Gracias a todos mis lectores beta de *Unhinged*: Ashlee Supinger, Kerri Maniscalco, y Kalen O'Donnell. Su aporte y emoción por el manuscrito no tuvieron precio. Son escritoras increíbles, y ¡será un honor compartir las estanterías con ustedes algún día pronto!

Sincero respecto y gratitud para mi valiente e incansable agente, Jenny Bent; para mí perspicaz editora, Maggie Lehrman; y para mi talentosas publicistas, Laura Mihalick, y Tina Mories. Gracias también para Jason Wells, por conocer todos los mejores lugares para comer mientras estamos de gira, y para María Middleton y Nathália Suellen por ser el más creativo e ingenioso equipo de diseño de libro.

Gracias para las moderadoras de la página de fans de *Splintered* en GoodReads: Nikki Wang, Soumi Roy, Hannah Taylor, y Nobonita Chowdhury. ¡Hicieron mi año debut una delicia! No pasó una semana en la que no me hicieran sonreír. Y abrazos para todos los seguidores de la página de fans. ¡Pasar el rato con ustedes es uno de mis pasatiempos favoritos!

También, un agradecimiento especial para Gabrielle Carolina, por su espectacular trabajo en mis bookstours virtuales, a Stephanie Foster por

inspirar el tatuaje del tobillo de Alyssa en Unhinged, y para Lewis Carroll por escribir las increíbles novelas que encienden mi musa.

Un agradecimiento general para mis seguidores de Twitter y Facebook, los blogueros de libros, y los chicos escritores/autores, y para mis amigos —del internet o de otro lado. Ser una escritora puede ser un esfuerzo solitario. Tenerlos me recuerda que nunca estaré sola.

Sobre el autor

A.G Howard escribió *Splintered* mientras trabajaba en una biblioteca escolar. Siempre se preguntaba qué hubiera sucedido si Alicia hubiera crecido y la espeluznante sutileza de *Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* hubiera ocupado el papel protagónico en su historia, y espera que su tributo más oscuro y profundo a Carroll, inspirará a los lectores a echarle un vistazo a las historias que ganaron su corazón cuando era una niña. Vive en Amarillo, Texas.

Traducida, Corregida y
Diseñada por:



<http://www.librosdelcielo.net>

308